

Elizabeth Jenkins
Harriet



ESPA
PDF

Esta novela, escrita en 1934 y un éxito de ventas en su día, reconstruye el llamado «misterio de Penge», que estremeció a la sociedad victoriana de 1877. Harriet es una mujer de treinta y dos años, elegante y adinerada, ya en posesión de su propia herencia; pero es también lo que «los vecinos del pueblo» de donde procede su madre llaman «tontita». Esta alma cándida y simple conoce un día, mientras pasa una temporada en casa de unos parientes pobres, a Lewis Oman, empleado en una casa de subastas, el cual no tarda en

pedir su mano. «Las mujeres me encuentran atractivo», le dice a la madre de Harriet, que solo ve en él a un vulgar cazafortunas y que trata por todos los medios de impedir la boda. Sin embargo, ésta se celebra... y Harriet, a merced de su marido y de la familia de éste, entra en una pesadilla que nadie habría sido capaz de imaginar.

Lo inimaginable es, ciertamente, el tema de Harriet, una novela que empieza como Washington Square y termina como Luz de gas. Elizabeth Jenkins compone una brillante historia de seducción y engaño que

progresas como una novela de horror, con un suspense casi irrespirable.



Elizabeth Jenkins

Harriet

ePub r1.0
turolero 19.09.15

Título original: *Harriet*

Elizabeth Jenkins, 1934

Traducción: Catalina Martínez Muñoz

Editor digital: turolero

Aporte original: Spleen

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com



Nota al texto

Harriet se publicó por primera vez en 1934 (Victor Gollancz, Londres).



I

A las cinco y media de la tarde de un día de enero de 1875, reinaba en la sala de estar de la señora Ogilvy un ambiente muy acogedor. Se encontraba en la planta principal de la vivienda y, aunque no podía decirse que estuviera amueblada con gusto, era una estancia cálida y luminosa, muy confortable en un día tan frío como aquél. La repisa de la chimenea, sobre

la que había un espejo de marco dorado, estaba engalanada con un lazo de terciopelo rojo. Las cortinas de chintz tenían un estampado de enormes rosas y claveles dispuestos en series alternativas unidas por amplios ramilletes verdes. En la tapicería del sofá se observaba un popurrí similar en rojo y en blanco, pero la señora Ogilvy ocupaba una butaca de color granate oscuro sobre una alfombra verde musgo, agradablemente suavizadas ambas por el resplandor del fuego y los reflejos de la lámpara en los numerosos cuadros con molduras de felpa o doradas y en los montones de naranjas, manzanas y uvas apilados en el aparador.

La señora Ogilvy, que tejía deprisa, con un preciso chasquido de las agujas brillantes, tenía la sala para ella sola, si no contamos a su sobrino, que jugaba a las canicas en un solitario rincón debajo de la mesa, medio escondido por el pulcro mantel blanco. Era un niño retraído, que siempre se asustaba cuando un adulto se dirigía a él. En realidad no era sobrino de la señora Ogilvy, sino de su segundo marido, sacerdote de la Iglesia unitaria. El señor Ogilvy era poco sociable y tímido, y el pequeño Tom tenía el mismo carácter. La única queja que la señora Ogilvy podía tener de su marido era que resultaba muy difícil de complacer.

Nunca parecía fijarse en qué había para comer y no apreciaba los esfuerzos de su mujer para tener una casa agradable y bonita. Ella, sin embargo, no protestaba. Se consideraba afortunada, y eso pensaba mientras tejía al calor del fuego, mirando de reojo la mesita del té con su servicio de porcelana de flores, su fuente de plata para los panecillos y un *plumcake* tostado con una generosa cobertura de azúcar glas. Pensó si el té se habría pasado o si aún estaría en condiciones para que Harriet tomase una taza cuando bajara de su habitación. No había tomado el té con la familia, porque estaba haciendo las maletas para ir a pasar una temporada a casa de unos

parientes.

Muchos habrían dicho que la señora Ogilvy, a pesar de su marido y su excelente organización doméstica, era una mujer muy desdichada, y ella misma se entregaba a esta idea por momentos, pero siempre prevalecía su carácter alegre. Harriet, su única hija, era lo que los vecinos del pueblo de donde venía la señora Ogilvy llamaban «tontita», aun cuando no tuviera una inteligencia tan escasa que le impidiera relacionarse con las personas corrientes. Su deficiencia se manifestaba más bien en una brusquedad muy desagradable y agudizada por el vigor y el entusiasmo que ponía en los aspectos de la

existencia inteligibles para ella. No era fácil que diera su brazo a torcer. Lo cierto es que su presencia continuada podía llegar a resultar agotadora; de ahí que, cuando su madre se casó en segundas nupcias, se llegó al acuerdo de que Harriet pasaría temporadas de un mes con distintos familiares. El difunto señor Woodhouse había dejado a su mujer bien situada, y también Harriet contaba con su propio dinero: tres mil libras anuales, de momento, y una renta futura de otras dos mil. Por esta razón, sus parientes menos adinerados aceptaban de buen grado la molestia de acogerla temporalmente a cambio de una atractiva suma de dinero.

La señora Ogilvy no era una mujer de sentimientos exaltados, pero sí intensos en todos los sentidos, y no sólo sentía por Harriet el cariño de una madre sino que a menudo perdía la paciencia con su infortunada hija cuando la terquedad y la vehemencia de ésta se topaban con la suya. No tenía ni la paciencia ni el dominio de sí, pese a la fortaleza de su carácter, necesarios para conservar la calma con Harriet, y, aunque los altercados eran frecuentes, se atenuaban cuando se acercaba el momento de una de estas ausencias temporales: de ahí que mirase a su hija con sincero afecto cuando por fin ésta bajó a tomar una taza de té antes de

coger un coche rumbo a Norwood.

—He dejado el té en la tetera, hija, pero Hannah te traerá otro si se ha pasado.

Harriet se acercó a la mesa dando saltitos y destapó la tetera.

—Está hecho, mamá —contestó. A veces confundía algunas palabras, aunque generalmente se hacía entender. A sus treinta y dos años, tenía la piel cetrina y unas arrugas muy marcadas entre la nariz y las comisuras de los labios. La barbilla empezaba a retraerse y los ojos tenían el color negro y glutinoso de la melaza. Al margen de su expresión y de que no pronunciaba del todo bien las palabras, su aspecto era

pulcro y adinerado. El pelo castaño, rizado y poco abundante, con flequillo sobre la frente, se recogía a la altura de la nuca en un moño muy complicado del que escapaban algunos mechones. Llevaba unos pendientes de color granate y un broche en forma de escudo prendido en el pecho del vestido de una preciosa seda azul. Era la primera vez que se lo ponía, y su madre la examinó con aprobación.

—La señorita Marble cose muy bien —señaló la señora Ogilvy—. A esa seda hay que hacerle justicia y en mi opinión lo ha conseguido.

Harriet se miró el vestido con agrado mientras tomaba el té y un trozo

de bizcocho, pero de repente cambió este gesto por una malhumorada mueca de preocupación.

—¡Mis botas! —exclamó, buscando con la mirada.

—¡Válgame Dios! Se me había olvidado —dijo su madre, levantándose en toda su amplitud entre un rumor de telas para coger un paquete que había debajo del aparador—. Aquí las tienes. Las recogió Tom cuando volvía del dentista, ¿verdad, Tom?

Tom, que seguía jugando en solitario, escondido debajo del mantel, asomó la cabeza y asintió tímidamente. Harriet cogió el paquete con bursquedad y rompió el envoltorio: dentro había un

par de botas muy elegantes, de punta fina, con botones y suelas nuevas de cuero reluciente. Con ellas en la mano, se tranquilizó y sonrió de oreja a oreja.

—Un trabajo excelente, diría yo — sentenció la señora Ogilvy—. Las pondré al lado del fuego para que se calienten mientras tomas el té.

Cogió las botas y las examinó con satisfacción. Uno de los principales puntos de entendimiento entre madre e hija era lo mucho que ésta disfrutaba con la comida y la ropa en todas sus variantes. En lo tocante a estas cuestiones, la inteligencia de Harriet era completamente normal, y el placer con que la señora Ogilvy fomentaba y

compartía su entusiasmo era en verdad intenso, pues en otros asuntos las limitaciones eran muy grandes. Volvió a su butaca y observó a Harriet, que seguía disfrutando del té. A sus ojos, nublados por el cariño y la costumbre, los rasgos de su hija, que llamaban la atención de los desconocidos, eran una pequeña imperfección más enternedora que otra cosa. La doncella, que estaba bajando el equipaje de Harriet, apareció en la puerta.

—Ve a buscar un coche para la señorita Hatty, Hannah —dijo la señora Ogilvy, y subió a comprobar que su hija no se hubiera olvidado de nada.

Harriet siguió tomando su té y su

bizcocho muy contenta. Tom salió cautamente de su escondite y la observó sin que ella se diera cuenta. Se estaba sirviendo un bollo con pasas, y hubo algo en la forma brillante y redonda de este bocado que despertó su curiosidad. Se lo ofreció al niño y soltó una carcajada. Lo que ocurre alrededor y por encima de la cabeza de los niños, éstos lo perciben como una asombrosa sucesión de viñetas, y el recuerdo más nítido que Tom conservó de su prima en su vida posterior fue esta imagen: con un bollo en la mano y riéndose a carcajadas sin que viniese a cuento.

—Oye, papá —dijo la señora Ogilvy en el vestíbulo, cuando su

marido salió del estudio—. ¿Le dirás al coche adónde tiene que ir? Ya sabes que no me gusta que crean que Hatty no tiene quién la proteja.

El señor Ogilvy asintió con escaso entusiasmo. Abrió la puerta principal y vio que el coche ya se acercaba y se paraba delante de la entrada, mientras la señora Ogilvy se despedía de su hija como de costumbre, repasando con ella las instrucciones que debía dar a su llegada, para su propia comodidad, y concluyendo someramente su exposición con el encargo de que diera recuerdos a su prima, la señora Hoppner. Los farolillos del coche desprendían un resplandor brumoso en la húmeda

oscuridad, y Harriet, ataviada con una capa con ribetes de piel y un elegante sombrero de paja, subió al coche mientras cargaban el equipaje en el techo. El señor Ogilvy indicó al cochero que la llevase a Norwood, y la señora Ogilvy esperó en la entrada del vestíbulo hasta que el vehículo se perdió de vista.



II

Alice Hoppner estaba enfurruñada, mientras ordenaba sus vestidos detrás del hueco de las cortinas que ya estaba ocupado por la ropa de su madre y abría con estrépito los cajones de la cómoda para encontrar dónde esconder algunas cosillas que no quería que nadie viese. Su madre, demacrada y exhausta, entró en la habitación con un camisón, un cepillo y un peine que traía del

dormitorio de Alice.

—Iba a buscarlos ahora mismo — dijo Alice, dominando su mal humor.

—Pues es que tengo que preparar la habitación —protestó la señora Hoppner—. No puedo hacer la cama y limpiar el tocador con tus cosas por todas partes.

—¡Esto no hay quien lo aguante! — estalló Alice—. Bastante tengo con soportarla en casa para que encima me echen de mi habitación. ¡Es el colmo! Justo ahora que... justo ahora que necesito tener dónde vestirme como es debido.

—Puedes vestirme como es debido aquí. No veo qué te lo impide. — Aunque la señora Hoppner evitaba en

general discutir con su hija, estaba agotada, por las interminables tareas domésticas, y no pudo resistirse a la oportunidad de apoyarse un momento en la pared.

—El espejo no está bien colocado —se quejó Alice—. Y no puedo vestirme si tengo a alguien en medio a todas horas.

La señora Hoppner podía haber dicho que ella difícilmente estaba en medio, a menos que a Alice le diera por vestirse en la mesa de la cocina o en el fregadero, pero estaba demasiado atareada con la inminente llegada de las visitas para pararse en justificaciones, y se limitó a esgrimir el argumento que

tenía mayores probabilidades de apaciguar a su hija:

—Sabes tan bien como yo que necesitamos ese dinero para que puedas comprarte ese vestido que quieres. Te aseguro que no me hace ninguna gracia tener a Harriet en casa: para mí significa más trabajo, en vez de ayuda. Pero Jane Ogilvy nos paga bien, con tal de quitársela de encima, y no me extraña nada. Suerte que tiene dinero, y esas ocho libras al mes a mí me hacen mucha falta para que tú puedas darte tus caprichos. —Se enderezó y se acercó al armario donde guardaba la ropa de casa.

¡Ese vestido! Cuando a Alice se le antojaba algo para su arreglo personal,

su vida entera se concentraba en ese objetivo. Era enero y, aunque quería un vestido de seda para estar en casa —de color burdeos o azul—, decidió pasarse sin él y destinar todos sus recursos a otro que le sirviera tanto para casa, a principios de primavera, como para salir cuando llegase el buen tiempo. Lo quería de crepé, de un color lila suave y claro que se conocía como *soupir étouffé*; la falda, según la moda de la época, formaba un pliegue por delante, como si insinuara un delantal, y se fruncía en la espalda como un ramillete por debajo de la cintura, dando a quien lo lucía la *tournure* de un cisne. Pensaba combinarlo, cuando se lo pusiera para

salir, con un sombrero de rafia blanco, inclinado sobre los ojos y adornado con una corona de rosas silvestres. Era una crueldad haber tenido que renunciar a aquel vestido de seda, de una seda rumorosa, con muchas aguas, que parecía inspirar elegancia a cada movimiento, pero tenía que sacrificarse si quería conseguir esa otra creación delicada y celestial para los próximos meses. Su madre no podía darle una asignación fija para ropa, y todos sus vestidos salían de su propio estudio y distribución del erario familiar. La señora Hoppner no ponía reparos: aceptaba que su hija tuviera lo mejor de lo mejor, en la medida en que sus

modestos ingresos lo permitían, y Alice, por su parte, era demasiado práctica para incurrir en extravagancias o en deudas excesivas. Su madre consentía esta pasión por el adorno personal, aunque no le parecía del todo bien la forma que cobraba en ocasiones. No podía oponerse a que Alice se pusiera crema todas las noches, por más que lo considerase una costumbre desagradable y pringosa, o a que se untara el pelo con un líquido que desprendía un fuerte olor a girasol: bueno, quizá no hubiera nada de malo en eso. Ella también se ponía bandolina en el pelo, a pesar de que era igual de pringosa y poco sana, pero, de todos modos, le parecía que la

misteriosa fragancia con la que Alice domaba las suaves ondas de las sienes y los perfectos y delicados rizos por detrás de las orejas tenía algo de libertino. Alice, bien lo sabía su madre, tenía por naturaleza la piel blanca como la leche, pero ese estallido de color en sus mejillas ¿también era natural? La señora Hoppner se negaba a reconocer que su hija se maquillaba, porque eso era una costumbre que sólo se permitían las actrices y las ramera, así que cerró los ojos a la realidad que se le presentó al acercarse a la cama para dejar las sábanas limpias.

Alice, entretanto, estaba vaciando la esquina de un cajón para guardar, detrás

de la caja de los guantes y la bolsita de los pañuelos, un papel de lana española que, cuando se frotaba en las mejillas, les daba un rubor transparente sobre el que sus ojos entusiasmados brillaban como dos olivinas. Junto al papel había un tarro de una sustancia roja para los labios. Si escondía estos productos de belleza no era por miedo a las objeciones que pudiera poner su madre, sino porque la sacaba de quicio que se entrometieran en su vida.

Tenía muchas cosas en que pensar en ese momento, y verse privada de su dormitorio era un fastidio. La razón por la que quería estar a sus anchas era que la llegada de Harriet coincidía muy

inoportunamente con la de su hermana y su cuñado. Elizabeth Hoppner se había casado con un joven artista sin peculio de veintidós años, cuatro años menor que ella. El matrimonio vivía con Lewis, el hermano de Patrick, en una pequeña casa con jardín, en Streatham, pero el contrato de alquiler había vencido, y eso, sumado a otras circunstancias, les hizo pensar que vivir en el campo sería mucho mejor en todos los sentidos: más económico y también más beneficioso para los propósitos artísticos de Patrick. Escogieron una casa de ladrillo apenas más grande que la de un campesino, en las afueras de Cudham, un pueblecito del condado de

Kent. Y mientras los dos niños, nacidos en los dos primeros años de vida conyugal, se instalaban en su nuevo hogar al cuidado de una criada para todo, sus padres fueron a pasar unos días con la familia de Elizabeth.

Lewis Oman, el hermano de Patrick, empleado en una casa de subastas, también vendría a pasar la tarde y la velada con ellos, aprovechando que era sábado, y era este joven quien ocupaba los pensamientos de Alice y le complicaba tanto la existencia en ese momento en particular. Los Oman, sin ser de distinta clase social que la familia de la señora Hoppner, eran hombres interesantes, mundanos y

originales, bien es verdad que era la primera cualidad la que predominaba en el caso de Lewis y la segunda en el de Patrick. La señora Hoppner tenía cierta tendencia a dejarse impresionar por su yerno, pero, como éste apenas ganaba un céntimo y su hija Elizabeth vivía en condiciones muy penosas, se sentía más capaz de enfrentarse con él de lo que se habría sentido en distintas circunstancias. Tampoco le parecía posible que Lewis pudiera casarse con Alice, viendo lo poco que ganaba, a menos que su hija estuviera dispuesta a hacer algunos sacrificios. Sin embargo, Alice parecía empeñada en cazarlo y él era de esos hombres con posibilidades

de medrar en la vida. Lo raro es que aún no hubiese conseguido mejorar su posición. Además, si la señora Hoppner se libraba de Alice, podría disponer de la casa libremente y buscar otra más cómoda, aunque más modesta. De todos modos, de nada servía oponerse a la voluntad de los jóvenes.

La señora Hoppner lavó los platos de la cena mientras los demás se sentaban en la sala de estar al lado del fuego. Elizabeth normalmente ayudaba a su madre cuando estaba en casa, pero ese día llegó tan pálida y agotada que la señora Hoppner insistió en que descansara. Estaba demacrada, tenía unas ojeras enormes, y el pelo, que

llevaba suelto por detrás de las orejas, había perdido todo su brillo. Era no obstante una mujer hermosa, de rasgos amplios y pensativos ojos azules. Estaba muy callada, y eran Lewis y Alice quienes se ocupaban de animar la reunión. Alice, sentada en el sofá al lado de Lewis, con un vestido de lana de color verde guisante, no paraba de mover y retorcer con mucho encanto sus extremidades largas y delicadas, y a veces le pasaba un brazo por detrás del cuello o apoyaba el codo en su rodilla. Cuando le ofrecía fuego para encender un cigarrillo, su mano se curvaba sobre la de él. No dejaba de reírse, con una risa encantadora, y cada dos palabras

que decía se volvía a mirar a Lewis. No era tan guapa como su hermana, pero la perfecta redondez de las mejillas, del color de los albaricoques, el cuello largo y los labios carnosos y rojos la volvían diez veces más seductora, y el hecho de que su expresión no delatase jamás sus pensamientos no le restaba una pizca de encanto: era un animal exquisito, y a Lewis Oman le gustaba todavía más por esta razón.

—Tengo muchas ganas de conocer a la señorita Woodhouse —dijo Lewis con una sonrisa burlona. Sus labios gruesos parecían más pálidos en contraste con el bigote negro, pero tenía sin duda un atractivo casi

melodramático.

—¡Calla! —exclamó Alice—. ¡No soporto que me la recuerden!

—Creo que Alice está celosa —les dijo Lewis a los otros dos—. Sé que la señorita Harriet es una mujer despampanante y tengo intención de ser muy atento con ella.

Alice le estrujó el hombro.

—En serio, Lewis. Ten cuidado —gritó—. Como crea que te estás burlando de ella se quejará a su madre y se irá de aquí. Y entonces perderemos ocho libras. ¿O es que no quieres verme con mi vestido nuevo?

—Claro que sí —dijo Lewis con mucha convicción, dándole una

palmadita en la rodilla—. Pero ya verás cómo sucumbe a mis encantos. Tú no te rías, y así podremos divertirnos un poco. —Siguieron bromeando mientras Elizabeth guardaba silencio, sin fijarse en su marido. Tenía la mirada ausente, por encima de la cabeza de él, con la lujosa seguridad de quien sabe que le basta con mover los párpados para contemplar al objeto amado y encuentra en ello un deleite aún mayor que el que procura la observación directa. Patrick Oman, sentado en una silla baja, parecía muy ocupado con las piezas de un juguete. Llevaba su único traje decente, de paño marrón oscuro, con esa favorecedora y singular frescura de las

prendas que se ponen únicamente en ocasiones especiales. No participaba de la conversación. Con escuchar a Lewis ya tenía suficiente distracción. Su hermano, por su capacidad, su atractivo y su extraordinaria fortaleza de carácter, acaparaba por completo la devoción de Patrick: lo adoraba y lo aceptaba en silencio, sin cuestionarlo jamás, completamente ajeno a que era él, y no Lewis, el que tenía más talento y distinción.

—Tendría que haber traído un par de caballos de Streatham —dijo Lewis—. Podríamos haberlos dejado en La Media Luna y salir mañana a pasear. A Lizzie le habría sentado bien, y estoy seguro de

que Alice no habría puesto ninguna pega en venir.

—No habrías tenido sitio para mí —dijo Alice, coqueta—. Habrías llevado a Harriet a tu lado.

—Pues sí —contestó él—. ¡Qué lástima, ahora que lo pienso! Pero no puedo, porque mi jefe se niega a darme un aumento. Llevo dos años trabajando para ese viejo roñoso, soy yo quien lleva el negocio prácticamente, y sigue sin querer pagarme más de veinticinco chelines a la semana.

—Es un cerdo —dijo Patrick, en voz baja y vengativa.

Elizabeth lo miró entonces, y su expresión se iluminó.

—No te enfades con el juguete de Alfred —dijo.

—No me enfado —contestó él con descuido, sin abandonar el estudio y la manipulación del pequeño artilugio, una caja de sorpresas con un muñeco con resorte. Ladeó ligeramente la cabeza, estiró las piernas sin soltar el muelle, y la caja pintada de alegres colores se cerró de golpe. Estaba demacrado, a pesar de que era muy joven. De sus ojos grandes, a menudo entrecerrados en un esfuerzo de concentración visual, irradiaba un haz de pestañas oscuras semejante a las patas de una araña. Su mujer, cuando lo miraba, no pensaba que era el hombre más atractivo que había

visto en su vida: sencillamente no era consciente de haber visto a ningún otro. Alimentó su mirada, prolongando este tranquilo y despreocupado lapso de observación, con aquellos rasgos que conocía incluso mejor que los propios y en los que siempre descubría algo nuevo y fascinante. Patrick tenía dos lunares debajo del párpado izquierdo que Elizabeth ya le habría borrado a besos si no fuera porque estaban allí por voluntad de la mano indeleble de la naturaleza. Su boca fina, con los labios ligeramente separados, le pareció a Elizabeth en ese momento la cosa más exquisita y seductora del mundo. Nunca había reparado en la importancia de esa

boca cuando estaba cerrada.



III

La mesa, presidida por la señora Hoppner, que a pesar de su aspecto exhausto todavía conservaba algún vestigio de elegancia, contó con la presencia de Harriet. Bajó las escaleras, con su vestido de seda azul, afable, sonriente y dispuesta a ser condescendiente y cordial con sus parientes pobres. Los saludó a todos repitiendo sus nombres, menos a la

señora Hoppner, que era quien la había recibido.

—Bueno, Elizabeth; bueno, Alice.

—Éste es el señor Patrick Oman —dijo Elizabeth.

—El señor Patrick Oman —contestó Harriet.

—El señor Lewis Oman —dijo Elizabeth.

—El señor Lewis Oman —repitió Harriet, y pareció sorprenderse de que Lewis se inclinara ante ella con una amplia sonrisa por debajo del bigote negro. Aceptó de inmediato esta atención, y en ese momento estaba sentada a su lado, disfrutando con ganas de la ternera rellena, la tarta de crema y

la cerveza negra que se sirvió en honor de los invitados. Los ojos inquietos de Alice se detuvieron en ella un instante, con despectivo deleite, mientras Lewis le insistía galantemente para que tomase otra cerveza. Era evidente que Harriet estaba encantada con las atenciones de aquel apuesto desconocido y, cada vez que lo veía sonreír, también ella sonreía. Comenzaba a experimentar un placer que era la cristalización de todos los sueños inconscientes y los vagos momentos de sensualidad aletargados hasta entonces en algún rincón de su conciencia como si no le pertenecieran, y una cálida emoción recorrió todo su ser. Y aunque no le proporcionó una

mejor comprensión de sí misma, sí reforzó intensamente la noción de su propia identidad. No volvió a fijarse en Patrick y Elizabeth, más que para mirar de vez en cuando al primero con una expresión en la que se traslucía lo insignificante que le parecía aquel hombre corriente, sin un precioso bigote negro, al lado de su hermano.

Patrick, por su parte, hizo gala de su mejor faceta, y concentró en la señora Hoppner su alegría y su buen humor.

—Los niños están de maravilla —dijo, en respuesta a una pregunta de su suegra—. Cada día son más divertidos.

—Más traviesos —corrigió su mujer con un punto de pesar.

—Cuando están conmigo no —
contestó él—. Claro que yo no paso con
ellos tanto tiempo como Lizzie. Ésa es
una de las ventajas de ser hombre.
Prefiero mantener a un montón de
mocosos antes que ocuparme de uno
solo.

—Los quiere mucho —dijo
Elizabeth con ardor, saliendo en defensa
de su marido—. Y para ellos no hay
nadie como su papá.

—Espero que puedas ganar algo más
con tus cuadros, Patrick, ahora que estás
en el campo —dijo la señora Hoppner.

Patrick se quedó callado un
momento, con la mirada perdida en la
luz de gas, pensando en que era

imposible explicarle a su suegra su situación, lo difícil que le resultaba llevar una vida digna con la pintura, a la vez que por nada del mundo podía dedicarse a otra cosa. Pero esa noche estaba de buen ánimo y prefirió salir por la tangente.

—¡Qué suerte tiene ese demonio de Rossetti! —dijo.

—¿Quién es? —preguntó la señora Hoppner.

—Un pintor.

—Tiene un mentor muy importante: Ruskin. Si Ruskin dice: «Compren esos cuadros», todo el mundo los compra. Y Rossetti no tiene que hacer nada más que vivir con su novia y pintar

tranquilamente, desde el desayuno hasta la cena.

—Bueno —dijo la señora Hoppner, con el aire de quien no se esfuerza en comprender los misterios que exceden a la capacidad de una persona sensata—, es una lástima que ese señor Ruskin no haga lo mismo por ti. Pero, tal como yo veo el mundo, la gente que más necesita el dinero es la que pasa más inadvertida.

A Elizabeth no le gustó este comentario, que parecía una crítica velada, y le ofendió que su madre se creyera con derecho a hablar en ese tono a su querido ángel, precisamente porque era pobre.

—Estoy segura de que Patrick

ganará lo suficiente para todos cuando nos hayamos asentado en el campo — dijo—. Viviendo en la ciudad es muy difícil pintar.

—Eso no es verdad —replicó Patrick—. En Londres se puede pintar tan bien como en cualquier parte. Rossetti tiene una casa cerca del río, aunque apesta a fango.

—Pues eso no parece muy agradable —señaló la señora Hopper en tono dubitativo. Se inclinó sobre la mesa y dijo—: Harriet, ¿no quieres probar el mazapán? Sé que te gusta. Lo he comprado para ti.

—Gracias —contestó Lewis por ella—. Lo estamos pasando muy bien por

aquí. —Los ojos de Harriet se agrandaron de satisfacción. Lewis estaba a punto de coger la fuente cuando Alice se la arrebató con impaciencia y se levantó.

—Lo tomaremos en la sala —dijo—. Todos hemos terminado, ¿verdad?

El fuego, en la sala, se había reducido a un montón de brasas, pero bastó con atizarlo un poco para que volviese a llamear con brío. Entraron todos a la vez, después de que la señora Hoppner convenciese a Elizabeth para que dejara la mesa sin recoger y fuera a sentarse con los demás. Lewis acompañó a Harriet a una silla y se sentó a su lado, al tiempo que cogía la

fuente de mazapán para ofrecérsela.

—Pruébelo, señorita Harriet, por favor. ¡Parece muy bueno! Los dulces son para las damas, pero si usted me ofrece uno estoy dispuesto a probarlo.

Harriet contestó con su característica carcajada nasal.

—Tome uno —dijo.

Alice se acordó de que, una vez, ella le ofreció a Lewis un mazapán, y él terminó aceptándolo como si le hiciese un favor. Observó a la pareja. Harriet empezaba a ensayar pequeños gestos de coquetería y giros de cabeza que jamás había hecho en sus treinta y dos años de vida, aunque por lo visto había aprendido en media hora en compañía

de Lewis. Había en todos sus movimientos una fuerza inhumana: estaban llenos de vida, pero tampoco tenían la confiada agilidad de un animal. Parecía que la naturaleza le insuflara la inspiración para transformarse en la curiosa réplica de una criatura que no era ni animal ni humana. Alice, que se quedó un momento al lado de la chimenea, vio que Lewis le hacía un guiño. Le entró la risa como a una colegiala traviesa y, para disimular su regocijo, dio una vuelta corriendo alrededor del sofá y buscó un hueco donde sentarse al lado de su cuñado, que estaba casi tumbado.

—Vamos, Patrick —dijo, con su

aguda voz de soprano—, tómate la mitad.

Partió un trozo de mazapán y se lo metió a Patrick en la boca con mucha delicadeza. Buscó a Lewis con la mirada, pero él no estaba prestando atención. Al final ¿era tan divertido el juego? Guardó silencio mientras los demás seguían charlando y se puso a observar a Harriet como un gato la madriguera de un ratón. Y entonces, por primera vez —nada tenía de raro que no se hubiera fijado antes, pues ¿quién iba a molestarse en mirar dos veces a una mujer como Harriet?— se dio cuenta de que llevaba un vestido muy bonito. La casa no estaba bien iluminada, y al

principio le pareció que era de popelín negro, pero, ahora que el resplandor del fuego alumbraba la falda amplia, vio que era de seda azul oscuro, como el ala de un arrendajo, y con tanto apresto que podía sostenerse por sí solo. Alice sabía muy bien cuánto costaba una tela como aquélla. ¡Qué crueldad, qué monstruosa injusticia que una mujer como Harriet tuviese un vestido así mientras que ella, con ese porte y esas extremidades que le daban el derecho natural a lucir vestidos de colores, brillos y pliegues deliciosos, no tenía nada más que...! Repasó mentalmente su guardarropa con desprecio. Incluso el vestido de crepé lila, cuando por fin lo consiguiera, no

sería ni la mitad de bonito que el de Harriet, que para colmo tenía muchos más. Se le ocurrió entonces que Harriet, ya que tenía tantas cosas y era tan idiota, quizá pudiera regalarle algún vestido, no exactamente ése —aunque, ¿por qué no? ¿Qué placer podía darle a Harriet aquel vestido en comparación con la satisfacción que supondría para ella?—, pero si no era ése podía ser cualquier otro, o un chal o alguna joya. En general se alegraba de que Harriet hubiese venido a pasar una temporada con ellas. Cuando no estuviera en medio, entraría en su dormitorio a curiosear sus cosas para ver qué tenía exactamente. ¡Qué idea tan atrevida! Si alguien la

sorprendía, diría que había entrado a buscar algo suyo.

La velada no se prolongó demasiado. La señora Hoppner subió renqueando con una jarra de agua caliente para Harriet mientras Elizabeth recogía la mesa y Alice se quedaba en la sala con los dos hombres y tomaba conciencia de la libertad que da la ausencia de vigilancia femenina. Cogió a Lewis del brazo y lo miró a los ojos.

—Veo que me has dejado plantada —dijo—. Piensas pedirle a Harriet que me nombre su dama de honor, ¿verdad?

Lewis le acarició los hombros sin decir nada y luego le dio un beso.

—¿No deberías ayudar a Lizzie con

los platos antes de que baje tu madre?
—preguntó.

A Alice no le pareció una buena idea: hizo un mohín y se frotó la mejilla en la manga de Lewis. Patrick, adivinando que su hermano quería hablar un momento con él antes de volver a casa, la reprendió con brusquedad:

—¿No te da vergüenza, Alice? ¡Eres una holgazana! ¡Ve a ayudar a Lizzie a lavar los platos!

Alice se incorporó al instante, se puso un poco colorada y salió de la habitación. Lewis se acercó a su hermano y se apoyó en la repisa de la chimenea. No se anduvo con rodeos.

—Estoy pensando... ¿Cuánto de lo que tiene será suyo? —dijo.

—Lizzie ha dicho que son cinco mil libras —contestó Patrick—, pero esas cosas siempre se exageran.

—¡Caray! —exclamó Lewis.

—Es una lástima que Alice no pueda sacarle un poco —continuó Patrick—. Alice no sabe hacerse agradable cuando no le apetece.

—No —dijo Lewis con aire distraído—. Sería interesante saberlo con exactitud. Si se acercara a las cinco mil libras sería una fortuna.

—Sí —asintió Patrick—. Yo diría que debe ser la única mujer que no ha conseguido casarse a pesar de tener

tanto dinero. Es horrorosa, ¿verdad?

Le sorprendió ver que Lewis se estremecía visiblemente.

—¡Dios... sí que lo es! —dijo.

—Es una lástima que haya venido precisamente ahora —continuó Patrick, pero su hermano lo interrumpió con decisión.

—De eso no estoy tan seguro.

Patrick se imaginó qué estaba pensando Lewis: nada que tuviera que ver con el dinero, por efímera y remota que fuese la relación, podía despreciarse, y él era de la misma opinión. Aterraba ver cómo estaba repartido el dinero en el mundo. Con la mitad de lo que aquella mujer tan

estrafalaria tenía para gastar en sus caprichos, Lewis podía ser un caballero y conducir su propia calesa. Fue una visión de su hermano, elegantemente ataviado e investido de todos los atributos que confieren la independencia y el poder, pasando veloz por detrás de un castaño nevado, lo que se dibujó tenuemente en el pensamiento de Patrick. Y en medio de aquel destello fugaz, entre el giro de los ejes y los cascos de los caballos, la imagen de un buen abrigo y un sombrero hongo grabaron en su imaginación la estampa jubilosa y sagrada del héroe en su carro uncido con leones y leopardos. Lo que él pudiese hacer con el dinero era una cuestión muy

secundaria al lado de esta idea tan exaltada de la grandeza de su hermano.

—Bueno —dijo—, supongo que Lizzie puede enterarse de cuánto tiene, a través de la señora Hoppner. ¡Ojalá hubiera algún modo de saberlo! ¿Por qué no se lo insinúas a Alice? Aunque es tan frívola que no creo que se preste.

—No —asintió Lewis—, yo no esperaría eso de ella. Bueno —se estiró y se alejó de la chimenea—, más vale que me vaya antes de que esa mujer baje a darme las buenas noches. Pasaré mañana a primera hora.

Patrick lo acompañó hasta la puerta y apoyó un momento la mano en el hombro de Lewis. Le sacaba una cabeza

a su hermano, que en realidad era de estatura media, pero siempre tenía la sensación, incluso cuando estaban el uno al lado del otro, de mirar a Lewis desde abajo. Y lo vio alejarse mientras se apagaban las luces de la planta principal y el resplandor de las velas se reflejaba en las paredes de los dormitorios. Harriet encontró su cama muy cómoda y se acurrucó con un murmullo de satisfacción. La señora Hoppner y Elizabeth terminaron de lavar los platos, y Alice, con su camión de franela con volantes, se reclinó en las almohadas de la cama doble, entrelazó las manos por detrás de la cabeza y, con el corazón palpitante de emoción y los ojos

chispeantes, se puso a mirar el techo.



IV

Patrick y Elizabeth se quedaron sólo un par de días con la señora Hoppner y, al menos para Elizabeth, la estancia fue demasiado breve. Empezaba a conocer bien esa constante sensación de tedio y cansancio que a veces se acentuaba hasta convertirse en dolor real y era, de hecho, el estado natural en su madre. Alice nunca llegaría a conocerla, pues no era de esas mujeres

que se entregan al cuidado del hogar. Lo que no podía hacer por sus propios medios lo dejaba sin hacer, pero a ningún hombre le gustaría menos por eso; claro que, quizá, los niños no saldrían adelante con sus cuidados, a menos que fueran tan duros como ella. Para Elizabeth, sin embargo, no tener que levantarse a las seis y media y quedarse cosiendo hasta bien entrada la noche era un remanso de paz y reposo, por poco que durase. Estos días de descanso reavivaron su inspiración y sus ganas de ver a los niños. La mañana de su partida, recogió sus cosas y las de Patrick para guardarlas en un baqueteado baúl y atarlas en un chal.

Estaba tropezando con las dificultades habituales de la operación cuando su marido entró en el dormitorio.

—¿Me das tus zapatillas, amor? —dijo, incorporándose junto a la cama.

—Están ahí —contestó Patrick, señalando unas zapatillas muy gastadas, en las que Elizabeth había bordado unos pensamientos.

—¡Qué viejas están! —exclamó ella, golpeando una suela contra otra—. Tengo que coserlas cuando volvamos a casa.

—Oye —dijo Patrick con brusquedad—, ¿le has preguntado a tu madre cuánto dinero tiene Harriet Woodhouse?

—No. Creo que no —respondió Elizabeth, sorprendida.

—Pues te pedí que lo hicieras.

—Sí, lo recuerdo... pero se me fue de la cabeza. ¿Por qué quieres saberlo?

Patrick puso mala cara.

—Bueno, si te cuesta tanto hacer lo que te pido, ya lo sé para la próxima vez. Pensé que, al no tener nada más que hacer que cotillear con tu madre, encontrarías el momento de hacerle una pregunta tan sencilla.

Elizabeth lo miró desconcertada y triste.

—Se lo preguntaré, si tanto te interesa, aunque me parece extraño preguntarlo. —Es posible que no se

diera cuenta de que estaba criticando a Lewis veladamente, pero fue así como lo interpretó Patrick, y este comentario exacerbó su mal humor.

—No te molestes —dijo con rencor—. Siento mucho habértelo pedido. —Y dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

Con una exclamación en voz baja que sonó casi como un gemido, Elizabeth salió corriendo y bajó a la cocina.

La señora Hoppner estaba en el fregadero.

—¡Mamá!

—¿Qué quieres, hija?

Al reparar en el cariz de la pregunta, el instinto de Elizabeth acudió de

inmediato para ocultar cualquier cosa que pudiera parecer censurable en su marido.

—Se me olvidó preguntarte si... ¿Si Harriet va a quedarse mucho tiempo?

—Alrededor de tres semanas, supongo.

—No sé si... No, no creo sea posible... Estaba pensando si podría pasar una temporada con nosotros en el campo. Nos vendría muy bien el dinero.

—No lo creo, hija. Ya tienes demasiado trabajo. No valdría la pena por un poco de dinero. Además, no creo que quiera irse tan lejos de Londres.

—Comprendo —dijo Elizabeth—. Es muy rica, ¿verdad?

—Bueno, lo es en comparación con nosotras.

—¿Cuánto dinero tiene? Supongo que eso sólo lo sabrán su madre y ella.

—No —contestó la señora Hoppner, siempre dispuesta a revelar información—. Tiene una renta de tres mil libras anuales y, cuando muera una de sus tías, recibirá otras dos mil. Es lo que se llama renta diferida.

—Eso es mucho dinero —dijo Elizabeth con anhelo. Y dio media vuelta despacio—. Tengo que terminar de hacer el equipaje.

—He hecho un pastel de carne para que te lo lleves —dijo su madre, secándose las manos con un trapo y

saliendo detrás de Elizabeth.

—¡Qué buena eres, mamá! Eso me quitará mucho trabajo. —Pero Elizabeth, que no tenía cabeza para los números, quería contárselo a Patrick enseguida, antes de hacerse un lío, y se escabulló para ir a buscarlo. Lo encontró en el pequeño jardín de la entrada, fumando su pipa al lado de la verja, y, sin darle importancia, pero bajando la voz para que nadie la oyese desde alguna ventana, dijo:

—Tres mil libras ahora, y otras dos mil cuando muera una de sus tías. Es lo que se llama renta diferida.

Patrick recibió la información en silencio y dejó que impregnara su

cerebro como el ácido quema la cera para morder la plancha de cobre que se quiere grabar. Se sacó la pipa de la boca y, sin decir nada ni apartar la vista de la calle soleada, transmitió a Elizabeth su satisfacción con su sola presencia. Ella se apoyó un momento en él y siguió la dirección de su mirada hasta la hilera de casas de ladrillo de la acera de enfrente, con sus verjas y sus puertas idénticas. Quien pasara por allí y los viera tranquilamente al sol, con esa elocuente gravedad en el rostro, pensaría que eran una pareja muy elegante y atractiva.

Esa tarde, cuando llegaron a su casa nueva, el crepúsculo empezaba a cubrir los bosques de Kent. La pequeña

vivienda de ladrillo visto, con cuatro habitaciones abajo y tres arriba, se encontraba a tres kilómetros y medio de la estación de tren y casi a la misma distancia del pueblo, y sólo tenía acceso por un camino sinuoso y flanqueado de matorrales, aunque había un atajo más directo, si se conocía el terreno, a través de los prados, entre puertas y cercas de piedra. Detrás de la casa, un bosquecillo se extendía sobre los campos y, aunque los árboles habían perdido sus hojas, formaba un fondo denso y oscuro en el que parpadeaban tenuemente algunas estrellas.

Todo estaba a punto para su llegada: el fuego en el interior y los faroles

encendidos en la entrada, donde Clara Smith los esperaba con la pequeña Julia en brazos y Alfred a su lado, dando saltos. Elizabeth se apeó del coche de alquiler y abrazó a sus hijos con un arrebató de instinto maternal. La llegada de la madre era sólo una pequeña parte del alboroto general. Alfred, que no tenía esencia de su madre, como era costumbre en él; incluso mejor de lo normal, porque, al estar Clara tan ocupada, aprovechaba cualquier descuido de la muchacha para disfrutar a sus anchas sin ninguna restricción. A su padre, sin embargo, el pequeño lo reconoció al instante como un elemento atractivo y misterioso que regresaba a su

vida. Cuando se sentaron a cenar el pastel de carne de la señora Hoppner como plato principal, Elizabeth tenía a la niña en el regazo y Alfred estaba de pie en las rodillas de su padre, metiéndole un dedo en la boca y contemplando con los ojos muy abiertos aquel rostro fascinante. Patrick se mostraba conforme en su papel de padre, aunque a veces tenía impropios y extraños arranques de mal humor. Era cierto, como había dicho, que no le gustaba cuidar de los niños, pero cuando tenía que hacerlo lo aceptaba de buen grado y en más de una ocasión se ocupaba de lavar, vestir o acostar a Alfred. Mientras cenaba, interrumpido

por el niño, iba dándole a éste trocitos de pastel de carne apropiados al tamaño de su boca, y Alfred los masticaba con el debido agradecimiento. Elizabeth subió con la niña mientras Clara recogía la mesa y se llevaba las cosas a la cocina. Clara era una muchacha de alrededor de quince años, unida a los Hoppner por un parentesco lejano, que llevaba algún tiempo con los Oman haciendo un poco de todo. Aunque no recibía un sueldo, la trataban más o menos como si fuera de la familia. Además de alojamiento y comida, Elizabeth se las arreglaba para comprarle ropa y Patrick le había prometido que, en cuanto le fuera

posible, le daría algún dinero para sus gastos. Los Oman llegaron a este acuerdo con los padres de Clara, que se alegraron de poder librarse de una boca que alimentar, pues tenían muchas, y ofrecer a su hija un hogar adecuado en apariencia, convencidos de que el inconveniente de no recibir un sueldo se compensaría con el hecho de vivir entre parientes. Si hubiera sido una chica del calibre de su prima Alice, o si tuviera un mínimo de espíritu práctico, Clara habría intentado buscar algo mejor de lo que sus padres decidieron para ella, pero era una muchacha de ojos saltones que encontraba la felicidad en cualquier emoción, reaccionaba con exagerada

sorpresa ante la cosa más trivial, se llevaba un susto de muerte cuando Alfred perpetraba alguna de sus continuas fechorías sin importancia y se quedaba boquiabierta de admiración cuando veía ropa o adornos bonitos. Y todo esto, que para mucha gente conformaría una vida de insoportable aburrimiento y monotonía, era para Clara perfectamente aceptable. Su principal capricho consistía en una pequeña colección, atesorada con esfuerzo, de novelas baratas e historias de crímenes, ilustradas estas últimas con grotescos dibujos de los protagonistas. Como tenía muy poco tiempo para leer, y además leía con dificultad, tardaba

mucho en terminar un libro y, aunque sus posibilidades de aumentar la colección eran escasas, rara vez se quedaba sin lectura. Guardaba los libros, con sus cubiertas manoseadas, en una caja de zapatos, debajo de la cama que compartía con Alfred en un dormitorio pequeño que daba a la parte de atrás de la casa. La cama tenía cuatro postes, aunque no cortinas, y era más que suficiente para los dos. La niña dormía en una cuna, en el amplio dormitorio principal de Elizabeth y Patrick.

Este dormitorio era el mejor de la casa. De hecho era la única habitación amueblada como es debido. Tenía una alfombra, una cama con cortinas de

chintz, varios óleos con marcos dorados de complicada hechura, un tocador grande, un guardarropa y un mueble lavabo. El otro dormitorio, además de la cama sin cortinas, no contaba más que con una silla y una hilera de colgadores escondidos detrás de una cortina, y era tan pequeño que en realidad apenas cabía nada más. Clara tenía que lavarse en el fregadero, que comunicaba con la cocina, y espejo no necesitaba. De vez en cuando entraba a hurtadillas en el dormitorio principal para mirarse en el espejo de Elizabeth, pero el extraño esplendor de la estancia le causaba tanto asombro y desconcierto que la mayoría de las veces sólo alcanzaba a ver la

alfombra reflejada en el espejo, que tenía la manía de inclinarse ligeramente hacia delante, y Clara se iba de allí sin darse cuenta de que no había conseguido su propósito. En las habitaciones de la planta baja el mobiliario era igualmente mínimo: la que estaba a la derecha de la puerta principal era la sala de estar, y en la de enfrente sólo había caballetes y cuadros de Patrick, juguetes de Alfred y algunas herramientas y pertrechos indispensables en una casa tan alejada de vecinos y comercios.

Esa noche, mientras se estaba preparando para acostarse, Elizabeth sintió una extraña mezcla de alegría y aprensión. Sabía que a Patrick le

gustaba la soledad —ya lo había visto dar vueltas por la casa, muy ufano y con aire de felicidad, a pesar de que no decía nada—, y también ella, al retirar la pequeña cortina para asomarse a la ventana y contemplar la tenue luz de las estrellas, experimentó una emoción y un sosiego inexplicables. Pero ¡estaban a tres kilómetros y medio de las tiendas del pueblo! ¡Todo lo que se llevaban a la boca dependía de los vendedores ambulantes! ¿Los desatenderían, cuando hiciera mal tiempo, por ser clientes modestos? ¿Y si los niños se ponían enfermos de repente? ¿Y si se incendiaba la casa? Pero no le hacía ningún bien pensar en estas cosas, ya

tenía bastante con la lucha diaria de contentar a todo el mundo, así que más le valía acostarse cuanto antes y recuperar las fuerzas. Se dijo que vivía entregada al bienestar de su familia, y estaba preparada para hacer frente mecánicamente a cualquier obstáculo que pudiera interponerse en el bienestar de los niños, pero la verdadera inspiración de su vida era el deseo de hacer feliz a Patrick. Le pesaba enormemente el amor que sentía por él. La carga de una nación era más liviana que el peso de aquel hombre. Se alejó de la ventana y terminó de desnudarse a oscuras. No se molestó en encender una vela: estaba acostumbrada a lo más

sencillo.

A la mañana siguiente, cuando ya habían desayunado y estaban todos en pie, Elizabeth inspeccionó sus dominios. Descubrió —no se había fijado antes— que había un pequeño huerto detrás de la casa, donde Patrick ya estaba trabajando con la azada. ¡Qué listo era! No había nada que sus hábiles manos no fueran capaces de lograr con destreza y facilidad. Disfrutó un momento del tibio sol de enero, que teñía el paisaje de luz dorada, y vio, a su izquierda, un edificio casi oculto en un recodo del camino.

—¡Pero si hay una casa! —exclamó.

—Tres —dijo Patrick—. Están en construcción. Dentro de unos años esto

será parte del pueblo, y puede que el pueblo para entonces sea una ciudad. Si tuviera dinero, compraría el terreno contiguo para especular —añadió, apoyado en la azada.

—Será muy cómodo estar dentro del pueblo —dijo Elizabeth—. ¡Las tiendas están muy lejos, cariño!

—No las necesitarás mucho —contestó Patrick, incorporándose—. En la cocina hay un barril lleno de harina y un buen trozo de tocino, y además sembraremos coles. No tendrás que comprar más que una vez a la semana, y ya pasarán los vendedores por aquí.

—No soy derrochadora, pero ¿y si de pronto nos quedamos sin algo... sin

té o sin mantequilla?

—Pues ¡nos pasaremos sin ello! — contestó Patrick, volviendo a coger la azada—. ¡Lizzie! —la llamó cuando ya se marchaba—. Esos vecinos...

—¿Sí, cariño?

—Supongo que querrás conocerlos.

Elizabeth sonrió con pesar.

—¡A lo mejor ellos no quieren conocerme! Voy mal vestida, no llevo tacones, y no tenemos una sala de estar decente.

Patrick la miró con su sonrisa lenta y peculiar.

—Serás la mujer más guapa del vecindario, de eso estoy seguro. Pero tampoco queremos tener visitas a todas

horas.

—No —dijo Elizabeth con dignidad. Patrick, que estaba agachado, se abrazó a las rodillas de su mujer y apoyó la cabeza.

—Es una pena que no comamos caracoles, como los franceses —dijo—. Los hay a montones debajo de las coles.

—¡Podemos aprender a prepararlos! —sonrió ella—. ¿Quieres que los probemos a mediodía? —Acarició el pelo de su marido y lo dejó inclinado sobre las coles. Cuando volvía a la casa, pensó: «¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz! ¿Qué otra cosa mejor podríamos comer? Un pudín, tal vez, y las sobras del pastel de carne de mamá para cenar. Aunque no

creo que los caracoles sean una comida indicada para Alfred».

El rostro redondo y asombrado de Clara asomó por la puerta lateral.

—¡Figúrese, señora, que el panadero ya ha venido! Le he dicho que estaba usted hablando con el señor, y volverá más tarde, cuando haya pasado por las casas nuevas.

Elizabeth no tenía ningún inconveniente en que Clara los llamase a Patrick y a ella por su nombre de pila, pero la muchacha parecía disfrutar dándoles un tratamiento de respeto. Le preocupaba bastante Clara, pues es natural que una mujer atareada se inquiete por una criada que sólo piensa

en agradar y hacer poses en vez de atender sus obligaciones. De todos modos, Clara era una chica muy capaz y siempre salía volando a hacer lo que le pedían. Elizabeth no podría formular ninguna queja razonable contra ella, y esa mañana en concreto los defectos de Clara se diluían en una luz de color de rosa. Entró en el fregadero con paso lento y majestuoso.

—No te preocupes —dijo—. Estate atenta por si vuelve el panadero mientras visto a los niños. Voy a acercarme a las tiendas dando un paseo. Termina de recoger el desayuno y despeja la mesa de la cocina para que pueda hacer un pudin cuando vuelva.

Puedes pedirle al señor Patrick que nos corte una col. —Y mientras subía a por su ropa y la de los niños oyó que el chico de la panadería se acercaba silbando por el camino.



V

En casa de la señora Hoppner las cosas discurrían sin contratiempos. Echaba de menos a sus hijos, pero que se hubieran ido significaba menos trabajo para ella. Dependía de su grado de cansancio que se resintiera más de haber perdido la compañía de Elizabeth o, por el contrario, la aliviara no tener tanto que lavar y cocinar. Harriet parecía

indiferente al cambio. Elizabeth se había mostrado algo incómoda y tensa con ella, aunque en realidad Harriet no había pasado mucho tiempo con los Oman. Desayunaba siempre en la cama, bajaba tarde y se sentaba en la sala a tomar el sol cuando todo estaba listo para acogerla. De todos modos, era activa y enérgica y le gustaba pasear: normalmente pasaba parte del día paseando por una zona a medio urbanizar, en las afueras de Norwood, o se iba de compras, a veces hasta el West End. También le gustaba el teatro, y Lewis la acompañaba algunas veces. Eso sí, estipuló que Alice fuese siempre con ellos, y siempre pagaba él. Alice

pensaba, con rencor, que Harriet debería contribuir a los gastos de la velada (ella no podía), pero Lewis no lo habría consentido, aunque ella se hubiese ofrecido. Lewis se daba cuenta de que Harriet no sólo era cuidadosa con su dinero, sino que admiraba la generosidad de los demás, y no reparaba en gastos para invitarlas a cenar ostras después de la función o llevar una caja de dulces cuando iba a verlas, con el fin de investirse de esplendor a los ojos de Harriet. Alice estaba perpleja, no sabía a qué atenerse, y en su frente, sobre sus ojos claros, comenzó a dibujarse un leve frunce. La admiración que manifestaba Harriet, y la tosca posesividad con la

que empezaba a tratar a Lewis, ya no le hacían ninguna gracia. Algunas veces, cuando se retrasaban al salir del teatro mientras Harriet se ponía los guantes con parsimonia, se ajustaba el sombrero y recogía su bolso y su sombrilla, si Lewis prolongaba el proceso con galantería y atención en lugar de acelerarlo, Alice, a quien le gustaba salir corriendo como una gacela en cuanto caía el telón, porque no soportaba verse invadida, aplastada y rodeada por la multitud, casi no podía contenerse. En otras ocasiones Lewis apenas le dirigía la palabra cuando las acompañaba a casa, porque llevaba a Harriet cogida del brazo y la entretenía

con anécdotas sencillas aunque curiosas, a la vez que intentaba impresionarla, preguntándole, por ejemplo, si le gustaban las estrellas. Sí, decía Harriet, tenía debilidad por las estrellas: a veces se preguntaba por qué de día no se veían. Lewis le daba a entender que podía explicarle la razón, aunque era difícil y poco interesante, y prefería pasar el tiempo hablando de lo que a ella le gustaba o le disgustaba. Un día le oyó decir a Harriet, hablando con la señora Hoppner, que no le gustaba la carne acompañada de nada dulce. ¿Eso significaba que nunca tomaba compota con el cerdo? A él le parecía una combinación perfecta, pero quería saber

qué pensaba ella, y le insinuaba, más con la voz o con la presión en el brazo que con palabras concretas, que le interesaba muchísimo su opinión sobre la organización doméstica, porque estaba seguro de que tendría una casa preciosa cuando se estableciera por su cuenta y pensaba que quien tuviera la suerte de vivir en ella sería muy afortunado. Esa noche, cuando llegaron a casa, Harriet y Lewis cogidos del brazo, Alice se rezagó en el jardín mientras la señora Hoppner abría la puerta con una lámpara en la mano, para que nadie viera lo humillada que se sentía ni notara el nudo que se le estaba haciendo en la garganta. Harriet, tras

despedirse de Lewis, dijo: «¡Vamos, Alice!», en el mismo tono con que una institutriz se dirige a un niño, y entró en el vestíbulo con ganas de repasar los acontecimientos de la velada. Alice la siguió, tensa y furiosa, con los ojos llenos de lágrimas, pero Lewis la abrazó junto a la sombra de la casa y la besó apasionadamente. Cuando empezó a darse cuenta de lo que había pasado, él ya estaba cerrando la cancela del jardín, y Alice subió a su habitación con una mezcla de emoción y desengaño.

Al día siguiente, después de haber dormido y reflexionado un poco, se despertó confiada y contenta. Esos instantes en los brazos de Lewis valían

mucho más que las largas tardes de desesperación y los largos días de intriga, y, como la visita de Harriet se acercaba a su fin, Alice pensó que más le valía espabilar y ver si conseguía sacarle algo. Estuvo especialmente simpática con Harriet esa mañana, y cualquiera se habría conmovido al ver la inocencia infantil con que ésta respondía a las pequeñas muestra de interés y buena voluntad. Simular afecto era algo que ni mucho menos estaba en la naturaleza de Alice. Se encontraban en la sala de estar, mientras la señora Hoppner, con ayuda de una asistente ocasional, trajinaba en otras zonas de la casa. El precioso joyero de Harriet

estaba encima de la mesa. Era un cofre de madera pulida, con un medallón de porcelana decorada en la tapa, almohadillado y forrado de terciopelo turquesa por dentro. Alice admiró el joyero y elogió el dibujo del medallón, y Harriet empezó a enseñarle los pequeños tesoros que guardaba en él: los pastilleros de madreperla tallada, un estuche de agujas con un pequeño orificio que, al acercar la vista, ofrecía una perspectiva completa de la ciudad de Llandudno; una Biblia en miniatura; un alfiletero que era una réplica exacta de una fresa; una pequeña vinagrera bañada en plata; todos estos exquisitos objetos los fue depositando con

confianza en las manos de Alice, uno por uno, mientras ésta los contemplaba y toqueteaba con mucha ilusión. Consiguió interesarse sinceramente por unos momentos, y el forro de terciopelo sedoso le pareció divino. ¡Qué no daría ella por una docena de metros de aquella tela! Le recordó a Harriet que había dicho que necesitaba ayuda para poner un lazo nuevo a su vestido de seda azul, y con este pretexto la llevó a su dormitorio. Una vez allí le fue fácil animarla a que le enseñara sus vestidos. A Harriet le encantaba que admirasen sus pertenencias y empezaba a pensar que Alice era una chica muy simpática y que por fin la estaba conociendo. Tenía,

además, una sensación interna de alegría y felicidad ciega que la predisponían a ser amable con todo el mundo, y Alice, por ser la cuñada del señor Lewis, era un objeto de especial interés para ella. Estaba junto al ropero, recorriendo con una mano la hilera de vestidos, cuando de pronto le entraron ganas de regalarle uno a Alice, el que más le gustase. Se volvería y le diría: «Alice, escoge un vestido. Puedes elegir el que quieras, sin pensar en lo que cueste». Como es natural, las mejores prendas las había dejado en casa, pero cualquiera de las que había traído sería un regalo fastuoso para una chica tan pobre como Alice. Este impulso llenó a Harriet de alegría,

y se volvió con las palabras en los labios. Alice se encontraba delante del tocador, y por tanto reflejada en el espejo, probándose un broche de Harriet: el de color granate, que estaba en una bandeja de porcelana. Había en su rostro, mientras contemplaba su imagen, una seriedad tan asombrosa, a pesar de su redondez juvenil, y una expresión de codicia y vanidad tan intensas, que Harriet se quedó petrificada. La actitud de Alice le pareció una impúdica y violenta agresión contra su propiedad y, presa de una furia incontenible, dio un paso al frente y apretó los dientes.

—¡Eso es mío! —dijo.

Alice soltó el broche.

—Sólo lo estaba mirando —
contestó, aterrorizada.

Harriet no contestó, pero guardó el broche en el joyero, lo cerró de un manotazo y, después de hacer lo mismo con la puerta del armario, salió de la habitación refunfuñando.

Alice, que había palidecido, tardó unos momentos en aplacar su temblor. Un profundo desengaño y la sensación de que le habían arrebatado algo a lo que tenía derecho la colmaron de odio. Buscó epítetos con los que expresar su rabia y su desprecio, pero no se le ocurrió ninguno que no fuese infantil. Salió corriendo y vio a su madre en las

escaleras. Si Harriet se había quejado, aunque le traía sin cuidado lo que pudiera decir su madre, no estaba en condiciones de soportar otro disgusto. Bajó los ojos y siguió adelante con recato. La señora Hoppner no dijo nada, porque subía únicamente a buscar un mantel limpio. Estaba disgustada con Alice, pues veía que Lewis ya no se mostraba tan atento con ella como antes, pero en su fuero interno se alegraba. Aun cuando había llegado a convencerse de que era inevitable que se casaran, y estaba preparada para aceptarlo de buen grado, si algo al final lo impedía, tanto mejor. Alice no necesitaba admiradores, y había muchos hombres con unos

ingresos decentes, aunque fueran menos listos y elegantes que Lewis. No albergaba la menor duda de que su hija armaría un escándalo cuando comprendiera que él no tenía intención de casarse con ella, pero tampoco podía decirse que Alice fuera precisamente agradable en el mejor de los casos, y sus berrinches eran el pan de cada día. Este tipo de reflexiones, aunque la imbuían de fortaleza, no propiciaban la armonía y la conversación, y esos días rara vez hablaba con su hija. Pensaba que a ella le daba igual, y no se equivocaba. Alice estaba retraída y era difícil saber en qué ocupaba su tiempo, pero adelgazó en cuestión de días: el precioso cuello que

sostenía la cabeza redonda, con esa curva tan delicada en la barbilla y la mandíbula, cobró un contorno mucho más anguloso, y tenía los ojos enrojecidos. Pese a que había sufrido muchos contratiempos, no sabía lo que era un problema o una preocupación grave, y la embargaba una extrañeza que, sumada a la pena, le daba un aire perplejo y doliente capaz de conmover a quien la viese, aunque tendía a disipar este halo de misterio con fogosos estadios de ira que la transformaban en una vulgar fierecilla. Y es que la confianza que Lewis le había infundido con aquel beso empezaba a menguar sin remedio, y conforme crecían la

inseguridad y el nerviosismo de Alice, Harriet se mostraba cada vez más orgullosa y serena. No tardó en olvidar su indignación por el incidente del broche, y volvió a tratar a Alice con creciente amabilidad. Alice despreciaba estas muestras de buena voluntad con todo el descaro del que era capaz, si bien la certeza de que no contaba con nadie plenamente entregado a su causa, alguien en quien pudiera confiar, la impelía a dominarse y a ser muy cautelosa, y hasta evitaba sentarse en la sala cuando había alguien allí. Prefería refugiarse en el piso de arriba y coser a la luz de una vela o leer una novela comprada en Holywell Row que

escondía debajo del colchón y que le había prestado una conocida de costumbres libertinas. No había vuelto a su dormitorio, pues la señora Hoppner no quería molestar a Harriet, así que se instaló en el que Patrick y Elizabeth habían dejado vacío.

La noche anterior a la partida de Harriet, Alice estaba algo más animada y convencida de que las cosas mejorarían cuando ella se hubiera marchado. ¡Qué mujer tan repugnante! Se incorporó de la almohada en la que se había reclinado y se alisó la falda. La vela, sobre el tocador, no iluminaba la habitación en penumbra, sino un espacio de intensas luces y sombras en cuyo

centro se encontraba ella, ruborizada y despeinada, con mucho color en algunas zonas, casi borrada por la oscuridad en otras, y la visión se le antojó tan deliciosa que avanzó hacia su propia imagen con la placentera conciencia de que ningún hombre podría despreciarla. Tenía la convicción de que Lewis estaba enamorado de aquella muchacha reflejada en el espejo, y se dijo que había sido muy tonta y retorcida al dejarse llevar por fantasías descabelladas y dar a las cosas mucha más importancia de la que tenían. ¡No era de extrañar que Lewis estuviese un poco harto de ella, por comportarse así! Lo esperaban esa noche; de hecho, ya

había llegado. Tenía que arreglarse, bajar y encandilarlo como bien sabía. No se le ocurrió pensar en lo sencillo que había sido seducirlo cuando sólo estaba un poco encaprichada con él, y en que los días tan malos que acababa de pasar tal vez significaran, entre otras cosas, que no era del todo dueña de sus actos y no tenía el poder suficiente para ordenar a su alegría y su encanto que acudieran en su ayuda cuando deseaba mostrarse radiante. En ese momento no pensaba más que en ponerse presentable y bajar a la sala. ¡Eran las nueve! No quiso cenar, con el pretexto de que tenía el estómago un poco revuelto, pero Lewis llegó después de la cena, y, si

ahora decidía aparecer, su madre no haría ningún comentario, pues estaba más que acostumbrada a las rarezas de Alice. Se arregló la falda y bajó corriendo las escaleras. Se detuvo un segundo en el vestíbulo. La señora Hoppner estaba fregando en la cocina, y la puerta de la sala estaba abierta. Vio a Lewis al lado de la chimenea, inclinado sobre Harriet, que estaba sentada en una silla baja, tejiendo, con cara de pánfila, no le cabía la menor duda, a pesar de que no le veía la cara.

—Entonces, ¿se lo dirás a tu madre mañana, en cuanto vuelvas a casa? — dijo Lewis en voz baja.

Alice se detuvo detrás de la puerta,

petrificada. ¿Qué secreto podía tener Lewis con Harriet que nadie más supiera? La respuesta de Harriet fue inaudible, y la escena resultó para la observadora indescriptiblemente intensa y confusa. Los miró a los dos como si los viera por primera vez. Lewis cogió entonces la mano de Harriet para besarla, y ella apartó su labor para estrechar la mano de él entre las suyas y llevársela a la mejilla. Él levantó la cabeza y miró hacia la puerta. Tenía una expresión extrañísima, pero Alice no se detuvo a examinarla. Corrió escaleras arriba, desesperada de ira y horror, y se encerró en su habitación, pero nadie se preocupó por ella.

La señora Hoppner entró en la sala cuando la llamaron para darle la noticia y expresó sus felicitaciones con cierta reserva, y aunque Harriet parecía pletórica y preguntó: «¿Dónde está Alice?», enseguida se distrajo con un comentario de Lewis. El invitado no tardó en retirarse. Al día siguiente tenía que ir a trabajar y no podía despedirse de Harriet, pero prometió pasar por casa de la señora Ogilvy el domingo siguiente, y Harriet subió a acostarse poco después de que él se marchara.

La señora Hoppner estaba desconcertada, aunque en un estado de pasividad. Se imaginaba que a su prima Ogilvy no iba a hacerle ninguna gracia

aquel enlace. Era una mujer de mucho carácter, y muy probablemente se enfrentaría con Lewis. Pero Harriet no renunciaría a su pretendiente sin pelear, de eso estaba segura la señora Hoppner. Pensó que su prima tal vez le echara la culpa de que Harriet hubiese conocido a Lewis, pero ¿quién habría podido evitarlo? Lewis frecuentaba la casa como pretendiente de Alice y eso debería haber bastado para disipar toda sombra de duda, más aún a la vista de la diferencia que había entre las dos muchachas. De todos modos, aunque la señora Ogilvy se enfadara con ella, lo peor que podía pasar era que la privase del beneficio económico que le

reportaban las visitas de Harriet, y ésta tampoco volvería si el matrimonio finalmente llegaba a celebrarse. No, el problema más acuciante de la señora Hoppner era Alice. Confiaba, no obstante, en que el berrinche se le pasara pronto. Lo que tenía que hacer era salir y buscarse a otro, a un hombre más competente y en condiciones de cuidar de ella sin que su madre se viera obligada a prolongar sus sacrificios.

La reacción de Alice, cuando Harriet se marchó, fue mejor de lo que su madre esperaba. No se quejó de nada, y la señora Hoppner se abstuvo de mencionar a Lewis en su presencia. Al principio, ni siquiera lloró, o al menos

no dio señales de haber llorado. El lunes siguiente, sin embargo, un día precioso que presagiaba la llegada de la primavera, cuando volvía de la oficina de correos y estaba a unos pasos de su puerta, Alice se encontró con la señorita Croker, la costurera del vecindario. Tenía su negocio en una calle cercana, en una casa de ladrillo amarillo con una placa de bronce en la entrada, y se llevaba muy bien con Alice. Más de una vez habían intercambiado confianzas detrás de las cortinas de encaje de la sala de la modista, donde el espejo de cuerpo entero, la máquina de coser y el sofá cubierto de retales y de hilos daba a la estancia un aire profesional algo

discordante con el resto de la decoración. La señorita Croker se tomaba mucho interés cuando cosía para Alice, pues, aunque era una clienta de lo más exigente y quisquillosa, siempre sabía exactamente lo que quería, lo explicaba con absoluta claridad y la felicitaba calurosamente cuando el vestido estaba terminado. Además, tenía muy buenas ideas, y la modista se servía de ellas, con algunos retoques, para hacer sugerencias a otras clientas sin imaginación, y eso le daba una fama de estilo y buen oficio que en verdad se merecía, por lo poco que le cobraba a Alice en consideración a su modesta posición. En ese momento, la señorita

Croker cruzó la calle y se acercó a hablar con ella.

—Señorita Alice, ¿quiere que empecemos a hacer ese vestido de crepé malva? El mes que viene tendré mucho trabajo para el señor Samuelson, y seguro que para entonces ya habrá llegado el buen tiempo y querrá usted ponérselo. —Le asombró mucho que Alice no respondiera. Miró a la modista, blanca como un cadáver, murmuró unas palabras ininteligibles y entró corriendo en el jardín y en su casa. Esa misma noche envió una nota a la señorita Croker, en la que le decía que no podía llegar a ningún acuerdo con ella por el momento. «¡Qué raro! —pensó la

modista—. ¡Es muy raro! Si es por el dinero podía habérmelo dicho y lo habríamos solucionado». Estaba decepcionada porque tenía muchas ganas de hacer aquel vestido, por orgullo profesional. Era un modelo muy elegante y muy original.

A partir de ese día, Alice se entregó al llanto. Con frecuencia tenía los ojos hinchados y a veces, cuando se sentaba en la sala, no hacía ningún esfuerzo para disimular sus lágrimas. A la señora Hoppner no le preocupaba. La gente que sólo sabía sentarse a llorar no era un motivo de preocupación.



VI

La señora Ogilvy estaba horrorizada. Harriet llegó a casa diciendo: «Mamá, voy a casarme con un joven muy atractivo, cuñado de Elizabeth Oman». Y su madre lo tomó por una fantasía, fruto de las atenciones de un hombre sin mala voluntad, fuera quien fuese. Se sintió agradecida de que hubiera sido amable con la pobre Hatty y le hubiese permitido disfrutar como

las demás mujeres, y pensó que tal vez no se había dado cuenta de que no debía tratarla con tanta amabilidad, pues Harriet se haría más ilusiones de las debidas y tardaría algún tiempo en olvidarlo. Pero, poco a poco, a medida que pasaba la tarde y Harriet no hablaba más que de Lewis, de su generosidad, de su precioso bigote negro, de su galantería y de su intención de venir el domingo siguiente, la señora Ogilvy empezó a preocuparse. Al principio no se alarmó, porque el asunto le parecía un disparate de principio a fin, pero por primera vez pensó que había corrido un riesgo muy grande al dar a Harriet la posibilidad de obrar a sus anchas, y lo

extraño era que eso no hubiese pasado antes. Siendo como era Harriet, parecía inconcebible que una persona decente quisiera casarse con ella, y hasta entonces la señora Ogilvy se había negado a ver que en el mundo hay bastantes personas que distan mucho de ser decentes. Por otro lado, habida cuenta de lo holgadas que habían sido siempre sus circunstancias, era asombroso que una mujer tan sensata como ella no hubiese reparado en que la fortuna de Harriet podía ser un cebo para hombres sin recursos. El caso es que, ahora que por fin había abierto los ojos, lo veía todo claro como el agua. Cuando tenía delante un ataque directo

contra la propiedad, la señora Ogilvy no se tomaba el dinero y la comodidad ni mucho menos a la ligera. Conocía al céntimo el valor de todas sus posesiones, al detalle la cuantía de la fortuna presente y futura de Harriet, y cuanto más miraba a su alrededor y calculaba su patrimonio, más impúdico y abominable le parecía aquel robo descarado que, a juzgar por todas las apariencias, Lewis se proponía cometer. «Es un robo —pensó—. ¡Y eso nadie me lo va a quitar de la cabeza!». Se avergonzó mucho, en un principio, al imaginarse que sorprendía a Lewis llevándose el servicio de té de plata o las joyas de Harriet, legado de su tía

Bowaters. Esa noche, sin embargo, en el dormitorio de su hija, mientras esperaba para apagar la vela como todos los días, al ver que Harriet parecía haberse olvidado de los desagradables comentarios con que ella había contestado a algunas de sus observaciones sobre Lewis, cuando la muchacha, con voz inocente y deslumbrada, dijo: «¡El señor Lewis conduce una calesa en su tiempo libre!», la señora Ogilvy prefirió callar, pero, al inclinarse para darle un beso y apagar la vela, pensó que Lewis era un sinvergüenza sin escrúpulos, y en ese momento no era el dinero lo que tenía en mente.

El domingo se preparó para recibir a Lewis a solas, en la sala de estar. Harriet quería acompañarla, pero su madre, en parte con súplicas, en parte con órdenes, aunque se le encogió el corazón al insinuarle que cuando un caballero venía a exponer un asunto de esta naturaleza no era decoroso que la dama interesada estuviera presente en la conversación con los padres, se las arregló para que, alrededor de las dos y media, Harriet subiera a su habitación. La señora Ogilvy llevaba un majestuoso vestido de damasco que había sido parte de su indumentaria de luto por su primer marido, el señor Woodhouse. Casi podía decirse, tal era su desazón, que se sentía

como si acabara de enviudar, pero no quería que el problema cayera sobre los hombros de su marido, por dos razones: era consciente, cuando se casó con él, de que el señor Ogilvy temía ver alteradas sus costumbres de estudio y retiro, y fue el empeño de ella lo que permitió que la boda llegara a celebrarse finalmente; por eso se sentía en la obligación de ahorrarle cualquier conflicto o distraerle con asuntos mundanos, más todavía cuando éstos concernían exclusivamente a su propia familia y no a él. Además, no deseaba confiar a nadie lo que se proponía decirle al señor Lewis. Estaba dando vueltas a estas cosas con cierta

satisfacción cuando le anunciaron la llegada del caballero.

De haber albergado la señora Ogilvy la vana esperanza de que, en el fondo, el joven sintiera algún cariño por Hatty, al ver lo dulce que era la pobre chica a pesar de su rareza, de que Lewis Oman quizá fuese un hombre a quien, por más que ella estuviera en desacuerdo con la boda, podía confiarle el cuidado de su hija, con la tranquilidad de que la pareja viviría holgadamente con el dinero de Harriet, esa esperanza, si en algún momento había llegado a dibujarse, se esfumó en el preciso instante en que Lewis cruzó el umbral de la puerta. La señora Ogilvy sabía perfectamente que

era la única que de verdad se preocupaba por Hatty, y que el resto del mundo, en lo más hondo de su corazón, prefería que la muchacha no existiera. No podía culpar a nadie. Era demasiado realista para eso, pero, si hubiese una persona capaz de mostrar una chispa de ternura, más allá de la tolerancia cortés y la forzada amabilidad con que todo el mundo trataba a su hija, la señora Ogilvy sabría ofrecer a ese hombre toda su simpatía, todo su apoyo, fuera quien fuese. Nunca había esperado encontrar nada por el estilo, aun cuando fuese posible que el fantasma de esta esperanza irracional estuviera agazapado en algún rincón de su

conciencia, a juzgar por la doble decepción con que examinó a Lewis Oman cuando lo vio entrar con tanta desfachatez.

El papel que Lewis tenía que interpretar exigía desenvoltura y fingimiento a partes iguales, para hacerse pasar por un pretendiente desinteresado, y eso no estaba al alcance de ningún ser humano que no fuera el rey Ricardo III. Lewis no era «una vil araña» y tampoco había nacido en un lugar recóndito que se entretiene con el viento y desprecia el sol. Su alcance era mucho más limitado que el del temible monarca, pero lo que era, Lewis lo era con todo su ser. La

intensidad de sus propósitos le permitía ejercer sobre los demás una influencia que no se correspondía con su inteligencia, como le sucedía a su hermano Patrick, y en ese momento, cuando se sentó delante de la señora Ogilvy, descarado, tirando a bajito, con aspecto de clase media baja y un atractivo del montón, consiguió que incluso una mujer tan firme como su anfitriona tuviera un mal presentimiento. Él, por su parte, se sintió aliviado al ver que era la clase de mujer que no se andaba con dobleces, y pensó que lo único que tenía que hacer, lo único que podía hacer, era declarar su intención de casarse con Harriet y hacer realidad esa

intención lo antes posible.

—Tengo entendido, señora Ogilvy —dijo, dejando el bombín y el bastón en el suelo y cruzando las piernas—, que su hija ya le ha hablado de nuestro compromiso.

—Mi hija me ha contado que ha sido usted muy atento con ella y le ha hablado de matrimonio, pero seguramente usted es consciente de que el matrimonio está fuera de lugar para ella. Completamente fuera de lugar.

—Yo no lo veo así en absoluto —contestó Lewis despacio—. A decir verdad, deseo que podamos casarnos lo antes posible, como es natural.

—No intente engañarme —replicó la

señora Ogilvy en tono perentorio—. No es necesario discutir con usted que mi hija no está en condiciones de casarse con nadie. Aunque lo estuviera, permítame que le pregunte cómo tiene la insolencia de pedir su mano. ¿Tiene usted relaciones? ¿Futuro? No sé si se da cuenta, señor Oman, de la clase de personas que somos.

—Perfectamente —dijo Lewis con una sonrisa—. En lo que se refiere a mi futuro, en este momento gano veinticinco chelines a la semana, y es posible que en verano me suban el sueldo a treinta. Su hija cuenta con cinco mil libras, ¿no es cierto? ¿No quiere que alguien se ocupe de ese dinero cuando usted falte? Usted

no vivirá eternamente, si me permite decirlo así.

Lewis pronunció estas palabras como una mera exposición racional, lo que impidió a la señora Ogilvy acusarlo de impertinencia y echarlo de inmediato. De todos modos, le contestó muy enfadada.

—Usted mismo, señor Oman, acaba de ofrecer excelentes razones por las que esa boda es imposible desde un punto de vista material. Desde otro punto de vista es indecente y, sepa además que... aunque mi hija sea tontita, es carne de mi carne y muy querida para mí: no consentiré verla convertida en presa de un cazafortunas andrajoso, de

una víbora como usted.

—Habla usted como si toda la suerte estuviera de mi lado —replicó Lewis con gravedad—. Puedo asegurarle que hay varias personas que se alegrarían mucho de casarse conmigo. De hecho, estoy causando una enorme decepción, y eso es algo que no me agrada. Que *yo* me case con su hija sorprenderá tanto como que *ella* se case conmigo.

La señora Ogilvy trató de intimidarlo, mirándolo con todo su disgusto y su desprecio, pero Lewis no se inmutó.

—¿Puedo preguntarle por qué? —preguntó entonces con fingido interés, aunque en un tono bastante neutro, a la

vista de la socarronería y la impasibilidad del joven. Lewis no se dio prisa en responder. Cambió las piernas de posición y apoyó una mano en la rodilla.

—Las mujeres me encuentran atractivo —dijo.

Esto colmó la paciencia de la señora Ogilvy. En un arranque de desdén, fulminante como el rayo y enérgico como el trueno, exclamó:

—¡Atractivo! ¡Sí, yo diría que es usted de los que gustan a las criadas!

Por primera vez Lewis se mostró vulnerable. Se puso colorado y adoptó por un momento una expresión muy poco favorecedora. No obstante, enseguida

recobró la compostura.

—Su hija parece ser de la misma opinión —dijo.

—De mi hija no es necesario que hablemos.

—¿Por qué no? —preguntó Lewis con frialdad.

La señora Ogilvy intentaba no perder la calma. Se puso en pie y habló en tono tajante.

—Quiero que lo entienda de una vez por todas, señor Oman: está fuera de lugar, y no necesita usted que nadie se lo diga, que las amistades de mi hija no volverán a darle la oportunidad de repetir sus proposiciones. Mi hija no puede casarse con nadie, pero ¡casarse

con usted es una idea que no merece ni un instante de consideración!

Lewis no se había levantado cuando lo hizo la señora Ogilvy. Siguió sentado, con los pulgares enganchados en las axilas del abrigo, recostado en el asiento, para poder mirarla a la cara.

—Y ¿puedo preguntarle cómo piensa impedirlo? —dijo. Vio que ella parecía desconcertada y añadió—: Su hija tiene edad más que suficiente, es dueña de sus actos y cuenta con su propio dinero. Quiero casarme con ella y ella quiere casarse conmigo. Permítame que se lo pregunte una vez más: ¿qué le hace pensar que usted tiene algo que ver en este asunto?

Si se atrevió a hablarle con tanta brusquedad fue, en parte, porque comprendió que bajo ningún concepto podía esperar la ayuda de la señora Ogilvy y por tanto sería más ventajoso dejarse de sutilezas; y en parte también —aunque no sabía hasta qué punto—, por el comentario que ella había hecho sobre su presencia física.

—Señor Oman —respondió la señora Ogilvy con mucha dignidad—. Tengo que pedirle que se vaya inmediatamente.

—Muy bien —dijo él, poniéndose en pie—, pero le aseguro que volverá a saber de mí. Creo que vive usted muy cómodamente con el dinero de Harriet y

tiene sus razones para querer que ella siga soltera. —Guardó silencio al oír que el pomo de la puerta se movía.

—¡Harriet! —exclamó la señora Ogilvy—. Vete de aquí. Te dije que...

Los ojos de Lewis brillaron de emoción: la llegada de Harriet era sin duda un golpe de suerte. Ya empezaba a imaginarse merodeando por los alrededores de la casa a la espera de tener la oportunidad de hablar con su prometida en la calle. Fue derecho a la puerta y cogió a Harriet de la mano para que entrase en la sala. Ella hizo un ruido extraño, como una risotada de placer, y se cogió del brazo de Lewis.

—Querida mía —dijo Lewis, en un

tono tan distinto del que había empleado para dirigirse a la señora Ogilvy que ésta casi se sobresaltó—. He venido hasta aquí para verte, pero tu madre me ha ordenado que me vaya. No te preocupes. Me verás pronto: volveré tantas veces como sea necesario y, si alguien trata de impedírmelo, vendré con la policía. Organizaremos la boda en cuanto nos sea posible... digan lo que digan, ¿verdad que sí?

—Sí, nuestra boda —dijo Harriet, embelesada, sin apartar los ojos de él.

—Y me serás fiel, ¿verdad que lo serás? —preguntó. Harriet lo miró boquiabierta, con el rostro desencajado—. ¿Verdad que eres mía?

—¡Señor! —exclamó la señora Ogilvy, sobreponiéndose al pasmo—. ¿Cómo se atreve? ¡Salga de mi casa ahora mismo!

Él la miró con gesto frío y desafiante.

—Ya me voy —dijo—. Antes tengo que darle a mi novia un regalo. —Sacó un pequeño paquete del bolsillo y soltó el brazo de Harriet para ponérselo en la mano. Hecho esto se marchó. La señora Ogilvy corrió tras él con mucho alboroto, pero Lewis salió tan deprisa que la puerta principal se cerró de un portazo antes de que ella pudiese darle alcance. Temblando de indignación y horror, volvió a la sala de estar, donde

Harriet estaba abriendo el papel de seda que envolvía un dedal de oro falso, adornado con rubíes de cristal. Lo contempló extasiada.

—¡Mira, mamá! ¡Qué amable! ¡Qué preciosidad! ¿No es una maravilla? — Tan ilusionada estaba con aquella baratija que, por un momento, se olvidó de la precipitada partida de su enamorado, pero, al ver la expresión de su madre, cambió de tono y le dijo con reproche—: ¿Por qué has sido tan descortés, mamá? ¿Por qué no has invitado a cenar al señor Lewis? Ha venido de muy lejos, ¡y lo has echado! —Hizo un mohín con los labios, como si estuviera a punto de llorar.

—Hatty, cariño —dijo su madre—. No soy descortés. No pienses eso, hija mía. Tu madre sabe más que tú. No debes volver a ver a ese hombre. —Harriet la miró con aire incrédulo—. ¡Nunca! —insistió la señora Ogilvy—. Es cruel y malvado. Sólo quiere tu dinero. Cuando lo haya conseguido perderá todo interés por ti.

Harriet se puso seria, al oír hablar del dinero, pero posó la mirada en su mano, donde tenía la última prueba de la generosidad y el afecto de Lewis, y su expresión volvió a iluminarse.

—Eso es una tontería, mamá. ¡Me regala muchas cosas! Además, ya me advirtió de que dirías eso. Dijo que las

madres nunca quieren que sus hijas se casen. Tú quieres que sea una solterona. Pues ¡no lo seré! —gritó, mirando a su madre con esa extraña elevación del labio superior por encima de los dientes. La señora Ogilvy, preocupada por que su hija sufriera, apartó de momento todos los demás sentimientos y, aunque perseveró en su actitud y siguió señalando que la boda era imposible, negándose a tranquilizar a Harriet con falsas promesas y palabras de consuelo, procuró al mismo tiempo apaciguarla y consolarla con una insólita manifestación de ternura y cariño. Pero Harriet no reaccionó. Quería mucho a su madre, y era por lo general una hija

buena y dócil, pero en ese instante estaba poseída por un único deseo: resistir para preservar algo que su instinto le decía que no podía perder. Hizo oídos sordos a todos los intentos de persuasión y sólo respondía para repetir que estaba decidida a casarse lo antes posible. Poco a poco, con lento y escalofriante horror, oponiéndose al principio pero dándose finalmente por vencida, la señora Ogilvy comprendió que no podía impedirlo. Harriet no sólo era independiente a efectos legales, sino que además tenía la determinación suficiente para llevar a cabo sus propósitos. La dependencia de su madre, que siempre había sido un rasgo tan

marcado en ella, no era tanto fruto de su incapacidad como de la circunstancia de que, al tener la mentalidad de una niña, hallaba un placer infantil en que le dieran las cosas hechas y recibía de buen grado toda la protección y la indulgencia que su madre quisiera darle; pero, si decidía buscar estas cosas en otra parte, era muy capaz de trasladar su dependencia a otra persona. La señora Ogilvy era consciente de que su autoridad, que a veces había bastado para sobrellevar el día a día por pura rutina, sería inútil en esta ocasión. Sólo podía tratar a Harriet de igual a igual y suplicarle humildemente, aunque con todas sus fuerzas, que consintiera en

seguir su consejo. Cediendo a un arranque de sentimentalismo que jamás había conocido, con los ojos llenos de lágrimas, le rogó que se quedara con ella y no hiciera nada sin su consentimiento. Pero Harriet parecía haber perdido por completo la capacidad de comprender todo lo que no fuera su propio empeño y se emperró en repetir que iba a casarse, que nadie podía impedirselo, que se marcharía y se casaría en ese mismo instante.

La señora Ogilvy, tomando conciencia al fin del estado de las cintas de su cofia, de sus ojos llorosos y de su insólita posición delante de la silla en la que estaba Harriet, despegó las rodillas

del suelo y recobró la compostura.

—¡Me casaré, digas lo que digas! — repitió Harriet, inclinando la cabeza hacia delante con un gesto de imperturbable obstinación.

Su madre la miró mientras se arreglaba la cofia en el espejo y sintió una repugnancia feroz, una exasperación incontenible.

—¡Eres una mala hija, una desagradecida! ¡Me sacas de quicio! ¡Con todo lo que he hecho por ti!

Se retiró a su habitación sin decir más y se encerró a rumiar su indignación y el mal trato que estaba recibiendo. Pensó que había tenido una paciencia admirable con su hija desde que era

adulta, en lo mucho que la había querido y había sufrido por ella, en lo mucho que se había sacrificado. Era la primera vez que pensaba así, porque nunca, hasta ese momento, había tenido que exigirle a Harriet que correspondiera a sus desvelos mostrando obediencia en ningún asunto de importancia y, al verse rechazada, tomó conciencia de que había ejercido sus difíciles obligaciones maternas con amor y lealtad y esperaba así, aunque no fuese razonable, un reconocimiento a tanto esfuerzo por parte de su hija, cuya deficiencia mental tan difícil le había hecho sobrellevar la maternidad. Por si esto fuera poco, la irritación que produce en una persona

sensata ver a otra empeñada en cometer una estupidez, y la ira de una mujer autoritaria que por primera vez se ve desafiada en su propia casa, llevaron a la señora Ogilvy a sentirse tan dolida y enfadada que, sucumbiendo a una debilidad insólita, fue a exponerle sus cuitas a su marido y a pedirle ayuda y consejo.

—Es que hay cosas —dijo, secándose los ojos— que me desbordan, aunque pueda soportarlas.

El señor Ogilvy detestaba el desorden y agradecía que lo eximieran de preocupaciones, pero esta vez lamentó que su mujer no hubiera dejado el asunto en sus manos desde el

principio. Cuando ella le hubo explicado las circunstancias en la medida en que sus propias diatribas y exclamaciones se lo permitieron, el señor Ogilvy vio que no era mucho lo que podía hacer con Lewis a esas alturas. El pretendiente había plantado batalla y no cabía albergar la esperanza de librarse de él si no era por la fuerza. Si hubiese podido cogerlo a tiempo, tal vez el señor Oman se hubiera avenido a razones y habría aceptado desaparecer a cambio de una módica cantidad, pero ya no era posible. Además, aun cuando él no hubiera desestimado ofrecer una pequeña suma de dinero, para que el pretendiente renunciase a un proyecto

que en su opinión jamás había debido atreverse siquiera a formular, su mujer no lo habría tolerado. De todos modos, ya no servía de nada pensar en eso, pues se había demostrado la poderosa influencia que Lewis ejercía sobre Harriet, y bien que lo sabía ese sinvergüenza. La cuestión de qué hacer con Harriet, y la posibilidad de hablar con ella, fue la siguiente preocupación del señor Ogilvy, pero le bastó verla atrincherada en su obstinación para convencerse de que no había manera de que entrase en razón. Siempre había sido muy tímido y reservado con Harriet, y en su fuero interno se alegró mucho al comprender que era inútil dirigirse a la

muchacha en esta ocasión. Era evidente que estaba fuera de lugar tratar con cualquiera de las partes y, por tanto, había que recurrir a la ayuda exterior: si una mujer de treinta y dos años y con recursos propios decide casarse en contra de los deseos de su familia, no hay nada que la familia pueda hacer para impedirlo. El señor Ogilvy no era partidario de planes románticos de secuestro o reclusión, pero se le ocurrió que quizá fuera posible incapacitar legalmente a Harriet y ponerla bajo la tutela del Tribunal de la Cancillería. Dudó un poco antes de proponérselo a su mujer, pero cuando finalmente se decidió a exponerle la idea, ella la

aceptó con mucha más tranquilidad de lo que cabía esperar. Lo cierto es que, cuando terminó de explicárselo y le hizo comprender que, si conseguían una resolución de incapacidad, Harriet no podría casarse sin el consentimiento del juez competente —lo que permitiría a la señora Ogilvy exponer ante el tribunal sus objeciones contra el pretendiente—, su mujer se aferró a esta idea como si viera el cielo abierto.

—Pero seguirá viviendo en casa con nosotros —dijo—. No quiero que la llevemos a uno de esos asilos horribles. Ni puedo ni quiero perderla de vista. Ya sabes que en todo lo demás está tan cuerda como tú y como yo, y ella no

debe enterarse de nada. —Llena de esperanza, escribió de inmediato al médico de la familia para pedirle que ofreciera las pruebas necesarias del estado de Harriet.

—Al mismo tiempo —dijo su marido—, creo que deberías averiguar si se puede hacer algo con sus bienes, garantizar que sólo Harriet pueda disponer de ellos, por si llegara a casarse. No digo que sea posible. En realidad, puesto que el dinero no es tuyo, me inclino a pensar que no podrás hacer nada. Pero harías bien en consultarlo de todos modos. Naturalmente, si el tribunal se hace cargo del caso, no será necesario.

La señora Ogilvy se sintió muy agradecida y tranquilizada y, cuando dejó a su marido una vez más en posesión de su estudio, pensó que algunas cosas sólo un hombre sabía arreglarlas. Aunque en ciertos aspectos el señor Ogilvy era tan desvalido como un niño, cuando se trataba de un asunto grave, su serenidad y su inteligencia eran para ella una guía y un apoyo incalculables en mitad de la tempestad. A la vez que enviaba la carta al doctor Williams escribió al abogado de la familia, para pedirle que la recibiese al día siguiente si le era posible. Quería entregarle la declaración jurada del médico con el fin de que pudiese

presentarla en las instancias oportunas y preguntarle también si, entretanto, podía hacerse algo para asegurar el dinero de la pobre Hatty. El enfado con su hija fue pasajero y en ese momento sólo deseaba demostrarle su cariño y reconciliarse con ella lo antes posible. Harriet tampoco le guardaba rencor. Se habría atrincherado en una actitud hostil si la prohibición de la boda hubiera vuelto a salir a colación, pero su madre se abstuvo de volver sobre el tema. Al contrario, intentó que Harriet se interesara por otras cosas: un abrigo nuevo, algunos vestidos para la primavera y una visita al Palacio de Cristal, entre otras distracciones.

Harriet respondía a cualquier muestra de bondad como una niña, y siempre había vivido arropada por la bondad de la señora Ogilvy. Sólo un profundo instinto primitivo y ajeno a su dominio, como son las mareas ajenas al dominio del ser humano, podía inducirla a enfrentarse con su madre. Y, ahora que la causa de su desacuerdo se había archivado, siguió portándose exactamente igual que siempre: disfrutando intensamente de los pequeños placeres, de las salidas, las compras y la melodía de una caja de música. Y, como su madre no contestaba a sus frecuentes observaciones sobre Lewis y su futura boda, Harriet estaba la mar de feliz. La señora Ogilvy, por su

parte, seguía haciendo acopio de todos sus recursos para arrostrar la tormenta que estallaría cuando su hija se enterase de que Lewis iba a salir de su vida para siempre, pero entretanto no quería turbar la paz. «Aunque me parte el alma —le dijo a su marido, ver que no deja de pensar en ese sinvergüenza». No tenía la más mínima esperanza de que la imagen de Lewis pudiera borrarse del pensamiento de Harriet. Conocía bien a su hija, y sabía lo terca que era. Habría que mimarla mucho más de lo acostumbrado, nada más. Tal vez llevarla de vacaciones, ahora que se acercaba el verano, y resarcirla por todos los medios posibles. No volvió a

dirigirle ningún reproche, no volvió a decirle que era una desagradecida, y se culpaba de haber cometido una imprudencia al permitir que su hija conociese a Lewis Oman. No quiso hablar con la señora Hoppner y se limitó a enviarle un cheque por el alojamiento y la manutención de Harriet. Su desprecio y su repugnancia no le permitían hacer nada más.

El doctor Williams era un viejo amigo de la señora Ogilvy y llevaba muchos años atendiendo a Harriet, aun cuando la muchacha tenía una salud excelente y sus únicas enfermedades habían sido las epidemias de rigor. La señora Ogilvy lo recibió en privado al

día siguiente y, después de ponerle al corriente de lo ocurrido, le expuso la proposición de su marido y le rogó que redactara una declaración jurada en el acto. Mientras escuchaba estas explicaciones, el rostro bondadoso y rubicundo del doctor manifestó la mayor de las simpatías, pero su gesto se oscureció al oír la petición de su amiga.

—Estoy segura, doctor, de que no tendrá ningún inconveniente en ofrecer su opinión con la máxima claridad.

—No, señora, pero antes debo considerar atentamente cuál es mi opinión. Comprenda usted que no se trata de una cuestión baladí.

—No lo comprendo —dijo la señora

Ogilvy—. No cabe duda de que ese hombre anda detrás del dinero de Harriet y, si supiera que para casarse con ella necesitará el permiso del juez, desistiría de inmediato.

—Sí, sí, sí —asintió el doctor con ánimo conciliador—, pero comprenda que tengo que dar una opinión profesional y afirmar que Harriet no es apta para disponer libremente de su fortuna.

—Pues ¡claro que no es apta! ¿Acaso no lo demuestra cómo se está comportando?

—Mi querida amiga, estoy de acuerdo en que ese matrimonio sería una desgracia, y en que debe impedirse en la

medida de lo posible. Pero, si todas las mujeres que desean contraer un matrimonio poco aconsejable tuvieran que someterse a la tutela judicial, los jueces no darían abasto.

—Pero... seguro que... seguro que... —insistió la señora Ogilvy.

—No es tan sencillo. Usted misma no ha visto, hasta ahora, la necesidad de poner a su hija ninguna clase de cortapisa, ¿no es cierto? Siempre ha vivido como una muchacha normal y ha sabido arreglárselas sin su ayuda. Además, no creo que podamos afirmar que su estado mental haya empeorado en este momento.

—Pero todo el mundo sabe que...

—¿Qué sabe? Que su inteligencia no es del todo normal, eso es cierto. Pero si el juez se interesa por el asunto querrá pruebas concluyentes de que no se puede confiar en ella, de que no está capacitada.

—Porque ¡no lo está! ¡Fíjese en lo que está pasando!

—Dese cuenta de que está haciendo lo mismo que hacen cientos de mujeres que a todos los efectos están tan cuerdas como usted y como yo: echarse en brazos de un hombre indigno y escandalizar a su familia. No hay nada en su comportamiento para declararla demente, en el sentido clínico de la palabra. Comprenda que se vería usted

en una situación muy comprometida. Podrían pensar: «Esta mujer nunca ha juzgado necesario preocuparse por la deficiencia mental de su hija hasta que ha visto el peligro de perder su dinero». Ya sé que esto le puede parecer muy injusto, pero tenemos que pensar en qué dirán. Sólo quiero que entienda que el caso no es tan sencillo como cree.

La señora Ogilvy casi se retorció las manos de desesperación.

—Cualquiera que vea a Lewis Oman se dará cuenta de que es imprescindible proteger a Harriet.

—Eso, querida amiga, es precisamente lo que me permito dudar. Que no tenga un céntimo sin duda arroja

muchas dudas sobre sus intenciones, pero las mujeres se casan con hombres así. No es imposible desde un punto de vista físico que una mujer se enamore de él.

—Puede ser —reconoció la señora Ogilvy de mala gana. Y acto seguido añadió con renovada energía—: Pero, cuando uno sabe perfectamente lo que tiene hacer, como lo sabemos usted y yo, creo que no hay nada de malo en forzar un poco las pruebas.

El doctor se dijo que sería muy complicado explicarle a una mujer la falacia de este argumento, pero contestó en un tono solemne y definitivo:

—Señora Ogilvy, mi reputación

profesional no me permite hacer una cosa así.

Ella se llevó una gran decepción. Había fundado sus esperanzas en aquel informe; el mero hecho de pedirlo casi le parecía un regalo del cielo. No tenía intención de cuestionar la opinión del doctor Williams, tal como estaban las cosas, pero sí la íntima sensación de que, si esos asuntos se dejaran en manos de las mujeres, todo el mundo se ahorraría un montón de complicaciones y situaciones absurdas, y ella misma, de haberse visto en el lugar del médico, sería capaz de zanjar la cuestión sin tapujos.

—Entonces, doctor, ¿no puede usted

ayudarnos? —dijo con añoranza.

—Yo no he dicho eso, señora. Yo no he dicho eso. Tenga la seguridad de que insistiré cuanto me sea posible en ese informe. Sólo le digo que no se haga demasiadas ilusiones. Cabe la posibilidad de que estimen oportuno citarme a declarar, y en ese caso tal vez pueda añadir algunas palabras para explicar las circunstancias. Sé que será muy duro para usted si no lo conseguimos, pero piense lo que significa presentar un informe médico falseado para que un tribunal restrinja la libertad de una persona sin que haya razones de peso: esa persona se vería completamente privada de su libertad.

Por cada caso en el que el paciente pudiera verse beneficiado habría otros cien en los que sería una imposición intolerable. De todos modos, no desespere. Haré lo que buenamente pueda. ¿Quiere que le envíe el informe directamente a su abogado? Entretanto usted puede darle instrucciones. Y yo, en su lugar, me llevaría de aquí a la señorita Harriet lo antes posible. Cuanto más tiempo pase lejos de ese hombre, menos le costará olvidarse de él. No creo que le sea difícil, echando mano de alguna artimaña, convencerla para que se vaya de vacaciones con usted. Y en cuanto al hecho de que la boda llegue a celebrarse finalmente, no veo un peligro

grave. Ella la quiere a usted mucho. Y eso seguro que cuenta.

—Está loca por él —murmuró la señora Ogilvy con pesar.

—Bueno —dijo el doctor Williams, preparándose para marcharse—, ya sabe usted que esos ataques de obcecación son parte del problema. Es natural, cuando una mujer se guía únicamente por sus propios deseos. Usted y yo nos mostraríamos igual de insensatos si deseáramos algo con verdadera pasión y no tuviéramos el juicio suficiente para comprender que hay razones por las que debemos refrenar nuestros deseos.

—Doctor —dijo la señora Ogilvy, en un desesperado intento final—, ¿y si

se lo pidiera a otro médico inclinado a ofrecer una opinión más contundente del caso? Sé que usted no se ofendería, pero ¿se vería en la obligación de contradecirle y hacerle cambiar de parecer?

—No diría nada —contestó el médico alegremente—. No tendría por qué inmiscuirme, a menos que él quisiera consultarme. Pero creo que haría usted mejor en contar conmigo: en parte porque, como médico de la familia desde hace muchos años, mi opinión favorable, aunque comedida, tendrá más peso que la de cualquiera, y también porque, conociendo a Harriet como la conozco desde hace tanto tiempo, estoy

en condiciones de emitir un juicio más concluyente que quien la examine por primera vez. Conserve el buen ánimo, amiga mía, aunque sé que es mucho lo que tiene que afrontar.

—Le estoy muy agradecida —dijo la señora Ogilvy, tranquilizándose un poco con estas palabras de aliento.

A partir de ese momento se sintió algo mejor. No esperaba de ninguna manera que Harriet se hubiese olvidado de Lewis: recibía dos o tres cartas suyas a la semana; a veces una postal, de esas que se venden en Navidad o para el día de San Valentín, con encajes y lazos, decoradas con rosas y lentejuelas. Harriet se volvía loca con ellas y en

realidad las prefería a las cartas. A pesar de que nunca se escatimaron esfuerzos en su educación, no logró adquirir la competencia necesaria para leer con fluidez y no acertaba a escribir más que un par de líneas medianamente claras, si bien su redacción y su ortografía eran las de una niña torpe. Lewis no reparó en este detalle hasta el día en que le escribió para contarle que iba a pasar el fin de semana en casa de Patrick y Elizabeth y, cuando volvieron a verse y él aludió a esta carta, comprendió que Harriet únicamente había captado las palabras cariñosas y el momento de su próximo encuentro. Por eso compraba las postales más

chabacanas que encontraba en el vecindario y escribía en ellas, con letras grandes, cosas como: «Pienso en ti a todas horas, cariño mío. Tu fiel Lewis»; o «La ausencia sólo me hace quererte más. Tuyo hasta el Día del Juicio Final». La señora Ogilvy de buena gana habría confiscado estos envíos antes de que cayeran en manos de Harriet, pero, por un lado, su hija detectaba sin tardanza cuando llegaba el correo si había algo para ella y, a veces, si no tenía carta de Lewis, no se quedaba tranquila hasta que repasaba todos los sobres para asegurarse de que no se había equivocado. Además, se ponía tan contenta y de tan buen humor cuando las

recibía, tan satisfecha en su papel de mujer que está viviendo una experiencia romántica, de la que aquellas elegantes postales de colores vivos y con palabras tan dulces escritas al dorso eran el símbolo, que su madre llegó a la conclusión de que cualquier intervención sería como agitar un avispero. Y, mientras el noviazgo siguiera limitándose a las postales y alguna que otra caja de dulces —baratos y muy condimentados, como la señora Ogilvy no podía dejar de observar—, no había motivo de alarma inmediata. Harriet guardaba las postales en su joyero, pulcramente envueltas en papel de seda y de plata, y se retiraba a su

habitación a comerse los dulces, como si fueran demasiado preciosos para compartirlos con los demás. Nadie en la casa querría probar aquellos bocados de apariencia siniestra: almendrados de frambuesa, caramelos de menta de un verde vidrioso o combinaciones de rosa y violeta con un olor fortísimo. Harriet, que estaba acostumbrada a alimentos de primera calidad, no tenía sin embargo ninguna queja de los dulces de Lewis y se los zampaba con los ojos entornados de puro deleite. Parecía conformarse con estos recuerdos de él y no se angustiaba por su ausencia ni hacía ningún esfuerzo para verlo. La relación con su madre era tan cariñosa e íntima

como siempre, y ésta empezaba a confiar en que quizá bastara con la idea del cortejo para que Harriet fuese feliz. Se marcharían en cuanto se anunciara el buen tiempo, pues con el viento tan frío que estaban sufriendo esos días no podían pensar en ir a la costa. Verse encerradas en el hotel por culpa del mal tiempo, en un lugar donde no conocían a nadie, sería la manera más fácil de que Harriet se impacientase. Era mucho mejor quedarse en casa mientras ella siguiera tan contenta; además, la resolución del tribunal basada en el informe del doctor Williams estaba cada vez más cerca. El optimismo natural de la señora Ogilvy mitigó poco a poco los

efectos de las advertencias del médico, y lo cierto es que casi daba por hecho que el fallo judicial sería favorable. En general era preferible agradecer la tranquilidad presente y no hacer nada que pudiese alterar la situación. No adivinaba, cuando ayudaba a Harriet a elegir la tela para un corpiño, o se entusiasmaba tanto como ella viendo las travesuras de los osos en el zoo, o la instaba a aceptar a regañadientes algún capricho especial para merendar, que la alegría infantil y el buen carácter de su hija eran consecuencia de una convicción muy profunda en que algo maravilloso estaba a punto de ocurrirle; que el desparpajo de Lewis, que había

impresionado incluso a la señora Ogilvy, inspiraba en Harriet una fe ciega en la capacidad de su enamorado para disponer de su futuro.

Lewis no intentaba forzar un encuentro. Desde el día en que salió apresuradamente de casa de Harriet, había vuelto a verla en dos ocasiones: una vez le pidió, por carta, que lo esperase en el jardín una noche de sábado, y allí, al abrigo de la oscuridad, estuvo diez minutos paseando con ella sin que la señora Ogilvy se enterase de nada; la segunda vez se cruzó con las dos inesperadamente, cuando se acercaba en dirección contraria para espiar los alrededores. Las abordó sin

ningún temor, viendo que no había cerca ningún policía a quien la señora Ogilvy pudiese recurrir, e insistió en acompañar a Harriet del brazo hasta la puerta de su casa. No dijo nada de sus planes: se limitó a hacer algún que otro comentario sobre el buen tiempo que hacía y a señalar que ver a Harriet, aunque sólo fueran unos momentos, recompensaba ampliamente el esfuerzo de haber ido hasta allí. En la puerta del jardín se levantó el sombrero y miró a la señora Ogilvy con una expresión maliciosa y triunfal cuando ésta pasó a su lado muda de indignación. Y, mientras Harriet le decía adiós desde el umbral, con su sonrisa alelada y muchos aspavientos,

no pudo dejar de observar que la actitud de su madre, expresada con absoluta claridad, no ayudaría en nada a aumentar su influencia sobre su hija ni a fortalecer el vínculo que las unía.

Decidió tomarse su tiempo, con la seguridad de que podía permitírselo. A decir verdad no disponía de muchos ratos libres para ver a Harriet, aunque hubiese estado enamorado de ella, porque trabajaba toda la semana, menos la tarde del sábado y el domingo, y en sus pocas horas de asueto tenía muchas cosas de las que ocuparse. Se enteró por la señora Hoppner, con algunas imprecisiones que le hicieron perder bastante tiempo hasta que logró

aclararlas, quiénes eran los familiares de los que Harriet había recibido su fortuna. Eran su padre y su tía, naturalmente, y Lewis pasó dos sábados por la tarde estudiando los testamentos de cada uno en Somerset House^[*]. Tenía que averiguar también el asunto de la renta diferida, que no era desdeñable ya que ascendía a dos mil libras, es decir, dos quintas partes del total. Para ello se vio obligado a seguir una investigación paralela y examinar el testamento de la persona, quienquiera que fuese, que había legado a la tía de Harriet esa renta de la que por el momento disfrutaba la dama. Resultó que no la había heredado de su padre, sino de un tío que por

suerte llevaba el mismo apellido; por eso, aunque las pesquisas se prolongaron bastante, resultaron muy sencillas, y el interés que las animaba, lejos de volverlas tediosas, las volvía para Lewis mucho más absorbentes que cualquier material impreso que hubiese caído en sus manos hasta la fecha.

Cuando hubo examinado la situación económica a su entera satisfacción, centró su atención en la búsqueda de una casa adecuada. Vivía en un alojamiento de «soltero» muy modesto desde que venció el contrato de alquiler de la vivienda que compartía con Patrick y Elizabeth, y le parecía imprescindible disponer de una residencia propia.

Quería decirle a Harriet que tenía un hogar preparado para recibirla y, aunque en circunstancias ordinarias no habría tenido reparos en mentir, o en decir una calle y un número cualquiera, era evidente que necesitaba una casa para ella. Se había propuesto resolver de antemano todos estos asuntos, con el fin de garantizar el feliz desenlace de sus planes. No iba a ponerse quisquilloso en la elección, pues con toda probabilidad no pasarían allí mucho tiempo, pero, ya que estaba en faena, era mejor alquilar una casa que unas simples habitaciones. Para empezar, ardía en deseos de saborear el placer de la propiedad y la sensación de ser dueño y señor de su

casa y, además, sería bueno disponer de espacio para alojar a Patrick y Elizabeth. Sabía que necesitaría compañía.

Tardó otros quince días en encontrar una casa para alquilarla por unos meses en una zona conveniente. Al fin se decidió por un hotelito muy digno en Laburnam Road, en Norwood, muy parecido al que había compartido con los Oman, pero mientras paseaba por las habitaciones vacías, con la basura amontonada en el centro y las ventanas cubiertas de polvo, a pesar de lo gris y lo oscura que era, del frío que hacía y del eco de sus pisadas en el suelo sin alfombras, Lewis no cabía en sí de gozo.

Alquilar la vivienda entera, sin una casera en la primera planta dispuesta a subir en cualquier momento si se dejaba el gas encendido, le parecía una perspectiva estimulante y deliciosa. Le explicó al arrendador que, de momento, dadas sus circunstancias, no podía tomar una decisión definitiva, pero prometió darle noticias en el plazo de una semana. El lunes siguiente, a última hora de la tarde, fue a una tienda de muebles y tapicería y acordó que, a menos que recibieran una orden de anulación, debían tener listo el dormitorio principal y las dos habitaciones de la primera planta de la casa de Laburnam Road para la semana siguiente. Hecho

esto llegó el momento de dar el paso final.

No se había esforzado en ver a Harriet, porque jamás dudó de la grandísima influencia que tenía sobre ella, y sabía que lo único que tenía que hacer, a su debido tiempo, era completar los detalles prácticos del proyecto. Su falta de pudor era inimaginable y estaba plenamente convencido de que dominaba la situación. De todos modos, no le hacía gracia tener otra escena con la señora Ogilvy, pues, incluso su *rencontre* en la calle, aunque tampoco podía decirse que se hubiera alterado o alarmado, le dejó un mal recuerdo, suficiente para no volver a repetirlo.

Había algo, en la manera en que ella lo trataba y despreciaba su atractivo, que a Lewis le dolía sutilmente y le causaba una sensación de debilidad desconocida. Pero no quería sulfurarse por las baladronadas de esa mujer. Por crueles y egoístas que fuesen sus ambiciones, no era un hombre en absoluto frío, menos aún en sus pasiones físicas. Dependía de la lealtad y el cariño de Patrick de un modo que ningún hombre de carácter frío podía permitirse. Le gustaba llevarse bien con los demás, es decir, sentirse admirado, y a pesar de que tenía la crueldad de una víbora, era capaz de ofenderse por cualquier menudencia, como un niño al que nadie comprende.

Resolvió por tanto tomarse su tiempo antes de dar el paso final, con el fin de evitar, si estaba en su mano, cualquier situación que pudiese herir sus sentimientos. Conforme se acercaba el momento veía menos motivos para apresurarse. La noche que estuvo paseando con Harriet a la luz de las farolas, detectó en su manera de cogerle del brazo y en la atención que prestaba a cada sílaba que él pronunciaba, una pasión que hasta entonces no había sospechado y que por momentos le repugnaba tanto como lo atraía de un modo perverso. Ya no le daban escalofríos cuando pensaba en casarse con ella, como el día en que la conoció,

pero no tenía ninguna prisa. Sabría estar a la altura de las circunstancias, pero, en ese instante, sentado en la cama de su alojamiento de soltero, mientras se quitaba las botas y echaba un vistazo a la sórdida habitación, con su reloj de cadena sobre la cómoda, su sombrero hongo colgado detrás de la puerta, el tocador en desorden con su pomada, sus navajas de afeitar, su cepillo, su peine y su pañuelo de algodón púrpura, se sintió plenamente libre y a sus anchas, como un animal en su guarida, disfrutando del presente y sin prisa por que llegase el futuro, aunque también consciente de que la causa de esta sensación de felicidad exenta de preocupaciones residía en la

inminente perspectiva de disponer de cinco mil libras.

La exquisita placidez de los últimos días de unas vacaciones no produce en un hombre que ha tomado una decisión el deseo de seguir de vacaciones eternamente: le hace disfrutar de cada segundo con singular deleite, precisamente porque sabe que, en un momento determinado, tendrá que marcharse. En aquel pequeño espacio de independencia y soledad, Lewis saboreaba un placer que rara vez había experimentado, pues por regla general disfrutaba de la compañía de las personas de su elección. Esas noches, sin embargo, planeaba pequeñas

excursiones. Unas veces asistía a un espectáculo musical y otras se dejaba llevar por un instinto de curiosidad y amor por las cosas prácticas. Patrick y él habían dicho a menudo que les gustaría ir a los muelles, pero nunca encontraban la ocasión. Y una tarde, cuando remató el trabajo del día, con la actitud embelesada de un colegial ajeno a la incomodidad de la lluvia, se fue a contemplar el misterioso y sugerente panorama del puerto de Londres: los grandes barcos, sus mástiles acechando entre la niebla, las luces infinitas, unas fijas en el tope o en el casco, otras oscilando arriba y abajo mientras los hombres embarcaban o desembarcaban

por las inestables escalas de cuerda; y el espectáculo, a pesar de su solidez, le pareció en su conjunto trémulo, por capricho de la fuerte brisa nocturna y el movimiento del agua, siempre negra e invisible, menos cuando una mancha de luz revelaba la espuma grasienta y su superficie llena de residuos. Un rumor de voces roncas procedentes del agua llenaba sin cesar sus oídos de palabras incomprensibles, y el perpetuo ir y venir de las siluetas en la oscuridad tenía una cualidad cautivadora y gracias a él las horas pasaban sin sentirse. Y, mientras observaba aquel bullicio, Lewis tuvo la sensación de que una fuerza desconocida lo embargaba, de que estaba a punto de

adentrarse en la esfera de los hombres que movían el mundo con su actividad, de que partes enteras de su ser despertaban a la vida tras un largo período de estancamiento en la rutina de la pobreza y la monotonía de su trabajo. Otra tarde fue paseando hasta el Strand, donde los escaparates de los joyeros y los orfebres aún estaban iluminados. Su resplandor, en el que rara vez había reparado anteriormente, combinado con el continuo trasiego de personas elegantes que salían corriendo de los teatros para subir a sus carruajes, escenas que hasta entonces había contemplado como si no tuvieran demasiada importancia, lo colmaban

ahora de confusas sensaciones de lujo y de satisfacción. En ese momento no se habría cambiado por ninguno de aquellos seres gloriosos, tan dulce era la anticipación de los placeres más humildes que siempre había querido para sí.

Ésta fue, quizá, la única vez en su vida en que disfrutó de la felicidad sin límites de una aventura espiritual. No obstante, cuando llegó la hora, no lamentó ponerle fin para dar el paso final de su proyecto. Este paso era, sencillamente, presentarse en casa de la señora Ogilvy y pedirle a Harriet que dejara a su familia para casarse con él. Lo había dispuesto todo. La casa estaba

limpia y dos de sus habitaciones amuebladas: el dormitorio y la sala de estar. La cocina contaba con los utensilios necesarios, pero el resto de la vivienda seguía vacía. En la tienda de muebles le ofrecieron un crédito sustancial y, tras exponer sus perspectivas económicas, Lewis se sintió como un buen cliente. No le habrían puesto ninguna pega para facilitarle el triple de piezas de madera de arce barata, bambú y felpa, pero Lewis no vio la necesidad de incurrir en gastos innecesarios dadas las circunstancias. No era su intención quedarse mucho tiempo en Laburnam Road y, si así fuera, en cuanto tuviese el

dinero en sus manos iría a establecimientos mejores, en los que se exigía pagar al contado, pero donde encontraría productos elegantes de verdad. Si Patrick podía prescindir de Lizzie unas horas, Lewis le pediría que lo acompañase en esa gran expedición de compras, pues era un hombre que sabía apreciar el gusto femenino. No se representó el placer de ofrecer a su cuñada cosas que ella pudiera necesitar para su propia casa, pero sí se imaginó lo mucho que se alegraría Elizabeth de su buena suerte. No malgastaba el tiempo en ensoñaciones, pues eran muchos los detalles prácticos que reclamaban su atención. Había

consultado con las autoridades competentes los aspectos relacionados con la propia boda y convencido a la señora Hoppner para que Harriet pasara en su casa las tres semanas de obligada residencia en el distrito antes de solemnizar el matrimonio. Al comprender lo lejos que había llegado la pareja, la señora Hoppner consintió, bien es verdad que con algunas reservas, en que la boda se organizara desde su casa. Cuando Harriet estuviese casada con Lewis, sería a él, y no a la señora Ogilvy, a quien habría que tener en cuenta. Contaba con la amistad de Lewis, mientras que su prima Ogilvy se enemistaría con ella para siempre. No

cabía esperar de ella nuevos beneficios económicos, pero Lewis le había hecho muchas promesas, y la señora Hoppner creía en su palabra. Y, puesto que tenía semejante confianza, no estaba sino haciéndole justicia. La indiferencia con que Lewis y Patrick veían los derechos y los sentimientos del resto del mundo no hizo sino fortalecer el espíritu de clan entre los hermanos, a la vez que infundía, en los pocos elegidos que formaban parte de su círculo y estaban ligados a sus intereses, una confianza y una seguridad en su amistad más fuerte de la que suelen inspirar las personas que son sencillamente humanas y justas con los demás. Si Harriet hubiese sido

menor de edad, o si hubiese surgido algún impedimento para la boda al margen de la oposición de la señora Ogilvy, la señora Hoppner jamás habría aceptado sumarse al plan, pues no era dada a correr riesgos que pudieran causarle problemas graves. Sin embargo, la perspectiva de obtener beneficios para su familia le daba fuerzas para tolerar cualquier inconveniencia o situación desagradable. Sería difícil afirmar si ya estaba insensibilizada a todo o si, aun cuando llevaba tanto tiempo dejándose arrastrar por sus parientes, todavía conservaba alguna noción de su dudoso y violento proceder.

El caso es que en ese momento unió su suerte a la de Lewis de buen grado. Era despierto y considerado, atento y cortés, y constituía un alivio para ella tenerlo en casa. Su presencia fue un acicate para que la señora Hoppner se mostrara firme, por una vez, y le expusiera a Alice sin rodeos que tenía que irse a pasar un mes con Patrick y Elizabeth hasta que todo hubiese pasado. «Porque tenerlos a todos aquí sí que no puedo —decía—. Además, tampoco tiene sentido. Es mucho mejor para todos que Alice se vaya en este momento». Elizabeth era de la misma opinión. Ella y su marido respaldaban plenamente a Lewis y veían con muy

buenos ojos su unión con Harriet y la consiguiente fortuna que ya empezaban a considerar como un derecho natural del pretendiente, lo mismo que veían cualquier intromisión en sus asuntos como una afrenta y experimentaban la indignación de los familiares de un hombre que ha pasado su vida entregado al servicio de su país cuando, al llegar la hora de su jubilación, descubre que su pensión está en peligro. La única diferencia era que Patrick pensaba en Alice como un posible impedimento para los planes de Lewis, y por tanto había que alejarla del escenario de la acción, mientras que Elizabeth sentía cierta compasión fraternal. Nunca

habían llegado a tener demasiada intimidación, porque Elizabeth siempre se aliaba con su madre y se tomaba muy mal la codicia y el egoísmo de Alice. Ahora bien, aunque no tenía reparos en reprocharle: «¿Cómo puedes portarte así?», también le decía: «Yo te zurciré las medias» o «Eso te favorece mucho». Estaba dispuesta a hacer cuanto estuviera en su poder para portarse bien con su hermana, pero temía que Alice no encontrara nada con lo que distraerse en el campo. No le gustaban los niños y allí no había compañía. Tal vez llegara con un montón de costura, porque siempre tenía entre manos pequeños arreglos, y seguramente traería algunas novelas.

Elizabeth confiaba en que la presencia de una tía tan poco amigable como Alice en una casa tan pequeña no alterase a los niños. No temía que el mal humor de su hermana afectase a Patrick: él sabía cómo tratar a las mujeres cuando estaban contrariadas.

Para tranquilidad de todos, Alice no puso objeciones: preparó su baúl, rechazó con ardor los ofrecimientos de ayuda de su madre y se fue a Cudham casi sin decir una palabra a nadie.

Lewis consideró por algún tiempo si debía escribir a Harriet para anunciarle su visita en tan importante ocasión, y finalmente optó por no avisarla, juzgando que el riesgo de no encontrarla

en casa era preferible a la posibilidad de que su familia se olierá algo y la encerrase en alguna parte o le ocultara su llegada. El sábado por la tarde se puso sus mejores galas y, alrededor de la hora del té, cuando Harriet estaría en casa casi con toda seguridad, se presentó valientemente y preguntó por ella. Tuvo un golpe de suerte con el que no contaba, y es que la señora Ogilvy se encontraba en su dormitorio, en manos de la peluquera. En la sala de estar, aunque iluminada, no había nadie, y Harriet bajó corriendo a recibirlo.

Un placer inmenso y una confianza absoluta y serena daban a su rostro en ese momento una expresión que en nada

necesitaba de la inteligencia para no resultar poco agraciado. Se acercó a Lewis con los brazos tendidos, las mejillas arreboladas, los ojos brillantes y el pelo más suelto de lo normal, con el aspecto, por un instante, de una chica normal y corriente que corre al encuentro de su amado, y Lewis, aliviado y eufórico de poder verla a solas, la abrazó y se dijo, radiante de gratitud: «¡Al final va a resultar que no es tan boba!».

—Escucha, querida. ¿Sabes a qué he venido? —Harriet lo miró en silencio, con los ojos encendidos—. Sólo puedo decírtelo si eres inteligente y sensata y haces todo lo que te diga.

—Haré todo lo que me digas — respondió. Lo agarraba del brazo con las dos manos y, aunque a Lewis generalmente le repelía esa manera de estrujarlo, en ese momento le inspiró seguridad y confianza.

—Muy bien. He venido a buscarte para que podamos casarnos. —Guardó silencio. Temía que una manifestación de entusiasmo desmedido le impidiera explicarse con la rapidez que deseaba, pero Harriet no hizo nada por el estilo. Se limitó a sonreír y asintió levemente. Llevaba semanas esperando aquel momento, y no se sorprendió ni se asustó ahora que finalmente había llegado. Lewis continuó con premura, aunque con

claridad—: ¿Te gustaría venir a casa de la señora Hoppner? Tendremos que esperar unos días antes de casarnos, hasta que se hagan públicas las amonestaciones. Pero tu madre no te tratará bien si te quedas aquí...

—No —dijo Harriet—. No me quedaré.

—La señora Hoppner se alegra mucho de que vayamos a casarnos. Te acogerá con mucho gusto y podré ir a verte todos los días. ¿Te gustaría?

—¿Quieres que me vaya ahora mismo?

—Me agradaría mucho —dijo Lewis, consciente de que no tenía necesidad de preocuparse de que

posibles influencias la retuvieran. Harriet le soltó el brazo.

—Voy a recoger mis cosas — contestó. Y sin más salió de la sala, dejando a Lewis junto a la chimenea en un estado de euforia y desafío en buena parte deudores del temor a verse a solas en casa de la señora Ogilvy. Sintió el mismo temblor nervioso y la misma emoción en la sangre que cuando contemplaba los barcos enormes mecidos por la corriente, con una intensidad casi dolorosa, mientras esperaba, de espaldas al fuego, en aquella estancia tan agradable. Se dio cuenta de que estaba riéndose y se llevó las manos a la boca al ver que la señora

Ogilvy entraba en la sala.

Su aspecto, a pesar de su traje elegante y su pelo recién rizado, era el de una mujer que se dispone a librar su batalla final. La información simultánea de que Lewis estaba en la sala de estar y Harriet en su dormitorio, haciendo las maletas, le hizo ver que había llegado el momento decisivo. Aunque Harriet no se había sorprendido en absoluto, para su madre fue un golpe brutal, como el de un hacha en las raíces de un roble. Tenía la esperanza, desde hacía semanas, de que Lewis se iría borrando poco a poco del pensamiento de Harriet. Día tras día se fortalecía su confianza en que el tribunal ofrecería un fallo favorable y se vería a

salvo de éste y cualquier peligro. Sus pequeños planes para el futuro inmediato —distintas actividades en la parroquia y reuniones a la hora del té— agudizaban ahora la sensación de derrota, al verlos hechos añicos en el abismo que se abría a sus pies. ¿Por qué había fracasado? ¿Cómo era posible que, estando plenamente de su parte la decencia, el decoro, la humanidad y el sentido común, nada hubiese puesto freno a aquel villano arribista que actuaba en solitario? Tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominar la rabia y la desesperación que le nublaban los ojos y le ahogaban la voz.

—¡Señor Oman! —exclamó—. ¿Es

posible que tenga usted la desfachatez de entrar en mi propia sala de estar?

—Sí, señora —contestó Lewis, con una sonrisa amenazante—. He venido para llevar a su hija a casa de la señora Hoppner, donde nada restringirá su libertad hasta que podamos casarnos. Tiene edad de decidir por sí misma, y ha elegido acompañarme y aceptar mi protección hasta que pueda convertirla en mi mujer.

El semblante de la señora Ogilvy pasó del rojo al ceniciento.

—Señor Oman, debo advertirle de que está incurriendo en riesgos penales de los que no tiene la menor idea. En este momento el Tribunal de la

Cancillería está estudiando la posibilidad de hacerse cargo de la tutela de Harriet, por incapacidad mental. Espero conocer la resolución en cualquier momento por mediación de mi abogado, el señor Winterbourne. Él podrá explicarle mejor que yo cuáles serían las consecuencias para usted si intenta casarse o inmiscuirse de un modo u otro en la vida de mi hija sin autorización expresa del juez competente, y eso —añadió con especial énfasis— es algo que usted no se atreverá a solicitar, como el delincuente que es.

Estaban frente a frente, en distintos extremos de la habitación. Cuando la

señora Ogilvy concluyó su perorata, Lewis, que no había apartado los ojos de ella ni un solo instante, esbozó un gesto de victoria casi aterrador. Cómo una persona consciente de estar obrando mal y por lo general temerosa de la ley y el orden pudo despreciar las revelaciones de la señora Ogilvy, que entrañaban un peligro real, y seguir aferrándose a su interés personal es algo que únicamente puede explicarse con la teoría de que la intuición y la inspiración se activan en circunstancias de excitación intensa.

—Muy bien —dijo, con una voz que era poco más que un susurro, y en ese preciso instante, el más oportuno para

él, Harriet, vestida apresuradamente para salir, con un paquete debajo del brazo, entró en la sala y corrió hacia él. Lewis le puso las manos en los hombros —. ¡Harriet! ¿Sabes lo que ha hecho tu madre para impedir que nos casemos? —Se detuvo y gritó con todas sus fuerzas—: ¡Está intentando que te declaren demente!

Nadie, desde el día en que nació, había permitido que Harriet oyese hablar de demencia o de lo que se hacía con los dementes; nadie le había insinuado que no fuese otra cosa que el ojito derecho de su madre, una muchacha querida y mimada. Y quien tratara de hacerle comprender cualquier

otro asunto del que ella fuese igualmente ignorante tendría que ofrecerle interminables explicaciones para que llegara siquiera a captar la idea en conjunto. Pero bastó con mencionarle este asunto, de vital importancia para ella, para que lo comprendiese al instante. Su entendimiento prendió como una brasa a la que se arrima una chispa fatal. Cogió a Lewis de la mano y se acercó a su madre, temblando, con los dientes rechinando y una furia descomunal. Intentó hablar, pero sólo acertaba a farfullar sonidos incomprensibles. Lewis le pasó un brazo por la cintura y Harriet se pegó a él con tanta fuerza que casi le hizo tambalearse.

—Se acabó —dijo tajantemente—. Me llevo a su hija, para librarla de sus persecuciones. Si se atreve a seguirnos, ya sabe dónde encontrarnos. Vamos, Harriet.

Cogió el paquete que Harriet había tirado al suelo y se la llevó de allí. La señora Ogilvy se sintió tan inerme como si estuviera agonizando.



VII

Elizabeth procuró cumplir con la intención de ser buena con Alice cuando ésta llegó a Woodlands, pero su hermana la rechazó desde el primer momento y ella no tenía tiempo para derribar unas defensas tan sólidas. Esperaban que el trabajo de Patrick permitiese mejorar las circunstancias de la familia. En ese momento estaba trabajando en una serie de cuatro

grabados de pequeño formato sobre las estaciones del año, un tema de gran demanda popular, por encargo de un marchante de Canterbury. Ahora bien, de qué vivirían hasta que los hubiera terminado era, si no un misterio —nada tan vago y fascinante—, sí una difícil e interminable batalla aritmética. La manutención de Alice se cubriría con los treinta chelines que había enviado la señora Hoppner para hacer frente a los gastos de un mes, y aún sobraría algo, según la madre. Con eso comprarían acuarelas, tabaco para Patrick y un poco de queso Stilton, que a él le gustaba mucho: lujos que de otro modo no habrían podido permitirse. Para todo lo

demás, había que traducir la existencia a chelines y peniques. Elizabeth había tomado la firme decisión de que Patrick comiese carne al menos dos veces a la semana, y los miércoles y sábados compraba una chuleta cuando pasaba el carnicero; con el hueso y un poco de carne se esmeraba en sacar una taza de algo aproximadamente parecido a un caldo para Alfred. Alice, Clara y ella sólo comían un poco de tocino y huevos de las tres gallinas en las que Patrick se había gastado una formidable cantidad de chelines, bien es verdad que Elizabeth, a pesar de sus temores, tuvo que reconocer que había sido una buena inversión. La variedad de su

alimentación dependía de las recetas que pudieran prepararse con harina, huevos y mantequilla: tortillas, rebozados, repostería, tortitas y pan, este último untado con sirope de caramelo o leche condensada que, además del té y el arroz, era lo único que compraban. El huerto les daba patatas y coles, y Elizabeth confiaba en que el año próximo tendrían arándanos, grosellas y quizá algunas matas de frambuesas.

Todas las mañanas, mientras Clara encendía el fuego y preparaba el desayuno en la cocina, Elizabeth lavaba y vestía a los niños. Después de desayunar, ataba a la niña en una butaca

para limpiar la casa y cocinar con ayuda de Clara, intentando no tropezar con Alfred en la medida en que la buena suerte lo permitía. El niño tenía algunos juguetes y a veces se pasaba horas arrastrando un carro por el sendero del jardín, o se sentaba en el suelo, cerca de Patrick, a hacer construcciones con piezas de madera y otros objetos: un zapato viejo, un ladrillo partido, unas cajas de cartón y ramitas de leña. Le encantaba estar cerca de su padre, aunque Patrick lo echaba a veces con brusquedad y le zurraba de mala manera si tocaba algo que no debía. Pero, también, una vez, pintó de rojo y azul las caras de una de las piezas de madera de

Alfred y le dio al niño un trapo lleno de manchas de pintura. A pesar de que en esos casos lloraba, Alfred aceptaba el mal trato con asombrosa filosofía y recibía como un regalo del cielo las otras muestras de bondad menos frecuentes.

Por la tarde, Clara salía con los niños a dar un paseo, pero, como llevaba a Julia en brazos, nunca podían llegar muy lejos. Elizabeth aprovechaba esos ratos para lavar, zurcir, coser y otras cien tareas que reclamaban su atención. Patrick salía a pasear por las mañanas y pasaba a continuación la mayor parte del día pintando. Era disciplinado y concienzudo y ponía todo

su afán en cumplir con su deber como padre de familia, pero, por grandes que fueran sus necesidades, nunca aceptaba dinero antes de entregar una obra. Elizabeth le había propuesto que pidiera una cantidad a cuenta: el marchante de Canterbury era un buen cliente y no pondría reparos en adelantarle algún dinero. Patrick se negaba a considerarlo, sin dar ninguna razón, pero su expresión traslucía, sin espacio para la duda, que cuando el último cubo, la última vasija o el último canasto se hubieran vaciado, aún seguirían teniendo que esperar alrededor del caballete hasta que llegase la siguiente comida. De todos modos, ella no se disgustaba: por el momento no

sufrían escasez, a pesar de que las provisiones no eran abundantes y parecía que a todos se les había abierto misteriosamente el apetito. El pobre Alfred intentaba comerse todo lo que caía en sus manos. Era el miedo a la escasez lo que a veces pintaba de negro el futuro para Elizabeth, pero este fantasma se esfumaba al pensar que Patrick tenía trabajo y perspectivas de nuevos encargos. Patrick dedicaba sus paseos matinales a explorar el vecindario y crear un pequeño círculo de clientes. La manía por el exceso ornamental, que hacía furor en esa época, llevaba a la gente a pagar de buen grado por un marco dorado de

compleja elaboración o forrado de terciopelo, y a no escatimar unos chelines para llenarlo. Patrick era muy listo y sabía satisfacer el gusto popular con una pieza pequeña, llamativa y cautivadora, y, cuando encontraba alguien que sabía apreciar su trabajo, pintaba cuadros de mayor formato, que eran los que a él le interesaban: generalmente óleos del paisaje local.

Las noches eran momentos de ociosidad forzosa para Patrick, a menos que se ocupara de alguna reparación doméstica, pues la iluminación de la casa era muy deficiente. Contaban únicamente con la luz del fuego, una lámpara de escasa potencia y velas de

un céntimo, y así era imposible trabajar. Era por las noches cuando Elizabeth por fin encontraba la felicidad en su nuevo hogar. Clara se acostaba poco después de las ocho y Elizabeth y Patrick podían disponer de la sala de estar para ellos solos. La luz tenue ocultaba las carencias del mobiliario y el fuego era como la mano del rey Midas. Y, liberados de todas las ocupaciones del día, podían sentir por primera vez la influencia del campo, tomar conciencia del completo silencio y contemplar las estrellas a través de la ventana sin cortinas. Casi todas las noches, Elizabeth decía: «¡Qué silencio! ¿Verdad?». Y Patrick contestaba: «No se

oye nada». Otras veces él cambiaba de tema y ella se ponía igual de contenta.

Las cosas habían cambiado desde que Alice estaba con ellos. Aunque se mostraba muy reservada, cualquier presencia estropeaba en una casa tan pequeña esas horas de felicidad silenciosa. A pesar de todo, Alice resultó, en general, una invitada mucho mejor que la mayoría. Por su estado de ánimo, no intervenía en la conversación de la familia y podía hablarse con plena libertad delante de ella, puesto que parecía como si no oyese nada. Era además discreta y sigilosa como un gato. Se había instalado en el pequeño dormitorio que daba a los campos y los

bosques, y allí guardaba todas y cada una de sus pertenencias. No dejaba en la sala de estar nada que delatase su presencia, menos cuando se sentaba con su labor. Hacía su cama por la mañana y, si alguna vez comía algo entre horas, se lo preparaba ella misma y lavaba los platos después. Por lo demás no participaba en las rutinas domésticas. A veces salía a pasear sola, iba de un lado a otro porque no podía estarse quieta, no porque el campo encerrase para ella ningún encanto o interés. Pasaba muchas horas cosiendo junto a la ventana: se estaba haciendo un vestido de muselina gris, con una tela muy barata y una desidia que, en materia de vestir, ni

siquiera de pequeña había manifestado. Lo hacía por tener alguna ocupación y, como lo había empezado antes de que su vida sufriese aquel cambio, no le recordaba las esperanzas y las expectativas en las que ahora no soportaba pensar. Conocía de visitas anteriores a Clara, que estaba pasmada con la elegancia de la señorita Alice y sus cosas tan bonitas, con sus bucles y su habilidad con la aguja. Además, Clara descubrió con ella una parte del mundo que Elizabeth no le había dado a conocer: su impaciencia y su desdén con las tareas de la casa, su desprecio por todo lo que Clara había tenido hasta entonces por bonito o agradable, hacían

creer a la muchacha que Alice era una dama con mucha experiencia y se postraba ante ella con asombro y admiración. Alice no la necesitaba en absoluto, como es natural, y nunca le pedía nada, pero encontraba cierto consuelo en tener en la casa a una persona a la que sabía dispuesta a hacer cualquier cosa que ella le pidiera y considerarlo un favor. En un aspecto sí se sirvió de Clara: descubrió que la muchacha tenía un montón de novelas en su caja de latón y, como no tardó en leerse las dos o tres que había traído, se alegró de poder seguir con las de Clara, aunque miró con altivez las páginas manoseadas y dobladas en las puntas.

No quiso prestarle ninguna de las suyas, por miedo a que las dejase en el mismo estado. Además, las novelas de Alice eran muy distintas de los libros vulgares y sensacionalistas que leía Clara: eran novelas maravillosas, pero a la chica no le harían ningún bien.

Con Patrick tenía muy poca conversación. Él era amable con ella cuando coincidían en la mesa, y ella procuraba disimular su hartazgo y su impaciencia cuando hablaba con él. Patrick le producía una extraña mezcla de sentimientos, por ser el hermano de Lewis. Era para Alice la persona más interesante de la casa y, sin embargo, le guardaba rencor. Sabía que la influencia

que Patrick ejercía sobre Lewis era contraria a sus propios intereses. Se sentía profundamente desgraciada, como sólo pueden llegar a sentirse las personas egoístas y desconsideradas. Veía su situación como si estuviera atada a un yugo del que nada podía liberarla. Los días empezaban a ser más templados, y los árboles y arbustos se habían cubierto de grandes y delicadas yemas verdes. Pero Alice no encontraba ningún alivio en ello. Sufría menos cuando los días eran grises y oscuros y tenía que quedarse en casa, apretándose las sienes y leyendo a la luz del hogar. Esos días suaves y luminosos en los que el sol se derramaba desde un cielo muy

alto parecían revelar su propia desolación lo mismo que revelaban el paisaje. Alice nunca había leído poesía, y su noción de la belleza se limitaba a los vestidos bonitos, los muebles elegantes y las personas atractivas. Sabía, aunque no lo sintiera, que las flores eran preciosas y, si hubiera ido a la ópera con un vestido de seda escotado y un collar de diamantes, habría sabido apreciar un ramo dispuesto en un jarrón de plata. Pero, cuando en uno de sus paseos solitarios se encontraba una mata de espino blanco, perfilada con un resplandor etéreo contra el oscuro linde del bosque, sus espinas le producían tanto dolor que

casi tenía la sensación de que hasta ese momento no había tomado conciencia de su desgracia. Retrocedía horrorizada y desde ese momento rehuía inconscientemente cualquier fragancia, vista o sonido hermosos que la campiña pudiera ofrecerle. Se había criado en la ciudad y nunca había asociado el placer con la naturaleza, pero nadie que se encontrara en aquellos campos en flor podía sustraerse por completo a su hermosura. En la casa, todos disfrutaban con la primavera, y Alice tomó conciencia de ella como si en cierto modo agravase continuamente su sufrimiento. Su desdicha alcanzó cotas máximas al acercarse la luna llena.

Daba vueltas en la estrechez de las cuatro paredes desnudas, en las que el resplandor lunar se reflejaba como entre los barrotes de una prisión, y tenía la sensación de que aquella faz grande y dorada la observaba atentamente y le impedía dormir. Esa luz y ese silencio extraño le impedían también llorar, la ahogaban en un abismo de soledad y desesperación que la empujaban a desear la luz del día hasta que la llegada de la mañana la empujaba nuevamente a desear la noche.

En un pequeño arriate, debajo de la ventana de la sala de estar, unos jacintos y unas anémonas se mecían con la brisa. Esas flores constituían una gran fuente

de alegría para Elizabeth, pues al principio pensó que allí sólo había malas hierbas y no había distinguido los pequeños brotes verdes. Una mañana, mientras se agachaba para mirarlos, con Alfred a su lado, vio a Alice parada en el sendero, algo apartada. Cogió el jacinto más grande y más azul y lo puso en la mano de Alfred, que lo aplastó al cogerlo, como suelen hacer los niños. Elizabeth le abrió la mano y le enseñó a sujetar el frágil tallo con cuidado.

—Llévale esta flor tan bonita a tu tía Alice —le dijo.

Alfred salió corriendo, se detuvo delante de Alice y le ofreció la flor. Ella tendió la mano mecánicamente y el niño

se escabulló enseguida. Nunca estaba dispuesto a hablar con Alice.

—¿Le ha gustado a la tía Alice? — preguntó Elizabeth cuando Alfred entró por la puerta de atrás.

—Sí —contestó el niño. Se sentía muy ocupado esa mañana y, tras hacer cumplido con esta misión, tenía ganas de hacer cosas más importantes. Alice, mientras tanto, estrujó la flor entre los dedos hasta que tallo y pétalos quedaron convertidos en una masa indistinguible, oscura y amoratada como una herida. Estaba pensando que en algún momento tendría que volver a casa de su madre, probablemente en cuestión de una semana, aunque en realidad todo le daba

lo mismo.



VIII

La señora Hoppner recibió a Lewis casi como a un yerno cuando éste llegó con Harriet. Lo cierto es que se llevaba mejor con él que con Patrick. Por un lado, Lewis iba a emparentarse con el dinero, y eso a ella le parecía estupendo; por otro lado, tenía mucha galantería y amabilidad, era un perfecto caballero a la vez que no le hacía sentirse cohibida y, por todo ello, su

compañía le resultaba muy agradable. La cuestión de Harriet no le agradaba tanto, aunque representaba una ventaja para ella. En cuanto se hubieran casado, Lewis le entregaría la cantidad que la señora Ogilvy acostumbraba a pagar por las tres semanas de alojamiento de Harriet y diez libras más. Al principio, la señora Hoppner pensó destinar ese dinero a renovar las cortinas y la alfombra de la sala de estar y comprar otras cosas para las habitaciones de arriba. La verdad es que la casa estaba hecha una pena, pensó. Pero después se le ocurrió que, si Alice podía alojarse en alguna parte, prefería desprenderse de la casa y hacer realidad el sueño de

mudarse a unas habitaciones amuebladas, con una casera que se encargase de todo. Le era imposible hacer planes definitivos en ese momento, pero diez libras era una bonita suma de dinero y no quería precipitarse. Lo cierto es que Harriet no le dio ningún problema, y la señora Hoppner se dijo que nunca la había visto tan bien: parecía casi normal. La ilusión y el interés del presente estimularon su torpe inteligencia, y parecía mucho más capaz de participar en lo que ocurría a su alrededor. Adoptaba, por ejemplo, un silencio inteligente cuando Lewis o alguna visita hablaban con la señora Hoppner, en lugar de interrumpir la

conversación, como tenía por costumbre, con el primer comentario que se le pasaba por la cabeza, y, cuando alguien se dirigía a ella, respondía con tanta alegría y entusiasmo que, de no ser por su inconfundible aunque leve defecto de dicción, ningún extraño habría notado que le pasaba algo. Estaba especialmente cariñosa con la señora Hoppner. Mientras que en ocasiones anteriores, en parte guiada por la actitud de su madre, siempre la había visto como la criada de una casa de huéspedes, como una mujer inferior a ella, que era una dama importante, ahora la veía como a una amiga y la apreciaba más que antes, porque era favorable a su

boda y estaba colaborando para que pudiera casarse, a diferencia de su madre, que había sido malvada y cruel. La atrocidad que había intentado hacer su madre no le causaba a Harriet el horror y la consternación con que habría reaccionado una persona más inteligente y sensible. Estaba indignada, sí, pero se sentía completamente a salvo bajo la protección de Lewis. Los preparativos de la boda absorbían por completo sus pensamientos. Había enviado una nota para pedir que le enviaran su ropa a casa de la señora Hoppner, por mediación de la asistente. El mismo día en que llegó esta nota, la señora Ogilvy recibió también noticias de su abogado:

el tribunal no encontraba pruebas suficientes de deficiencia mental, tal como alegaban en su demanda, para justificar la intervención de la justicia, puesto que la señorita Woodhouse tenía más de treinta años; desestimaba asimismo la comparecencia y el interrogatorio de la interesada, por entender que era innecesario someterla a una prueba tan ardua para sus sentimientos. A la vista de la situación, a la señora Ogilvy le pareció natural recoger las cosas de Harriet, la ropa de verano y la de invierno, sus complementos y todas sus pertenencias. Esta tarea le llevó buena parte del día y, a última hora de la tarde, envió dos

baúles en un coche a casa de la señora Hoppner.

Harriet se alegró mucho de recibir sus cosas. Siempre había encontrado un gran placer en sus posesiones, aunque de todos modos quería comprarse ropa nueva. Sabía que eso era lo que hacían las mujeres antes de casarse. Lewis, que iba a verla todas las tardes, se enteró por la señora Hoppner y señaló que había que quitarle esta idea de la cabeza como fuese. Tenía montones de cosas y no le hacía ninguna falta comprar nada. Ninguna prenda mejoraría su aspecto; él tenía otros planes para el dinero y no iba a permitir que su mujer se lo gastara en caprichos. La señora Hoppner se mostró

de acuerdo, si bien observó que no le parecía prudente contrariar a Harriet de una manera tan rotunda. La conocía mejor que Lewis y sabía lo terca que podía llegar a ser: podía pensar que querían aprovecharse de ella y volver corriendo a casa de su madre. A Lewis no le parecía probable, pero prefirió no correr riesgos. Tampoco había que lamentarse por gastar cincuenta libras con tal de asegurarse el resto de la fortuna. Más adelante, si así lo decidía, estaría en su mano impedir que Harriet gastara seis peniques en ropa para el resto de su vida. Aceptó por tanto, limitándose a rogarle a la señora Hoppner que recordara que él no estaba

hecho de dinero. A ninguno de los dos les pareció improcedente o extraño hablar así de la fortuna de Harriet.

La señora Hoppner le sugirió a Harriet que centrarse su afán en un precioso traje de novia y se ofreció a acompañarla para elegirlo. Cuando ésta dijo que sí, la mujer se imaginó que tendría que escogerlo ella y encargarse de todo, y le asombró la seguridad y el espíritu práctico con que la muchacha organizó la tarea. Conocía un establecimiento grande y muy caro en Regent Street donde lo comprarían todo—sus mejores vestidos y los de su madre siempre los encontraban allí— y, cuando llegaron al comercio, fue

derecha a la sección de sedas. La señora Hoppner comprendió que buscaba un traje de novia blanco, y trató de sugerirle otras alternativas. Sabía que Lewis lo tomaría por una extravagancia y se dijo, con inquietud, que no era lo propio dadas las circunstancias. Pero Harriet desoyó sus consejos con indiferencia y buen humor: la señora Hoppner debía de ser muy tonta para no saber que las mujeres siempre se casaban de blanco. Con ayuda de una empleada muy amable y atenta, escogió una seda blanca, bordada, con un encaje blanco; un par de botas de raso blanco, unas medias de seda blancas y un juego completo de la lencería más fina. Su

alegría, tras haberse decidido, era indescriptible y, cuando salió del establecimiento con aires de señora satisfecha, la señora Hoppner no pudo hacer nada más que seguirla, sumisa y perpleja, pensando, al pasar entre las piezas de tela brillante, lo guapa que estaría Alice con esas prendas tan maravillosas. Le desconcertó la desenvoltura con que actuaba Harriet en un lugar donde ella jamás se habría atrevido siquiera a entrar, y no tuvo la presencia de ánimo suficiente para insinuarle lo mucho que le gustaría a Alice hacerse un vestido con aquel raso granate o aquella seda verde mar. Pero se hizo el propósito de convencer a

Lewis, después de la boda —ese momento que supondría el comienzo de la felicidad para todos—, para que le hiciese a Alice algún regalo. Ahora que Alice no era una carga constante, con su obstinación y su mal humor, los sentimientos maternales de la señora Hoppner se habían agudizado singularmente, y aunque no deseaba que su hija se casara con Lewis, comprendía que estuviera ofendida al verse reemplazada. Lewis haría bien en aprovechar la oportunidad de tener un detalle bonito con ella.

Estaba previsto que la boda se celebrara en el plazo de diez días. Se ofrecería un banquete nupcial en casa de

la señora Hoppner, y los recién casados se instalarían después en su propia casa. Los invitados serían muy pocos: la propia señora Hoppner, el sacerdote y Patrick. A Alice no la invitaron, como es natural, y Elizabeth no quería dejar a los niños en ese momento. Nadie, ni siquiera Harriet, mencionó a la señora Ogilvy. A decir verdad, ya que todos veían aquella unión como un simple negocio, bien podían ahorrarse la pantomima, pero a Lewis le agradaba la idea de celebrar un buen ágape inmediatamente después de la boda, con ostras, ave asada, tarta y champán en abundancia. Era una manera muy apetecible de utilizar su dinero por

primera vez y de que Patrick y él pudiesen disfrutar de buenos alimentos. Muy rara vez habían podido permitirse comer y beber bien y, aunque ambos eran hombres comedidos, ni mucho menos eran indiferentes a la buena mesa. Cuando eran pequeños y dormían en la misma cama, muchas veces, antes de dormirse, pasaban el rato planeando festines con platos que nunca habían probado y que conocían sólo de oídas.

Patrick pensaba pasar alrededor de dos semanas en Londres, pero no podía quedarse en Laburnam Road, porque Lewis únicamente había amueblado un dormitorio. Lewis lo lamentaba ahora, y decidió acondicionar cuanto antes al

menos otra habitación. Mientras tanto, Patrick se quedaría con la señora Hoppner, pero pasaría el día libremente con su hermano.

Uno de los mayores placeres de Lewis en su presente situación fue presentar su dimisión en la casa de subastas. Como era extremadamente cauto, no dijo nada hasta la víspera de la boda. Pese a que algo le aseguraba que sus planes ya no podían fallar, su prudencia innata le impidió correr el riesgo de encontrarse sin fortuna y sin empleo al mismo tiempo. No obstante, una vez concluida la ceremonia y la celebración posterior, cuando vio su sombrero colgado de las astas de un

ciervo en Laburnam Road, se sintió en condiciones de desafiar al destino. Era dueño y señor de su tiempo, un placer que Patrick, por ejemplo, comprendía a la perfección: podía organizar sus horas de trabajo sin seguir una rutina rígida; tenía una casa propia, más dinero del que jamás había soñado y la compañía de su hermano, y todo esto hacía que lo demás resultara doblemente agradable. Patrick había sido siempre una ayuda y un apoyo incalculables para Lewis, que no era tan sencillo como a primera vista podía parecer. Ir con Patrick en coche a Epsom o Newmarket, sentarse con él después de cenar a fumar un buen cigarro, estar ocioso, hablador y

contento, rodeado de tantos lujos, permitía a Lewis soportar la existencia de su mujer, ser amable con ella y hasta medianamente cariñoso. No era maniático. Alice era la única mujer que le había atraído de verdad, pero él sabía encontrar placer en cualquier mujer dispuesta a estar a su lado siempre y cuando no fuera del todo un monstruo. Patrick sería incapaz de hacer lo mismo, ni siquiera por dinero. Las mujeres en general no le interesaban y se sentía muy afortunado de haber encontrado a Elizabeth, pues sin duda no había otra mujer en el mundo con la que hubiese podido vivir. Pero ni siquiera Elizabeth podía ofrecerle nada comparable a la

felicidad de estar con su hermano. Que Lewis fuese distinto no le sorprendía: lo aceptaba plenamente sin hacer comentarios.

Harriet, por su parte, estaba feliz, aunque, conforme pasaban los días y pasaba mucho tiempo a solas, el barniz de su inteligencia, que había brillado en la anterior etapa de euforia, empezaba a oscurecerse. No le hacía ningún bien la falta de cariño y compañía. La atención continua de su madre y su trato de igual a igual ayudaban a Harriet a ejercitar sus facultades e impedían que éstas se atrofiasen y, aunque la señora Hoppner no era ni mucho menos tan hábil y estimulante, la ilusión y el interés

general de las semanas precedentes lograron compensar la diferencia. Ahora, sin embargo, a pesar de que estaba muy contenta, la responsabilidad de llevar una casa le causaba desconcierto y confusión. Lewis había contratado a una criada externa para limpiar y cocinar a diario, por lo que Harriet en realidad no tenía demasiado que hacer, aparte de organizar las comidas y no olvidarse de los encargos, pero éstas eran precisamente las cosas para las que estaba menos capacitada. Si Lewis le hubiese pedido que le hiciera una docena de camisas, o que se ocupara de barrer y limpiar el polvo con sus propias manos, Harriet habría

encontrado estas tareas mucho más fáciles que el hecho de darle a Patrick un recado coherente o sustituir una comida apetitosa cuando los ingredientes que encargaba no estaban disponibles. Además, cuando Lewis salía con Patrick, no sabía qué hacer con su tiempo. Es verdad que disfrutaba deambulando por su casa, aunque no tuviera más que tres habitaciones amuebladas como es debido, y era tanta su satisfacción con Lewis que su estado general difícilmente podía no ser de alegría. Aun así, había horas de profundo desconcierto, en las que ni sabía qué hacer ni tenía a quién contárselo. Siempre había sido pulcra y

ordenada con sus cosas; sin embargo, desde el primer momento pareció incapaz de hacer lo mismo con la casa. Su madre le había enseñado a cuidar de su ropa y a interesarse por ella, pero de todo lo demás se ocupaba la señora Ogilvy con ayuda de las criadas. Si alguien le hubiese explicado lo que tenía que hacer, lo habría captado a la primera, pero allí no había nadie más que la criada, y su dignidad no le permitía aceptar consejos de ella, aun cuando la mujer hubiese estado dispuesta a hacer el esfuerzo que suponía señalarle las deficiencias.

Lewis, pasado un primer arrebató de despilfarro, no tenía intención de ser

extravagante. No contaba con un plan definitivo de cómo invertir el dinero y entretanto se mostraba prudente y reacio a incurrir en gastos, como si se hubiera ganado hasta el último penique con el sudor de su frente. Cuando su hermano volvió al campo, Lewis se quedó sin incentivos para la despreocupación y, al verse con más tiempo libre, cobró conciencia de las limitaciones de Harriet. Le indicó que no dejara de echar la llave en la puerta trasera cuando la casa estaba vacía, y que las sobras de la comida no había que tirarlas inmediatamente, sino aprovecharlas, y que debía cerrar las cortinas cuando se hacía de noche.

Harriet lo entendió todo perfectamente en abstracto, y le sorprendió que alguien pudiera ser tan tonto para dudarlo siquiera por un instante, pero, por alguna razón persistía en repetir los mismos errores y Lewis a veces se ponía como una furia. Su humor no mejoró cuando, repasando las cuentas, encontró la factura del traje de novia. No podía decirle lo que pensaba. Harriet difícilmente lo habría entendido si él lo hubiera expresado con palabras. Pero ¡haber gastado cuarenta y ocho libras para engalanar a una mujer como ella con un vestido que jamás volvería a ponerse! Lewis ya le había pagado a la señora Hoppner el dinero prometido, y

ella aún no le había insinuado que le hiciese un regalo a Alice. No fue capaz de decírselo, y pensó que quizá saldría de él, por lo amable que era. Lewis no tenía ninguna intención de gastar dinero en Alice, aunque se acordaba cien veces al día de lo bien que le sentaban aquellos vestidos baratos pero bonitos, ceñidos al talle esbelto y con magníficos pliegues o elegantes y coquetos frunces hasta los pies, y en cómo asomaban su cuello y sus manos de las pequeñas puntillas de encaje plisadas. Alice también pensaba mucho en sus vestidos, pero en su caso estaba justificado. Era completamente distinto. Lewis no ponía reparos en hacer gastos razonables, pero

decidió que Harriet no podía gastar ni un penique más en ropa: tenía suficiente para toda una vida.

Cuando Patrick regresó al campo, Lewis por fuerza tuvo que pasar más tiempo en compañía de Harriet, y esas primeras semanas llegó a sentir casi ternura por ella. Ella lo quería mucho: se le iluminaba la cara cada vez que él le dirigía la palabra, de una manera que al principio no podía por menos que halagarlo, y también la sensación del privilegio que le había otorgado, aparentemente sin darse cuenta, le inspiraba ternura. No era desagradable físicamente. Siempre iba bien vestida — ¡demasiado bien!—, limpia y arreglada.

Dedicaba mucho tiempo y esfuerzo a su arreglo personal, y su aspecto era siempre impecable. Tampoco era una compañera exigente y se contentaba, a pesar de las largas ausencias de su marido, con que él le diera un beso o le dedicara una palabra amable antes de irse y al regresar. Lewis, a pesar de todo, sabía apreciar un buen ambiente doméstico y mientras pudiera contar con eso podían llevarse de maravilla. El problema surgió cuando empezaron a manifestarse las limitaciones de Harriet para llevar una casa. A Lewis no sólo le gustaba la comodidad sino que era un celoso guardián de las cosas bien hechas, y le indignaba el descuido de

Harriet en las tareas domésticas. Al principio le señalaba lo que hacía mal y se calmaba al ver que ella se mostraba completamente de acuerdo, pero cuando volvía a cometer los mismos errores una y otra vez, él se enfadaba mucho y le hablaba con malos modos. Harriet no lo entendía, pues ni siquiera era consciente de haber hecho las tonterías de las que él se quejaba. Cuando Lewis protestó porque se había dejado un grifo abierto y la sala de estar se había inundado, Harriet comprendió que era un contratiempo muy desagradable, pero no le pareció razonable que le echase la culpa, pues se daba cuenta tan bien como él de lo incómodo que era. Todo

el mundo sabía que el agua no debía estropear una alfombra tan bonita. Iba aprendiendo poco a poco y, aunque generalmente estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él, empezaba a molestarle la desconocida sensación de verse pillada en falta.

La señora Ogilvy, de la que se olvidaron por completo, tuvo tiempo de sobra para sobreponerse a la indignación y el rencor. La soledad no hizo sino fortalecer el cariño. Tenía muchas ganas de ver a Harriet y la animosidad que le causaba Lewis se había atenuado ligeramente. Su optimismo natural la indujo a pensar, una vez que la boda se había celebrado

y ya no podía hacer nada por impedirlo, que quizá, a la postre, tampoco fuese tan grave.

Se imaginó que Lewis trataría a Harriet razonablemente bien ahora que estaba a cargo de ella, y que su hija estaría entregada por completo, como tenía sobradas razones para pensar. Y aunque se había llevado un disgusto del que nunca llegaría a reponerse del todo, se dijo que, si viese a Hatty feliz, se daría por satisfecha. No conocía la dirección exacta de la pareja, pero la averiguó a través de la señora Hopper y le escribió a su hija una carta breve y cariñosa en la que, sin decir palabra de las desavenencias pasadas, se limitaba a

preguntar si podía visitarla en su nueva casa. Harriet no se había olvidado de aquella terrible revelación, pero se sentía tan segura al lado de Lewis que tampoco le pesaba demasiado y, aunque su marido era el principal objeto de su amor, por encima de todo lo demás, pensó que le agradaría ver a su madre si Lewis no tenía nada que objetar. Lewis aceptó de buen talante. No le hacía demasiada gracia la visita de la señora Ogilvy, pero había dejado de temerla, igual que Harriet, y prefería que las cosas fuesen agradables en la medida de lo posible. Le dijo a Harriet que la invitase el martes siguiente, por la tarde.

La señora Ogilvy llegó con la

determinación de poner buena cara a todo cuanto viese y no hacer críticas indebidas. Le llevó a Harriet una caja de galletas que le gustaban mucho, y un geranio rojo en una maceta. Lewis la recibió en la puerta y sorteó con bastante destreza los primeros momentos del difícil encuentro. La saludó con mucha cordialidad, elogió el geranio y lo dejó en la repisa de la ventana de la sala de estar. La señora Ogilvy tenía tantas ganas como temor de observar a su hija. No tuvo que esforzarse demasiado: a pesar de los abrazos y lo animado de la conversación, no se le ocultó que Harriet tenía un aire de tristeza muy distinto del enfurruñamiento

con que antes dejaba traslucir su mal humor. No es que tuviera mal aspecto, pero su madre no pudo contenerse.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —le preguntó con visible ansiedad.

—Bien, mamá. Regular —contestó Harriet.

La señora Ogilvy no quiso hacer más preguntas, por miedo a que Lewis pudiera enfadarse, pero éste, adivinando los pensamientos de su suegra y resuelto a ser amable, le dijo a Harriet:

—Lleva a tu madre al piso de arriba, amor mío, y enséñale el resto de la casa.

Sorprendió mucho a la señora Ogilvy, cuando salieron del dormitorio principal, ver que las demás

habitaciones estaban vacías. No pudo resistir las ganas de decírselo a Lewis de vuelta en la sala, al tiempo que preguntaba si no estarían más cómodos con una criada interna. Lewis contestó que pronto contarían con ambas mejoras, en un tono que no alentaba a prolongar la conversación. Tras haber visto la casa, la señora Ogilvy no supo qué decir. La posibilidad de tener una charla confidencial o cariñosa con Harriet estaba fuera de lugar. A lo primero no se atrevía, por miedo, sobre todo, a causar algún conflicto, y algo le indicaba sutilmente que Harriet no estaba dispuesta a lo segundo. Y al fin resultó que la visita, largamente planeada y

deseada, duró menos de veinte minutos. Lewis la acompañó a la puerta con un asomo de desagrado en su expresión, aunque se despidió de ella con amabilidad y sencillez. La señora Ogilvy ya había besado a su hija en la sala de estar y, cuando echó a andar por la calle, volvió la cabeza para comprobar si Harriet se había asomado a mirar entre las cortinas, pero no vio nada.

Una vez en casa, su marido le preguntó cómo había encontrado la situación.

—No preguntes —respondió—. Cuanto menos se diga menos hay que lamentar. —Y no quiso decir más.

—Pero ¿al menos Harriet estaba bien? —insistió el señor Ogilvy. Ella dejó escapar un suspiro involuntario y a él le entraron ganas de mostrar un poco de compasión, pero sólo acertó a quedarse parado delante de su mujer, abriendo y cerrando los dedos.

—Yo no diría que está enferma —contestó ella—, aunque ha tenido mejor aspecto en otros tiempos. Pero ¡no preguntes! Ya no se puede hacer nada más que apechugar con la situación. —Dicho esto, se levantó y subió despacio las escaleras para quitarse el sombrero. El señor Ogilvy avivó el fuego y se puso a dar vueltas por la estancia hasta que Hannah entró a servir el té. No estaba en

su mano contribuir en nada al bienestar de su mujer, pero al menos por una vez tuvo la consideración de no encerrarse en su estudio.

Dos días más tarde, la señora Ogilvy recibió una carta de Lewis acompañada de una nota de Harriet. Lewis decía:

Estimada señora Ogilvy:

Con el ánimo de que las cosas resultaran agradables para todos, no se puso ninguna objeción a su visita de hace unos días, pero debe ser consciente de que ha traicionado usted la confianza de Harriet con su monstruoso comportamiento y por tanto no tiene ningún derecho a verla. Por consiguiente, consideraría un favor que se abstuviera de volver por aquí. En

caso contrario, me veré obligado a tomar medidas que sin duda serán desagradables para ambos, mejor dicho, para mí, pues me consta que usted no tiene ningún reparo en obrar de una manera que ninguna persona decente podría aceptar. Creo que con esto queda dicho todo lo necesario sobre el particular. Harriet le está escribiendo lo que piensa ella al respecto, puesto que somos de la misma opinión.

Atentamente,

LEWIS OMAN

—¡Lo que piensa ella! —exclamó la señora Ogilvy mientras desdoblaba la nota de Harriet. Y leyó:

Querida mamá:

Lewis dice que no debes venir por aquí y yo creo que es lo mejor. Dice que no necesitamos a nadie porque nos tenemos el uno al otro y que has sido muy cruel.

Tu hija que te quiere,

HARRIET

La propia letra bastó para indicarle a la señora Ogilvy que Harriet no había escrito esta nota sin ayuda, y las dos cartas derribaron de golpe, incluso en lo más hondo de su ser, la moderación que se había impuesto en las últimas semanas, desatando un torrente de impresiones que hasta el momento se había negado a considerar de manera

consciente. Le era imposible pensar en Harriet con un mínimo de ecuanimidad. No podía negar que la encontró bastante contenta, pero ¡qué pocos motivos tenía para estarlo!

—¡El muy canalla! —gritó—. ¡Le ha sacado tres mil libras y ni siquiera es capaz de ofrecerle una casa amueblada decentemente!

El señor Ogilvy se mostró plenamente de acuerdo, si bien dijo con gravedad:

—Tienes que contenerte, Bessie. Tú misma has dicho que de nada sirve preocuparse. Aún están a tiempo de que las cosas les vayan bien. Él es un joven de dudosa catadura, eso es innegable,

pero otras hijas hacen cosas aún peores, querida. Has hecho cuanto estaba en tu mano. Ahora, ten fe.

La señora Ogilvy permitió a su marido que intentara mitigar su desazón con estas palabras, pero no lograba tranquilizarse.



IX

La vida seguía su curso en Cudham con escasos cambios, aparte de que Alice había regresado con su madre. La única variedad en la vida de los Oman la introducía Patrick de vez en cuando al recibir algunos ingresos que les hacían mucha falta. Entonces podían comprar carne de vaca o una pierna de cordero, plátanos y manzanas, y untar el pan con mantequilla además de melaza,

pero otros días no tenían prácticamente nada, cuando estas delicias desaparecían de la mesa. Quienes más disfrutaban de esta prosperidad repentina eran Alfred y Clara. Para Elizabeth suponía un alivio, qué duda cabe, pero su satisfacción era más anímica que sensorial. La comida, sin embargo, era hasta la fecha el mayor placer en la vida de Alfred, y Clara tampoco le iba a la zaga cuando se trataba de disfrutar de un bizcocho o del sabor a *toffee* de la melaza sobre la mantequilla. La dureza de esta existencia, animada por estos pequeños placeres, tenía en Clara el extraño efecto de intensificar su apego a los

Oman. Mientras que la mayoría de la gente habría buscado el modo de salir de aquella situación como fuese, los rigores que debía de soportar eran para Clara como las penalidades que sufrían los soldados en una campaña, o los marinos víctimas de un naufragio, circunstancias que creaban entre los compañeros de fatigas un vínculo que nada podía romper. A pesar del acuerdo inicial, Patrick nunca le dio dinero y a ella nunca se le ocurrió reclamarlo; de ahí que no sólo no habría podido llegar muy lejos de haber querido escapar sino que a duras penas habría sabido dar el primer paso, pues tenía un pésimo sentido de la orientación y sólo la

necesidad de no ir más allá de lo que aguantaba con la pequeña Julia en brazos cuando salían a pasear por las tardes les permitía volver a casa sanos y salvos.

Elizabeth se había vuelto inmune a su forma de vida. No pensaba demasiado en las dificultades y los inconvenientes, gracias a que no tenía la impaciencia de Alice con la falta de comodidades, y había heredado de su madre la facultad de pasar por alto las cosas que no quería ver. Lo que sí le afectaba, muy intensamente, eran las convulsiones emocionales. Se preocupó mucho cuando Clara tuvo un ataque hepático seguido de una depresión, y,

cuando Patrick se alteraba por algo, Elizabeth no decía nada, pero sentía un estado de tensión que la llevaba a pensar que el menor contratiempo añadido le haría perder la cabeza.

Hacia el final del verano, cuando todo iba bien, Lewis le pidió a Patrick que Lizzie fuera a pasar unos días con él: quería comprar los muebles de los que llevaba hablando tanto tiempo. Patrick sabía que su mujer estaba agotada y pensó que unos días en la ciudad quizá le sentaran bien. Además, se alegraba de que Lizzie pudiera ser de alguna utilidad para su hermano. Así, aunque sin demasiadas ganas de estrechar su relación con su cuñada,

Elizabeth disfrutó de unos días muy interesantes con Lewis en los grandes almacenes de Londres. Él se plegaba en todo a su criterio, y sólo discrepaba en la necesidad de ajustar el gasto estrictamente. Por fin quería una casa bien amueblada. No explicó por qué razón había esperado tantos meses desde la boda, y Elizabeth tampoco hizo preguntas. Escogieron un precioso conjunto en tonos azules para otro dormitorio, muy del estilo del tocador de una joven dama, y sustituyeron los muebles de bambú de peor calidad de la sala de estar por piezas más elegantes. Lewis insistió en comprar una alfombra blanca para ponerla junto a la chimenea

y unas primorosas cortinas de encaje para la repisa.

Harriet no los acompañó en estas expediciones, pero se mostró encantada cuando las compras llegaron a casa. Al ver la chimenea vestida con su nuevo adorno, pasó los dedos por los pliegues de la tela con interés y admiración. Lewis la sorprendió en el acto y se acercó corriendo, muy enfadado.

—No lo toques —dijo. Y Harriet, por primera vez, pensó que ésas no eran maneras de hablarle. Lo miró con un gesto parecido al que él había visto cuando tuvo aquella pelea con su madre. Murmuró algo entre dientes y dio media vuelta. Desde ese día, no ocultaba su

enfado cuando se sentía reprobada y hasta dejó de esforzarse en recordar los deseos de Lewis en cuanto concernía a estas nuevas adquisiciones. Él no podía evitar que Harriet derramase algo en la alfombra blanca y, cuando prohibió que entrase en la habitación azul, ella se cogió un berrinche, entró corriendo, volcó las sillas, arrancó la colcha de la cama y la tiró al suelo. Elizabeth había vuelto a Cudham. Tuvo que adelantar el regreso porque a Alfred le había salido un sarpullido, y Lewis no tenía quién se compadeciese de él a menos que escribiera a su hermano, y eso hizo.

Mi querido Patrick:

Muchísimas gracias por las amables palabras que me has hecho llegar a través de Lizzie. Nadie sabe, querido Patrick, lo que he tenido que pasar con Harriet. Tiene un genio espantoso. Llevo horas hablando con ella, tratando de que entre en razón, pero es inútil. Desde que se levanta hasta que se acuesta, no hace nada más que intentar sacarme de quicio y hacerme sufrir todo lo posible. Estoy muy abatido y llevo horas lamentando haber gastado tanto dinero en comprar cosas bonitas y no tener a nadie que se interese por la casa. Lo cierto es que soy muy infeliz. Nunca, querido Patrick, podré agradeceros a ti y a la querida Lizzie lo buenos que sois conmigo, pero ten la certeza de que no lo olvidaré.

Tu hermano que te quiere,

Esta carta no hizo sino demostrar a Patrick la imperiosa necesidad de que la casa de Laburnam Road contase con un ama de llaves. Lewis pensó que había escrito a su hermano para ponerle al corriente de su estado de ánimo, pero lo cierto es que estaba impaciente por saber que las medidas que pudiese tomar, aun cuando otros no las comprendieran, al menos recibían la aprobación de Patrick.

Una tarde, en el melancólico resplandor dorado del crepúsculo de diciembre, Alice estaba en su dormitorio, clasificando unos botones

encima de la cama. Había llegado a una especie de acuerdo comercial con la señorita Croker, que admiraba desde siempre el buen gusto y las ideas de Alice en cuestión de moda. Su clientela había aumentado notablemente, y la modista estaba encantada de contar con una ayuda tan valiosa. Alice trabajaba para ella con la intención de ahorrar un poco de dinero con el que hacer algo — aún no sabía qué—, tal vez montar su propio negocio o emigrar a América. Cumplía con su trabajo de maravilla y ya había demostrado que valía su peso en oro, en palabras de la señorita Croker, pero había perdido el interés por su arreglo personal. En ese

momento, iluminada por la luz del atardecer, con la cabeza ladeada, las manos lánguidas ordenando los botones, el pelo sin sus bucles de antaño, recogido con descuido en una masa de ondas por detrás de las orejas, y el sencillo vestido gris que había confeccionado durante su estancia en Cudham, apenas se reconocía en ella a la muchacha radiante, elegante y llena de vida de los meses anteriores. Su madre entró en el dormitorio, pero Alice no levantó la cabeza. Sólo un llamamiento imperioso era capaz de concitar su atención y sacarla de ese abismo de indiferencia que manifestaba por todo lo que no fueran sus horas de trabajo con la

señorita Croker. Miró a su madre pasados unos segundos, con gesto de asombro y sobresalto.

—Lewis está en la sala —dijo la señora Hoppner. Repitió sus palabras, pero antes de que pudiese añadir nada más, Alice ya había salido de la habitación y estaba bajando las escaleras. Se detuvo un momento para recordar que él había venido únicamente a hacer algún trato con su madre, pero fue en vano. Echó a correr sin querer y, cuando llegó a la sala, Lewis la estaba esperando en la puerta, con los brazos abiertos.

Si había algo de bondad y misericordia en el carácter de Alice, se

manifestó en ese preciso instante. No le dijo: «Me has hecho sufrir, has sido muy cruel y no mereces que vuelva a dirigirte la palabra». Tampoco se detuvo a pensar si era conveniente hablar con él en aquel estado de ánimo. Se arrojó en sus brazos, mientras todo rastro de edad se borraba de su rostro y las lágrimas corrían por sus mejillas. Lewis no podía verlas, porque Alice tenía la cabeza apoyada en su hombro, pero las notó en el cuello y la abrazó con tanta fuerza que ninguno de los dos pudo decir palabra. Al cabo de un rato, esforzándose por hablar en un tono lo más natural posible, él susurró:

—Harriet va a tener un hijo, y quiero

que vengas a ocuparte de la casa. — Alice se retorció para poder mirarlo y, entre convulsos sollozos, entreabrió los labios con una sonrisa de éxtasis—. Si tu madre puede pasarse sin ti —añadió Lewis, con su risa familiar.

—Sí, claro que puede.

—Escucha —dijo, acercándola a una silla—. ¿Cuándo puedes venir?

—Ahora, ahora.

—¿Ahora mismo? En ese caso te esperaré mientras recoges tus cosas.

Alice había logrado liberar una mano y se la pasó por el pelo. Al hacerlo cayó en la cuenta de lo horrenda que debía estar. ¡Semanas de abandono y encima llorando!

—¡Ah! —exclamó—. Tengo que arreglarme. Estoy hecha una pena. ¡No me mires!

Hasta ese momento, Lewis no había apreciado ninguna diferencia. Sólo fue consciente de cómo se arrojó en sus brazos, tal como en cierto modo esperaba, sin por ello dejar de sentir una alegría y un agradecimiento inmensos. Al decirlo Alice, se dio cuenta de lo pálida y agotada que parecía pero, mientras que ella se avergonzaba de su aspecto y ardía en deseos de corregirlo, a él le traía sin cuidado. De todos modos, dijo con amabilidad:

—¿Cuánto tiempo necesitas para ponerte guapa? ¿Quieres que vuelva más

tarde?

—Sí —exclamó Alice. Y se quedó muy callada, mirando la alfombra, mientras él la abrazaba. Daba la impresión de que hubieran alcanzado un acuerdo tácito para no referirse a la situación pasada o presente. La idea de contarle a la señora Hoppner que Alice había aceptado la propuesta, o de pedirle su opinión, ni siquiera se les pasó por la cabeza a ninguno de los dos. Alice, en verdad, no pensaba en nada. Le bastó con verse transportada de un estado de esterilidad y futilidad sin límites a otro de indecible felicidad para olvidarse de los últimos meses como si hubieran sido un sueño

aterrador, y miró a su alrededor como si por fin hubiera despertado y volviese a ver los objetos familiares. Lewis se incorporó entonces para ir a hablar con la señora Hoppner, y Alice subió corriendo y entró en su dormitorio como una flecha. Empezó a cepillarse el pelo y a rizarlo con los dedos, y se rio de su torpeza, al tiempo que se decía que no había ningún motivo para apresurarse tanto. Entonces cayó en la cuenta de que no podía maquillarse, de tanto como lloraba. Se sentó delante del tocador, apoyó la cabeza en las manos y trató de recobrar la calma. No visualizó lo que significaba aquel paso, aunque, de haberse parado a preguntárselo, habría

descubierto que lo sabía perfectamente. Estaba abrumada de felicidad, y no sólo porque Lewis, entre todos los hombres posibles, el que ocupaba para ella un lugar que nadie en todo el universo podía usurpar, hubiera regresado; tenía además la sensación, divina como el aire para quien se está ahogando o como el agua para quien se está muriendo de sed, de que su vida volvía a su senda; la satisfacción, indescriptiblemente dulce, de que tendría todo lo que se merecía, de que la vida por fin era plena y maravillosa y jamás volvería a padecer un sufrimiento tan degradante. Y no sólo no razonó ni discutió consigo misma, sino que se contentó con dejar el futuro

enteramente en manos de Lewis. Lo único que tenía que hacer era dejar de llorar, maquillarse y ponerse presentable. Levantó la cabeza despacio, se secó las lágrimas con el dorso de la mano, se levantó de un salto y estuvo a punto de volcar la silla. ¡Qué tonta, qué tonta había sido! ¡Le había dicho a la señorita Croker que no le hiciera el vestido lila! ¡Qué gran ocasión se presentaba ahora para lucirlo! Cualquier sacrificio habría valido la pena para tener aquel vestido en ese momento. Como un espejismo, se imaginó delante de Lewis con aquel fresco y susurrante *soupir étouffé* que contrastaba deliciosamente con unos

toques de rosa claro en las mejillas y su pelo oscuro y sedoso, y por un momento tuvo la sensación de que toda su felicidad se marchitaba, pero su sentido común acudió con prontitud a recordarle, abriéndose camino con dificultad entre sus fuertes convicciones femeninas, que, para un hombre, un vestido bonito es igual que otro y que cuando una mujer tiene un aspecto encantador, en nueve de cada diez ocasiones, el hombre no sabe explicar por qué. Como estaba en enaguas, con los brazos desnudos, al extender sus vestidos abandonados sobre la cama le vino la idea de que un día conseguiría, además de ese vestido lila, todos los

que quisiera. Entretanto tenía que hacer muchos arreglos en su modesto vestuario, poner puntillas nuevas de muselina o encaje. Estuvo ocupada más de una hora, y se alegró de tener una excusa para quedarse en su habitación y evitar así discusiones con su madre. Intuía que ella prefería tenerla en casa, y no quería que ninguna menudencia, por insignificante que fuera, arruinase su éxtasis.

Cuando por fin bajó a la sala volvía a exhibir la elegancia de un cisne, los ojos centelleantes y las mejillas luminosas, como siempre. Había recuperado sus tirabuzones, y la boca, entreabierta para mirar a Lewis, era roja

como una fresa madura. Sin decirle nada a él, le pidió a la asistenta que bajara el baúl de su dormitorio. La señora Hoppner le había ofrecido a Lewis una taza de té y parecía estar en buena armonía con él. Alice, sin embargo, tampoco habló con su madre, pero, cuando ya estaban todos en la puerta, esperando a que cargaran el baúl en el coche, se volvió a ella y le dijo con indiferencia:

—Dile a la señorita Croker que no volveré. Los botones que me pidió que forrara están en mi dormitorio. Algunos ya están listos. —Dicho esto subió al coche y delegó en Lewis la tarea de despedirse de la señora Hoppner con

cortesía y amabilidad. Asomó la cabeza por la ventanilla cuando el coche ya había arrancado.

—Velaré para que no le ocurra nada malo —dijo Lewis.

La señora Hoppner dijo adiós con la mano dubitativamente.

—¿Por qué has dicho eso? —le riñó Alice, apretándole un brazo con las dos manos enguantadas. Lewis soltó una carcajada y la pellizcó en la rodilla.

—Bueno, tengo que cuidar de ti —respondió. Y los dos se echaron a reír. Lo que ocupaba los pensamientos de Lewis, al volver a experimentar el placer que le causaba la presencia de Alice, al contemplar sus movimientos

rápidos y los vivaces cambios del ceño fruncido a la sonrisa en su rostro, al tenerla a su lado, cogida de su brazo, fue la sensación de hallarse en absoluta paz consigo mismo, de haber tenido con Harriet una paciencia admirable y haberle consentido cosas que pocos hombres tolerarían.

Cuando se acercaban a su destino, Alice sintió por primera vez cierta aprensión. No sabía cómo sería el encuentro con Harriet y, además, se le hacía terrible portarse con Lewis como si no significasen nada el uno para el otro. Sintió un escalofrío al aplacarse la fiebre de las últimas horas y tembló al apearse del coche. Lewis, sin embargo,

parecía muy tranquilo. Indicó que metiesen el equipaje en la casa, pagó al cochero y cogió a Alice del brazo para invitarla a entrar en el vestíbulo. El fuego iluminaba las paredes, aunque la lámpara no estaba encendida. Alice sintió un gran alivio al ver que la sala estaba vacía. Mientras Lewis encendía la mecha de la lámpara, una mujer entrada en años apareció en la estancia.

—Enfermera —dijo Lewis—. Ésta es la señorita Hoppner, amiga de la señora Oman. Ha venido a cuidar de nosotros mientras la señora tenga que estar en su dormitorio.

La lámpara se iluminó en ese momento para revelar los evidentes

encantos de Alice. La enfermera no dijo nada, pero la miró atentamente e hizo una especie de reverencia antes de pasar a la cocina. Lewis esperó hasta que la oyó volver al piso de arriba. Entonces acercó una butaca al fuego y ayudó a Alice a quitarse la capa.

—¿Es que no baja nunca? — preguntó Alice, visiblemente nerviosa.

—Claro que sí, pero se retira temprano. ¿No quieres ver tu habitación?

Si antes estaba reacia a encontrarse con Harriet ahora estaba decididamente asustada. Miró a Lewis sin saber qué decir.

—Vamos, cariño —dijo él en tono

amable. Y la ayudó a levantarse con un aire protector que nunca había demostrado, lleno de ánimo y ternura. Alice subió las escaleras con el brazo de Lewis en su cintura y se tranquilizó un poco al ver que las puertas de la planta superior estaban cerradas. Lewis abrió una de ellas para mostrarle un dormitorio precioso, tapizado todo en azul.

—Lizzie escogió los muebles —dijo—. Pensé que querríamos tenerte con nosotros cuando llegara este momento, por eso lo he dispuesto todo a tiempo.

—Es una maravilla. Pero ¡no me dejes sola! Dejaré mis cosas y bajaré contigo.

Lewis la ayudó a dejar la capa y el sombrero antes de regresar a la sala de estar. Cuando se sentaron junto al fuego, al lado el uno del otro, Alice se fue tranquilizando gradualmente. Lo observaba todo como un gato en una casa nueva, hacía bromas y pasaba las manos por el pelo de Lewis, como tenía por costumbre. Sin embargo, cuando él se levantó y dijo: «Voy a ver qué podemos cenar. Ellas cenan arriba», Alice exclamó: «¡No te vayas! Voy contigo».

En la cocina encontraron un poco de fiambre y un trozo de tarta. Lewis puso las cosas en una bandeja, las llevó a la sala y empezó a preparar el café. Alice

se quedó sentada, jugando con una picadora instalada en el borde de la mesa de la cocina.

—Tendría que hacerlo yo —dijo—. Se supone que he venido para ayudarte. —Lo miró entre dubitativa y risueña.

—Déjame a mí —contestó él—. No quiero darte trabajo.

Cuando el café estuvo listo volvieron a la sala de estar. Durante la cena, Lewis trató a Alice con la atención de una institutriz a un niño. Le cortaba la comida, la sazonaba y le llevaba el tenedor a la boca. Cuando él empezó a tomar el café en una taza grande, Alice estiró una mano para sostenerla y acercó los labios al borde, de manera que la

taza oscilaba como una sierra mientras bebían alternativamente. Nunca habían estado así. Alice siempre había intentado mostrarse atractiva en su presencia, y él siempre había dado a entender que la encontraba muy atractiva, pero el reencuentro había sido tan inesperado, tan emocionante, que en pocas horas habían llegado mucho más lejos que en los meses previos de amistad. La sensación de depender por completo de la protección de Lewis en aquella casa tan inquietante llevaba a Alice a aferrarse a él sin ningún artificio o disimulo y a manifestar por vez primera el lado más dócil e infantil de su cariño; y la ternura que en él

despertaba esta actitud, sumada al vivo y exquisito contraste que representaba Alice en comparación con todo aquello a lo que él había tenido que acostumbrarse recientemente, hicieron sentir a Lewis que jamás podría adorar y venerar a aquella adorable muchacha como se merecía.

—Dormiré aquí, en el sofá. No tendrás miedo arriba, ¿verdad? Tu puerta tiene una llave. Puedes cerrar si quieres para sentirte a salvo hasta que vaya a verte mañana.

—Estaré bien —dijo ella, sin demasiada convicción—. Pero tú no estarás cómodo aquí —añadió, con los ojos muy abiertos.

—Sí estaré cómodo —replicó con firmeza. Sacó unas mantas de debajo de los asientos del sofá y se dispuso a preparar la cama con mucha maña.

—¡Qué bien lo haces todo! —dijo Alice, observándolo entre risas.

—Me las arreglo bien con las cosas de la casa. No te daré demasiado trabajo. Querida Alice, es estupendo que hayas venido a ayudarme.

La besó despacio, de una manera muy distinta a como la había besado esa tarde, y la escoltó hasta el dormitorio azul, donde ella se encerró con llave. Se sintió de pronto tan cansada que casi no tuvo tiempo de desnudarse y echarse en la cama antes de quedarse

profundamente dormida.

Al día siguiente, después de desayunar, Lewis la llevó a ver a Harriet, que no se levantaba hasta mediodía y estaba sentada en la cama, con muy buen aspecto. La enfermera la trataba muy bien. Era una mujer adusta y reprobadora, pero su expresión cambiaba cuando se dirigía a Harriet, la animaba y la atendía con amabilidad y alegría, y gracias a eso Harriet estaba muy contenta y no echaba de menos a su madre, como le habría ocurrido en otras circunstancias. Cuando vio entrar a Lewis y Alice, el rostro de Harriet se iluminó. Lewis se acercó a la cama.

—Veo que te encuentras bien,

¿verdad?

—Sí —dijo Harriet. Y miró a Alice.

—Alice ha venido a ocuparse de la casa, para que estemos cómodos hasta que tú puedas levantarte.

Harriet sonrió con agrado y Alice se sintió en la obligación de decir:

—¡Qué buen aspecto tienes! Si necesitas cualquier cosa, dímelo.

—La enfermera ya cuida de mí. Tú ocúpate de que el señor Oman se sienta cómodo, no revuelvas la casa y no ensucies los muebles nuevos.

—Seguro que se las arreglará —dijo Lewis, dando una palmadita en el hombro de Alice—. Tú no te preocupes por nada, Harriet.

Dicho esto salió con Alice. Desde ese momento, Alice sólo veía a Harriet una vez al día: bien en su dormitorio, acompañada por Lewis, bien en la sala, cuando Harriet bajaba un rato a mediodía. Harriet exigía muy pocas atenciones de nadie. Le gustaba ver a Lewis una o dos veces al día, pero por lo demás se contentaba con depender enteramente de la enfermera, que nunca se cansaba de escuchar sus pequeñas razones para el asombro o la queja. La mujer sentía por Harriet una compasión muy peculiar; era competente en su trabajo, aunque poco lista para todo lo demás, y la deficiencia de Harriet la indujo a pensar que la paciente era de su

propiedad, a diferencia de los enfermos crónicos, que estaban llenos de vida y eran capaces de levantarse de la cama, a pesar de su dependencia física.

Alice y Lewis, entretanto, se entregaron a una ronda de placeres desconocidos para ambos, y hay que decir, en honor de Lewis, que no necesitaba lujos ordinarios y sensuales para sentirse feliz. No le atraía la bebida, los teatros de variedades ni las diversiones vulgares de ninguna clase. Estaba completamente absorto en el placer de pasar los días sin separarse de Alice un solo instante. Es verdad que salían mucho a pasear. Lewis quiso llevarla a la Torre, a Hampton Court y al

Museo de Cera. No es que estos sitios le interesaran especialmente, pero tenían que ir a alguna parte, para salir de casa. Hacía buen tiempo, cualquier paseo resultaba agradable y Alice era capaz de convertir cualquier ocasión en una delicia, con su interés y su capacidad de disfrutar. Lewis también hallaba una curiosa satisfacción en esta inocente manera de pasar el tiempo. En ese sentido no había nada de qué culparle. Mientras sucedía todo esto, la fecha del nacimiento del niño era un asunto de importancia secundaria. Lo cierto es que estaban fuera de casa cuando llegó el momento, y, a su regreso, a última hora de la tarde, Lewis supo que era padre de

un varón. La enfermera, sardónica como siempre, ni siquiera lo felicitó. Estaba atendiendo a su paciente, que había soportado el suplicio estupendamente y, de no haber sido por las visitas diarias del médico, nadie en la casa se habría enterado del acontecimiento. A Alice no le importunaba el recién nacido, que a veces lloraba por las noches, aunque no tanto para despertar a una persona que dormía a pierna suelta como ella y se acostaba agotada después de haber pasado el día entero al aire libre. Y así, mientras duró el buen tiempo, siguieron saliendo a diario como de costumbre.

La situación cambió al cabo de dos semanas. El tiempo se volvió ventoso,

acompañado de aguanieve y fuertes heladas, como si quisiera compensar la suavidad de los días anteriores, impropia de aquella época del año, y la única distracción de Alice y Lewis era ahora pedir fuera las comidas más apetitosas y sentarse junto al fuego. No lo lamentaron, pues tenían por delante un amplio panorama de nuevas experiencias que consistían en hablar dentro de casa en lugar de hablar mientras paseaban. Alice se encontraba de un humor sencillamente espléndido. Los días grises no hacían mella en su alegría y su vitalidad. Para entonces había conseguido dominar sus nervios plenamente, era capaz de pensar en

Harriet sin asustarse y disfrutaba sin límites de aquella vida de mimos, lujos y deseo reverencial.

Pero Harriet empezaba a recobrar las fuerzas y, aunque seguía confinada en su dormitorio, empezaba a cansarse del cómodo letargo en el que se había instalado desde la llegada de Alice. Quería que Lewis estuviera con ella a todas horas. No le bastaba con su hijo y no paraba de preguntarle a la enfermera qué estaba haciendo Lewis y le ordenaba que bajara a buscarlo. Lewis a veces subía a verla, pero nunca con Alice.

—¿Qué pasa, Harriet, necesitas algo? —preguntaba Lewis. Y cuando

ella lo miraba con gesto lastimero, incapaz de decir qué deseaba, aparte de un poco de su compañía y de la felicidad que reinaba en otras zonas de la casa, él se aprovechaba de su incapacidad para expresarse y decía—: Bueno, parece ser que no necesitas nada. No deberías hacerme subir inútilmente. —Y se marchaba por donde había venido.

La enfermera había calado a Alice desde el principio y, aun cuando no hubiera sido desconfiada, el hecho de que Alice tratase a la criada y a los recaderos como dueña y señora de la casa, pero nunca diese un palo al agua ni preguntara por el pequeño, habría sido

suficiente para no dejarse engañar. Además, Lewis estaba tan feliz y entregado que no era capaz de quitar las manos de encima de Alice aunque hubiese alguien presente. Siempre la llevaba del brazo o de la mano y, cuando ella lo besaba, le traía sin cuidado que alguien pasara por la cocina justo en ese momento. Naturalmente, la enfermera no le había dicho nada a Harriet, pero ésta, con la asombrosa perspicacia que tenía para ciertas cosas y que parecía casi una estrategia de la naturaleza para compensar su cortedad en otros asuntos, sabía perfectamente, como si las hubiese visto con sus propios ojos, qué clase de escenas se desarrollaban en el piso de

abajo. A Lewis le costaba cada vez más estar con ella. Se quedaba junto a la cama y decía: «Aquí estoy, Harriet. Dime qué quieres», cuando Harriet le enviaba una nota por mediación de la enfermera, como le había dado por hacer últimamente. La enfermera escondía a menudo las notas, consciente de que a la pobre Harriet no le hacían ningún bien, pero no siempre lo lograba, pues ella insistía en preguntar si las había entregado. Por las noches, después de cenar, Alice se sentía especialmente eufórica. Se sentaba en las rodillas de Lewis, delante del fuego, y se reía tanto que Harriet la oía desde su habitación. Harriet había escrito una nota

ciertamente ilegible, con una caligrafía desastrosa, llena de incoherencias y faltas de ortografía, un simple garabato con alguna palabra descifrable aquí y allá. Se la dio a la enfermera, quien decidió que estaba más que justificado interrumpir la escena en la sala de estar y entró a entregarla, después de llamar a la puerta. Alice estaba en las rodillas de Lewis, como siempre, y él intentó quitársela de encima o fingió que lo intentaba, levantándola por los aires todo cuanto pudo, mientras ella se resistía con carcajadas de placer.

No habían encendido la lámpara, porque bastaba con la luz del fuego. Los platos de la cena seguían en la mesa, con

una jarra de agua en la que flotaban unas flores que se expandían: verdes, amarillas, rojo coral y del color de las llamas. Se las habían comprado a un vendedor ambulante, envueltas en un colorido papel de motivos chinos, cuando salieron a pasear esa tarde, y lo pasaron en grande viendo cómo se abrían las pastillas blancas y se convertían en algas, peces y estrellas de mar.

Cuando la enfermera abrió la puerta, Alice se contuvo y se sentó muy erguida, con un brazo alrededor de los hombros de Lewis, pero no hizo amago de levantarse, y siguió en sus rodillas, con gesto altivo y desafiante. Lewis se

limitó a volver la cabeza y a decir:

—¿Qué pasa, enfermera?

La enfermera se acercó con cara de pocos amigos y le tendió el papel.

—La señora Oman le envía esta nota, señor. Le gustaría que pasara usted un rato con ella esta noche.

Lewis cogió el papel.

—Dígale que enseguida subo — contestó. Cuando se cerró la puerta, Alice le clavó los dedos en el hombro e inclinó la cabeza sobre el escrito. Las llamas le mostraron los trazos incoherentes.

—Esto no está nada claro —señaló Lewis. Alice le quitó el papel de las manos y lo arrojó al fuego.

—No vayas —dijo Alice. A esas alturas Harriet se había convertido en un obstáculo muy molesto para su legítimo placer. La felicidad de la que disfrutaban Lewis y ella por el simple hecho de estar juntos, la llevó a la conclusión de que tenían todo el derecho del mundo a vivir absortos el uno en el otro. Ni siquiera se detenía a pensarlo: simplemente, se dejaba llevar día tras día por la poderosa idea instintiva de que todas las fuerzas del universo se habían aliado para unirlos. Y aunque era así como veía las cosas, la indefensión y la infelicidad de Harriet debieran haberla conmovido y despertado en ella un poco de consideración. Pero el sufrimiento

causaba en Alice el peor de los efectos. Esas ideas de que el sufrimiento nos hace mejores y nos vuelve más compasivos al dolor de los demás eran completamente inaplicables a su caso. A ella, el sufrimiento le había servido únicamente para evitar con una impaciencia malsana todo lo que le acarrease dolor y volverse completamente ajena al que pudiera infligir a los demás. No olvidaba aquellos días de tormento voraz en el campo, en los que deseaba estar bajo tierra porque no soportaba la burla implacable del inminente verano, y su felicidad era ahora tan preciada para ella que lo único que le importaba en el

mundo era conservarla. Quien se atreviera a amenazarla no sólo era un obstáculo que había que sortear a toda costa, era un enemigo íntimo que le causaba consternación y horror. Cualquier manifestación del sufrimiento de Harriet o cualquier compasión que se le demostrara tenían como consecuencia que Alice se concentrase en oponerse con todas sus fuerzas. Aunque aún conservaba, por lo general, incluso en los momentos en los que se entregaba a retozar con Lewis sin freno alguno, incluso cuando lo besaba, una levísima capa de contención glacial, suficiente para agudizar su alegría y su desobediencia imperiosa, cada vez que

Harriet solicitaba una visita, este hielo se fundía por completo, y Alice se aferraba a Lewis y lo miraba con ojos ardientes, sin poder aguantar las lágrimas. Sin embargo, nunca había hecho gala de un abandono tan absoluto como en ese momento. El recordatorio directo que acababan de recibir, la conciencia de que la reclusión de Harriet no podía prolongarse mucho más tiempo y pronto estaría encima de ellos, lo que constituía una amenaza intolerable para su felicidad, cargó la situación de urgencia y significado para Alice. No le quedaba rastro de temor por lo que el mundo pudiese decir. Lewis estaba loco por ella, la veía como

la coronación de todos sus esfuerzos, aunque hasta entonces nunca lo hubiera pensado así. ¿Era la culminación de toda su vida caer en la nada justo cuando estaba a punto de alcanzar sus fines? No podía seguir viviendo sino a través de la posesión de Alice, de ahí que todo ocurriese exactamente tal como ambos se habían propuesto desde el día en que pusieron sus ojos el uno en el otro.

Alice no tenía ninguna relación con su madre, a pesar de que vivía muy cerca, y Lewis no veía la necesidad de interrumpir sus días idílicos visitando a otras personas. ¿Qué falta le hacía? Así, le tocó a Elizabeth, en una de sus visitas a la señora Hoppner, pasar por

Laburnam Road y averiguar cómo estaban las cosas. Lewis se alegró de verla, como siempre, y se condujo como un hombre libre de toda preocupación. Estaba a solas, en la sala de estar, cuando llegó Lizzie, y le ofreció una cerveza y unas galletas mientras hablaban largo y tendido de Patrick y de los niños, a quienes él dedicó unos minutos con sincero interés. Elizabeth, pensó su cuñado, no tenía buen aspecto. Llevaba un vestido negro y raído, y una chaqueta azul marino, con un sombrero de paja ladeado en la coronilla, que en contraste con el pelo claro y recogido por detrás de las orejas daba a sus facciones un aire pálido y cadavérico.

Las manos, cuando se quitó los guantes, estaban visiblemente hinchadas y enrojecidas de tanto trabajar. De todos modos, seguía siendo Elizabeth. El tono de su voz y su postura en el sofá irradiaban dignidad y encanto. Lewis pensó que tenerla por cuñada era un motivo de orgullo. «Ya sabes que soy padre», dijo, pero no se ofreció a enseñarle al niño y ella tampoco dio muestras de querer verlo y, tras interesarse someramente por Harriet, dejó que la conversación volviera a centrarse en su propia familia. Al cabo de un cuarto de hora en el que el nombre de su hermana no había salido a colación, Lewis dijo de pronto:

«Querrás ver a Alice. Está aquí». Y acompañó a Elizabeth a la cocina, a continuación se retiró y cerró la puerta al salir.

Alice estaba encorvada sobre una tabla de planchar. Levantó la cabeza al entrar su hermana y la miró con una mezcla de vergüenza y temor, pero con gesto desafiante y hostil. Elizabeth no tardó un instante en advertir que Alice había recuperado plenamente su impecable elegancia, y mucho más. Su preciosa cabeza, redonda y oscura, lucía un pelo más suave y sedoso que nunca. Llevaba una falda de lana verde guisante de la que Elizabeth se acordaba, combinada con un corpiño de terciopelo

verde oscuro, ceñido del cuello a las caderas de un modo que sólo las prendas de Alice eran capaces de ceñirse, y adornado con un pequeño cuello de encaje y un gran lazo de raso de color coral. Elizabeth no había visto a nadie con un aspecto tan lozano y radiante, tan elegante y delicado, desde los tiempos en que el porte de su hermana todavía le causaba asombro. Comprendió además que Alice estaba preparada para alzar el vuelo en cualquier momento y quería estar a bien con ella. Se alegraba de que fuera feliz y, si algo le desagradaba, Elizabeth tenía la misma capacidad que su madre para negarse a verlo.

—Mamá te manda muchos recuerdos, Alice, y espera que estés bien. Tengo que reconocer que pareces estarlo —dijo Elizabeth.

—Lo estoy. Mejor que nunca —contestó Alice, y una sonrisa involuntaria asomó a sus labios.

—¿Cuándo volverás a casa? —continuó Elizabeth.

—¿A casa? —Alice pareció sorprendida.

Elizabeth se sorprendió a su vez.

—Bueno, supongo que Harriet no tardará en levantarse, ¿no crees?

Alice no dijo nada, pero se mordió el labio y siguió planchando. Su hermana apartó algunas prendas para

poder sentarse en la única silla que había en la cocina, y entonces, por primera vez, se dio cuenta de lo que estaba haciendo Alice. Por todas partes había piezas de un vestido que había descosido para planchar la tela antes de coserlo de nuevo; piezas de seda gruesa, de un tono azul oscuro precioso, como el ala de un arrendajo. Elizabeth apartó la vista sin decir palabra.



X

La enfermera dejaría de atender a Harriet a finales de mes y quedaba menos de una semana para esas fechas. Lewis no había hecho planes para el futuro inmediato. La larga sucesión de acontecimientos propicios y fastuosa felicidad de las últimas semanas tenían su cerebro, normalmente activo y emprendedor, bajo la influencia de un hechizo. Actuaba como en trance,

aturdido por la facilidad con que conseguía todo cuanto se le antojaba y la sensación de verse impulsado por un flujo continuo de circunstancias que obraban invariablemente en favor de sus deseos. Era Alice quien estaba ahora inquieta y preocupada y lo instaba a dar algún paso en sus asuntos, aunque no era capaz de sugerir de qué índole. Harriet empezó a pasar el día levantada desde la hora del desayuno y, cuando Lewis y Alice regresaban de su paseo diario, la encontraban en la sala de estar, la enfermera sentada enfrente y el recién nacido en su moisés entre las dos. Esta escena sacaba de quicio a Alice. Harriet no reclamaba la atención de Lewis y

rara vez se quejaba más que a la enfermera y a su hijo, en voz baja. Desde que había dejado de estar en la cama no parecía lamentar la intimidad que había entre Lewis y Alice, y parecía en general más serena, alegre y comedida, como si hubiese superado casi por completo el estado de irritabilidad en el que se hallaba antes de que naciera el niño. Aun así, Alice no soportaba su existencia. Verla tan tranquila, con su labor, al lado de la chimenea, deteniéndose de vez en cuando para mirar al pequeño y hacer alguna observación de asombro o de agradecimiento, era para ella un atropello intolerable. Se clavaba las

uñas en las palmas de las manos para aguantar las ganas de gritar de tanto como se enfurecía. Lewis no se inmutaba y concentraba toda sus fuerzas y su voluntad en mandar al piso de arriba, cuanto antes y por el mayor tiempo posible, a las inoportunas ocupantes de la sala de estar. Por fortuna había una pequeña chimenea en el dormitorio azul y, como Lewis siempre tenía el fuego a punto para comodidad de Alice, cuando no les quedaba más remedio podían retirarse a esta habitación y entregarse allí a su diversión en privado. No tenía el más mínimo interés por el niño. Lo consideraba únicamente de Harriet

desde el día en que nació y no había sentido por él ningún impulso paternal. Parecía un chiquillo sano y, con ayuda de la enfermera, Harriet se las arreglaba muy bien para cuidar de él. Cuando lo atendía, adoptaba siempre una expresión solemne y devota. Llevaba grabados, desde su propia niñez, los cuidados que le dispensaron como una obligación insoslayable y trasladaba ese sentimiento al cuidado de su hijo, ejecutando los distintos rituales como un deber moral contraído con una autoridad supervisora antes que como un acto de cariño espontáneo. No obstante, quería mucho al pequeño Tommy, se sentía muy afortunada de tener un bebé de verdad y

consideraba un regalo poder disfrutar jugando con él cuando la enfermera se lo permitía. No daba muestras de esperar que Lewis se interesara por el pequeño y parecía pensar que él no se daba cuenta de que el niño era tan suyo como de ella.

La inquietud de Alice subió como la fiebre conforme se acercaba el momento de la partida de la enfermera. Mientras la mujer siguiera allí, ellos no tenían ninguna responsabilidad con Harriet y en realidad la veían muy poco, porque pasaba mucho tiempo en su dormitorio. Pero ¿qué ocurriría cuando Harriet quedase en sus manos? Alice no estaba dispuesta a prestarle servicio o ayuda de

ninguna clase. No tardaría en marcharse de Laburnam Road, pero se le encogía el corazón sólo de pensarlo. ¿Cómo podía marcharse? Era injusto y perverso que la forzasen a dejar la casa. Cuando veía el rostro inconsciente de Harriet, su expresión animada por una sonrisa complaciente que acentuaba las arrugas entre la nariz y las comisuras de los labios, el odio y la indignación se apoderaban de ella y tenía que salir corriendo de donde estuviera. En su dormitorio, al contemplarse en el espejo, advertía que sus rasgos deliciosos y en plena flor de la vida estaban completamente ajados por el afán de venganza. Se veía dura y odiosa.

¿Era posible que un ser tan despreciable como Harriet fuese capaz de propagar una plaga que afectaba incluso a su físico? Alice se desplomó en la cama y mordió la almohada. En ese preciso instante oyó los pasos de Lewis en las escaleras y al momento sintió una calma mortal y se quedó quieta como un animal en su guarida. Tuvo la misma sensación de cautela y de maldad que cuando, de pequeña, se permitía dar rienda suelta a una pasión y, más tarde, incluso ella comprendía que se había pasado de la raya. No levantó la cabeza ni se movió cuando Lewis entró y se acercó a la cama.

—¿Qué te mereces por salir

corriendo así? —dijo él.

Alice murmuró unas palabras incomprensibles.

—Eres muy mala —prosiguió Lewis—. Y se me han quitado las ganas de contarte mis noticias.

Alice lo miró entonces.

—Eso está muy bien, pero creo que no voy a contártelo.

Alice se incorporó de un salto y lo abrazó del cuello.

—¿Es algo bueno? ¡Seguro que sí! ¡Te estás riendo! Si no me lo dices te arranco la oreja.

—Bueno —dijo Lewis, sentándose en la cama—. He pensado que, cuando se vaya la enfermera, no debemos dejar

que Harriet cuide del niño. Voy a pedirle a Patrick si podemos mandarlos a los dos a su casa un par de meses, pagando, naturalmente. El aire del campo... — Pero no pudo continuar, porque Alice lo estaba ahogando a besos.

—¿Cuándo se irá? —preguntó por fin.

—La enfermera se marcha a finales de esta semana —dijo Lewis—. Voy a escribir a Patrick inmediatamente. Yo diría que en cuestión de dos semanas nos habremos librado de ella.

—Pero eso significa que tendremos que pasar una semana entera con ella —dijo Alice, pensativa.

—Puedes irte a pasar unos días con

tu madre si lo prefieres —contestó él. No lo dijo en un tono desagradable, pero sí distinto, y a Alice no le gustó. Antes de que pudiese contestar nada, Lewis añadió—: En realidad creo que sería lo mejor. Tengo que ponerla de buen humor para que no incordie a Patrick y Elizabeth. Más vale que desaparezcas temporalmente.

Alice se sintió atada de pies y manos. Lewis nunca le había hablado con tanta firmeza, por miedo a que ella se disgustara y lo dejase plantado, pero las cosas eran distintas, y Alice ni siquiera intentó hacerle cambiar de opinión. Le horrorizaba la idea de pasar una semana desterrada. Apoyó la cabeza

en el hombro de Lewis y lo miró con angustia y preocupación. Lewis era tan imperturbable en su cariño como en sus decisiones. Mientras Patrick intimidaba a los demás con sus arranques de mal genio, Lewis se limitaba a sonreír amablemente y a exponer los detalles. C cogió a Alice de la cintura, para que se sintiera cómoda.

—Iré a verte a menudo —dijo—. No será más que una semana o diez días.

—Dijiste una semana —imploró Alice—. ¡Ahora no lo conviertas en diez días! Si por ti fuera lo mismo podría ser un mes.

—Alice, cariño, no te das cuenta de las tonterías que dices...

—De eso nada... —replicó ella.

—No te imaginas lo que significa para mí no tenerte a mi lado, aunque sea tan poco tiempo. Si lo hago es para que podamos ser felices. Cuando haya conseguido mandar a Harriet al campo, no tendremos de qué preocuparnos hasta su regreso. Y ahora, dime, ¿crees que tu madre te importunará si vuelves a su casa?

—Claro que no —dijo Alice, con un asombro que no dejaba lugar a dudas.

—Porque me temo que Lizzie estaba un poco alterada...

—Ella es así. Yo siempre hago las cosas a mi manera. No consiento que nadie se entrometa en mi vida.

Lewis le acarició el pelo, divertido por su petulancia de pequeño felino. Le preocupaba que, cuando Alice tuviera que enfrentarse con el mundo, se asustara y se avergonzara, pues sospechaba que, aun cuando era muy terca, no era muy valiente. Lo cierto es que Alice conocía a muy pocas personas al margen de su círculo familiar. Tenía muchos conocidos, pero nadie a quien ver por obligación si no lo deseaba. Con toda probabilidad, ninguna de esas personas estaba al corriente de la naturaleza de su estancia en Laburnam Road y, siendo así, no tendría que enfrentarse a la curiosidad o la censura de nadie.

Volver a casa de su madre era muy poco apetecible para Alice, pero sólo porque significaba separarse de Lewis. A estas alturas, sentía una seguridad plena y, bien pensado, no le vendría mal disponer de tiempo para ella y renovar su fondo de armario. La señorita Croker estaba trabajando en el vestido lila, y tendrían que hacer muchos arreglos. Alice nunca confiaba en la modista para que le tomase las medidas y, además, las visitas de Lewis serían muy emocionantes en ese intervalo de separación temporal. A pesar de su codicia, Alice era una sibarita de las sensaciones y sabía que la situación le causaría un placer muy especial. Esto no

impidió que, al acercarse el momento de su partida, se pusiera altiva y mohína y manifestara una sorpresa enorme cada vez que Lewis intentaba besarla, pues era evidente que se había hartado de ella. No podía, sin embargo, disimular una leve mueca de ironía cuando decía estas cosas. Lewis se daba cuenta, y su pasión fraguaba y se fortalecía con estas escenas.

La actitud de Alice producía en Lewis el efecto contrario al debilitamiento. Acordó con Patrick que Harriet y el niño se quedarían en Cudham un tiempo indefinido, y que les pagaría una libra a la semana por su manutención. Sabía que a Elizabeth le

venía muy bien ese dinero. Por otro lado, a pesar de que había recibido tres mil libras al casarse con Harriet y esperaba otras dos mil en algún momento futuro, su buen juicio no le permitía incurrir en extravagancias innecesarias. Harriet no necesitaría dinero para su estancia y aunque así fuera, tampoco tendría dónde comprar nada. Concluyó que el acuerdo era en conjunto muy favorable y ya sólo restaba convencerla a ella. A este fin se entregó Lewis con todas sus fuerzas. Su actitud serena, afable y determinada no podía dejar de influir en Harriet. Desde el principio lo dio por hecho, si bien se esforzó mucho en ser atento con ella. A

espaldas de Alice —quien de haberlo sabido habría juzgado que su destierro era de todo punto innecesario—, hizo que la enfermera se quedase una semana más. En vista de que la señorita Hoppner tenía que marcharse, dijo, no le hacía gracia que su mujer se quedara sola para ocuparse del pequeño. Le estaría muy agradecido si pudiera quedarse con ellos hasta que la señora Oman se fuera a pasar una temporada en el campo con su cuñada. Se encontraría muy bien allí, porque Elizabeth Oman, además de dedicarle toda su atención, era madre de dos niños. La enfermera no puso objeciones y lo cierto es que se tranquilizó no poco al advertir lo mucho

que había cambiado Lewis ahora que esa fresca y descarada ya no estaba en casa, pues parecía predispuesta, con la mayor naturalidad, a culpar principalmente de la situación al miembro de su mismo sexo.

Lewis pasaba varias horas al día con Harriet. Por las mañanas salía a pasear y de camino iba a ver a Alice. Pero volvía siempre a la hora de comer. Las tardes también las tenía libres, porque Harriet se retiraba a descansar un rato después de comer, pero las últimas horas del día las dedicaba enteramente a su mujer, a pesar de las súplicas y los reproches de Alice cada vez que el asunto salía a colación. ¡No

le parecía nada bien que Lewis la dejase sola todas las noches! Pero él se mostraba inflexible. Después de cenar, se sentaba con Harriet en la sala, y ella parecía tan contenta viéndolo leer el periódico o enfrascado en sus pensamientos. Su comportamiento con el niño era muy extraño, pero Harriet no tenía la inteligencia suficiente para verlo. Lo trataba con consideración, pero como si fuera un muñeco al que admirar y del que hablar para complacer a su dueña. Con ella se mostraba amable y servicial y en general no le costaba ningún esfuerzo, porque siempre estaba de buen humor y más tranquila que nunca. Lo cierto es que por momentos,

cuando la enfermera estaba en la cocina y Harriet acunando plácidamente al pequeño junto a la chimenea, Lewis se sentía como un hombre casado normal y corriente. Con mayor frecuencia, le bastaba ver a Harriet y oír su pronunciación gangosa y torpe para que sus pensamientos volaran a ese otro rostro exquisito y esas estridentes cascadas de palabras y risas de plata. En esas ocasiones, adoptaba una pose muy envarada y aguantaba como podía hasta que el reloj daba las nueve y Harriet subía a acostarse.

Ponía mucho empeño en hablar con ella y ella se sentía muy halagada. Parecía haber olvidado por completo las

ofensas y el abandono de su marido. Cuando él decía: «Vas a estar muy bien con Patrick y Elizabeth», ella contestaba: «Yo prefiero quedarme aquí, querido», pero su tono era de absoluta sumisión a su voluntad.

—Elizabeth te ayudará mucho con el pequeño.

—Sí —asentía ella con desánimo.

—Y yo iré a veros, ya lo sabes.

—¿Vendrás a menudo? —preguntaba ella, iluminándose su expresión.

—Por supuesto que sí. No puedo pasar mucho tiempo lejos de vosotros.

Incluso era capaz de hacerle una caricia cariñosa, con apenas un punto menos de repugnancia con la que habría

tocado a un animal desconocido. Había llegado a sentir por Harriet una indiferencia absoluta y a tratarla como si se desdoblara y estuviera contemplando una réplica de sí mismo. En su fuero interno daba gracias de que Harriet tuviese un hijo. Eso le impedía pedirle nada más, al menos temporalmente. Lewis se encontraba en ese ominoso estado de ánimo que permite ver los pasos inmediatos con luminosa claridad, pero que envuelve el futuro en una densa niebla. Su deber presente, consigo mismo y con Alice, exigía un sacrificio firme y tenaz de su tiempo y sus inclinaciones, y a esto se había entregado. Cumplió con sus propósitos

tan al pie de la letra que Harriet, al final, no sólo estaba contenta de irse con su hijo a pasar unas semanas en el campo, sino que de buen grado habría pisado sobre ascuas de habérselo pedido él.

La enfermera casi se había reconciliado con Lewis, y los planes para la estancia de Harriet en Cudham, a los que él aludía con frecuencia, le parecían perfectos para las necesidades de su paciente. Ayudó a Harriet con excelente disposición a preparar su ropa y todas las cositas del pequeño. «Es un niño muy fuerte —pensaba—. Ojalá que salga más a su padre que a su madre». Le dio a Harriet un sinfín de consejos y

recordatorios de última hora sobre los cuidados del bebé, y Harriet los recibió con mucha sorpresa, pues no creía necesitarlos. «Es muy probable que el pobrecillo pierda todo lo que ha ganado en cuanto su madre se aleje de mí — pensaba la enfermera—. Menos mal que su cuñada tiene hijos. Es lo mejor para la señora Oman pasar una temporada allí. Espero que él le permita quedarse el mayor tiempo posible». Con la mejor voluntad, incluso se ofreció a acompañar a Harriet en el viaje, pero Lewis rechazó el ofrecimiento. Él iba a acompañarla personalmente, como es natural, y no creía que hiciese falta otra persona.

Harriet estaba muy tranquila por las atenciones que había recibido últimamente y hasta ilusionada ante la perspectiva del viaje en compañía de Lewis. Se despidió de la enfermera con menos pesar de lo que cabía esperar, al sentir que Lewis estaba a su lado. La enfermera se marchó la misma mañana que ellos emprendieron el viaje a Cudham y, en el momento de despedirse en la sala de estar, Harriet tenía un aspecto imponente y digno, vestida con un bonito vestido de cachemira verde oscuro, con franjas de raso negro, y engalanada con todos sus broches, cadenas y anillos. En algunas ocasiones, como en ese momento, adoptaba un aire

condescendiente y majestuoso, que era consecuencia de la educación recibida de su madre. Siempre la habían tratado con la mayor consideración y le habían hecho sentir que nadie superaba en importancia a dos damas tan adineradas como su madre y ella. La enfermera se quedó muy sorprendida, pues se había acostumbrado a llamar a Harriet «querida», pero en esas circunstancias dijo:

—Adiós, señora. Espero que se encuentre bien allí donde va, y también el señorito Tommy, ¡Dios lo bendiga!

Lewis cogió a Harriet de la cintura.

—¡Claro que estarán bien! —dijo—.

Adiós, enfermera, y gracias por todo lo

que ha hecho por nosotros. Me temo que, como la señora Oman estará en Kent, no cabe esperar que venga a visitarnos de vez en cuando.

—Quizá pueda pasar por aquí cuando haya regresado. Me gusta no perder la relación con mis señoras.

—Por supuesto —dijo Lewis en tono amistoso—. Además, quién sabe si no volveremos a necesitarla.

La enfermera se fue en conjunto bastante satisfecha, cosa que quien hubiese oído sus confidencias en la primera etapa de su estancia difícilmente habría juzgado posible.

Harriet y Lewis cogieron un tren poco después de mediodía. Ella llevaba

al pequeño con actitud seria y responsable, y Lewis cargaba con el moisés debajo del brazo. Todo lo demás iba en uno de los baúles de Harriet.

—Elizabeth no tendrá mucho espacio para el equipaje —había dicho Lewis—. Además, ¿qué sentido tiene que te lleves tantas cosas para una visita? —Este argumento convenció a Harriet. Permitted que Lewis escogiera los vestidos que debía llevarse, encantada de contar con su ayuda, y ni se le pasó por la cabeza llevarse otros. Dio por sentado que estarían todos a salvo en el ropero del pasillo, como la querida casa, hasta su regreso.

No se sorprendió, cuando llegaron a

Woodlands, al ver que los Oman vivían muy apartados, en pleno campo. El coche cerrado que los llevó desde la estación apenas dejaba ver el paisaje y, de todos modos, ella estaba muy ocupada con el pequeño, que se mostraba bastante inquieto. Cuando llegaron a la casa encontraron a Elizabeth en la sala de estar. Parecía nerviosa y solemne, pero besó a Lewis con mucho cariño y recibió a Harriet con otro beso que parecía salido de los labios de una estatua. Harriet no detectó su frialdad, pareció satisfecha con este gesto formal, y Elizabeth les pidió enseguida que tomaran asiento para ofrecerles un refrigerio muy bien

presentado y apetecible a la luz de la lámpara circular. Acostaron a Tommy en su moisés y Lewis lo acercó a la chimenea.

—Harriet querrá ver su habitación —dijo Elizabeth—. ¿Por qué no vas a buscar a Patrick mientras subo con ella, Lewis?

—¡Ahora mismo! —exclamó Lewis.

—Está en su estudio —explicó Elizabeth, con una sonrisa.

Lewis echó a correr por el pasillo y, en la puerta del estudio, se dio de bruces con Patrick, que lo había oído. Se sujetaron el uno al otro para no perder el equilibrio, mientras se tambaleaban y se reían como dos colegiales. A sus

espaldas, con los ojos como platos, estaba Alfred, que nunca había visto a su padre portarse así.

—Siéntate —dijo Patrick, obligando a su hermano a tomar asiento en un taburete. Lewis se vio delante del caballete y dio una pincelada en el lienzo aún sin terminar. Alfred lo vio y le advirtió:

—No puedes tocar los cuadros de papá.

—¿Ah, no? —dijo Lewis, y cogió dos pinceles para fingir que se disponía a atacar el lienzo con ambas manos. Alfred se echó a llorar—: ¡Alfred! ¡Alfred! —quiso tranquilizarlo Lewis—. No llores, hijo. Mira, no le he hecho

nada al cuadro de papá.

—No seas tonto, Alfred —terció Patrick en tono cariñoso—. Tengo que ser muy estricto con estas cosas —añadió a modo de explicación.

—Qué muchachito tan estupendo —dijo Lewis en voz baja, cogiendo a Alfred del peto y acercándolo hacia él. Su admiración era sincera. Alfred tenía el pelo oscuro de su padre, pero unos ojos azules y graves, en contraste con su piel clara, que recordaban a los de Elizabeth. Se estaba frotando los ojos con los nudillos. Lewis sacó una moneda de seis peniques del bolsillo del chaleco y se la puso a Alfred en la nuca. El niño soltó una carcajada cantarina y

empezó a retorcerse, disfrutando muchísimo de la broma a pesar de que no tenía la menor idea de lo que eran seis peniques, y se guardó la moneda en el bolsillo del peto, porque era pequeña y brillante y pensó que estaba muy bien para jugar. Miró entonces a su tío con ojos interrogantes.

—Te acordarás de mí la próxima vez, ¿verdad, que sí, pequeño? —preguntó Lewis con su característica sonrisa fugaz. Alfred no respondió. Hizo un gesto dubitativo y salió corriendo.

Harriet entretanto había subido a ver el dormitorio sin cortinas, con una cama grande y un perchero, que hasta entonces ocupaban Clara y Alfred. Cuando se

disponían a entrar, Elizabeth se fijó en la elegancia y la excelente calidad del vestido de Harriet, verde y negro, tan sobrio y bonito. La pulcritud y el cuidado que irradiaba su cuñada contrastaba notablemente con su propio aspecto, aun cuando no fuera sucio ni descuidado. La habitación sencilla y sin apenas muebles era, no se podía negar, muy poco idónea para Harriet.

—Temo que te pareceremos muy austeros, querida, teniendo en cuenta cómo has vivido siempre —dijo—. Pero nos esforzaremos en cuidar de ti y hacer que te sientas cómoda. El aire del campo es magnífico. Te sentará muy bien y te ayudará a recobrar las fuerzas.

Harriet sonrió con bondad.

—He traído cosas —dijo—.

Enseguida deshago el equipaje. Esto no es tan cómodo como la casa del querido Lewis, pero no es culpa tuya. Estaré muy bien, seguro que sí.

—Puedes poner el baúl en esa esquina —sugirió Elizabeth—. Y dejar la mayor parte de las cosas dentro, ¿no crees? Los vestidos puedes colgarlos en el perchero.

Harriet miró a su alrededor sin que nada de lo que veía le restara un ápice del buen ánimo con que aceptaba la situación. Elizabeth se dio cuenta y pensó: «¡Qué buena es! ¡Dios sabe que tendría razones para quejarse! No será

tan difícil tenerla aquí cuando todos nos hayamos acostumbrado. ¡Y además está el dinero! ¡Ah, Patrick, mi querido Patrick! ¡Lo que sea, todo, con tal de poder comprarte comida y botas!». Apartó de su pensamiento estas divagaciones y volvió con Harriet a la sala, donde Clara estaba con Julia, inclinada sobre el moisés, para que los pequeños se conocieran.

—Ésta es Clara —dijo Elizabeth—. Nos ayuda con los niños. Hará todo lo que le pidas. Clara, ésta es la señora Oman. Quiero que hagas todo lo posible para que se sienta cómoda.

Clara hizo una reverencia. Se había enterado, nadie sabía cómo exactamente,

de que la mujer del señor Lewis no estaba del todo bien de la cabeza, y aguardaba su visita con una mezcla de temor, curiosidad y expectación. No había llegado a hacerse una idea de qué cabía esperar. A veces se la imaginaba como una loca con el pelo revuelto que gruñía y hacía muecas; otras veces se la representó babeante y con la mirada perdida, como se describía a los tontos del pueblo. Al principio se llevó una desilusión al ver a aquella mujer tan elegante y tranquila, pero enseguida se percató de que Elizabeth no la trataba con normalidad. Poco después notó que Harriet tenía una expresión peculiar. Clara apartó la vista, avergonzada de su

curiosidad furtiva y malsana, pero estaba muy emocionada y tuvo la sensación de que las cosas iban a animarse mucho, sin lugar a dudas.

—¿Quieres irte mientras están arriba? —preguntó Patrick en voz baja, en el refugio de su estudio—. Te acompañaré hasta la estación.

Lewis negó con la cabeza.

—Es demasiado lista. Si me fuera así, armaría un jaleo de primera. Se entera de todo, ya lo verás.

—Muy bien —dijo Patrick—. Mucho mejor. De todos modos, me gustaría que no tuvieras que volver esta misma noche.

Lewis había decidido marcharse, en

parte porque no tenía dónde dormir en Woodlands, a menos que compartiese la habitación con Harriet, y la única fonda estaba bastante lejos; y en parte también porque, aunque se alegraba mucho de ver a Patrick, no quería perder el tiempo pasando la noche en Cudham. La única manera de aplacar su inquietud era regresar de inmediato a Londres, al abrigo de la oscuridad, y sentir que cada minuto estaba más cerca de Alice. Cogió a su hermano del brazo.

—Tienes que venir a pasar una semana en Laburnam Road en cuanto puedas —dijo.

—Primero tengo que terminar este encargo —contestó Patrick—. Pero iré

después, cuenta con ello.

—Estupendo. Creo que será mejor que me vaya cuanto antes. —Fueron a la sala de estar, donde Harriet ya se había quitado el sombrero y estaba acomodada en una butaca con aire de sentirse como en casa. Tenía a su lado el precioso costurero, del que asomaba su labor, pero en ese momento miraba a Elizabeth, que estaba dando la cena a Alfred. Elizabeth levantó la cabeza al ver que entraban.

—¿Tomarás un poco de sopa antes de salir, Lewis? Llegarás demasiado tarde para cenar. Está todo listo en la cocina.

—Gracias, Lizzie. Creo que tengo

tiempo. Veo que mi mujer ya se ha instalado de maravilla. —Sonrió a Harriet y siguió a Elizabeth a la cocina—. Lizzie —dijo, mientras ella servía el caldo en un cuenco—, te agradezco mucho todo esto. No te imaginas el alivio que supone para mí. Recibirás el dinero puntualmente, y espero que te sirva de ayuda.

—Nos hace mucha falta, Lewis —contestó ella con sencillez—. Ten la seguridad de que haré cuanto esté en mi mano, y gracias por la oportunidad.

—Creo que no te dará problemas. Además, Patrick sabe manejar muy bien estas cosas. Se le da mucho mejor que a mí, no cabe duda. Yo soy demasiado

blando. No consigo ser firme, ni siquiera cuando es lo mejor para la otra persona. Pero Patrick...

—Sí, es verdad. De todos modos, espero que encuentre tiempo para pasar unos días contigo. Le animará mucho. A veces lo veo muy abatido. Trabaja demasiado.

Lewis asintió comprensivamente mientras se tomaba la sopa. Elizabeth estaba de espaldas a él, haciendo algo en la alacena.

—Supongo que estos días verás a Alice —dijo, con tono dubitativo—. Dale muchos recuerdos.

Lewis estaba a punto de contestar cuando Patrick entró en la cocina.

—Si vamos a ir dando un paseo, Lewis, tenemos que salir ya.

—De acuerdo —respondió Lewis, levantándose al instante.

—¡Patrick! ¡Tú también tendrías que haber tomado un poco de sopa si piensas ir y volver andando! —dijo Elizabeth.

Patrick dio una respuesta apresurada e ininteligible. Era propio de su temperamento nervioso y enérgico entregarse a grandes esfuerzos físicos sin preocuparse por su alimentación, y le impacientaba que se lo recordasen. Fue a ponerse una bufanda. No tenía abrigo, pero no lo veía como una privación. Ardía de calor y le gustaba sentir el frío. Lewis fue a despedirse de

Harriet con un beso.

—Adiós, amor mío —dijo—. Cuida del pequeño Tommy y haz todo lo que te dijo la enfermera. ¡Vendré pronto a veros, así que no te olvides de mí!

Ella le echó los brazos alrededor del cuello.

—Adiós, cariño.

Lewis salió como un rayo y, momentos después, los dos hermanos iban por el camino, cogidos del brazo, con una euforia desmedida por el hecho de estar juntos y sentir el crujido de sus pasos en la tierra helada.

Lewis cogió el tren de las 12:10 h con destino al Puente de Londres, y eran cerca de las dos cuando llegó a

Laburnam Road. No se acostó directamente. Las brasas seguían ardiendo en la parrilla de la cocina, tiñendo de reflejos rojos la piedra del fogón. Buscó algo de comer y se preparó una taza de cacao. A Harriet le gustaba mucho, y lo último que hacía todas las noches era tomarse una taza. Sin embargo, Lewis no se acordó de ella. Sacó lo que quedaba en la lata y lo mezcló con leche hirviendo. Hecho esto, se sentó delante del hogar, descalzo y con la taza entre las rodillas, sin más luz que la que daban las ascuas, y se quedó allí tanto tiempo que casi había amanecido cuando se fue a la cama.

Durmió profundamente y, al

despertar, bien avanzada la mañana, se acordó de que había quedado en ir a ver un caballo y un coche que pensaba guardar en los establos de La Media Luna para su uso personal, con idea de pasear a diario. Sabía que Alice lo esperaba pronto, pero sentía una vibrante satisfacción en todos los órdenes de la vida y pensó que disfrutaría los reproches de Alice casi tanto como los besos que recibiría después. Fue andando hasta el patio de La Media Luna con el porte de un gallo de corral. Un observador crítico y sutil quizá hubiera detectado algo absurdo en su actitud, combinada con su escasa estatura y el exceso de acicalamiento

propio de la clase media baja, pero habría cometido un error de cálculo si por esta razón lo hubiese mirado por encima del hombro. No incurrieron en este error el mozo de cuadras y los ayudantes del establo, que salieron corriendo a su encuentro. Reconocían por instinto, aun cuando Lewis nada entendía de caballos, que era un cliente al que convenía complacer. Saltaba a la vista que era un hombre de buena posición y su excelente humor, sumado a la sencillez de su trato, creaba un ambiente muy grato. Ya habían discutido los detalles del alquiler del vehículo y sólo quedaba que Lewis examinara el caballo antes de cerrar el trato. El mozo

de cuerdas sospechaba, y lo dejaba traslucir con su actitud, que había una dama involucrada en el caso. Cuando sacaron al caballo, una monería de jaca con las patas blancas, el joven dijo con aire cómplice:

—Es un ejemplar elegante y con estilo, señor. No le servirá para el trabajo pesado, pero es perfecta para pasear a una dama.

Uno de los aprendices acarició el hocico de la jaca y los tres empleados del establo se olvidaron por un momento de la presencia del cliente en su admiración profesional del hermoso animal. Lewis experimentó una deliciosa sensación de poder al

interrumpir la escena para afirmar su posesión de la admirada criatura.

—Muy bien —dijo con indiferencia—. La alquilo por una semana, con la condición de que me la reserven en exclusiva. De lo contrario daré el acuerdo por anulado. No me gusta que otros toquen mis cosas. Además, puedo necesitarla en cualquier momento y, si veo que...

—¡Válgame Dios! —exclamó el mozo de cuadras—. Ésas no son las costumbres de La Media Luna, señor. Este caballo estará aquí dispuesto para cuando usted lo necesite, como si fueran sus propias cuadras y el coche de su propiedad. Y así será mientras dure el

acuerdo. Ya verá que sabemos tratar a un caballero cuando hacemos negocios con él.

—Muy bien —repitió Lewis. Dio los buenos días y salió del patio con sus románticos olores a heno y estiércol y el agradable hedor de los caballos. Apenas parecía posible que un año antes, por esas mismas fechas, dar un paseo en coche fuese un lujo que no podía permitirse más que una vez cada seis meses y en ese momento estuviera ordenando que el vehículo estuviera a punto cuando él quisiera. Pensó que iba a desearlo muy a menudo y ya se imaginó paseando al compás de los cascos en compañía de Alice, con uno

de sus pequeños sombreros ladeados.

Se encaminó a casa de la señora Hoppner, pero, como eran cerca de las tres, paró de camino a tomar una chuleta y un poco de pan y queso. ¡Alice tendría mucho que recriminarle por no aparecer hasta la hora del té! Cuando llegó, sin embargo, no encontró la esperada tormenta de reproches, increpaciones y palabras tiernas. Alice lo había esperado con impaciencia todo el día, pero en ese momento se había olvidado de él. Acababa de ponerse el vestido lila y de bajar a la sala de estar, donde se había detenido debajo de la lámpara araña. Al entrar Lewis, volvió la cabeza con la sonrisa exquisita y pícara de una

mujer que exige admiración y sabe que no se la pueden negar. El vestido de crepé era de color malva claro, como las lilas o los heliotropos. El corpiño y las mangas, muy ceñidos, hacían justicia a su esbeltez, y todo el arte y el trabajo de la prenda se concentraban en la falda, que formaba por delante una sobrefalda de la misma tela y se fruncía por detrás con interminables metros de tela desplegada como las plumas de un pavo real, arrastrando por el suelo. Los voluminosos frunces y pliegues del tejido susurraban con cada movimiento y daban a la parte inferior del vestido una apariencia sólida aunque etérea, como una densa nube vespertina. Un único

detalle aliviaba la extraña tonalidad de la prenda. Alice lo quiso así desde el principio, acaso con una cinta de terciopelo negro, pero otra cliente de la señorita Croker había encargado un vestido de noche de seda brillante, de un tono rosa como el atardecer, y, casualmente, un retal de esta seda fue a parar junto al montón de crepé lila: el contraste impresionó a ambas, y así, el forro de cada uno de los pliegues de la falda por detrás, los diminutos plisados y ribetes del dobladillo delantero, los pequeños botones del corpiño y el pequeño lazo plano del cuello eran de aquel rosa ígneo. La modista perpetró el robo sin ningún remordimiento y su

conciencia de artista quedó plenamente complacida con el resultado.

El resultado era, en verdad, mucho más bonito de lo que Alice había imaginado. Al probarse el vestido se quedó pasmada, vanidosa como era, de la misteriosa belleza que irradiaba su presencia. Tuvo la sensación de que los recursos, la inteligencia, el gusto y la determinación que llevaba toda una vida atesorando alcanzaban su cenit con esta creación, de que su encanto lograba la perfección y se asombró sinceramente. Iluminada por la luz de la araña, miró a Lewis con aquella sonrisa casi extática y solemne, como si fuera la vestal encargada de custodiar su propia

belleza. Lewis, como es natural, no entendía nada de esto, pero vio que Alice tenía un vestido nuevo y una hermosura diabólica. Se acercó a ella para abrazarla, pero Alice se protegió con una mano y sus labios dijeron: «¡Chsss!», como si temiera que al hacerlo él pudiera destruir el hechizo, en lugar de decir: «¡Cuidado, no me arrugues el vestido!», que era lo que habría dicho en circunstancias normales. Volvió la cabeza para admirar la cola y, apartándose levemente con un rumor de telas crujiente y prolongado, de nuevo miró a Lewis, esta vez con su característica sonrisa desafiante, aunque murmuró una vez más para decir:

—¿Te gusta mi vestido nuevo?

—Es maravilloso —dijo Lewis y, mirando a la señora Hoppner añadió—: ¿No está deliciosa?

La señora Hoppner estaba impresionada y no pudo aferrarse a su habitual fachada de disgusto y resignación. Siempre había admirado a Alice y simpatizado con su fascinación por la moda, pero en otros aspectos tenía la certeza de que, si no se andaba con cuidado, su hija difícilmente se abriría camino en la vida, y eso le impedía dar demasiadas muestras de entusiasmo. Pero aquella *toilette*, como lo llamó para sus adentros, la dejó boquiabierta. Alice y la señorita Croker

se habían superado, y eso le recordó que, cuando era joven, también ella tenía muy buen gusto para la ropa, aunque sus ideas no eran tan ingeniosas y claras como las de Alice y nunca conseguía exactamente el resultado apetecido. Respondió a Lewis escuetamente, aunque con sentimiento.

—Le sienta muy bien —dijo—. La veo mejor que nunca. Le favorece ese color. Es raro que esté de moda, porque a muchas no les favorece. El pelo oscuro y las mejillas sonrosadas son el complemento perfecto para lucirlo.

—Eres una belleza, Alice —dijo Lewis, sosteniendo su rostro entre las manos para besarla.

—Más vale bondad que hermosura —señaló la señora Hoppner cuando salió a buscar la tetera. El estado casi místico de Alice se evaporó al instante y, en el momento de sentarse era como cualquier muchacha que guarda una distancia prudencial entre su vestido nuevo y su enamorado. El rotundo éxito de la *toilette* hizo que el grupo se uniera en un espíritu de celebración, como si alguno de los tres hubiese recibido un nombramiento importante o ganado el premio gordo de la lotería, y tanto su madre como Lewis trataron a Alice como si hubiera resultado muy afortunada o demostrado un mérito excepcional. La conversación, mientras

tomaban el té, se centró principalmente en el caballo y el coche, que esperaban para llevar a Alice a donde quisiera cuando lo deseara. La señora Hoppner estaba muy impresionada por este acuerdo que, por persona interpuesta, parecía conferirle la dignidad de una dama y, cuando Lewis, con la mayor tranquilidad, preguntó: «¿Cuándo puede usted prescindir de Alice para que venga a cuidar de mí, ahora que me he quedado solo?», la señora Hoppner replicó:

—Ahórrese esas tonterías, Lewis. Alice no puede ir con usted ahora que no hay nadie en la casa. Pero ¿por qué no se instala aquí con nosotras hasta que

vuelva Harriet?

Alice se colgó de su brazo.

—Creo que será lo mejor, Lewis. Tengo intención de vigilarte, caballero. Sospecho que tienes a alguien escondido en algún rincón. ¡Últimamente no te vemos el pelo!

—Es muy amable de su parte, señora Hoppner. Cuento con que le pagaré el alojamiento y la comida.

—Es usted muy considerado — contestó ella en tono cordial.

—Y —dijo Lewis, estirando las piernas cómodamente— quería pedirle consejo sobre un asunto de negocios. Esperaremos a que Alice no esté presente para tener una conversación

sensata usted y yo.

Alice le dio un pellizco y él se defendió levantándose y ayudando a la señora Hoppner a recoger las cosas del té, que entre los dos llevaron a la cocina. Hecho esto encendió el fuego y suavizó la luz de la lámpara. Lo cierto es que resultaba muy agradable tener en casa a un hombre como él.



XI

El pequeño dormitorio que daba al bosque era ahora el dominio de Harriet y, cuando pusieron el moisés junto a la cama y el baúl debajo de la ventana apenas quedaba un hueco. Ni siquiera había espacio para un mueble lavabo en caso de que los Oman contaran con otro aparte del que había en el dormitorio principal. Por eso, quien durmiera allí tenía que lavarse en

el fregadero, pegado a la cocina. Clara Smith, que pasó al dormitorio contiguo, se veía obligada a asearse allí, y detrás de la puerta de la cocina, colgado de un clavo, guardaba una toalla y una pastilla de jabón en un pequeño recipiente de hojalata. Clara se lavaba directamente con el agua fría del grifo, pero se le dio a entender que cuando se encendiese el fuego en la cocina calentase agua para Harriet. Aunque la tarea de calentar el agua no revestía una dificultad especial para cualquier persona de costumbres higiénicas, era toda una hazaña para una mujer como Harriet, a quien siempre se lo habían dado todo hecho y estaba acostumbrada a la intimidad de su

dormitorio, con una mullida alfombrilla de baño, toallas grandes y jarras de agua caliente a cualquier hora del día. Al principio, sin embargo, arrostró la prueba con valentía. Sabía que tenía que lavarse de arriba abajo a diario y, a pesar de que el fregadero de piedra era un espacio incómodo, se las arregló para cumplir con esta rutina sirviéndose de un hervidor.

Una mañana, sin embargo, se asustó al ver pasar a Patrick por delante de la ventana cuando salía a dar un paseo, y desde ese día tomó aversión a asearse en el fregadero. Le pareció preferible vestirse arriba y lavarse únicamente la cara y las manos. Por lo visto, eso era lo

que hacía Clara. Ahora bien, renunciar a lo que era un hábito de toda la vida le causaba mucha incomodidad e, incluso cuando se acostumbró a la sensación de vestirse nada más salir de la cama, le quedaba una sensación de culpa, como si alguien —no alcanzaba a saber quién— pudiese enfadarse con ella por no hacer lo que debía. Nadie le hizo ningún reproche y, eso sí, siguió atendiendo escrupulosamente al pequeño Tommy. Lo bajaba en el moisés a la hora de desayunar y lo lavaba y vestía cuando Elizabeth y Clara terminaban de hacer las tareas domésticas. Harriet llamó a su hijo Tommy desde el primer momento. Así se llamaba el sobrino de su

padraastro y no se le ocurrió ningún otro nombre para un niño. Una tarde, estaba en la sala con el niño en el regazo, hablando con él y repitiéndole sin parar: «¡El pequeño Tommy tendrá un caballo y un carruaje, y también perros y gatitos!», cuando Patrick, que estaba en el otro extremo de la estancia, desplegando un lienzo, le preguntó sin que viniese a cuento:

—¿Has bautizado al niño, Harriet?

Harriet lo miró muy sorprendida. Patrick vio que no lo había entendido del todo y su expresión se ensombreció con el esfuerzo de disimular su irritación.

—¿Lo has llevado a la iglesia y le

has puesto un nombre? —repitió.

—No he ido a la iglesia desde que me casé con el querido Lewis —contestó Harriet. Y se quedó callada. Tenía la costumbre de ir a la iglesia regularmente con su madre, pero, desde que depositó en Lewis su obediencia y el cuidado de su persona, había adoptado las costumbres de él sin cuestionar nada y, como entre éstas no figuraba la de ir a la iglesia, no había vuelto a acordarse. En ese momento parecía pensativa, pero Patrick interrumpió sus torpes cavilaciones.

—Hay que bautizarlo —dijo, con una determinación tan enigmática que Harriet estrechó a Tommy contra su

pecho en un gesto de protesta y protección, y el niño empezó a llorar. Patrick estaba irritable, y los berridos del pequeño lo sacaron de quicio. Se plantó delante de Harriet, que se encogió en el asiento, y la amenazó—: ¡No consentiré que en mi casa haya un niño sin bautizar!

—¡Patrick —exclamó Elizabeth, que había entrado momentos antes—, no te pongas así! Podemos llevar al niño a...

—Tú cállate —gritó Patrick. Fue al fregadero, donde Clara y Alfred estaban haciendo pompas de jabón, y llenó un cubo de agua. Clara y Alfred, asombrados por su aparición, abandonaron la diversión para seguirlo

a la sala de estar y presenciar lo que iba a ocurrir. Elizabeth guardó silencio mientras Patrick dejaba bruscamente el cubo lleno de agua encima de la mesa e intentaba coger a Tommy de los brazos de su madre. Harriet lo miró con perplejidad y sujetó al pequeño con más fuerza. Por alguna razón, Patrick estaba fuera de sí. Harriet era fuerte, pero él lo era más. Le arrancó literalmente al niño y lo cogió por debajo del brazo. Los berridos de Tommy se volvieron aterradores. Estaba congestionado.

En mitad de este paroxismo, una salpicadura de agua helada en la cabeza palpitante y cubierta de rojeces le cortó la respiración, y en esa pausa se oyó la

voz de Patrick:

—Thomas, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Miró a un lado y otro con el aire ausente de quien por fin se relaja después de acometer un gran esfuerzo y, si Elizabeth no hubiese estado a su lado para coger al niño, quizá lo habría arrojado a la chimenea. Salió despacio, se alejó por el pasillo y entró en su estudio, ajeno a la situación que dejaba a sus espaldas. Se quedó delante de la ventana, con las manos en los bolsillos, la barbilla levantada y la cabeza inclinada hacia atrás, y contempló el linde distante del bosquecillo al fondo

de los campos pardos. Elizabeth, muy pálida, apareció en la puerta sin hacer ruido y se detuvo, fascinada por la visión de la silueta inflexible de su marido, rígida y dura como el bronce, iluminada a contraluz por la tenue claridad de la tarde. Se olvidó por completo de lo que quería decirle y de los ruidos que llegaban de la sala de estar. Se acercó a él con sigilo y lo abrazó por detrás. Patrick volvió la cabeza por encima del hombro hasta rozar la mejilla de Elizabeth y entornó los ojos como Alfred cuando tenía sueño, y ella se fijó en los pómulos prominentes y en la leve pelusilla rubia que le cubría los párpados inferiores.

Patrick apartó a su mujer de buen humor y pidió que le trajesen la lámpara. Pensó que con su ayuda y las últimas luces del día, podría terminar su cuadro titulado *Tonalidades de otoño*.

Harriet consiguió por fin tranquilizar a Tommy, y seguía acunándolo, pero su orgullo acababa de recibir un severo revés y, cuando poco después levantó la cabeza y vio a Clara en la puerta, devorándola con unos ojos ávidos de curiosidad, se inclinó hacia delante y le gritó:

—¡Eres una chica mala y perversa!
¡Fuera de aquí!

Clara se esfumó a toda prisa y se dio de bruces con Elizabeth, que había

salido para calentar un bollo y llevárselo a Patrick.

—¡Por Dios, Clara! —exclamó con impaciencia—. ¿Qué le has hecho a la señora Oman?

Clara estalló en sollozos, cediendo a la tensión emocional y muy dolida, porque nunca le habían hablado con tanta dureza.

—No le he hecho nada —gimoteó.

Elizabeth pensó que iba a estallarle la cabeza. Apretó los labios, hasta que formaron apenas una línea fina, y le tembló la barbilla. C cogió a Clara de los hombros, abrió la puerta lateral y empujó a la muchacha al jardín helado y en penumbra.

—No entres hasta que hayas dejado de hacer ese ruido —dijo. Y cerró de un portazo—. ¿Y a ti qué te pasa, Alfred? —preguntó, al notar un tirón en la falda.

—Te quiero —dijo Alfred.

—Eres un niño muy bueno —contestó, aliviada de que eso fuera todo—. Si pones mucho cuidado, puedes ayudarme a llevarle el té a papá.

Alfred empezó a dar saltos, encantado por tan espléndida perspectiva. El ruido que hacía con los zapatos en las losas de piedra se le antojó a su madre tan alegre como el canto de las alondras y los ruiseñores para espíritus más románticos. Y pensó: «¡Qué felices somos cuando nadie nos

molesta! ¡Es una vergüenza que otros se atrevan a poner a prueba la paciencia de Patrick!».

Lo cierto es que, en Clara, la confianza comenzaba a fomentar el desprecio. Cuando Harriet llegó a la casa, la muchacha temía que la sorprendiesen observándola y pudiesen tomarlo por una ofensa, que la tomasen por una descarada, tal como se veía ella. Sin embargo, conforme pasaban los días y Harriet demostraba ser una enferma tranquila, a la que nadie trataba con especial respeto o consideración, Clara se volvió mansa como los pajarillos que curiosoean alrededor de un espantapájaros. Pronto se acostumbró a

las limitaciones de Harriet para expresarse y comprender las cosas, y apenas reparaba en ellas, como habría hecho un observador más inteligente. Pero, a veces, cuando Harriet manifestaba sus emociones de un modo singular o decía algo verdaderamente incomprensible, Clara lo saboreaba con deleite. La miraba y la escuchaba con los ojos y los oídos muy abiertos, hasta que a Harriet se le pasaba el berrinche, y media hora más tarde seguía observándola como si fuera un bicho raro. Harriet no se fijaba en Clara, de quien pensaba que únicamente estaba allí para ayudar y lavar la ropa de Tommy, pero, a raíz de la conmoción

que le causó el bautizo, cuando la sorprendía espiándola desde la puerta, se sentía, como nunca se había sentido a lo largo de su vida protegida, señalada por ser distinta de los demás. Esta revelación fue apoderándose gradualmente de ella y alejándola cada vez más del nivel común de aptitud.

Empezó a descuidar su aspecto y su aseo personal, que hasta entonces habían sido los principales intereses de su vida. Las pocas prendas que guardaron en el baúl —un par de faldas, una chaqueta, un chal y algo de ropa interior—, se las llevaron a un cobertizo del jardín. No parecía disgustarle ponerse el mismo vestido día tras día, porque el mero

hecho de vestirse se había convertido en una empresa muy complicada. Le costaba una enormidad arreglarse el pelo y hacerse las trenzas y los rizos con los dedos entumecidos por el frío de la mañana. Cuando llegó a Cudham, su peinado consistía en varias trenzas recogidas en un moño y, todas las noches deshacía las trenzas para cepillarse los mechones por separado. Pero dejó de hacerlo y su cabeza parecía un nido de pájaros. Elizabeth se dio cuenta una mañana, a la hora de desayunar. Patrick llevaba una temporada de buen humor: jugaba con Alfred mucho más de lo acostumbrado y Elizabeth estaba más tranquila con los

dos. La pequeña Julia había engordado y se había puesto guapísima. La casa, a pesar de las privaciones, era un sitio agradable y feliz, pero, mirase donde mirase, Elizabeth se encontraba con Harriet y su hijo, y esto era un motivo de irritación constante para ella. Harriet ya no parecía mejor vestida y arreglada que los demás. No había en ella nada que compensara la fealdad de su físico y sus bruscos modales, y, al ver el pelo descuidado y enredado, un día no pudo aguantarse.

—¡No puedes bajar a desayunar con ese pelo, Harriet! ¿Por qué demonios no te peinas decentemente? Ve a cepillártelo después de desayunar.

Harriet no dijo nada, pero puso cara de boba y pareció entristecerse. Clara, que al principio parecía encantada con la regañina, tuvo un pequeño impulso de compasión y, después del desayuno, le dijo con la mejor intención:

—Venga conmigo. Le cepillaré el pelo hasta que quede bien bonito.

En la destartalada habitación de Harriet encontró el cepillo y el peine y le hizo un peinado sencillo, no tan elaborado como el de antes, pero muy aceptable.

—Gracias —dijo Harriet—. Eres una buena chica. —Y, a partir de ese día, Clara desarrolló un extraño y placentero instinto de protección por

Harriet. Le gustaba cuidar de los que eran más indefensos que ella, como las gallinas, Alfred o Julia, y poco a poco adoptó a Harriet y al pequeño Tommy y se propuso cuidar de ellos.

Harriet se mostró muy agradecida según pasaban los días, porque nadie tenía una palabra amable para ella, nadie le hablaba con un mínimo de cortesía y empezaba a echar profundamente de menos la voz de la simpatía y el estímulo. A pesar de todo, era muy bondadosa y muy paciente. Lewis quería que estuviera allí, y allí se quedaría sin rechistar hasta que él fuese a buscarla. Nunca lo dudó, como tampoco nunca había dudado que iría a

buscarla a casa de su madre. A veces pasaba buenos ratos con Clara y los niños, pero le dolía ver que ya no era importante para nadie, no tener nada especial para comer ni nadie que se ocupara de hacerle la vida agradable. Sus preciosos vestidos, sus adornos, sus montones de ropa interior de franela y algodón y sus docenas de medias también habían desaparecido. No se atrevía a preguntar por ellas, por miedo a que Elizabeth o Patrick se enfadaran. Algunos días casi no se acordaba de la ropa, porque Clara siempre tenía una muda limpia para ella, pero en otros momentos, sobre todo al ponerse las mismas botas a diario, que empezaban a

estar viejas, arañadas y sin brillo, se acordaba de su hilera de elegantes botas y zapatillas y se sentía perdida y triste.

Una mañana, sin embargo, todo se transformó de repente. Mientras desayunaban, Patrick le dijo a Elizabeth:

—¿Se lo has contado a Harriet?

Y Elizabeth anunció:

—Harriet, Lewis viene a verte hoy.

Pero tienes que hacer todo lo que te diga y no darle motivos para preocuparse. Si no lo haces no volverá en mucho tiempo.

Harriet no contestó, aunque se puso muy contenta y su expresión era muy razonable. Asintió con la cabeza y movió los labios como si tuviera reservada una importante y deliciosa

conversación. Apenas habían probado el té cuando se dirigió a Clara en el tono autoritario de sus primeros días:

—Ven a peinarme, Clara.

Clara no se ofendió. No pareció disgustarle el cambio de actitud de Harriet, pues, por lo general, se sentía animada en lugar de enfadarse cuando recibía una orden.

No vio a Lewis hasta casi una hora después de su llegada, pues se quedó paseando con Patrick por el jardín antes de acercarse a la casa. Cuando por fin entró, salió a recibirlo llena de alegría. No tenía buen aspecto, a pesar de que estaba limpia y arreglada, y, cuando se sentó en el banco de la ventana, Lewis

se fijó, con repulsión, en que tenía las mejillas hundidas y acartonadas, un detalle en el que nunca había reparado. En comparación con la tersura celestial de la piel de Alice, que aunaba las cualidades de la seda y la porcelana, no pudo por menos que notarlo. Llevaba apenas diez minutos en su compañía cuando la idea que poco a poco se había formado en su ánimo desde que dejó a Harriet en Woodlands cristalizó definitivamente con la mayor claridad. Había llegado en un estado de incertidumbre, se había negado a analizar la situación de manera consciente, con la intención de pedirle consejo a Patrick, pero, en ese instante,

supo que ya había tomado su decisión. Que Harriet volviese a vivir con él era de todo punto imposible. Desde que entró en la sala de estar no había vuelto siquiera a considerarlo. Cada átomo de su formidable fortaleza mental se concentraba en el deseo de vivir lejos de ella, de apartarla de su existencia como se alejan dos pelotas lanzadas en distinta dirección.

Se sentó a su lado, con los demás, puesto que Patrick y Elizabeth tuvieron el tacto de no dejarlos solos, y procuró incluir a Harriet en la conversación general, a pesar de que a ella no le permitían dirigirse a él ni le daban la oportunidad de hablar más que para

responder a las preguntas que él le hacía, como, por ejemplo, si Tommy se encontraba bien, si Harriet había salido el día anterior o si había desayunado huevos del corral, pero enseguida cambiaban de tema y ella apenas lograba entender nada. Lewis se marchaba esa misma tarde y quería evitar a toda costa que Harriet le hiciera una escena.

—Bueno, Harriet, tú y yo nos iremos a Londres muy pronto. Hay algo que quiero que hagas, querida.

La expresión de Harriet denotó expectación y aquiescencia.

—Se trata de lo siguiente —continuó Lewis, con un punto de aspereza en la

voz, aunque posando en Harriet su mirada con una amabilidad inequívoca, para que ella no advirtiese nada extraño —. Quiero que vayas a ver a un caballero y firmes un papel en el que dice que me permites disponer de esas dos mil libras que recibirás de tu tía cuando haya muerto.

Harriet reaccionó con sorpresa.

—¿Ha muerto mi tía? —preguntó.

—No, no ha muerto. Pero, verás, Harriet, he llegado a un acuerdo con alguien que está dispuesto a hacernos el favor de adelantarme el dinero que le devolveré cuando tu tía haya muerto. No tiene inconveniente en esperar. Le da lo mismo. He pensado que nos vendría muy

bien contar con ese dinero ahora.

Harriet no puso la más mínima objeción. A decir verdad, le pareció un acuerdo muy inteligente, mucho mejor de lo que su madre había logrado para ella, pero lo que absorbía principalmente sus pensamientos era la idea de que, si aceptaba, se iría a Londres con Lewis y probablemente volvería a casa. Asintió enérgicamente.

—Así lo haremos —dijo—. Cuando quieras.

—Eso es muy razonable, Harriet —señaló Lewis dando su beneplácito, y Harriet se colmó de satisfacción—. Pero hay algo que debes saber. Ese caballero te preguntará si entiendes bien lo que

estás haciendo al autorizarme a disponer libremente del dinero. Les dirás que queremos hacer reformas en la casa, ¿entendido? Y convertir a Tommy en un caballero.

Harriet volvió a asentir y adoptó una actitud muy digna, como si estuviera perfectamente capacitada para enfrentarse a toda una junta de notarios y transmitir a Lewis los derechos patrimoniales que le otorgaba la Ley de Derechos de las Mujeres Casadas. Tanto le ilusionaba la perspectiva del viaje que se despidió de él muy tranquila, como si fuera a verlo al cabo de dos horas. Lewis tardó bastante más en despedirse de Patrick en el jardín.

—Creo que voy a cerrar el trato con la señora Chevenix —dijo finalmente—. Ya no hay ningún impedimento.

—No —dijo Patrick—. No si estás seguro de que esa finca te conviene.

—Para empezar, mi querido amigo, estaré cerca de ti —respondió Lewis con cariño— y, en general, no veo una perspectiva mejor. Estoy decidido a dejar la ciudad. No quiero nada más que un pedazo de tierra. No hay nada igual para sentir que uno lleva las riendas de su vida. Además, la casa es muy bonita. En cuanto a la lechería, no tendremos que ocuparnos de nada. El hombre que la dirige para la señora Chevenix es de toda confianza, de absoluta confianza, y

no me cabe duda de que seguirá trabajando para mí. No se me ocurre nada que nos convenga más.

Patrick comprendió al instante a quién se refería su hermano al hablar en plural.

—¿Qué piensas decirle a la señora Hoppner? —preguntó.

Lewis se encogió de hombros.

—Quizá necesite la ayuda de Lizzie. No pondrás objeciones a eso, ¿verdad? Comprendo que ahora es un obstáculo, pero cuando vivamos aquí no habrá ningún problema. Seremos el señor y la señora Oman. Nadie de aquí se enterará de nada.

—Así debería ser —dijo Patrick,

pensativo.

—No sé cómo decirte lo agradecido que estoy contigo y con Elizabeth —dijo Lewis de todo corazón—. Nunca podré pagaros lo que estáis haciendo. ¿Verdad que seremos una familia maravillosa? Estaremos a sólo veinte minutos andando, ya sabes.

Patrick le apretó el hombro con cariño.

—Habrá que vigilar a Harriet estrechamente, estando tú tan cerca. Pero puedes confiar en mí.

—Ya lo sé —dijo Lewis con sencillez.

Al otro lado del bosque y a menos de un kilómetro de la casa de Patrick,

había una finca pequeña, con una confortable vivienda del siglo XVIII que en fechas posteriores se dotó de un establo y una lechería, y donde las vacas pacían en lo que antiguamente fueron los jardines de recreo. La casa era de ladrillo rojo, elegante y de planta cuadrada, con el tejado escondido y las ventanas de guillotina rectangulares. No era excesivamente grande: tenía dos salas de buen tamaño y amplias cocinas en la planta principal, cuatro dormitorios medianos arriba y un desván. El jardín se había transformado en zona de pasto, pero aún conservaba varios manzanos delante de las ventanas de la fachada principal y otros árboles

que se adentraban progresivamente en el bosque por la parte trasera. El conjunto se conocía como Sirenwood, y la señora Chevenix pedía por él dos mil quinientas libras. La vivienda estaba bien amueblada, lo mismo que la cocina y la lechería contaban con todo el equipamiento necesario, y en el lote se incluían catorce vacas. La finca ofrecía unos ingresos muy atractivos, ya que abastecía de leche, nata y mantequilla al vecindario. El negocio funcionaba de maravilla y, siempre que Lewis lograra conservar los servicios de Andrew Waggett, el encargado de la lechería, podría vivir sin preocupaciones de lo que daban las vacas. Ya se imaginaba

una vida rebosante de placeres mundanos en un entorno como el Jardín del Edén. No analizó sus impresiones con estas palabras, claro está. Se limitaba a alimentar la sensación de que era un lugar muy deseable para vivir felizmente con Alice.

Esa noche, de regreso en Londres, intentó explicarle cómo era la finca. Alice no se encontraba bien y no lo disimulaba. Al principio hizo gala de una frialdad y una frivolidad exasperantes y preguntó qué tenía todo eso que ver con ella. Ni siquiera se le pasó por la cabeza conocer la casa.

—Hay catorce vacas —dijo Lewis.

—¡Madre mía! ¿Desde cuándo te

interesan tanto las vacas? —dijo, agrandando sus ojos verdes—. ¿Cómo se llaman?

—También hay manzanos delante de las ventanas —continuó Lewis sin alterarse—. Ahora no son gran cosa, pero no tardarán en florecer. Se pondrán muy bonitos.

Alice se acordó de los espinos blancos que bordeaban el bosque oscuro y no pudo resistir un escalofrío. Se colgó del cuello de Lewis, temblando y sollozando como una niña. Él la abrazó y trató de tranquilizarla.

—¡Yo creía que te alegrarías, cariño! ¡Quiero que seas muy feliz allí!

—Sí —dijo Alice, apoyando la

cabeza en su hombro.

Lewis miró a la señora Hoppner, que entró en ese momento.

—Está un poco desanimada —dijo.

—Sí. Lleva así todo el día. Más vale que te tomes una bebida caliente y te vayas a la cama, Alice. Mañana te encontrarás perfectamente.

—No quiero irme a la cama todavía —repuso Alice con impaciencia—. Lewis acaba de llegar. Y ¿cómo se llama esa finca tuya tan maravillosa, Lewis?

—Se llama Sirenwood.

—¿Qué nombre tan raro! ¿Qué significa?[*]

—Bueno, ya sabes lo que son las

sirenas —dijo Lewis.

—Sí, los silbatos para que los obreros entren a las fábricas.

Lewis le pellizcó una oreja.

—Eran mujeres —explicó— que se sentaban en las rocas y cantaban dulcemente para atraer a los marineros hacia los arrecifes y hacerles naufragar.

—¡Dios mío, qué leyenda tan absurda!

—Yo no estoy tan segura —dijo la señora Hoppner—. Hay mucho de verdad en esas leyendas antiguas, si lo piensas bien.

Alice levantó la cabeza.

—Creo que entre las catorce vacas de Lewis y tú, con tus mujeres que

cantan en las rocas, ya he oído suficiente por esta noche. —Se alejó y se detuvo un momento en la puerta para dar las buenas noches. Las lágrimas no afeaban a Alice. Le irritaban los párpados de manera que sus ojos parecían mucho más luminosos, y sus labios trazaban una curva descendente incluso cuando sonreía, pero no ajaban su belleza más de lo que la lluvia fresca y brillante afectaba a una rosa. Lewis la besó y notó que seguía temblando, a pesar de que había dejado de llorar. Cuando desapareció en la escalera a oscuras, Lewis sintió que todo su ser se dejaba arrastrar como una brizna de hierba a merced de la corriente hasta el corazón

de Sirenwood, donde se imaginó a Alice en todo el esplendor de su juventud, detrás de los manzanos.



XII

Lewis disponía del dinero necesario para cerrar la compra de Sirenwood, pero hecho esto le quedaría muy poco para los gastos corrientes, de ahí que tuviera cierta urgencia en asegurarse esas otras dos mil libras. No esperaba conseguir la totalidad de esa suma. Había acordado un anticipo de mil doscientas libras contra las dos mil futuras, y todo estaba

listo para la transacción a la espera de la firma de su mujer. Se proponía tomar posesión de Sirenwood a finales de abril y acompañar a Harriet a Londres el día siguiente.

Para entonces había cortado todos los lazos de su vida anterior, de una manera que, a decir verdad, le procuraba una creciente satisfacción, si bien era una satisfacción con un inquietante filo de euforia y, por momentos, un leve susurro aterrador. Ya no era capaz, si se hubiera visto en la necesidad de hacerlo, de ofrecer explicaciones creíbles. Iba a desprenderse de la casa de Laburnam Road, lo que dejaba a Harriet sin hogar.

No tenía la menor intención de contárselo y tampoco temía que pudiera enterarse por otras vías, pero, de todos modos, considerando las circunstancias en su conjunto —el dinero que había obtenido de ella y la violencia con que la había separado de su familia— la situación lo dejaba expuesto a críticas muy desagradables. Además, había acordado formalmente con Alice que se reuniría con él en Sirenwood y se haría pasar por su mujer. A la señora Hoppner ya sabría cómo engañarla o persuadirla para que se engañara a sí misma, lo cual venía a ser lo mismo. Alice lo era todo para él y contaba con el apoyo incondicional de la familia en

Woodlands. Pero, si por algún motivo llegara a descubrirse la verdad, sería imposible explicarla. No atenazaba a Lewis ninguna sensación de culpa y tampoco estaba en pugna con sus remordimientos. Tal como un cuerpo completamente sano pasa inadvertido para quien lo posee, una conciencia igualmente sana es, quizá, la que no da problemas de ninguna especie. Y por esa regla de tres, la conciencia de Lewis era asombrosamente sana y fuerte. Sentía, no obstante, cierta alarma y preocupación por el hecho de haber acumulado en su contra, por así decir, un cúmulo de nubes de protesta y reprobación que lo separaba del resto de la humanidad, y

temía que, si sus tejemanejes llegaban a ser de dominio público, esas nubes pudieran desencadenar una tempestad acompañada de rayos y truenos. No era justo, porque no estaba haciendo nada que a él le pareciese censurable, y encontraba buenas razones para obrar de esta manera, pero se sentía un poco acobardado de todos modos. Depreciaba a los clérigos, a las ancianas y a cualquiera que fuese un obstáculo para su paz, pero temía y odiaba las fuerzas de la censura pública que estos individuos representaban. Tenía la impresión de que el mundo entero le era hostil y se sentía maltratado, pues sabía que sus críticas

serían bastante más duras de lo que merecía.

Todo esto lo instaba a vivir el presente intensamente. Su carácter había sido siempre lo opuesto al espíritu soñador y especulativo: sabía tomar las riendas de su existencia y siempre había tenido una capacidad extraordinaria para el disfrute sensual. Pero ahora se entregaba por completo a cualquier plan o pequeño placer superficial. Alice se sorprendía en ocasiones de la tenacidad con que perseguía sus propósitos. Si ella expresaba el deseo de ir a algún sitio o de hacer algo en casa y surgía un contratiempo, Lewis lo resolvía con enérgica obstinación. «¡No tiene

importancia, cariño!»), decía ella. Y él respondía: «Sí la tiene. Lo haremos». Una determinación tan férrea en cosas que, aun cuando era ella quien las había sugerido en realidad no le interesaban tanto, producía en Alice la sensación de que el placer que experimentaba Lewis estaba incluso por encima de ella. El entusiasmo con que le hablaba de vivir en Sirenwood a veces la dejaba perpleja. Estaba muy enamorada de él, a su entender, pero ahora que lo había conquistado, eran su posición, su dinero, por supuesto, y la atracción física que sentía por él lo que la llevaba a someterse enteramente a su poder. A la vista de las circunstancias, no podía

cazar a un hombre mejor. Ahora bien, si un aristócrata con una renta de treinta mil libras anuales la hubiese cortejado, Alice habría sido capaz de dominar sus sentimientos y dejar a Lewis plantado. Elizabeth jamás habría abandonado a su marido para convertirse en una gran duquesa. Alice no era consciente de esto, porque nunca se perfiló en su horizonte un hombre capaz de superar a Lewis, y se preparó para ir a Cudham a visitar a su hermana con una extraña mezcla de curiosidad, timidez y felicidad.

Entretanto, Lewis había ido a recoger a Harriet para llevarla a la estación. Elizabeth se afanó para

vestirla decentemente, como correspondía a una mujer que se dispone a transferir a su marido una importante suma de dinero. Le limpió las botas personalmente y se esmeró en peinarla, bien es verdad que sin demasiado gusto. El vestido verde oscuro, después de sacudirlo y cepillarlo, seguía teniendo buen aspecto. La chaqueta apenas se la había puesto desde su llegada, así que estaba más presentable. Encontró unos guantes, y Clara sacó el sombrero de Harriet de detrás de la cortina. Elizabeth lo cogió y lo examinó pensativa. Era muy inoportuno que Harriet tuviese una herida debajo del párpado derecho. Elizabeth fue a su dormitorio y volvió

con uno de sus tocados, que llevaba un velo negro.

—Puedes ponerte este tocado si te gusta, Harriet. Estarás mucho más elegante. Querrás que ese caballero vea que eres una persona acaudalada y acostumbrada a dirigir sus asuntos, ¿verdad?

Harriet prefería ponerse su propio sombrero, pero se dejó influir por las palabras de Elizabeth. Al ver que vacilaba, Elizabeth le puso el tocado y Clara, con su ofensiva franqueza, se apresuró a señalar que estaba magnífica. Harriet pareció tranquilizarse y terminó por sonreír. Tenía muchas ganas de volver a casa y no se molestó en pedir

que le devolvieran su baúl para elegir otra indumentaria más elegante. Se conformó por el momento. Lo único que quería era regresar a Londres cuanto antes.

El mismo abogado que se ocupó de los asuntos de Harriet en el momento de la boda y entregó a Lewis las tres mil libras se hizo cargo del acuerdo para recibir las otras dos mil por adelantado, y fue en su despacho donde se citó a los notarios que debían dar fe del acto en cumplimiento de la Ley de Derechos de las Mujeres Casadas. Acompañaron a Harriet a una sala grande en la primera planta, mientras Lewis esperaba abajo con el abogado, el señor Sloane. Seis

caballeros escudriñaron atentamente a Harriet cuando hizo su aparición, y uno de ellos le pidió que se levantara el velo del tocado. Hecho esto, se sentó en un extremo de la mesa con un aire tan orgulloso y satisfecho que disipó cualquier recelo sobre su actitud. Le preguntaron, no obstante, con especial cuidado y lentitud, si entendía perfectamente lo que estaba haciendo y Harriet contestó a todo: «Sí, lo entiendo. Sí, así lo quiero. Queremos el dinero para nuestra casa y para mi hijo». Así las cosas, los padecimientos de Lewis no se prolongaron en exceso. Al cabo de media hora recibió nuevamente a su mujer, vio el documento en manos del

abogado, compartió un jerez y una galleta que el bufete ofreció a sus clientes y se marchó alegremente con Harriet del brazo.

Tuvo algunos problemas para convencerla de que volviese con él a Cudham. Harriet pensó, al levantarse esa mañana, que era muy posible que fuesen a Laburnam Road inmediatamente después, y tenía intención de pedir que le trajeran a Tommy, quizá al cuidado de Elizabeth. No se dejó abatir por la decepción, pero su sumisión empezó a flaquear y llegó a la conclusión de que ya había pasado demasiado tiempo en Woodlands y era hora de volver a su casa. Lewis dijo que regresarían pronto

y le pidió que se quedara un poco más, por complacerlo. Cuando se dijeron adiós en la sala de estar de Woodlands, la nerviosa y firme determinación de Lewis impidió cualquier clase de súplicas o lágrimas. «Ven pronto a buscarme, Lewis —dijo Harriet con mucho énfasis en un par de ocasiones. Y luego añadió—: Has perdido el tren. Tendrás que quedarte a pasar la noche». Lewis había olvidado que, aunque estaba a menos de media hora de casa campo a través, Harriet suponía que regresaba a la ciudad. Tampoco cayó en la cuenta de que Harriet, por la experiencia de visitas anteriores, sabía a qué hora tenía que salir camino de la

estación. Patrick acudió en su rescate:

—Te llevaré por un atajo, Lewis. Pero tenemos que irnos ya.

—Me parece que sospecha algo —dijo Lewis cuando hubieron salido—. Si se encuentra con Alice por aquí lo descubrirá todo.

—Eso no va a pasar —le prometió Patrick con una sonrisa forzada.

Desde ese día, Harriet pensó que todos estaban enfadados con ella por haber dicho que quería volver a casa. Se dijo que quizá había ofendido a Patrick y Elizabeth, haciéndoles sentir que su casa no era tan agradable como la suya. Lo lamentaba y comenzaba a tener mucho miedo de disgustar a Patrick. Se

mostraba especialmente dócil y conciliadora, mas no por ello mejoró su situación. Elizabeth nunca le dirigía la palabra si podía evitarlo, y Patrick sólo le hablaba para darle órdenes. Clara estaba tan atareada con las crecientes necesidades de los niños que no tenía tiempo para lavarle la ropa o peinarla y, aunque normalmente tenía una buena disposición hacia Harriet, era demasiado impresionable y débil para sustraerse al siniestro ambiente de desprecio con que la trataban los demás. Harriet empezó a sufrir por la ausencia de Lewis mucho más que antes, cuando tenía la gloriosa certeza de que volvería a buscarla y únicamente ignoraba la

fecha exacta. Tanto lo necesitaba, al verse privada de afecto y amabilidad, que se impuso la difícil tarea de escribirle una carta. Había una caja con papel y tinta en el estudio de Patrick y, un día, se atrevió a entrar y a rozar con los dedos el estuche, que estaba en el banco de la ventana.

—¿Escribo una carta? —le dijo a Patrick.

—Escribe si quieres —contestó, pensando: «¿Qué más da, a fin de cuentas? No llegará al buzón».

Harriet se sentó, muy contenta, y al cabo de un buen rato escribió:

Cariño mío:

Espero que vengas pronto. Cuando venga por favor traeme una cinta color gisante para el cueyo y las mangas. Llebo un mes sin ropa interior limpia. Quiero volver a casa. ¡Tengo las botas muy viejas!

Tu amante esposa,

HARRIET

Cuando hubo doblado el papel y escrito la dirección, miró a Patrick tímidamente.

—Déjala ahí —dijo él—. Es para Lewis, ¿verdad? Yo me ocuparé de que la reciba.

—Muchas gracias —contestó Harriet, y salió del estudio asintiendo con un aire muy alegre. Alrededor de una hora más tarde, Patrick se sacó la

nota del bolsillo y se la dio a su hermano, que estaba ordenando clavos para colgar unos cuadros sobre la chimenea de Sirenwood. Lewis la miró por encima, soltó una exclamación medio divertida y la guardó detrás del espejo.

Clara había dejado de ser una buena compañía para Harriet, que ahora salía a pasear sola. El verano fue muy lluvioso y triste ese año, y el cielo gris daba al bosque una apariencia más otoñal que veraniega. Una tarde, Harriet se llenó los pies de barro al cruzar el campo, pero encontró el terreno en mejor estado cuando dejó atrás la zona arcillosa y se adentró por los musgosos senderos del

bosque. Continuó su paseo en solitario, disfrutando del ejercicio suave a pesar de que no hacía sol, hasta que llegó a una pequeña hondonada en mitad del camino, que en ese punto se cerraba a ambos lados por la maleza. Una verja de cinco barrotes cubría la hondonada a modo de puente. Harriet se paró, indecisa. Un hombre con pinta de trabajador, pantalones de pana y un sombrero muy gastado, que atajaba por el bosque camino de una granja vecina, apareció en el mismo lugar. Estaba a punto de hablar del tiempo y esperar a que ella cruzase primero cuando reparó en su aspecto desamparado y observó, en su manera de mirarlo, algo que no

encajaba.

—¿Quiere que la ayude a cruzar, señorita? —le preguntó jovialmente—. ¿O sólo está dando un paseo? ¿Prefiere volver por donde ha venido? Tenga en cuenta que no estaré aquí cuando vuelva, y quizá se encuentre en apuros si en ese momento no pasa nadie.

Harriet no acertó a seguir el hilo de sus palabras, pero reconoció el tono amable y una sonrisa de agradecimiento iluminó sus facciones.

—Gracias. Daré la vuelta —dijo despacio.

—En ese caso la ayudaré a esquivar esas zarzas. Son muy malas con las faldas de las mujeres. —El hombre

apartó la maleza que Harriet acababa de atravesar y la cogió del brazo para acompañarla hasta la zona más alta del camino—. Ya está. ¿Sabrá volver sin dificultad? ¿Sabe dónde está?

—Sí —dijo Harriet—. Gracias. Muchísimas gracias.

El hombre se llevó una mano al sombrero y se alejó pensando: «Qué manera tan extraña de darme las gracias. Espero que la traten bien en casa, pobrecilla». Se alegró mucho de abandonar la sombra del bosque y recibir la luz en los campos abiertos.

Alice ya se había instalado como dueña y señora de Sirenwood y hacía lo que se le antojaba con Lewis y con la

casa, pero Andrew Waggett se enfadaba mucho si asomaba la nariz por la lechería. Ella no entendía por qué razón no podía entrar a por nata o mantequilla cuando les apetecía, pero Andrew Waggett tenía una opinión tan distinta de estas incursiones con ánimo saqueador que finalmente Alice renunció a ellas. El señor Waggett era la horma de su zapato: malhumorado, arisco y terco como ella. Por eso, Alice prefería evitarlo y se contentaba con darle órdenes a su sobrina, que venía a diario a cocinar y limpiar la casa.

Alice siempre había detestado las tareas del hogar, tanto en su casa como en la de Elizabeth. Seguía sin ser una

esclava de esos quehaceres, si bien, al verse convertida en dueña de una casa llena de muebles bonitos, con una criada a su servicio y Lewis sin más ocupación que entretenerla y complacerla el día entero, empezó a manifestar un interés y un gusto por la vida doméstica del que nunca se había creído capaz. Disfrutaba paseando por las habitaciones y a veces hasta limpiaba el polvo a las figuritas de porcelana que adornaban la repisa de la chimenea. En el aire puro y limpio del campo, la limpieza resultaba mucho más llevadera. Pensó que se aburriría allí, a pesar de la compañía de Lewis, pero de momento estaba muy contenta. Bajo su apariencia sofisticada tenía, quizá, algo

de esa capacidad de Elizabeth para apreciar el silencio y la calma como telón de fondo de la felicidad. El verano lluvioso al menos tenía el efecto de conservar la frescura del paisaje. Los prados resplandecían con infinito verdor, y la sala principal estaba decorada con un papel chino de rosas de color rosa ceniza sobre un fondo verde. El jazmín y la madreselva casi invadían las ventanas, custodiadas a cierta distancia por la barrera de manzanos rebosantes de hojas. Todo ello dotaba la luz de una tonalidad acuosa, y Alice, al detenerse allí, a veces tenía la sensación de vivir en un sueño del que nunca despertaría. Un año antes aquel

ambiente le habría resultado deprimente y aburrido a más no poder, pero ahora todo era distinto. La relación sexual con Lewis era tan ardiente que a menudo se sumía en prolongados períodos de languidez, se movía como en trance, y las pequeñas ocupaciones e intereses de su vida recluida eran los únicos estímulos que necesitaba.

Aun siendo mundana y refinada, nunca halló demasiado placer en la promiscuidad social. Era demasiado reservada y sigilosa para ser sociable y en ese momento prefería eludir la compañía en cualquier circunstancia. Se sentía tan cambiada que a duras penas conservaba el dominio de sí necesario

para mostrar firmeza y confianza en presencia de extraños. La pasión de Lewis, que para entonces no conocía límites, llegaba a despertar la inquietud de Alice, aunque se sentía a salvo en aquel entorno de verdor y quietud. Se mostraba mucho más cariñosa con él cuando estaban a solas, y había abandonado por completo, incluso cuando le daba alguna orden, su característico tono autoritario. «No hagas eso, cielo» o «No, cariño», decía en voz baja, como si hablara en sueños. Por momentos le parecía no conocer a Lewis, tan despreocupado, natural, cariñoso y sumiso se mostraba, tan distinto del pulcro y enérgico admirador

de Londres. Otras veces, como es natural, no había nada extraño o misterioso entre ellos. Por las noches, cuando el tiempo ofrecía un pretexto excelente para encender la chimenea, se sentaba en sus rodillas, como en Laburnam Road, y se divertían de lo lindo igual que siempre, deleitándose con el aspecto de su elegante sala de estar o haciendo una alegre excursión a la cocina para prepararse un té y servirlo en el juego de porcelana que había dejado la señora Chevenix. Alice no tenía el menor empacho en hacerse pasar por la mujer de Lewis ante los vendedores ambulantes, la criada y Andrew Waggett. Se sentía tan

desenvuelta y segura como si llevara casada quince años, al menos ésa era la imagen que daba. A decir verdad, cuando se sentaba enfrente de él para servirle el té, o cuando tenía que dirigirse a Andrew Waggett, o cuando uno de los vaqueros preguntaba por él y había salido, apenas recordaba que no era la verdadera señora Oman. Cuando tenía que recibir una visita del mundo exterior, su confianza se fortalecía y hacía gala de una serenidad y una energía insólita. Sólo en su fuero interno era consciente de una trémula y desconocida incertidumbre que la hacía sentirse indefensa como un gatito, según su propia descripción mental. Una

mañana oyó ruido en el camino y las voces de su cuñado y un hombre al que no conocía. Se escondió detrás de las cortinas, con la esperanza de que no llamaran a la puerta, y vio a un jornalero con el que se había cruzado en los alrededores de Woodlands en alguno de sus paseos. Cayó en la cuenta entonces de que Lewis estaba en los establos. No se inmiscuía en los asuntos de la lechería, pero sí le gustaba, según sus propias palabras, echar un ojo a las cosas, y, aunque no había tenido ninguna discusión con Andrew Waggett, había algo en él que llevaba al capataz a tolerar su presencia únicamente con hosca resignación. Como Lewis no

estaba en casa, Alice salió a ver qué quería Patrick. Al bajar las escaleras vio un baúl a los pies de Patrick.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es una caja que estaba en el cobertizo. Ocupa mucho espacio, y Lewis me ha pedido que la traiga.

«¡Es el colmo! —pensó Alice—. ¡Utilizarnos como si esto fuera un vertedero! ¿Qué será lo siguiente? ¡Ya le enseñaré a Lewis que no vuelva a hacer una cosa así!».

—¡Vaya! —dijo en voz alta, en un tono no exactamente agradable. Justo en ese momento Lewis apareció por detrás de la casa, y Alice volvió a subir de mal humor. Estaba ordenando la ropa de

Lewis, que acababan de devolverle lavada, cuando él la llamó para que saliera. Patrick se había marchado.

—¿Por qué has dejado que Patrick traiga ese trasto? —preguntó al instante.

—Pensé que te gustaría.

—¿Pensaste que me gustaría? ¿Ese chisme inútil...?

Lewis la besó.

—Sí, tienes que hacerte cargo de él.

—No lo quiero cerca de mí —protestó Alice, aunque su firmeza se debilitó al acercarse al baúl.

—¡Ay! —gritó un segundo después, y se hincó de rodillas mientras Lewis levantaba la tapa.

—Espera —dijo él—. Deja que lo

suban al dormitorio antes de abrirlo. Será lo mejor.

Una vez arriba, Alice hundió los brazos hasta los codos en el baúl, desordenando, en un arranque de emoción, lo que había sido guardado con tanto esmero. Tres o cuatro vestidos cubrieron la cama, montones de ropa interior algodonosa y blanca cayeron al suelo, pelotas de medias rodaron por todas partes, una nevada de pañuelos y lazos cubrió la alfombra, y Alice, con unos manguitos de tejón en un brazo, arrodillada junto al baúl, sostuvo en la mano una larga cadena ensartada con turquesas y completamente enredada. Parecía tan seria y concentrada, tan llena

de vida y entusiasmo que Lewis, que había vuelto a entrar en el dormitorio, se detuvo a observarla apasionadamente. ¡Ver a Alice interesada en algo era un espectáculo formidable! Irradiaba fuerza y espíritu. No había nadie ni nada como ella en el mundo entero. Lewis no pudo resistirse a coger entre sus manos el rostro arrebolado de Alice para besarla mientras ella decía: «¡Aún quedan muchas cosas que todavía no he visto!». Sabía, claro está, de quién era aquel baúl, pero en el éxtasis de descubrir lo que había en él no se paró a pensarlo dos veces, pasado el primer instante. Al ver a Lewis a su lado, contemplando con ella la ropa y los adornos desperdigados

por la habitación, comprendió que estaba presenciando cómo desvalijaba las posesiones de su mujer. Se sintió desconcertada un segundo, no más de un segundo. Alice no había olvidado las noches en que se sentaba en la cama, bajo la luz dorada y transparente de la luna, soportando una desesperación inconcebible, brutal, tan perdida y desorientada en su aflicción como si el sereno rostro extraterrenal que la observaba desde el otro lado de la ventana fuese una presencia que la llamara a abandonar este mundo, porque estaba muerta. Y, a pesar de su felicidad presente, seguía indignándose al recordar que hubieran podido infligirle

semejante sufrimiento. Se incorporó, con gesto oscuro y resentido, y experimentó un desafiante placer al quitarse el manguito del brazo. Estaba contenta, consciente y decididamente contenta de recibir aquellas cosas tan caras y exquisitas. Era justo que le perteneciesen. No pensaba ponérselas tal como eran, siguió diciéndose. Tendría que transformarlas, desde luego, pero sería una ocupación deliciosa. Lewis interrumpió sus pensamientos:

—Cariño, la señora Chevenix ha pasado un momento a ver cómo estamos. Le he dicho que venía a avisarte. No se quedará más que un minuto. El faetón la está esperando en la puerta.

—Muy bien —dijo Alice. Pero antes de salir se puso la enmarañada cadena de turquesas.

La señora Chevenix, que venía a hacer una visita de cortesía, tal como dijo Lewis, y no quería hacer esperar a sus caballos, examinó a Alice con asombro. Aquella joven adorable no era lo que esperaba encontrar. Se había imaginado a la señora Oman como una mujer hecha y derecha, acostumbrada a la vida del campo y mayor que Lewis, acaso atrapada en las redes de la fascinación de un hombre joven, como les sucede con frecuencia a las mujeres que se acercan a la mediana edad, y dispuesta a pasar por alto la absoluta

falta de medios de su marido y su inferior posición social a la vista de su indudable atractivo. («Y no es que yo lo admire», pensaba la señora Chevenix). Aun así se mostró muy cordial con la joven pareja. Al ver que la señora Oman, a pesar de sus encantos, era de la misma condición que su marido, adoptó una actitud sencilla y condescendiente, pero ni mucho menos ofensiva. Confiaba en que estuvieran cómodos y elogió la decisión de conservar los servicios de Andrew Waggett, pues, aunque era un zopenco, así lo dijo, era también el hombre más capaz y digno de confianza que cabía imaginar y dirigía el negocio como un reloj. Que Waggett respetase a

las vacas más que a sus empleados, a ella nunca le pareció mal y, aunque así fuese, no habría podido hacer nada para suplantar a Daisy, Sorrel y Maggy en la estima del encargado. Lewis sobrellevó la alegre conversación con perfecta *sang-froid* y una actitud galante y despreocupada, sonriendo de oreja a oreja y pensando que sabía hablar con una mujer atractiva tan bien como el que más. Alice parecía bastante más reservada, altiva y recelosa. La señora Chevenix no dejaba de observarla con un interés que no se molestaba en ocultar. Cuando Lewis la acompañó hasta el camino y la ayudó a subir al faetón, la mujer se marchó sin dejar de

pensar en la sorprendente aparición de la joven señora Oman. Al principio no entendía por qué se había sorprendido tanto. No había ningún motivo para esperar que sus ideas preconcebidas sobre la mujer de su sucesor no estuvieran equivocadas. No era de esas mujeres que se jactan de tener presentimientos que a la postre resultan exactos. La muchacha era ciertamente atractiva, desde luego que sí, y a cualquiera le habría sorprendido: joven, esbelta y con tendencia a enfurruñarse. Y entonces la señora Chevenix comprendió en qué radicaba su sorpresa. Su aspecto no era el de una muchacha con dinero. Se había formado

la opinión de que la fortuna del señor Oman procedía de su mujer. Bueno, podía haberse equivocado, naturalmente, pero no le dio la impresión de que aquella joven supiese nada de fortunas, si acaso de gastarlas. Para eso, sin duda tenía una cualidad innata.



XIII

La señora Ogilvy se impuso un largo período de resignación no exento de rencor. En los meses que siguieron a su visita a Harriet en Laburnam Road y a la carta que su hija escribió al dictado de Lewis, asimiló poco a poco la idea de que Harriet había tomado una decisión y ahora tenía que apechugar con ella. Su manera de darle la espalda, después de tantos años de

intimidación y cariño, la había dejado completamente paralizada y privada de recursos, a pesar de su espíritu activo. No obstante, con el paso del tiempo, su instinto maternal se fue fortaleciendo y una vez más volvió a sentir el viejo impulso protector y a preguntarse con creciente alarma si esa gente estaría tratando bien a su Hatty. Cuando el momento en que la vio por última vez terminó por perderse en la distancia, todo se desdibujó, menos lo mucho que quería a Harriet y lo mucho que desconfiaba de los Oman y los Hoppner, de todos y cada uno de ellos.

Finalmente, por fuentes indirectas, a través de una de sus criadas, que había

estado cotilleando con la enfermera que trabajó para los Oman en Laburnam Road, se enteró de que Harriet había tenido un hijo. La indignación y el horror al ver que Harriet no le había comunicado una noticia tan importante, pudieron al principio más que cualquier otro sentimiento, pero este estado de ánimo fue pasajero. Una intensa preocupación, tanto más acuciante porque intentó ponerle freno, se apoderó por completo de ella. Y cuando, al acercarse a Laburnam Road, se encontró que la casa estaba vacía y un cartel anunciaba su venta, reaccionó con la determinación de quien presagia un peligro real. Se presentó en casa de la

señora Hoppner, jurándose que le sacaría la verdad costara lo que costara.

Conseguirlo, sin embargo, no resultó tan fácil. A pesar de la determinación de la señora Ogilvy, la señora Hoppner le hizo frente con su apatía y acidez de costumbre. No, no sabía dónde estaba Lewis exactamente, aunque creía que había comprado una finca en el campo, cerca de su hermano.

—¿Está Alice en casa? —preguntó la señora Ogilvy con repentina brusquedad.

Alice, respondió la señora Hoppner, había ido a pasar una temporada con su hermana, no sabía por cuánto tiempo. La señora Ogilvy no sospechó nada en ese

momento, pero no le hizo gracia pensar que Elizabeth, Patrick, Lewis y Alice estuvieran juntos y cerca de Harriet como una bandada de buitres carroñeros. Le preguntó a la señora Hoppner si había visto al pequeño, y ésta dijo que no. No quiso pedir noticias del niño. No podía consentir que la otra mujer comprendiera que no sabía nada de su nieto, que sólo por las criadas se había enterado de que era un varón. Así, se marchó, sin apenas averiguar nada más que lo que ya sabía. Sin embargo, la resignación forzosa con la que hasta entonces había dominado su gran desazón se había hecho añicos. Decidió seguir investigando, aún a riesgo de

causar algún revuelo en casa de Harriet. El señor Ogilvy se mostró completamente de acuerdo y pensó que alguien debía ir a Cudham para exigir información a Patrick Oman, ya que al menos sabían dónde vivía. Mientras tomaban la decisión, se dio la circunstancia de que Lewis pasó por la ciudad para ocuparse de los últimos detalles de la rescisión del arrendamiento de Laburnam Road, fue a ver a la señora Hoppner y se enteró de la visita de la señora Ogilvy. Al día siguiente, la señora Ogilvy recibió una carta que decía:

Señora Ogilvy:

He sabido por la señora Hoppner que ha estado usted espiando con la intención de averiguar mi paradero. Me hubiera gustado estar presente. Ahora le digo, de una vez por todas, a la vista de su aberrante y brutal conducta, que su hija no desea volver a verla nunca, ni yo estoy dispuesto a consentirlo. Lo cierto es que, mientras siga usted viva, ella considera que su vida corre peligro. Si vuelve a importunarme, me encargaré de que sus vecinos se enteren de cómo es usted en realidad.

Atentamente,

LEWIS OMAN

Cuando su mujer le enseñó esta carta, el señor Ogilvy se alarmó definitivamente. Le pareció mucho más ominosa de lo

que ella quiso creer al principio, aunque estaba muy preocupada, como es natural.

—Ha envenenado a Harriet para volverla contra mí —dijo.

Pero su marido no era de la misma opinión. Pensó, por el tono de la carta, que Harriet no tenía nada que ver en el asunto y que, por tanto, si Lewis se atrevía a escribir en ese tono sin la connivencia o el conocimiento de Harriet, era porque ocurría algo verdaderamente grave. No quería aumentar la angustia de su mujer, pero le aconsejó que fuera a Cudham sin tardanza y se ofreció a acompañarla. Ella rechazó el ofrecimiento, con su independencia característica, y él

sugirió entonces que averiguase qué estaba pasando y, cuando lo supieran, él personalmente daría los pasos necesarios. La señora Ogilvy tenía intención de ir a Cudham al día siguiente, pero amaneció postrada por un violento resfriado de cabeza. Era muy propensa a esta dolencia. Sus resfriados se atenían siempre a la misma pauta: fiebre las primeras veinticuatro horas y un fuerte catarro después. Sabía que la enfermedad seguía su propio curso y no había manera de atajarla, así que pospuso el viaje hasta dos días después. Lo lamentó mucho, pero se dijo que, después de tanto tiempo, tampoco pasaría nada por esperar un par de días.

Cuando se levantó de la cama, el segundo día por la tarde, cayó en la cuenta de que no sabía cuál era la estación más próxima a Cudham. Creía que era Bromley o Orpington, pero prefería asegurarse, porque había un buen trecho desde la estación más cercana, según tenía entendido, y no quería pasarse medio día baqueteada en una tartana mohosa y vieja por los caminos de Kent. Estaba impaciente y nerviosa por haber tenido que aplazar el viaje y decidió pasar por casa de la señora Hoppner para averiguar la dirección concreta que debía tomar al día siguiente y de paso ver si lograba enterarse de algo más, pues era evidente

que Lewis estaba en comunicación con ella. Pidió un coche y, a eso de las seis, estaba delante de la puerta de la señora Hoppner. No pasó de allí, sin embargo, porque, a punto ya de llamar, la puerta se abrió y, en el umbral, vestida para salir de viaje y con una maleta en la mano, apareció Alice. La presencia de la señora Ogilvy, completamente inesperada, la dejó petrificada, y las dos se miraron en silencio unos momentos. Alice no era valiente y, por tanto, no tenía ninguna presencia de ánimo. Unas breves palabras de saludo, como correspondía a una persona a la que conocía sólo superficialmente, la disculpa de que tenía que coger un tren y

una despedida cortés habrían bastado para sortear la incómoda situación, pero eso fue precisamente lo que Alice no tuvo la serenidad de hacer. Se quedó mirándola, furiosa y aterrada, e intentó pasar por su lado sin decir palabra. La señora Ogilvy la obligó a detenerse poniéndole una mano en el pecho y, al hacerlo, se percató de algo: fue como si un faro se encendiera de repente para iluminar las inexploradas tinieblas de su confusión mental. Prendido en el cuello del vestido y asomando por debajo capa, desabrochada sobre los hombros, Alice lucía un broche granate y una cadena que a la señora Ogilvy le resultaron familiares. Aquel broche era

uno de los adornos favoritos de Harriet y siempre se lo ponía más que ningún otro.

—¡Veo que llevas el broche de mi hija! —exclamó.

El color del maquillaje no pudo disimular la palidez de Alice.

—Me lo regaló —dijo, débilmente—. ¡Por cuidar de ella cuando nació el niño!

La señora Ogilvy la miró inquisitiva y lentamente. Sin embargo, la alusión al niño minó sus defensas, y adoptó un tono agradable y conciliador.

—Me gustaría mucho tener noticias de ellos —dijo—. Tuvimos algunas palabras, como imagino que sabrás,

pero espero que todo eso esté olvidado. Tengo muchas ganas de ver a Harriet. Lo cierto es que mañana mismo iré a Cudham...

—¡No está allí! —interrumpió Alice sin poder contenerse.

—¿Dónde está entonces?

—Creo —dijo, con desesperada torpeza, sintiendo el pánico en las venas y un insoportable zumbido en la cabeza —, creo que están en Brighton. —Se le ocurrió esa ciudad porque llevaba algún tiempo apremiando a Lewis para que la llevase allí una semana a tomar el aire del mar.

—¡Ah! —exclamó la señora Ogilvy—. Quizá puedas darme su dirección.

—No puedo —contestó Alice con furia—. Quizá mi hermana, si le escribe usted...

—En tal caso dime cuál es la estación más cercana a Cudham. Iré a verla. Quizá pueda decirme algo más que tú.

—Es Halstead —dijo Alice, y en un tono empalagoso y casi servil, añadió—: Harriet se las arregla muy bien con el niño. ¡Tendría que verla jugando con él! Es muy divertida.

La señora Ogilvy mudó de expresión, y Alice volvió a sentir el mismo escalofrío, como si de golpe cayera sobre ella la sombra de una cabeza de granito colosal, con un gesto

de solemnidad que excediera por completo las experiencias del viajero. Comprendió que había cometido un error y eso redobló sus ganas de marcharse cuanto antes. Por fin dijo:

—Le ruego que me disculpe. Tengo que coger un tren. —Su voz, que siempre era muy aguda, sonó en ese momento como el chillido de un conejo asustado. Pasó precipitadamente junto a su interlocutora, cruzó la verja y se alejó por la calle a paso rápido. La señora Ogilvy se quedó observándola un momento. No se le ocurrió entrar a ver a la señora Hoppner sino que volvió al coche que la esperaba y le ordenó al cochero que la llevase a casa lo más

deprisa posible.

El ánimo de Harriet se hundía progresivamente en las tinieblas. Seguía cuidando del niño, pero no lo lavaba. Dejaba esta tarea en manos de Clara, si es que la muchacha podía o quería encontrar el momento para ocuparse de él. Nadie hablaba con ella a estas alturas y, cuando intentaba salir a dar un paseo, Patrick la amenazaba y la obligaba a volver a casa. Una mañana salió sin sombrero y sin chaqueta, porque no logró encontrarlos, y en la cancela se topó con Patrick, que estaba hablando con un jornalero. Patrick le cerró el paso.

—He avisado a un policía, Harriet.

Te llevará presa si te ve por ahí.

La pobre Harriet vaciló unos instantes y obedeció después. El jornalero pensó que se trataba de una broma y soltó una carcajada a la que se sumó también Patrick. Una vez en casa, Harriet pensó que, si conseguía vestirse decentemente, con su sombrero y su chaqueta, le permitirían salir.

—¿Dónde están mis cosas?
¡Encuéntralas! —le ordenó a Clara.

—El señor Patrick las ha guardado.
No pregunte por ellas.

A raíz de ese día, Harriet renunció por completo a la idea de salir y poco a poco hasta perdió las ganas de hacerlo. Empezó a sentir por la casa lo que

posiblemente sienta un animal por su guarida. La percibía como un lugar donde tenía cobijo y compañía, aunque rara vez le dirigían la palabra. Le gustaba estar siempre donde hubiese más gente, y en general esta situación se daba en la sala de estar. Elizabeth, con los niños a su lado, y Patrick, entrando y saliendo, veían su paz y su comodidad arruinadas por la eterna presencia de Harriet, que se inclinaba sobre el maltrecho moisés de Tommy y, de vez en cuando, como si no pudiera resistirse, decía una retahíla de palabras incomprensibles. Elizabeth trataba de hacerla callar cuando soltaba una de estas peroratas sin sentido, pero Harriet

ni siquiera se daba cuenta. Era Patrick, cuando la insultaba o le daba un bofetón en la boca, el único capaz de reducir su voz hasta convertirla en un murmullo inaudible. Una vez la llevó a empujones a su habitación, y el alivio que produjo su ausencia fue tan exquisito que Elizabeth casi deseaba que la situación volviese a repetirse. Tomó la costumbre de enviar a Clara con el desayuno para Harriet y el niño, y a las siete de la tarde le ordenaba en tono perentorio: «Es hora de que subas a tu cuarto, Harriet». Había llegado a un punto en que le costaba un esfuerzo enorme dirigirle siquiera dos palabras. A veces, cuando salía a pasear con Alfred o se quedaba adormilada con

Patrick en sus brazos, pensaba: «Sería mejor que intentase romper el hielo. Seguro que si empiezo a hablar con ella no me costará demasiado continuar». Y al día siguiente se plantaba delante de Harriet y le decía despacio y con claridad: «Deberías bañar a Tommy esta mañana, Harriet», o: «Voy a salir, así que puedes estar en la sala con Clara, pero sin hacer ruido, para no molestar al señor Patrick». Si Harriet hubiese respondido, estas palabras quizá hubieran podido dar pie a algo más. Pero, cuando Elizabeth, por toda respuesta recibía una mirada ausente o un comentario que, si llegaba a producirse, se perdía casi por completo

en el balbuceo que ahora acompañaba con mayor frecuencia su manera de farfullar, tenía la sensación de que apenas era humana y, una vez alcanzado este estado, también su actitud y su comportamiento experimentaron un cambio sutil pero profundo. Harriet, entretanto, volcada en sí misma, pasaba mucho tiempo sumida en la apatía y el sufrimiento, aunque a veces tenía, como un fogonazo, algunos recuerdos lúcidos. Le habría gustado mucho ver de nuevo al hombre tan amable que habló con ella en el bosque. Como era la última persona que la había tratado con bondad, la imagen del desconocido se superponía en algunos momentos a la de su madre,

que para entonces se había vuelto borrosa, a pesar de que se acordaba de ella a menudo, con mucha pena. No había llegado a acostumbrarse a las penurias de su suerte hasta el punto de no ser consciente de la situación. Un día se llevaron las sábanas y las fundas para lavarlas, pero nadie se acordó de devolverlas, y las fundas y mantas, cada vez más sucias, le hacían sentir una nostalgia de su hogar aún más dolorosa que el abandono de Lewis. A Tommy, que estaba a punto de cumplir los nueve meses y era un chiquitín esmirriado, con una asombrosa tenacidad vital, hacía mucho tiempo que la ropa se le había quedado pequeña y pasaba el día y la

noche envuelto en el chal de lana de su madre. Las sábanas de la cuna, arrugadas y revueltas, eran una indistinguible masa y como colcha usaba un trozo de manta vieja sacada de nadie sabía dónde. El niño tenía un aspecto extraño y escuálido, con la piel amarillenta, más propia de un pollo desplumado que de un niño humano, y difícilmente podía inspirar la simpatía y la ternura natural que normalmente despierta un bebé. Harriet lo cuidaba más bien como a una momia o una muñeca vieja por la que sólo ella sentía algún interés.

Lo alimentaba con una mezcla de agua y leche condensada. En la casa

había grandes provisiones de leche condensada, que también a Harriet le gustaba mucho. Era el único alimento rico y dulce que comía y, en el momento de saborearla, se aplacaba en ella la añoranza de los deliciosos manjares de los que siempre había disfrutado: los bollos de mantequilla, el *plumcake*, el panal de miel, el chocolate y la mermelada. Cuando el éxtasis concluía, se sorprendía rebañando con los dedos la lata de bordes irregulares, en la desolación de su cuartucho mísero y frío.

Elizabeth siempre se proponía hacer algo con la libra semanal que les daba Lewis, y eso habría podido suponer que

Harriet se viera beneficiada por las circunstancias favorables, pero todas las semanas se presentaba una necesidad urgente: botas para Patrick, ropa para Alfred o para Julia, aceite de hígado de bacalao o cortinas para una de las habitaciones. De no haber dispuesto de aquel dinero, quizá hubieran comprendido que podían prescindir de esas cosas, pero pasarse sin ellas constituía una privación considerable y, cuando Elizabeth se veía con el dinero en la mano, ¿qué otra cosa podía hacer más que sacarle provecho? Los derechos sagrados de su marido y de sus hijos estaban para ella por encima de todo. En abstracto comprendía que

Harriet también tenía sus necesidades, tanto legales como humanas, pero eran como una lección difícil, mientras que las necesidades de los demás le procuraban una alegría y una satisfacción profundas, absorbentes y naturales como el hecho de respirar. A medida que pasaban los días, a Elizabeth le costaba cada vez más considerar la idea de que tenía que cambiar su manera de tratar a Harriet. La lucha que libraba en su fuero interno se debilitó poco a poco hasta que terminó por desaparecer. Siempre había pensado, de todo corazón, que mientras Patrick y los niños fueran felices a ella le daría igual cómo se sentía, qué comía

o qué ropa llevaba. Pero de pronto cayó en la cuenta de que apenas tenía un vestido presentable. Sabía que a Patrick le disgustaba verla mal vestida más allá de lo tolerable y, como había ahorrado unos treinta chelines y contaba además con la libra de la semana siguiente, le pareció razonable, incluso inevitable, ir a Canterbury y comprarse un sombrero, unos guantes, medias y una tela para hacerse un corpiño nuevo y coserlo a la falda del vestido que estaba deshaciendo para darle la vuelta. Los niños se habían portado muy bien últimamente, eran encantadores, y se permitió el capricho de comprar juguetes: unas pelotas de goma con

pentágonos rosas y blancos y una caja de soldaditos de plomo. Alfred se quedó tan impresionado que un buen rato después el paquete seguía sin abrir y era incapaz de decir palabra. Después escondió la cara en las rodillas de su madre, y ella casi tuvo que engatusarlo para que jugase con los soldaditos, como si fueran una medicina.

Los pensamientos de Elizabeth empezaban a tomar una nueva dirección ahora que todos estaban bien asentados bajo su régimen doméstico. Había tenido siempre muy poca intimidad con Alice, y los amores de ésta con Lewis eran un tema prohibido: todos lo conocían pero nadie lo mencionaba. Sin embargo, una

mujer con el carácter de Elizabeth no podía pasarlo por alto y cerrar los ojos a lo que significaba. En alguna ocasión se dijo que quizá Alice no fuera la amante de Lewis en el sentido pleno de la palabra, que disfrutaban de su mutua compañía y, naturalmente, a Lewis le gustaba besarla y retozar con ella, si bien la naturalidad con que se entregaban a sus coqueteos era una señal de su inocencia. Elizabeth no tenía un pelo de tonta y tampoco era ignorante del mundo, pero su curiosa construcción mental le permitía a veces convencerse de cosas que sólo con la más burda credulidad y la más despreciable simpleza podría alguien molestarse

quiera en escuchar. De ahí que la aceptación forzosa de la verdad se abriera paso en su pensamiento tras una sucesión de decisivas revelaciones que le producían latidos en las sienes y teñían las mejillas de un rojo apagado y extraño en una mujer poco dada a ruborizarse. Ver la ropa de dormir de Lewis y Alice en la misma cama, una mañana en que subió a buscar a su hermana, cuando la criada se había retrasado en arreglar la habitación, no le dijo a Elizabeth mucho más que el tono con que su cuñado recibió a su hermana cuando ésta volvió de hacer compras. La estaban esperando en la sala de estar y, a juzgar por todas las apariencias,

Lewis estaba pasando un rato muy agradable con su cuñada, pero, cuando Alice entró y lo besó en la frente, él dijo, con un anhelo apenas disimulado: «¡Has tardado una eternidad!». Alice cruzó la sala con displicencia, dejó sus compras y se dirigió a los dos con una alegría desacostumbrada, mientras Elizabeth bajaba los ojos sintiendo escalofríos y malestar, pero también una ternura soterrada que la impulsó a abstenerse de hacer comentarios, a pesar de lo mucho que le dolía la situación. De todos modos, estas sensaciones eran momentáneas. Cuando por fin aceptó el hecho de que Lewis y Alice dormían juntos, empezó a ver las cosas desde una

perspectiva distinta. No censuró su relación. Parecía inevitable, natural y justa, pero había que legalizarla sin tardanza. Al tiempo que albergaba estas fantasías infantiles e ilusorias, tomó conciencia de que Patrick era muy contrario a esta cuestión. Bastaba con que alguien expresara alguna duda para que Patrick saliera en defensa de su hermano y se negara a discutir el asunto. Si Elizabeth hubiera dicho: «¿Cuál es su posición en realidad?», Patrick no habría querido contestar. Pero, ahora que Elizabeth se había desengañado, era capaz de hablar con frialdad, aunque someramente, consigo misma y no estaba dispuesta a tolerar que la excluyesen. Se

armó con toda su dignidad de hermana mayor y de mujer desilusionada y con experiencia del mundo y se convenció de que su opinión merecía ser tenida en cuenta, como guardiana natural de los intereses de Alice. Le expuso a Patrick sin rodeos cómo estaban las cosas y dijo que era una lástima no poder enderezarlas. Patrick le dio la razón y, a partir de ese día, en sus visitas a Sirenwood, Elizabeth dejaba muy claro que estaba al corriente de todo y, cuando Alice por casualidad había salido, hablaba con Lewis del caso en el tono preocupado de quien se refiere a la enfermedad de un familiar cercano. La actitud racional de Elizabeth causó

efecto en Alice, que empezó a pasar a menudo por la casa de Woodlands, contenta y despreocupada, y algunos días veía a Harriet.

La primera vez que coincidió con ella Alice no sintió nada más que curiosidad y sorpresa: «¡Qué cambiada está!», pensó. Harriet había perdido su aspecto fuerte y musculoso. Iba desaliñada, con el pelo enmarañado como un montón de basura del color de la tierra, y a primera vista casi daba la impresión de que se hubiera vestido así a propósito. Harriet, aunque vio a Alice, no dio muestras de reparar en su presencia, y salió de la sala para retirarse a la cocina. Alice se asomó a

la puerta para espiarla y la vio delante de la alacena, rebuscando de una manera extraña, como si olisqueara. «Parece un perro buscando comida», pensó. Harriet volvió al cabo de un rato a la sala de estar, arrastrando los pies, y salió de nuevo sin fijarse en nadie ni esperar que nadie se fijara en ella.

—¿Adónde va? —susurró Alice.

—Arriba, supongo —dijo Elizabeth—. ¡Ojalá no se moviera de allí! Cada día está más atontada. Ni se lava la ropa ni hace nada por sí misma. ¡Y mira que es terca!

Alice no dijo nada. Sus rojos redondos, profundos y opacos como la crisoprasa miraron un momento al vacío,

antes de preguntar repentinamente:

—¿Tienes tarros de mermelada?
Vamos a hacer compota de manzana.

Esa noche, cuando volvió a casa, le contó a Lewis lo que Elizabeth le había dicho. Lewis respondió sin entrar en materia y Alice no tuvo ningún reparo en olvidarse de la cuestión para jugar a las damas. Lewis se sentó a su lado, en vez de enfrente, le pasó el brazo izquierdo alrededor de la cintura y a veces movía las fichas por ella, cuando veía una jugada mejor. Pero al día siguiente, cuando Patrick se presentó a media mañana y ellos estaban a punto de tomar un poco de pan y queso, Lewis salió con él a pasear por los prados, lejos de la

casa o de los establos, donde nadie pudiese oír una palabra de su conversación.

—Ya sabía yo que esto acabaría así —dijo Patrick—. No se entera de las cosas ni la mitad que antes. Ni quisiera se molesta en asearse.

Lewis guardó silencio un momento, antes de responder con aire incómodo:

—Creo que esto es muy duro para la pobre Lizzie.

—Bueno, supongo que sí. Pero estamos dispuestos a pasar por alto los inconvenientes si tú estás en paz.

Lewis le apretó el brazo en señal de agradecimiento.

—No veo ninguna razón para que

esté dando vueltas por la casa —dijo—. ¿Por qué no la obligáis a quedarse en su cuarto? Ella y el niño podrán arreglárselas muy bien allí.

—Estupendo —dijo Patrick, muy aliviado—. Eso sin duda facilitará las cosas. El niño no parece que vaya a durar mucho.

—¿Ah, no? —dijo Lewis—. Bueno, quizá sea lo mejor que pueda ocurrir.

Siguieron paseando en silencio, hasta que Patrick dijo:

—No me extrañaría que Harriet empeorase en cualquier momento. Está muy alterada. Sigue siendo tan cabezota como siempre, y tiene un genio de mil demonios. Sin embargo, en otros

aspectos, no parece que... —No terminó la frase.

—Lo cierto es que nunca podré agradeceros lo suficiente a ti y a Lizzie tantas atenciones y tantos sacrificios.

Volvieron sobre sus pasos y entraron en la sala, donde Alice estaba preparando la fuente de pan y queso encima de la mesa. Había cubierto el tapete de felpa verde con un mantel de ganchillo para el té, colocado en forma de rombo. Rara vez se esmeraba en gala de sus dotes domésticas y, cuando lo hacía, siempre había algún detalle que su madre y su hermana habrían censurado. A Lewis no le ocurría lo mismo. Si admiraba un tapete de

ganchillo lo admiraba tanto por la mañana como por la tarde, y al sentarse sólo se fijó en las manos largas, finas y menudas de Alice, extendidas aquí y allá, y experimentó un placer y una felicidad desbordantes.

—¿No te parece que a Alice le sienta muy bien el campo? —dijo—. Está mucho más guapa que cuando llegó.

—Desde luego —asintió Patrick reposadamente—. Tiene un aspecto espléndido.

Alice hizo un mohín. Se sentía a salvo en la adoradora protección de Lewis y le traía sin cuidado la opinión de su cuñado.



XIV

De vuelta en casa, Patrick tuvo una conversación con Elizabeth. Ella adoraba esos raros interludios en los que su marido se entregaba a las confidencias y parecía hacerlo con completo abandono y confianza. Siempre estaba dispuesta a hacer lo que él quisiera, aunque en esos momentos perdía toda noción de lo que implicaban sus órdenes y se sentía como si diera

vueltas por un laberinto cogida de su mano. Patrick le explicó la propuesta de Lewis —que Elizabeth no saliera de su habitación— y Elizabeth lo escuchó con los ojos muy abiertos. Había dos razones por las que la idea le parecía exquisita: en primer lugar, con eso acabaría el suplicio perpetuo de verla en todas partes; en segundo lugar, se evitaría el riesgo de que alguien más pudiera verla. Últimamente, por el bien de Alice, Elizabeth empezaba a temer que algún extraño viese a Harriet y pudiera adivinar remotamente su identidad. Los vendedores ambulantes y la señora Chevenix conocían a Alice como la señora de Lewis Oman, y la

idea de que su hermana pudiera caer en desgracia, si se descubría la existencia de Harriet, causaba en Elizabeth una mezcla de temor y defensa agresiva. No creía que nadie hubiese visto a Harriet fuera de casa más de una o dos veces. El jornalero la había visto en la cancela del jardín, y un día que el chico de la panadería entró con su cesto en la cocina, Harriet estaba sentada al lado del fuego, con Tommy en el regazo, pero, por lo demás, Elizabeth estaba segura de haberla tenido a buen recaudo. Así seguirían, y ahora con la conciencia de que esto beneficiaba tanto a Alice como a Lewis.

Harriet había tomado la costumbre

de merodear por la casa, aunque con tanto sigilo que los demás eran capaces de olvidarse de ella durante horas, todos menos Elizabeth, claro está. Ya no comía con la familia. Clara le llevaba a su cuarto un plato y un vaso después de que los demás hubiesen terminado, y, cuando todos se sentaban a la mesa, Harriet subía a su habitación y esperaba como un animal que reconoce la llegada del momento de ser alimentado. Pero Elizabeth, en su desesperación por librarse de ella, la ordenaba subir a media tarde, cuando a Harriet su instinto le decía que no era hora de comer, y eso despertaba en ella el espíritu de su rebeldía latente. Apartaba la vista de los

cajones del aparador, por los que momentos antes estaba pasando un dedo, y contestaba: «No pienso subir. Me quedaré aquí hasta que quiera». Se movía mucho cuando hablaba y se retorció el vestido destrozado. El pelo revuelto y pajizo parecía el peinado de un fantoche. Elizabeth experimentó un cambio extraño. De la noche a la mañana se volvió severa y desafiante, hablaba con una voz impropia de ella, más parecida a la de un hombre. «Vete a tu cuarto», le ordenaba, y daba un paso al frente. Harriet titubeaba, daba media vuelta y subía a trompicones por las escaleras estrechas. «La verdad es que parece que no siente nada...», pensaba

Elizabeth. A raíz de ese momento, una vez dado el primer paso, a Elizabeth le resultó más fácil mostrarse dura y firme. A fin de cuentas, no parecía que Harriet tuviera sentimientos.

Sucedió, por desgracia, que los intentos de privar a Harriet de la escasa libertad de movimientos de la que había disfrutado hasta entonces reavivaron su sensación de agravio. Abandonó el estado de pasividad previo y, cuando conseguía salir de su habitación, no paraba de farfullar, y así era imposible pasar por alto su presencia y mucho menos tolerarla. Elizabeth, con órdenes, y Clara, con persuasión, lograban alejarla de Patrick, pero a veces

escapaba a su vigilancia, y a Elizabeth le aterraba la inevitable tormenta que se avecinaba. Harriet llevaba una temporada indiferente y apática, pero ahora parecía animada por un deseo frenético de estar siempre en medio. No le bastaba con la compañía de una persona sino que buscaba el bullicio de la familia al completo, cuando estaban todos en una misma sala, como si no pudiera resistirse. Siempre intentaba sumarse a la velada. A veces no se atrevía a bajar las escaleras y se quedaba agazapada a medio camino, escuchando desde allí. Era Clara quien normalmente la encontraba y la convencía de que volviese a su cuarto,

quien encendía una vela para ella y le cerraba la puerta, y por momentos se preguntaba qué haría la pobre mujer, sola, con su hijo raquítico, entre aquellas cuatro paredes. Un día, mientras estaban cenando, Harriet llegó hasta la mitad de las escaleras y gritó unas palabras incomprensibles. «Vuelve a tu cuarto, Harriet, no te queremos aquí». Pero Harriet no se detuvo.

—Bajaré aunque no queráis —dijo.

Patrick se levantó de la mesa.

—Vuelve, maldito gato, si no quieres que te rompa la espalda —la amenazó.

Y Harriet subió corriendo, tambaleándose.

La cena continuó en mitad de un silencio sepulcral, mientras se oían ruidos en el piso de arriba. Hasta que Clara dijo:

—¿Le llevo su plato, señora?

—No —contestó Elizabeth tajantemente—. Que espere.

Cuando terminaron de cenar, mientras Clara recogía la mesa y Elizabeth servía un poco de comida en un plato, Patrick le preguntó:

—¿Vas a darle carne?

Elizabeth lo miró con gesto interrogante.

—No me parece necesario —dijo él—. Si la alimentas como a un gallo de pelea te armará un escándalo.

Este argumento no le pareció a Elizabeth del todo razonable, pero tampoco veía ninguna razón para darle carne a Harriet. Lo cierto es que ellos no podían permitirse comer carne muy a menudo. Y, desde ese día, Harriet no volvió a comer carne. Esto, sin embargo, no sirvió para doblegarla, como era de esperar. Seguía escapándose de su cuarto siempre que podía, y un día organizó en la cocina un jaleo tan grande que Patrick la oyó desde su estudio. Apareció, con un molde de escayola que había traído de Canterbury y estaba desenvolviendo en ese momento. Lo dejó en la mesa, y el objeto al punto llamó la atención de

Harriet. Pero Patrick la cogió bruscamente de un hombro, y Elizabeth oyó su propia voz como si llegara de muy lejos.

—No la mates —dijo.

Cuando Harriet volvió a su habitación, una imagen seguía grabada en su pensamiento por encima del sufrimiento y la oscuridad: la cabeza de un ángel de escayola rodeada por unas alas, como un halo, que había visto en la mesa de la cocina.



XV

Londres es una ciudad tan grande que cuando se produce un encuentro fortuito la sorpresa se multiplica por cien, aun cuando el fenómeno no sea en realidad mucho más improbable que en una pequeña ciudad rural. El caso es que la señora Ogilvy se llevó una sorpresa y una alegría enormes cuando, al llegar a la estación del Puente de Londres, vio a Patrick Oman

cruzando la barrera. Llevaba un bombín muy gastado y una carpeta debajo del brazo. Lo reconoció al instante, pues había coincidido con él un día en casa de la señora Hoppner, y, obligando a su diligente maletero a que siguiera sus pasos, se abrió camino entre los viajeros para cruzarse con él. Patrick se estremeció un segundo y acto seguido se paró en seco y cobró una palidez muy llamativa en contraste con la apresurada y bulliciosa multitud.

—Señor Oman —dijo la señora Ogilvy—. Le agradecería mucho que me dijera dónde está mi hija.

Patrick no afrontó la situación con el descaro y la agresividad de Lewis.

Guardó silencio, con aire vengativo, como si deseara cometer una atrocidad pero fuese incapaz en presencia de tantos testigos. La señora Ogilvy levantó la voz para repetir la pregunta y, a pesar del trasiego de viajeros, su tono logró llamar la atención de las personas que se encontraban más cerca. Patrick era consciente de que lo estaban observando y esto lo sacó de quicio.

—No sé donde está su hija —respondió con aspereza.

—No lo creo —replicó ella—. Insisto en que me diga dónde puedo encontrarla.

—Le digo que no sé dónde está su hija —contestó con violencia—.

¡Maldita sea su hija! —Y, apoyándose la carpeta en la cadera, se alejó a grandes zancadas y se perdió de vista. La señora Ogilvy se puso a temblar, algo que jamás le ocurría. El maletero estaba a su lado.

—Consígame un asiento de esquina —dijo, cubriéndose el rostro con el velo del sombrero. Algo en la actitud de Patrick le había causado auténtico horror. Ciertamente lo había abordado con muy poca cortesía, pero Patrick reaccionó como si fuera la encarnación de la maldad. Mejor que no estuviera en casa cuando ella llegase. Le haría a Elizabeth las preguntas que quería hacerle y le sacaría la verdad más

fácilmente en ausencia de Patrick. Cuando el tren surcaba los campos de Kent, la imaginación viva y acalorada de la señora Ogilvy se tranquilizó por fin, permitiéndole llegar a la conclusión de que esa misma noche volvería a casa con Hatty. No tardaría ni cinco minutos en preparar su habitación de siempre, y se entregó a la grata consideración de todos los detalles en los que tendría que ocuparse: encender el fuego, pues, aunque no era necesario, siempre era muy agradable tener la chimenea encendida en el dormitorio. Hacer la cama en un pispás, meter un ladrillo caliente entre las sábanas y llevarle la cena en una bandeja. «Todo estará listo

en un minuto en cuanto hayamos vuelto a casa», pensó, moviendo los labios. Y ya habría tiempo más adelante para pensar en el futuro. Seguro que Hatty querría volver con su marido, pero ya se encargaría ella de que se sintiera mucho más a gusto que en aquella casa lúgubre y diminuta de Laburnam Road. Cuando se viera en su casa, mimada y consentida como siempre, ella misma sería capaz de calibrar su comodidad más objetivamente. El hábito del cariño, aunque ligado a la dominación, estaba tan arraigado en la señora Ogilvy que ni siquiera se paró a considerar que la última vez que tuvo noticias de su hija ésta le había dicho que no quería volver

a verla.

Cuando bajó del tren en Halstead se sintió perdida por un momento en un lugar que era del todo desconocido para ella, y no supo qué hacer. Sin embargo, su imagen corpulenta y elegante en el andén de la estación de una pequeña localidad rural no tardó en llamar la atención. Enseguida pidieron un coche para ella y entretanto pudo hablar con el jefe de estación. Buscaba la casa del señor Oman. ¿Podía indicarle dónde se encontraba?

—Vamos a ver —dijo el jefe de estación—. Está la familia de Patrick Oman en Woodlands... —La señora Ogilvy estaba a punto de interrumpirle

cuando el hombre añadió—: Y también el señor Lewis Oman y su mujer en Sirenwood.

La señora Ogilvy difícilmente habría podido disimular su entusiasmo y ni siquiera lo intentó. No le preocupaba que nadie supiera que estaba buscando a su hija, puesto que no tenía nada que ocultar.

—¡La señora de Lewis Oman! — exclamó—. ¡Ésa es mi hija! Casi no he vuelto a verla desde que se casó y le perdí el rastro por completo cuando se vino al campo. Las relaciones con mi yerno no eran buenas, pero he querido venir para ver qué tal les van las cosas.

—Eso está muy bien —dijo el jefe

de estación, predispuesto a la simpatía por aquella dama tan elegante y simpática. Cuando llegó el coche, la ayudó a subir con mucha cortesía y, cerrando la puerta le indicó al cochero —: A Sirenwood, George. Esta señora viene a ver a la mujer de Lewis Oman.

A la vez que el coche se alejaba, un pequeño faetón tirado por dos caballos entraba en el patio de la estación. La señora Chevenix iba a la ciudad y, como aún faltaba un poco para la llegada del tren, el jefe de estación estuvo encantado de obsequiarla con una pequeña noticia. La señora Chevenix, como corresponde a una propietaria de fincas, se interesaba por las habladurías

locales y, mientras aguardaba la llegada del tren en su coche, más cómodo que la sala de espera de la estación, escuchó de mil amores lo que pudieron contarle. Se había fijado en la señora Ogilvy al cruzarse con el otro coche, así que, cuando el jefe de estación, en tono confidencial, le explicó que esa dama iba a visitar a la señora de Lewis Oman en Sirenwood, volvió la cabeza como si quisiera verla de nuevo.

—Alguna amiga, supongo —dijo la señora Chevenix.

—No, señora. Es la madre de la señora Oman.

—¡La madre! —se sorprendió la señora Chevenix. Bueno, en realidad no

había ningún motivo para que no lo fuese, aunque en la imagen fugaz que la señora Chevenix había tenido de la dama corpulenta, digna y envuelta en *moiré* de seda negro, no había advertido ningún parecido con aquella muchacha encantadora y ligeramente siniestra que tanto la había sorprendido al conocerla como la mujer de Lewis Oman. En ese momento anunciaron su tren, y la señora Chevenix se apeó del coche y entró en la estación.

La señora Ogilvy tardó una media hora a buen ritmo en llegar a su destino. Cuando el coche se adentró por un camino desde el que se veía la fachada de la casa, lo encontró todo muy bonito:

la vivienda de ladrillo tostado, la vegetación y los campos circundantes, espléndidos todavía, pese a que empezaban a cobrar una tonalidad de bronce oxidado. Media docena de vacas pacían tranquilamente en el prado silencioso.

—Espéreme aquí —dijo la señora Ogilvy al llegar a la cancela, detrás de los manzanos. Entre un rumor de telas, cruzó el sendero hasta la puerta principal, y George, tras anudar las riendas al poste de la verja, la siguió discretamente y se apostó, medio escondido, cerca del porche.

Cuando la señora Ogilvy se acercaba a la puerta, vio, por la ventana,

a mano derecha, la espalda de una joven sentada en la sala de estar. La muchacha volvió la cabeza al oír pisadas en la gravilla y, un rostro pálido, enmarcado por abundantes mechones de pelo suelto, asomó por debajo del sombrero negro. Elizabeth se levantó, se acercó a la ventana y se volvió bruscamente, como si hablase con alguien. Lewis salió corriendo de la sala de estar, se asomó a las escaleras y llamó en voz baja: «¿Alice?». Una voz respondió desde el piso de arriba. «No te muevas de ahí», dijo Lewis, en tono perentorio. En ese momento llamaron a la puerta con un golpe contundente. Armándose de valor y tranquilo al saber que Lizzie estaba en

el pasillo, Lewis fue a abrir. Al ver la imponente figura de la señora Ogilvy a escasos centímetros sintió una inquietud que, por un instante, le fue imposible ocultar. No obstante, recobró la compostura, y su espíritu de determinación asomó en sus ojos como un hurón al acecho listo para atacar. La señora Ogilvy recorrió el vestíbulo con la mirada y aguzó el oído ante los ruidos que esperaba encontrar, pero lo único que vio por detrás del hombro de Lewis fue a Elizabeth, inmóvil, en el pasillo. La señora Ogilvy entró en la casa, y Lewis no tuvo más remedio que dar un paso atrás.

—Lewis, he venido a ver a mi hija

—dijo. Siguió adelante por el pasillo hasta la sala empapelada de flores sobre un fondo verde, donde vio un joyero que no era el de Harriet, en el banco de la ventana, y los restos del almuerzo en la mesa. Tras completar el examen, miró directamente a Lewis y Elizabeth.

—Quiero ver a mi hija —repitió.

Elizabeth, pensando sobre todo en que Alice se estaba arreglando el pelo en el piso de arriba, se obligó a conservar la calma.

—No puede verla.

La señora Ogilvy irguió la espalda.

—No creo —dijo con altivez— que tenga usted ningún derecho a pronunciarse sobre esta cuestión,

Elizabeth Oman. Insisto, Lewis, en ver a mi hija.

Lewis ya se había recobrado de la impresión inicial y estaba preparado para atacar como un animal salvaje.

—No la verá —vociferó. Su violenta reacción despertó la misma violencia en la señora Ogilvy. Se puso como la grana y sus ojos echaban chispas. Buscó las palabras oportunas y, en ese lapso, tomó conciencia del silencio absoluto que reinaba en la casa: silencio, quietud, la suave penumbra de la sala de estar y los dos rostros que la miraban fijamente. Tensó la mandíbula y, con un timbre de voz formidablemente agudo, gritó:

—¡Creo que la han llevado a un manicomio!

La oportunidad de refutar la acusación hizo que Elizabeth replicara con contundencia y ardor:

—¡Eso no es cierto! Hoy mismo he comido con ella.

La señora Ogilvy contestó impulsivamente.

—Si me permiten oír su voz o ver su mano en la barandilla de la escalera, me marcharé satisfecha. —Volvió a fijarse en el costurero desconocido—. Sabré que está con su marido, donde le corresponde —añadió.

Lewis se puso lívido. Se inclinó sobre la mesa y cogió el cuchillo de

cortar el pan. No fue más que un gesto, pero Elizabeth se abalanzó sobre él.

—No le hagas daño —dijo, con voz entrecortada.

—¡Fuera de aquí, perra asquerosa! —bramó Lewis, soltando el cuchillo y acercándose a la señora Ogilvy. Elizabeth, que estaba aterrada por lo que Lewis pudiese hacer, cogió a la señora Ogilvy del brazo y las dos juntas salieron corriendo al porche y cerraron la puerta de un portazo.

Al oír el alboroto, el cochero volvió precipitadamente al coche, y ya estaba soltando las riendas cuando la señora Ogilvy llegó a la cancela.

—Iré directamente a la comisaria —

exclamó, tanto para sus adentros como para el cochero, pero él lo interpretó como una orden.

—La más cercana está en Bromley.

—Pues lléveme a Bromley —dijo—. O mejor: quiero ir a Halstead primero.

Regresaron a la estación, y el jefe de estación salió a su encuentro al verlos.

—No consigo tener noticias de mi hija —explicó la señora Ogilvy con aspereza—. Quiero ver a un juez... a la policía.

El jefe de estación le aconsejó que cogiese el próximo tren a Bromley y que comiese algo mientras. Como no había cantina en una estación tan pequeña,

enviaron a un chico a la fonda para que la señora Ogilvy pudiese tomar un bocadillo y una copita de jerez en la sala de espera de las damas. El jefe de estación estaba sinceramente preocupado por ella, aunque en lo más hondo pensaba en lo que podría contarle a la señora Chevenix cuando regresara. Dijo que era la anterior propietaria de Sirenwood y que había llegado a la estación esa mañana justo cuando la señora Ogilvy se marchaba.

—¡No me diga! —exclamó la señora Ogilvy—. ¿Podría usted entregarle una nota de mi parte?

El jefe de estación era todo oídos y, cuando la señora Ogilvy terminó su

bocadillo, la llevó a su oficina y le facilitó papel y pluma. La señora Ogilvy escribió su nombre y dirección.

—Dígale que estoy muy angustiada por mi hija y le agradeceré mucho que me escriba si sabe algo. —El jefe de estación prometió que así lo haría, con mucho gusto—. Iré a Bromley para dar parte a la policía —concluyó ella.

En la comisaría de Bromley expuso su situación al inspector, que se mostró atento, aunque no tan entusiasta y partidario como el jefe de estación. ¿Tenía razones fundadas para temer que su hija fuera maltratada? No podía asegurar que las tuviera, pero le parecía muy probable. ¿Había tenido alguna

discrepancia explícita con su yerno? Naturalmente que sí, a cuenta de la boda. En ese caso no era de extrañar que él pudiera mostrarse reacio a que ella tratara de reanudar su relación con la familia. Y, en cuanto a su hija, ¿creía la señora Ogilvy que ella intentaba verla y no se lo permitían? Le parecía muy probable. ¡Sin duda! ¿Cuál era la última noticia que había tenido de su hija? Bueno, en realidad le escribió una carta en la que le prohibía que fuera a su casa, pero ella sospechaba que la había escrito al dictado de su yerno. El inspector cruzó una mirada con el otro policía, pero la señora Ogilvy era una mujer demasiado imponente para que la

tomasen por una histérica que acudía a la policía a exponer un caso que no estaba en su mano resolver. El inspector no la alentó en ningún sentido, si bien se condujo con perfecta cortesía e imparcialidad. Prometió enviar a uno de sus hombres a vigilar los alrededores de Sirenwood y Woodlands y avisarla de inmediato si veían a alguien que se correspondiera con la descripción de su hija, y le indicó la dirección al juez local. Esa noche, antes de acostarse, la señora Ogilvy volvió a referir su historia, esta vez por escrito, y la envió por correo al señor Mortlock, de Halstead Priors. Sintió entonces que había superado la fase previa de

angustiosa inacción para una persona de naturaleza energética como la suya y que había dado los pasos oportunos. Una vez tomó conciencia de esto, pudo relajarse y sucumbir a la fatiga provocada por las emociones del día. Tenía la reconfortante sensación de que las cosas no eran tan graves siempre que se pudiera intervenir de algún modo.



XVI

Elizabeth estaba sorprendida de sí misma esos días. No volvió a casa temblando, tras la visita de la señora Ogilvy, tal como imaginaba. Lo cierto es que estaba más tranquila que Lewis. Se sentía llena de determinación, a la vez que animada por un legítimo instinto de protección por Lewis. No era sólo conveniente sino justo mentir a la señora Ogilvy. Si ésta se hubiera enterado de

que su hija estaba encerrada, habría puesto el grito en el cielo y se habría equivocado del todo al juzgar la situación desde su limitado punto de vista. Con el beneplácito de su propia conciencia, Elizabeth se sirvió de toda su capacidad de engaño y resistencia para proteger algo que estaba plenamente justificado: no le cabía la menor duda.

La sensación de que Alice tenía que casarse con Lewis se fortalecía en ella día tras día. Su idea innata de la vida marital como algo sagrado, y el fuerte sentido de la decencia propio de su clase, la impelían a ese desenlace en su opinión imprescindible. Sabía que los

hombres, incluso los hombres buenos, no eran del mismo parecer en estos asuntos y, aunque Patrick y Lewis — especialmente este último— se preocupaban de todo corazón por el bienestar de Alice, era a ella a quien le correspondía ejercer la mayor influencia. Su absoluta sumisión a su marido no le impedía sentir en ocasiones que, como mujer, tenía una intuición y un instinto para lo bueno y lo sagrado que no cabía esperar de él. No alardeaba de su virtud, pero puso todo su empeño consciente en aras de la moralidad.

Alice, por su parte, ya se sentía como si se hubiera casado. Tenía las

pasiones frescas e intensas de cualquier muchacha corriente, pero, una vez lograba satisfacerlas, no era voluptuosa por naturaleza. Lewis colmaba todas sus necesidades y al principio ella no miraba más allá del momento presente. Sin embargo, ahora que se pertenecían el uno al otro por completo, empezaba a despertar de su delirio de felicidad y a tomar conciencia, serena y feliz, de que tenía toda una vida por delante con él. Se había portado como una niña al delegar en Lewis con tanto abandono todas las responsabilidades, todas las cuestiones prácticas, sin preocuparse por nada, ajena a todo en la protección perfecta de su amor. Ahora bien, aun

cuando apenas habían pasado unos meses, había madurado. No tenía una impaciencia desmedida por dar el paso, pero comprendía que casarse era lo mejor para ellos. En algún momento quizá quisieran relacionarse con el mundo. Lewis no tenía intereses artísticos como Patrick, y ella no era una esclava del hogar como Elizabeth. Vagas visiones del futuro comenzaban a surgir entre la bruma de su felicidad semejante a un sueño. Cuando se sentaba delante del tocador, con una toalla sobre los hombros, para cepillarse el pelo que enmarcaba como una cascada de seda oscura sus facciones delicadas y pálidas por naturaleza, sus ojos cobraban la

expresión de quien mira al horizonte. Se cepillaba despacio, muy despacio, y pensaba cuánto, cuánto quería a Lewis y cuán precioso era para ella tenerlo por compañero, aunque ya no sentía por él la misma emoción sin freno que, al parecer, ella sí seguía siendo capaz de inspirar en él. En momentos así experimentaba una serenidad celestial que tenía el efecto de acrecentar la necesidad imperiosa y urgente de alcanzar, en su relación con el mundo exterior, el mismo estado de perfección en que se sentía interiormente.

Lewis y Alice habían adoptado la costumbre de ir a comer a Woodlands todos los domingos. Siempre llevaban

algo: un queso o nata de la lechería, una paletilla de ternera, una botella de *brandy* o una bolsa de nueces del árbol que crecía en mitad del prado, en el límite de lo que antiguamente había sido el jardín de Sirenwood. Alice participaba en estas reuniones con una sensación de respetabilidad y de importancia desconocidas hasta entonces para ella. Patrick, aunque taciturno, se mostraba siempre especialmente cortés con ella, y Elizabeth le confiaba todos los pequeños asuntos que en principio podían interesar a dos hermanas casadas. Antes, siempre había tenido la sensación de que Alice no era buena

como confidente y tampoco manifestaba el menor interés, mientras que ahora no sólo parecía mucho más digna sino que era capaz de comprender a su hermana cuando ésta le contaba sus cuitas. Nunca se habían entendido tan bien, ni siquiera de niñas.

Un domingo por la mañana, los dos hermanos salieron a pasear mientras Alice ayudaba a Elizabeth a poner la mesa. En el fregadero, muy pálida y callada, Clara ayudaba a un objeto de aspecto extraño a lavarse la cara y las manos con un trapo húmedo. Elizabeth se asomó a la puerta del fregadero con un escurridor de verduras, para lavarlas, y, por la ventana, vio que Lewis y

Patrick se paraban un momento a hablar con un hombre al que conocía vagamente de vista: el vecino de la casa que estaba en el recodo del camino. Los tres miraban hacia Woodlands y, cuando Patrick y Lewis ya estaban a punto de despedirse y volver a la casa, el vecino los siguió para hacer un último comentario.

Elizabeth se volvió a Clara con brusquedad.

—Llévala arriba —ordenó.

—No puedo, señora —contestó Clara algo incómoda—. ¡Esta mañana se ha empeñado en bajar a lavarse!

—¡Ya te he dicho que no puede estar aquí cuando haya extraños cerca! —

replicó Elizabeth muy enfadada—. No la dejes bajar a esta hora del día.

—Quería lavarse, señora —repitió Clara con voz temerosa—. No he podido negárselo.

Harriet, entretanto, parecía ajena a la conversación: movía el trapo como si se lavara, aunque apenas se rozaba la cara. De repente se incorporó.

—Quiero comer ahora —dijo—. Hoy no pienso subir.

Alice, que también se había asomado al fregadero, vio que Lewis y Patrick volvían a casa. En un instante de pánico, miró a su hermana sin atreverse a decir nada, por miedo a que Harriet lo entendiese y mirase por la ventana. En

su angustia por ocultar la presencia de Lewis, se llevó una mano a la boca y abrió los ojos con suma inquietud. Elizabeth murmuró algo, y Alice pareció comprenderlo. En menos que canta un gallo había salido por la puerta lateral y estaba en el jardín, sin aliento, aferrada al brazo de Lewis para obligarlo a dar media vuelta mientras Patrick entraba a grandes zancadas. Elizabeth había logrado llevar a Harriet hasta el pie de las escaleras, y bastó con que Patrick apareciera en el vestíbulo para que Harriet se perdiera de vista.

Una vez en la mesa, todos se relajaron y se mostraron contentos. Cuando empezaron a comerse las

nueces, Clara se llevó a los niños a jugar a la sala de estar, pero volvió al momento para preguntar con vacilación:

—¿Puedo subirle ya la comida a la señora Oman?

—No, que espere.

Clara se retiró.

Patrick, que estaba partiendo nueces, dijo con frialdad:

—¡Hemos estado a punto de que se armara una buena antes de comer!

—Ya lo creo —exclamó Alice, inclinándose sobre el hombro de Lewis—. De no haber sido por mí, cariño, ¡figúrate lo que te habría pasado!

Lewis parecía muy complacido y sonrió mientras ella le acariciaba la

oreja y le preguntaba quién lo quería tanto.

Elizabeth esperó un momento prudencial antes de decir:

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir. Ella no tiene la más remota idea de que Lewis está cerca, pero siempre me aterra que pueda bajar cuando él está aquí, o verlo por la ventana desde su cuarto, aunque dé al lado contrario del camino.

Guardó silencio, pálida y agobiada.

—Eso al menos podemos solucionarlo —dijo Patrick.

Se levantó, salió al cobertizo a por unas tablas y unas herramientas y subió a la habitación de Harriet. Se oyeron

martillazos, seguidos poco después de un portazo fuerte. Cuando volvió a la cocina, después de dejar el cesto de las herramientas en el cobertizo, los demás habían despejado la mesa y se habían sentado alrededor del fuego. Lewis lo miró con gesto interrogante.

—He tapiado la ventana —dijo, sentándose con ellos en el círculo.

—¿La has dejado a oscuras? —preguntó Alice, con el tono de una niña curiosa.

—No, querida. Entra mucha luz por arriba.

Todos estiraron los pies para acercarlos al agradable resplandor de la lumbre. Las tardes pasaban muy deprisa

y, amodorrados a la luz de las llamas, parecían transformarse todo ellos en figuras egipcias, rojizas y negras. Alice se adormiló, con la cabeza apoyada en el pecho de Lewis. Al despertarse, la sala estaba tan oscura que ni siquiera veía a Elizabeth, aunque sintió vibrar la voz de Lewis dentro de su pecho. Patrick y Lewis estaban hablando, en un tono apagado y mecánico, a juzgar por lo que llegaba a sus oídos.

—Eso no será necesario —dijo Lewis.

—No —contestó Patrick—. Bastará con seguir como hasta ahora, creo yo.

—¿Lo hace a menudo? Habría que conseguir que no salga de su habitación.

—Sí, habría que conseguirlo. Pero ya sabes cómo son las mujeres: descuidadas, o débiles. Baja siempre que puede con algún pretexto, aunque si me ve desaparece en un abrir y cerrar de ojos.

—Me disgusta que Lizzie y tú tengáis que soportar tantas molestias.

—Bueno, la verdad es que me saca de mis casillas. Tengo la sensación de que, si vuelve a hacer una de sus escenas, ¡no respondo de mis actos!

—Lo dejo todo en tus manos —dijo Lewis.

Alice volvió a adormilarse. Cuando se despertó, la lámpara estaba encendida y el hervidor silbando, y

todos le gastaron bromas por lo mucho que había dormido. No dijo nada, pero se recogió el pelo con aire lánguido y satisfecho. Poco después, cuando volvía a casa con Lewis, caminando a la luz del crepúsculo, se sentía tan contenta y ligera que empezó a retozar alrededor de él con el mismo entusiasmo de sus primeros días juntos. Lewis estaba encantado. Su ánimo era como una brasa que prendía inevitablemente con el fuego de Alice, y se detuvieron a besarse en mitad del camino hasta que el aire frío de la noche los empujó a moverse por fin.

Cuando se acercaba la Navidad, Patrick fue a pasar una semana a la

ciudad. Tenía que ver a un marchante y también a un cliente, un viejo amigo de su padre a quien de pronto le dio el inofensivo capricho de que lo retratasen. Patrick se proponía pintar el retrato en cuatro sesiones, y se alojó en un hotel de Euston Road, donde ya lo conocían. Lewis propuso que irían todos a buscarlo, pasarían un día de diversión en la ciudad y regresarían juntos. Llevarían a Alfred al circo de Astley. Aunque Julia no tenía edad para apreciar el espectáculo, era una niña muy buena y seguro que estaría muy tranquila en las rodillas de Elizabeth sin molestar a nadie. Su madre no quería dejarla sola con Clara. Clara se quedó

muy compungida al saber que se marchaban todos, y Elizabeth estuvo a punto de prometerle un regalo cuando la muchacha dijo que no le hacía gracia quedarse sola a cargo de la casa. Elizabeth no se dejó amilanar, pero algo le impidió ser autoritaria en esta ocasión. Quizá, sin darse cuenta, veía que Clara ya no era para el mundo exterior un insignificante miembro de la familia. Tenía que evitar enfrentamientos con ella. De todos modos, le dijo amablemente.

—¡Vamos, Clara! Será sólo un día. Habremos vuelto a las nueve.

Clara se tranquilizó entonces y preguntó si podía invitar a las chicas de

la casa de al lado a pasar un rato con ella. Le vendría bien un poco de compañía. Las chicas eran la cocinera y la niñera del vecino al que Elizabeth conocía de vista. Clara había trabado cierta amistad con ellas, y Elizabeth no tuvo inconveniente en que las chicas fueran a casa, siempre y cuando Harriet no saliera de su habitación. Aunque la puerta no tenía llave, un par de incidentes recientes habían convencido a Elizabeth de que cualquiera podía dominar a Harriet con una orden bien dada.

—Muy bien —aceptó—. Pero recuerda que no pueden subir y asegúrate de que...

—Pues ¡claro, querida! —
interrumpió Clara con su antiguo entusiasmo. Ahora que la pesadilla de la soledad se había alejado, estaba casi ilusionada al saberse importante y responsable.

Susan Hathersage, la niñera, tenía la mitad del día libre, así que quedó en ir a Woodlands a primera hora de la tarde. Jane Burrows no podía salir hasta después de servir la cena y lavar los platos, pero la familia cenaba a las cinco y media, y se sumó a la otras dos poco después de las seis. A esa hora ya había caído la noche, y los campos eran un lodazal impracticable. La corriente de tierra licuada se adentraba en el

camino a través de la barrera de arbustos.

—Me alegro de que podamos volver juntas, Susan —dijo Jane, que se había descalzado para acercar los pies al fuego mientras Clara ponía las botas a secar antes de quitarles el barro con un rascador de hueso—. ¡Ya verás cómo resbalamos! No se ve ni una estrella.

—Qué bien que hayáis venido —dijo Clara, mientras preparaba un poco de té para la recién llegada. Susan y ella ya habían tomado una taza poco antes, y le untaron a Jane una tostada de pan con mantequilla mientras ésta chismorreaba y se tomaba el té. Era la más alegre de las tres y siempre tenía alguna

observación estimulante sobre las cosas en general, o algún comentario divertido y cáustico sobre sus señores. Clara estaba muy orgullosa en su papel de anfitriona y se afanaba en todo con mucha atención mientras Jane, con la taza de té humeante entre las manos, las obsequiaba con un relato de cómo estaban las cosas entre su señora y la cuñada de ésta.

—No se pueden ver —estaba diciendo. Clara se sentó, embelesada. Era justo la conversación que estaba sedienta de oír. Clara y Susan se sentaron en la alfombrilla, delante de la chimenea, y Jane se instaló en la mecedora. De repente, Jane dejó de

balancearse y dijo—: ¿Qué ha sido eso?

Se quedaron muy quietas. Se oyó en el techo un ruido vacilante: el de unos pasos que se arrastraban despacio en dirección a las escaleras. Clara se levantó de un salto y salió al vestíbulo.

—¡Vuelva, señora! —le ordenó. Y, al notar cómo le latía el pulso en los oídos, experimentó la emoción y la incertidumbre de quien ejecuta un truco de magia en presencia de un público exigente y desconfía ligeramente de sus propios poderes. Esta vez, sin embargo, el truco salió perfectamente. Un segundo después, volvieron a oírse los pasos, que esta vez retrocedían. Clara volvió a la cocina sintiéndose muy importante.

—¡Jesús! —dijo Susan—. ¿Así es como hablas tú a una señora?

Las anécdotas de Jane, y su propia exhibición de autoridad, ejecutada con éxito, se le subieron a Clara a la cabeza. No pudo evitar darse aires.

—¡Bah! ¡No es ninguna señora! Es la cuñada del señor Patrick.

Jane se inclinó hacia delante, detectando el olor del misterio. Susan, a su lado, estaba pasmada y boquiabierta, y Clara no había tenido ningún confidente desde su llegada a Cudham. Envolviéndose las rodillas con las faldas, se dispuso a contarles, después de hacerles jurar solemnemente que guardarían el secreto, todo cuanto sabía.

Y ella misma se sorprendió de lo mucho que sabía.



XVII

Las criadas debían estar en casa a las nueve y media y, a la vista de cómo estaba el camino, tuvieron que marcharse a eso de las nueve. Clara sabía que la familia no tardaría en regresar y no temió quedarse sola. Como además tenía la sensación de haber cometido una indiscreción imperdonable, quería librarse de sus invitadas y perderlas de vista antes de

que llegasen Patrick y Elizabeth.

Patrick con Alfred en brazos y Elizabeth con Julia, llegaron sin compañía. Alice y Lewis decidieron que no eran horas más que de volver a casa, ya que todos seguían los horarios de la vida campestre. Parecían agotados por la diversión del día y se levantaron muy tarde a la mañana siguiente. Cuando Clara pasó por la cocina para tirar las cenizas, Elizabeth, que estaba atareada en el fregadero, preguntó con tranquilidad:

—¿Te las arreglaste bien ayer por la tarde?

—¡Qué cosas tiene! —contestó Clara. Tan segura estaba de que

Elizabeth no tenía manera de averiguar lo indiscreta que había sido que se tomó la situación a la ligera—. Una vez me pareció que estaba bajando, pero me asomé a las escaleras y enseguida volvió a su cuarto. No se enteraron de nada.

Era tan impresionable que cuando Elizabeth daba muestras de depositar alguna confianza en ella, se ponía enteramente de su parte y adoptaba como propios los intereses de ella; pero, si se sentía ignorada, experimentaba una inquietud y una preocupación extrañas por lo que ocurría en el piso de arriba. En un principio estos estados de ánimo eran pasajeros, y Clara pronto tenía la

seguridad de que lo que hacían Patrick y Elizabeth por fuerza tenía que estar bien. Pensaba que esa pobre mujer, al ser tontita, no sentía igual que las personas corrientes y en cierto modo era culpable, puesto que su existencia iba en contra de los intereses del señor Lewis.

Sin embargo, aunque ignorante y superficial, Clara era en el fondo un ser humano normal y corriente y, además, no estaba cegada por un amor malsano, por una pasión perversa, por la avaricia, el egoísmo o la lujuria. Era en este sentido, a pesar de su simpleza y su debilidad, mucho más responsable que todos los demás. Los extraños tejemanejes de la familia le causaron al principio un

enorme placer, pues ofrecían a su temperamento fantasioso el alimento deseado, pero, aun cuando su apetito insatisfecho era grande, le bastaba con poco para saciarlo. Unos días después vio a Patrick sacando al cubo de las cenizas un montón de trapos sucios y viejos y unas medias mohosas, y observó con inquietud cómo metía el montón en el cubo y volvía a cerrar la tapa. Esa noche, cuando subió a llevarle a Harriet un plato de arroz, la encontró en camisón, con el chal enrollado en la cintura. Clara dejó el plato encima de la cama y miró a Harriet con ganas de decirle algo agradable, pero no se le ocurrió ni una sola palabra y finalmente

sólo acertó a decir:

—Cómase esto, querida.

Harriet se acercó a la cama, miró el plato con mucha atención, para asegurarse de que no había nada raro, y empezó a comer sin acordarse de Clara. Ésta se fijó en la cuna de mimbre y se acercó a mirar. No había visto al niño de cerca desde hacía semanas y tuvo la sensación de que, lejos de crecer, había encogido visiblemente. Le daban pan y leche dos veces al día, cuando le llevaban la comida a Harriet, pero no parecía que sirviese de nada. Tal vez no llegaba a comérselo: Clara vio que el niño tenía restos de comida alrededor de la boca, y también había comida en la

colcha, como si lo alimentaran con torpeza. Estaba tan quieto que era difícil saber si se movía hasta después de observarlo un buen rato.

Salió de allí con una sensación muy extraña, triste, y sin saber qué pensar. Al cabo de unos días sus dudas se disiparon por completo. El niño salió de su estado de estupor y lloraba sin parar, con un gemido muy agudo. El llanto penetrante llenaba toda la casa y los atormentaba a todos. Clara, que estaba con Elizabeth en la cocina, se atrevió a decir: «Tiene hambre». Y acto seguido bajó la cabeza, asustada.

—Tiene toda la comida que necesita—
—contestó Elizabeth con impaciencia—.

¡No querrá comer!

Patrick, que intentaba trabajar en su estudio, de vez en cuando soltaba el pincel y subía corriendo escaleras arriba. Y, aunque organizaba un escándalo de aúpa, el llanto no cesaba. Se oía por encima de todos los ruidos de la casa y continuaba cuando Patrick bajaba de nuevo.

Lewis y Alice habían dejado de ir por Woodlands definitivamente, pero una mañana, Clara vio a Lewis al otro lado de la cancela. Avisó a Elizabeth, pues no sabía si lo había visto, pero ésta salió de su dormitorio con el sombrero y la chaqueta puestos.

—Sí, vamos a llevar al niño a

Londres, al Hospital de Guy —le dijo a Clara.

Clara volvió a la cocina y Elizabeth salió de casa con un bulto en los brazos que ya no hacía ningún ruido. Los vio alejarse muy agradecida de no tener que soportar aquel llanto acongojante. Esa mañana se esmeró mucho en lavar y peinar a Alfred y Julia.

Pero la calma que siguió a la partida del niño fue muy breve. Clara habría dado cualquier cosa por que todo volviese a ser como antes. No entendía qué le ocurría a Patrick. Es verdad que Harriet ahora se enfrentaba con él y no paraba de pedir comida, pero Patrick debería haberla dejado en paz. Nunca

bajaba a la planta principal: se sentaba, encogida, en el primer escalón. Patrick no tenía ninguna necesidad de armar semejante alboroto cuando se encontró con ella camino de su dormitorio. Alfred pasaba por delante de Harriet una docena de veces al día sin prestarle más atención que al poste del que arrancaba la escalera y, alguna que otra vez, cuando su pelota se colaba en el dormitorio de Harriet, entraba a buscarla y salía de allí tan contento. Pero Patrick parecía poseído por el diablo, y lo peor de todo era que sus ataques provocaban en Harriet una respuesta feroz. Llevaba semanas indiferente y apática, sin oír una sola

palabra de nadie. No dijo nada cuando se llevaron al niño ni dio señales de echarlo de menos. Y de la noche a la mañana se alteró más que nunca, no paraba de gritar. Fue entonces cuando Clara comprendió lo que estaba pasando. Nadie comía demasiado en la casa —rara vez lo suficiente para no recibir con agrado un bocado de lo que fuese a cualquier hora—, y Clara sabía que buena parte de la comida nunca llegaba a Harriet, pues, aunque no siempre la subía ella, sí veía normalmente cuándo se preparaba. Sin embargo, había dado por supuesto que Harriet necesitaba comer menos que los demás. Y, al caer en la cuenta, la idea le

resultó espeluznante. La siguiente ocasión en que subió con un poco de pan y unas verduras la encontró agazapada en el suelo y le preguntó despacio y en voz baja:

—¿Tiene hambre?

Harriet la miró fijamente, comprendió sus palabras y respondió con avidez, aunque sin decir nada. Clara dejó el plato a su lado, sintió que le entraban ganas de vomitar y salió corriendo.

A última hora de la tarde se ocupó en entretener a Alfred con los soldaditos y se enfrascó en el juego tanto como el niño, para no pensar en nada más que en lo que tenía delante. Y al resplandor de

la lumbre, mientras intentaba poner de pie a los soldados en las losas irregulares, porque habían retirado la alfombrilla para el juego, se olvidó de todo. Elizabeth estaba bañando a Julia al otro lado de la chimenea y cantando una canción en voz baja. Cuando se callaba, Alfred levantaba la vista y preguntaba por qué había dejado de cantar, y su madre volvía a entonar la melodía. En esos intervalos sólo se oía el leve tintineo de los soldaditos de plomo contra la piedra, hasta que Clara preguntó, enfadada:

—¿Por qué te rascas, niño malo?

Alfred dejó de rascarse, pero enseguida volvió a la carga con

insistencia. Clara lo llevó junto a la lámpara y le ladeó la cabeza para examinarla a la luz. Elizabeth había subido con Julia, y estaban solos en la cocina, pero Clara no necesitaba que nadie le dijera qué era aquello. Piojos.

No acertó a ofrecer un relato coherente de los días que siguieron a este descubrimiento. Alfred, Elizabeth y Clara llegaron al acuerdo tácito de no hacer comentarios hirientes. Alfred, muy circunspecto, muy pálido, se comportaba exactamente igual que siempre. Si oía algún ruido, algún alboroto, se limitaba a levantar los ojos. Jugaba solo, muy callado, muy tranquilo, como los jóvenes inmunes al fuego del horno del

rey Nabucodonosor. Elizabeth hablaba muy poco y nunca de Harriet. Patrick había pasado a encargarse de todo lo que ocurría en el piso de arriba y, cuando se oían golpes, Clara y Elizabeth, de común acuerdo, miraban a otro lado. De noche, cuando se acostaba, a Elizabeth le ardían los ojos: no podía dormir y daba vueltas y vueltas en la cama con la sensación de verse obligada a recorrer un largo camino de espinas y el deseo de que terminase cuanto antes. Patrick dormía a pierna suelta.

Siguió lloviendo y haciendo frío hasta bien entrado el año siguiente, y la tierra se convirtió en un lodazal que brillaba tenuemente en la penumbra

tempestuosa. Una tarde, Clara se asomó a la puerta, presa de desesperación. Estaba decidida a ir a casa de los vecinos, contar todo lo que sabía y pedir ayuda. Puso un pie fuera, pero al instante se hundió hasta los tobillos a la vez que oyó silbar el viento en la arboleda. Era casi de noche: ¿qué podía hacer? A sus espaldas estaba la cocina caliente y llena de luz, y Elizabeth, con aire hogareño y gentil, inclinada sobre el hervidor del té. En ese momento, levantó la cabeza y le pidió a Clara que cerrase la puerta, en tono perentorio aunque maternal. Clara obedeció y volvió despacio a la cocina.

Aunque la noche prometía ser

lluviosa, cuando salió la luna el cielo se despejó y apenas quedaron en él unos jirones de nubes en fuga. El policía encargado de vigilar los alrededores de Woodlands los últimos meses estaba apostado en una zona baja del camino, desde donde se veía el tejado, y en ese momento se fijó en que las losas de pizarra ardían con un resplandor plateado. Reinaba un silencio sepulcral. Las nubes rezagadas se alejaban veloces en lo alto del cielo y aún más arriba, en una extensión de aguamarina translúcida, la refulgente luna derramaba un torrente de luz de plata. La pureza y la calma del universo parecían completamente libres de toda mancha de padecimiento

humano: un sereno y radiante repudio del dolor y el sufrimiento.



XVIII

— **A**lice —dijo Lewis una tarde, cuando llegó justo a tiempo de tomar el té—, mañana tenemos que ir a ayudar a Lizzie. —Alice, que estaba tostando pan en la chimenea de la sala, lo miró con gesto interrogante. Lewis, tomó asiento y continuó—: Harriet se marcha, querida.

Alice se sentó en los talones para asimilar el significado de estas

palabras, arrugando la frente.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—Hemos pensado llevarla a Penge, para poder decir que pedimos consejo al mejor médico y esas cosas.

—Pero —protestó Alice enérgicamente—, ¿no morirá de todos modos? —Lewis asintió—. Entonces, ¿por qué no la dejamos donde está?

—Escucha, cariño —dijo Lewis con dulzura—. Antes de poder enterrar a alguien necesitas que un médico certifique la causa de la muerte. No queremos que ningún médico vaya a meter las narices en Woodlands, ¿verdad que no?

Alice estaba arrodillada delante de él.

—No —contestó.

—Entonces, lo más sencillo será ir a Penge —dijo Lewis—. Eso dará muy buena impresión. Queremos que todo sea limpio y sin tapujos. —Acarició los rizos de Alice—. ¿Cómo te sentirás cuando seas la señora Oman, eh?

Alice movió la cabeza bruscamente.

—No seré distinta de como soy ahora, Lewis —dijo con malicia—, aunque te fastidiaré.

—¿Y qué estás haciendo ahora mismo? —protestó Lewis, pero al momento volvió a ponerse serio—. Verás, cariño —dijo, pasándole un

brazo alrededor de los hombros y acercándola a su cuerpo—. Si nos hacen preguntas, tenemos que decir todos lo mismo, ¿lo comprendes?

—¡Nadie tiene por qué hacerme preguntas! —replicó Alice. Pero Lewis era muy paciente, y con un poco de persuasión y de firmeza logró que Alice aceptara que, pasara lo que pasara, ella tendría que cargar con su parte. Le explicó entonces, despacio y con claridad, que Patrick había acogido a Harriet desde hacía unos meses porque se habían separado de mutuo acuerdo, que se habían visto con frecuencia y que, dos días antes, Harriet había empezado a quejarse: parecía adormilada y no

quería comer. Como no estaban satisfechos con el médico del pueblo, el doctor Deering, que había atendido a Alfred en un par de ocasiones, iban a llevarla a Penge en busca de mejor consejo. Hablaba como si estuviera aleccionando a un niño, pero se tranquilizó al ver que Alice lo captaba todo a la primera. Aunque ella no dijo nada, vio en sus ojos que hasta la última sílaba llegaba a donde tenía que llegar. No quería tomar el té hasta terminar de decirle todo lo que quería decir, y prosiguió:

—Iremos a Woodlands mañana por la mañana. Lizzie ha pedido que le lleves ropa, así que tendrás que

prepararla esta noche.

Alice asintió. Una vez superada la reticencia inicial a verse involucrada en un sentido o en otro, accedió a convertirse en el instrumento de Lewis. Tampoco es que diera un salto para cumplir con lo que a él se le antojara o que se anticipara a sus deseos antes de que él llegara a expresarlos, pero se mostró, por instinto, pasiva y obediente: ¡no podía hacer otra cosa! La sensación de verse obligada por la fuerza a tomar un determinado rumbo era desconocida y agobiante para Alice, que pasó el resto de la tarde muy taciturna. Lewis tampoco habló mucho, pero se quedó a su lado y le ofreció el brazo para que

ella apoyase el codo cuando intentó ponerse a coser.

A la mañana siguiente Lewis se despertó rebosante de energía y, cuando se encaminaban a Woodlands entre la niebla, con un paquete de ropa que habían escogido de la reserva que guardaban en el piso de arriba, Alice se sintió más animada, no exactamente contenta, pero sí invadida por una sensación emocionante y dolorosa. Se alegraba, sí, se alegraba, de hacer algo por fin. Hasta ese momento sólo había querido que la dejaran en paz para disfrutar de su tranquilidad idílica, pero de pronto había visto que no podía volver a esa vida hasta haber librado

esa inminente batalla. Cuando llegaron a Woodlands, los niños no estaban a la vista y Clara se encontraba en la cocina, guisando un ave, para comer temprano. Elizabeth apareció poco después, blanca como el mármol. Los saludó con agrado, pero sin sonreír. Se limitó a levantar los ojos, hundidos y cercados por profundas ojeras. Alice se quitó la capa y se sentó, tratando de aparentar tranquilidad, y Lewis le puso una mano en el hombro.

—Bueno, Lizzie, ya estamos aquí —dijo con coraje y serenidad—. Siéntate un momento. No nos iremos hasta después de comer y pareces a punto de desmayarte.

Elizabeth sonrió esta vez y sus

facciones cobraron una expresión aún más fantasmagórica. Accedió a sentarse, sin embargo, y discutieron los detalles, aunque ya estaba todo acordado. Patrick había salido a buscar un coche, que pasaría a recogerlos después de comer para llevarlos a la estación de Halstead. Los saludó tranquilamente a su regreso y propuso que tomaran una taza de té. Todos aceptaron la sugerencia de buen grado, y Alice, contenta de tener algo que hacer, puso el agua a hervir y sacó las tazas del aparador. Clara terminó los preparativos del guiso, lo dejó al fuego y salió de la cocina.

La mañana transcurrió en tensa espera hasta las doce, cuando Clara vino

a servir la comida.

—Tenemos que prepararla —dijo Elizabeth, mirando a Alice.

—Ve a ayudar a Lizzie, cariño —dijo Lewis.

Alice se puso roja y se quedó inmóvil y muda de espanto. Patrick hizo ademán de recriminarle su actitud, muy enfadado, pero Elizabeth ya había salido, resignadamente, y empezaba a subir las escaleras con el paquete de ropa.

—Que te acompañe Clara, Lizzie. Alice se ocupará de servir la comida.

Así, Clara dejó el montón de platos para seguir a Elizabeth.

Alice terminó de poner la mesa y

servir los platos antes de que ellas volvieran. Se sentaron a comer y, cuando terminaron, Elizabeth dijo:

—¿Vas a buscarla, Patrick?

A lo que Patrick subió y Elizabeth se puso a cortar un poco de carne en un plato. Patrick volvió con un bulto en los brazos y lo dejó en la mecedora. Lo cierto es que no resultaba tan aterrador como esperaban. En contraste con su aspecto habitual, Harriet estaba espléndida. Llevaba un vestido muy bonito, de lana oscura, con adornos de terciopelo, y los volantes y las puntillas de batista y franela de las enaguas asomaban por debajo de la falda, sentada en actitud inerte. Llevaba un

sombrero y un abrigo de paño, y unos guantes mal puestos, con algunos dedos sueltos antes de abotonarlos en la muñeca. Tenía la piel del color del bronce oscuro y los ojos apenas entreabiertos en una rendija, con las córneas amarillentas. La cabeza, ladeada, colgaba hacia atrás: no se movía ni hacía el menor ruido. Parecía muy tranquila. Elizabeth le había puesto unos pendientes suyos.

Patrick se acercó a ella con el plato de carne y le llevó el tenedor a la boca, pero Harriet lo rechazó, sin abrir los ojos.

—¿Por qué no la dejas dormir? — preguntó Lewis.

—Si se duerme ahora, creo que no volverá a despertarse —dijo Patrick, pero dejó el plato encima de la mesa. Elizabeth estaba guardando en una cesta unos huevos y un poco de mantequilla y té.

—Alice, cierra esto bien mientras voy a por mis cosas. El coche debe de estar a punto de llegar.

Alice hizo lo que le pedían y Patrick se asomó a la puerta.

—Espero que esos malditos vecinos de arriba no estén espiando —dijo. Pero el camino estaba despejado y, minutos más tarde, cuando el coche se detuvo en la entrada, Patrick y Lewis salieron de casa sosteniendo a Harriet entre los dos,

y Alice y Elizabeth se sentaron a su lado después de que la instalaran en el asiento.

En la estación, Lewis encabezó la marcha hasta un vagón de primera clase. Alice nunca había viajado en primera y se interesó mucho por la tapicería y los paños de encaje de los asientos mientras Patrick y Elizabeth acomodaban a Harriet y Lewis se quedaba en la ventanilla para evitar intromisiones antes de que el tren arrancase. Irían directos a Penge, sin necesidad de hacer transbordo, y, una vez allí, Alice pensó que sus penalidades concluirían pronto, en cuanto pidiesen un coche y subiesen todos a él. Los demás no eran de la

misma opinión. Cuando intentaron subirla al coche, Harriet levantó un brazo y gimió.

—Tranquila, querida, enseguida te daremos la cena —se apresuró a decir Elizabeth. Pero el cochero se había dado cuenta, y otras dos o tres personas también se detuvieron a mirar. Tuvieron que soportar el trance de saberse observados.

Fue un alivio llegar a las habitaciones que Patrick había reservado dos días antes en Hound Street. Ya le había explicado a la casera que su cuñada necesitaba el consejo de un médico, por lo que la señora Morpeth no se asombró demasiado al ver que la

pobre mujer apenas tenía fuerzas para andar y hubo que acostarla inmediatamente. El marido de la enferma, un hombre muy educado, preguntó la dirección de la enfermera del distrito y, cuando la casera se ofreció a ir a buscarla, pues vivía en la calle de al lado, el caballero dijo que no hacía falta en ese momento. Tal vez cuando cayera la noche: ya verían cómo se encontraba.

Elizabeth y Alice subieron a las habitaciones y se pusieron a trabajar como posesas. Los celos de Alice ardieron como la paja en el horno de la necesidad. Lewis estaba en la habitación contigua, y eso la tranquilizaba un poco.

Le quitaron a Harriet la ropa que le habían puesto esa mañana y la dejaron tendida en una silla. Cuando iban a ponerle el camisón, al ver lo sucio y lo viejo que estaba, sacaron uno limpio de la cesta. Se las ingeniaron para acostarla y le subieron la sábana hasta la barbilla. Alice se fijó en los pendientes y le quitó el que tenía más a mano, pero le faltó el valor, y le dejó el otro puesto.

Sin decir nada pasaron enseguida a la habitación de al lado, donde Lewis y Patrick esperaban en el sofá. Lewis tendió los brazos para que Alice se sentara en sus rodillas, mientras Elizabeth decía sin aliento:

—Deberíamos pedirle a la señora

Morpeth que prepare un poco de té y hierva uno de los huevos que hemos traído. Y creo que alguien tiene que ir a avisar al médico.

Patrick se levantó al punto.

—Yo iré —dijo—. Y de paso avisaré también a la enfermera. Creo que es buen momento para que venga. — Al bajar indicó a la casera que la necesitaban arriba.

Elizabeth la recibió con todo su encanto y su dignidad, algo desfigurados, como es natural, por la preocupación. Alice y Lewis salieron para dejar que las dos mujeres tuvieran una agradable conversación sobre los síntomas de la enferma, pues, como es

bien sabido, esas cosas gustan mucho a las mujeres como la señora Morpeth. Su cuñada, explicó Elizabeth, siempre había sido difícil —muy terca, se podría decir— y no se dejaba cuidar como es debido. Pero todos la querían mucho y no les cabía en la cabeza la idea de desatender esta misteriosa enfermedad que el médico del pueblo no era capaz de entender. Lo más preocupante del caso era que se negaba a comer; por eso, si pudieran ofrecerle uno de los huevos que habían traído del campo, pasado por agua, con un poco de pan con mantequilla y té, su hermana y ella intentarían que la señora Oman comiese algo. La señora Morpeth se retiró, con

afán de ayudar, y Patrick no tardó en regresar, diciendo que no había encontrado al médico, pero le había dejado recado en su consulta. La enfermera llegaría en cuestión de media hora.

Miró a Elizabeth con gesto ansioso, pero no vio en ella esa palidez antinatural. Estaba muy atareada en su papel de enfermera y solícita con los demás, y su rigidez cadavérica se había relajado, permitiendo que la sangre fluyese con normalidad, incluso con brío, hasta colorear levemente sus mejillas. Patrick le puso una mano en el hombro y le dirigió una mirada interrogante, y Elizabeth sonrió y le

acarició el pelo con aire juguetón. Al momento salió a la puerta para coger la bandeja que traía la casera.

Cuando Alice y Lewis volvieron de su breve paseo, que consistió en ir y volver un par de veces hasta el final de la calle, se sentaron todos alrededor de la mesa y, tácitamente, empezaron a hablar como si de verdad hubiese una enferma en la habitación de al lado. No llevaron la farsa al punto de expresar compasión por Harriet, pero discutieron solemnemente la situación y debatieron si debían buscar otro médico que pudiese llegar lo antes posible. Su estado de ánimo era, a juzgar por las apariencias, el de un grupo de personas

que atiende a una cuñada gravemente enferma: los hombres preocupados y desvalidos; las mujeres consolándose con pequeñas excursiones a la habitación de la enferma y breves diálogos con la compasiva casera.

A la hora de cenar se presentó la enfermera. Elizabeth la acompañó a la habitación de Harriet y, tras susurrarle unas palabras, la dejó allí y regresó con los demás. La enfermera salió al cabo de un rato.

—Creo que voy a intentar traer al doctor Horsham —dijo—. Si no hubiese vuelto aún, podrían ustedes probar... — Les indicó un par de direcciones. Alice, que estaba cada vez más nerviosa, se

levantó de un salto y dijo que iba a ponerse el sombrero y la chaqueta para ir a buscar a uno de los médicos. Lewis estaba a punto de ofrecerse a acompañarla cuando Patrick dio un paso al frente y dijo en tono autoritario:

—Yo iré con ella. Tú querrás quedarte aquí, Lewis.

Lewis se recompuso al instante y respondió con un escalofrío de gratitud.

—Sí, sí, lo cierto es que prefiero quedarme.

Patrick y Alice salieron a la calle, donde empezaba a oscurecer, y llegaron a la consulta del doctor Horsham cuando éste se estaba tomando una taza de café antes de salir de nuevo para atender su

aviso. Alice comprendió que Patrick esperaba que fuese ella quien llevara la voz cantante, y su manera de hablar, nerviosa y agitada, pasó por sincera angustia. Se dio cuenta incluso cuando sonreía al doctor Horsham y se llevaba las manos al corazón para tratar de apaciguarlo, pues tenía la sensación de que iba a estallarle en cualquier momento.

—Pero —preguntó el doctor, cuando Alice terminó de describir los síntomas que entre todos habían acordado— ¿no tienen a su propio médico para atenderla?

—Sí —respondió Alice—, pero nos pareció que... Mi cuñado pensó...

—No estábamos del todo satisfechos —terció Patrick.

—Comprendo. Iré a verla —asintió el doctor Horsham—, pero me gustaría saber quién es su médico.

Alice sintió que su causa se fortalecía inmensamente con cada átomo de verdad que lograban intercalar entre las mentiras.

—El doctor Deering —se apresuró a decir—. El doctor Deering, de Brastead.

—Muy bien —asintió el médico—. Salgamos, si están preparados. —Miró amablemente a Alice, que se sintió mucho más tranquila, y añadió—: Será mejor que cojamos un coche. Parece usted agotada.

Cuando llegaron a casa de la señora Morpeth dejaron al médico con la enfermera y fueron a ver a Lewis y Alice a la sala de al lado. Cuatro semblantes pálidos y angustiados recibieron poco después al doctor Horsham.

—Lo siento —dijo con amabilidad—. Me temo que no se puede hacer gran cosa. Necesita tranquilidad absoluta, y ya le he explicado a la enfermera cómo preparar el caldo de vaca. Sabrá hacerlo. Pasaré mañana a primera hora.

A la enfermera le había dicho: «Parece una apoplejía. En todo caso, creo que será cuestión de horas. Puede aguantar toda la noche, pero prepárese

para que ocurra en cualquier momento».

Patrick había reservado sólo dos habitaciones, con idea de que él y Lewis durmieran en el hotel de la estación, mientras las mujeres pasaban la noche en la sala contigua. Se despidió por tanto poco después de cenar, pero Lewis dijo que se quedaría acompañando a las mujeres. Alice se tendió en el sofá, vestida, y no tardó en adormilarse, a pesar de que estaba incómoda. Elizabeth se sentó junto al fuego, muy erguida, con las manos apoyadas en los brazos de la butaca. Estaba tan inmóvil que a su alrededor el único movimiento era el reflejo cambiante de las llamas en su pelo suelto. Lewis daba vueltas por la

sala en silencio, se sentaba a la luz del fuego, y Elizabeth lo observaba a través de la cascada de sombra de su pelo. La expresión de Lewis la tenía absorta, fascinada, y también asustada, a pesar de que no llegaba a entenderla. Lewis sentía que por sus venas corría fuego líquido. Más de una vez desde que se embarcó en aquella aventura que ahora le parecía tan lejana, se había sentido al borde del colapso y a duras penas podía soportar la opresión que lo atenazaba, como si una fuerza invisible lo arrastrase hasta la cresta de una ola gigantesca. En ese momento la sensación se había multiplicado por cien: la existencia se transformó casi en agonía,

y el torrente de emociones, veloz como el canal de un molino, se derramó por sus venas arañándolas como un rastrillo. La tremenda violencia de la experiencia le hacía sentir, acucillado junto al fuego en el silencio de la estancia, que, cada vez que el reloj daba los cuartos, su conocimiento de sí mismo aumentaba como si hubiesen pasado eones. La corriente del tiempo lo arrastraba, agudizando su visión a cada sacudida, a la vez que crecía en su pecho el presentimiento de que estaba a punto de zambullirse en el corazón del misterio y de que, al cabo de un segundo, el secreto de la creación se desplegaría ante sus ojos como un mapa.

El pequeño reloj volvió a sonar, y Elizabeth cambió de posición y movió la butaca con un gesto que a Lewis le recordó... ¿a quién? A Alice, naturalmente, dormida en el sofá. Se oyó un ruido en la habitación contigua y Lewis se incorporó. Tenía la cara como la ceniza y, sin saber lo que hacía, cogió la mano de Elizabeth entre las suyas y se inclinó sobre aquel rostro amoroso y querido vuelto hacia él. En ese momento se abrió la puerta y la enfermera entró con sigilo.

—Si quiere despedirse, señor, será mejor que venga. Creo que se está yendo.

Lewis respondió con un sonido

inarticulado y se quedó inmóvil, mientras Elizabeth, estrechando su mano con fuerza, reprendió a la enfermera.

—No diga eso, se lo ruego. ¡Lo asusta usted!

Sin embargo, momentos después ella misma pasó a la otra habitación y vio a la enfermera inclinada sobre la cama. Se acercó, y su mirada se cruzó con la de la enfermera. Sintió un alivio y una felicidad casi insoportables, y regresó a la sala de estar tan alterada y llorosa que la enfermera hizo cuanto pudo por consolarla. Alice, que se despertó entonces entumecida y fría, vivió un instante de éxtasis furtivo cuando Lewis le estrechó la cabeza contra su pecho

mientras la enfermera se inclinaba sobre Elizabeth.

Cuando llegó Patrick, muy temprano, lo único en lo que pensaban todos era en irse de allí lo antes posible. Lewis pidió a la enfermera que avisara a la funeraria y se ocupase de todos los preparativos. Habló con la señora Morpeth para prorrogar la reserva de la habitación los dos días que por ley el cadáver tenía que seguir allí, y, tras abonarle la cantidad necesaria, propuso a los demás que, como no podían coger el tren hasta una hora más tarde, fuesen a tomar un café al hotel de la estación y a estirar un poco las piernas dando un paseo por el barrio. Parecía perfecto que esa mañana,

a diferencia de los días anteriores, húmedos y neblinosos, brillara el sol y no soplara el viento.



XIX

La enfermera del distrito de Penge pasó por la consulta del doctor Horsham la tarde siguiente al fallecimiento de la mujer en casa de la señora Morpeth y solicitó hablar con el médico. El doctor, que estaba muy ocupado, replicó que ya había redactado el certificado de defunción: causa principal, enfermedad cerebral; causa secundaria, apoplejía. No tenía nada

más que decir. Pero la enfermera insistió en que se acercara un momento a examinar el cadáver, que ya había empezado a amortajar. El doctor aceptó finalmente y, hecho esto, juzgó necesario avisar al doctor Deering, de Brastead, cuyo nombre le habían facilitado como el del médico de la difunta.

—¡Yo jamás he atendido a la señora Oman! —protestó el doctor Deering con perplejidad.

No obstante, después de acompañar a su colega a casa de la señora Morpeth, se mostró de acuerdo en que había que hacer algo. De regreso a casa se detuvo en Halstead para hablar con el juez, el señor Mortlock.

—Sé que la policía recibió una denuncia de la madre de la difunta hace algún tiempo —dijo el juez—. Más vale que llamemos al inspector, si puede usted esperar un poco, doctor.

El inspector, a su llegada a Halstead Priors, coincidió en que el funeral debía aplazarse hasta haber avisado a la señora Ogilvy, y al instante fue a enviarle un telegrama para que acudiese a Penge.

—Será terrible —dijo el magistrado—. ¡Pobre mujer! No sé si la señora Chevenix podría ayudarnos. Si tuviera la bondad de acompañar al inspector a Penge para hablar con la pobre madre, nos sería de gran ayuda.

En el vecindario, y con justa razón, todos tenían a la señora Chevenix por una mujer generosa y buena, y así se demostró también en esta ocasión. Y, aunque su compasión e instinto protector no estaban exentos de una honda curiosidad, no por eso resultaron menos reconfortantes y eficaces para la señora Ogilvy.

Desde que el grupo regresó, unos a Woodlands y otros a Sirenwood, todos se abstuvieron de visitarse y cada cual se quedó en su casa, muy callado. Como sucede tras una fuerte tempestad, la calma y la quietud se apoderaron de ellos. Hasta sus movimientos eran lentos, como si cargaran con un peso

enorme. Elizabeth tenía mucho que hacer, como de costumbre, y cumplía con sus obligaciones como sonámbula. Pero Alice estaba ociosa, y Lewis tenía una expresión que era casi de temor. Cuando abrazaba a Alice, su mirada se perdía en la lejanía, como si ella fuera un símbolo de algo conseguido y su presencia real ya no significase nada para él, a pesar de que estaban juntos a todas horas, casi siempre cogidos de la mano, y Alice pensaba: «Pronto habrá pasado todo y volveremos a estar como antes, sólo que mejor». Pero Lewis apenas pensaba en el futuro. Era consciente de su angustia, que se instaló en su cabeza como un dolor lacerante

que aumentaba con el paso de las horas y lo privaba por completo de todos los placeres del tacto, el gusto y la vista. No se atrevía a buscar consuelo en Patrick. Temía que, al expresar sus sentimientos con palabras, éstos pudieran volverse tangibles, y así, daba vueltas por la casa, solo, pese a que Alice estaba a su lado, y por primera vez en la vida sufría de verdad. Sus padecimientos del pasado —las ambiciones frustradas, el violento deseo carnal— le parecían ahora placeres con otro nombre en comparación con esta lúgubre y paralizante aflicción que parecía una muerte lenta. Y así, cuando a la mañana siguiente, un débil grito de Alice le hizo

asomarse a la ventana del dormitorio, su reacción fue casi de alivio cuando bajó las escaleras para abrir la puerta al sargento Brownlea.

Muy pálido, serio y cortés le hizo pasar a la sala, y, cuando el policía anunció que habían juzgado conveniente aplazar el entierro y ya habían dado las órdenes necesarias, con el fin de realizar algunas pesquisas, Lewis replicó: «Por supuesto que sí». Deseaba que todo el mundo quedara satisfecho. Le explicó al sargento Brownlea las circunstancias en que se había separado de su mujer, de común acuerdo, y su repentina enfermedad, dos días antes de que la llevaran a Penge. Le confió

además, de hombre a hombre, que mientras la señora Oman se alojaba en casa de su hermano, había permitido que su cuñada se instalara con él en Sirenwood, haciéndose pasar por su mujer. Había contravenido las normas, sin duda, pero así eran las cosas. El sargento pareció comprenderlo y con esto se despidió. En cuanto se hubo marchado, Lewis llamó a Alice, que estaba descompuesta y muda, y la instó a que fueran a Woodlands sin perder un instante. Una vez allí, ordenó a Clara que saliera al jardín con los niños, cerró todas las puertas, y se sentó a la mesa con Patrick, Elizabeth y Alice.

Ya no tenía miedo. Se había

esfumado esa pesadez mortal y le embargaba la emoción de la intriga. Todo sería muy sencillo, les aseguró, y Patrick estuvo de acuerdo con él. Su confianza en Lewis era ilimitada. Ensayaron una vez más su relato, y Lewis introdujo la variante de que la causa fundamental de su separación amistosa de Harriet habían sido los excesos de ésta con la bebida. Patrick aportó el detalle de que se había visto obligado a esconder el alcohol para que Harriet no pudiera encontrarlo; al verse privada de él, sus ansias por beber parecieron disminuir, y todos confiaban en que pronto estaría curada, pero un buen día cayó enferma, de la noche a la

mañana.

—¿Deberíamos decir que estaba plenamente consciente cuando llegamos a Penge? —preguntó Lewis, mirando alrededor de la mesa.

—¡Sí! —exclamó Alice—. ¡Se desnudó sin ayuda y se quitó los pendientes!

Estaban tan alterados que casi olvidaron la sensación de peligro. Todo era sencillísimo, su solidaridad inquebrantable frente a un mundo que nada tenía que ver con ellos ni con sus intereses, un mundo por tanto de orden inferior que no tenía en cuenta sus derechos, y esto les infundía una confianza y un valor muy profundos.

—Falta una cosa —dijo Lewis para terminar—. Es posible que tengamos que comparecer todos ante el juez, así que habrá que asegurarse de que Clara sepa lo que tiene que decir.

Patrick dijo que él se encargaba de eso, pero Lewis se quedó más satisfecho cuando Elizabeth le aseguró que hablaría con ella.

—No podemos hacer nada más por el momento —concluyó—. No creo que tengamos motivos para preocuparnos.

Los miró con una sonrisa de lobo. Alice se aferraba con fuerza a su brazo, al tiempo que Lewis le daba la otra mano a Patrick. Elizabeth, tranquila, digna, resignada, dio su pleno

consentimiento a todo cuando se dijo, pero, mientras ella soportaba su calvario con entereza, Patrick se mostraba engreído y desafiante, orgulloso de saber que Lewis dependía de él y dispuesto a dar la vida, aunque eso no fuera necesario.

Y cuando, el día siguiente, llegó el sargento Brownlea para tomarles declaración, ninguno de ellos cambió de actitud. Los interrogó por separado en la sala de estar de Woodlands, fue anotando en sus pliegos las respuestas a las preguntas que les hacía, les leyó a continuación la declaración completa en voz alta y les hizo firmar en todas las páginas. Les informó de que los cinco,

incluida Clara, estaban llamados a comparecer ante el juez de instrucción en Penge, y tuvieron que avisar precipitadamente a la señora Hoppner para pedirle, sin ofrecerle una información detallada de lo que estaba pasando, que se ocupara temporalmente de Alfred y Julia en Londres mientras cerraban la casa de Woodlands y se alojaban en una fonda de Penge llamada Park Tavern.

Se habilitó como tribunal del juez instructor el salón de banquetes de la fonda, una estancia amplia y espaciosa, con cuatro ventanas altas, decorada con intrincadas molduras de escayola dorada en las paredes. El juez ocupó la

cabecera de la gran mesa de caoba y los miembros del jurado^[*] se instalaron en una mesa auxiliar a su izquierda. Alice, Lewis, Elizabeth y Patrick, bien vestidos, con semblante humilde y tranquilo, ocupaban cuatro sillas dispuestas en fila en el otro extremo de la mesa. Entre ellos y el juez de instrucción se sentaron varios caballeros con papeles, desconocidos en su mayoría, además del doctor Deering, el doctor Horsham y el sargento Brownlea.

Pasó un buen rato antes de que se dieran cuenta de que Clara no estaba con ellos. No supieron, hasta que el juicio ya había comenzado, que el día anterior, después de firmar sus declaraciones,

Clara había ido a ver al juez y le había confesado: «Todo es falso. Me han obligado a decirlo».

La prensa, entretanto, estaba muy ocupada con el caso, y fue por esta fuente, y no por otra más amable, como la señora Hoppner tuvo noticia de lo ocurrido. Leyó las crónicas en las que se daba cumplida cuenta de los hechos que hasta el momento había sido posible determinar y, después de acostar a los niños, salió a comprar el periódico vespertino y supo que Patrick, Lewis y Elizabeth Oman, y Alice Hoppner, habían sido declarados culpables, por el jurado del juez de instrucción, del asesinato premeditado de Harriet Oman

y por consiguiente debían comparecer ante el gran jurado.^[*]

Encerraron a Elizabeth y Alice en la misma celda de la prisión de Maidstone, y a Patrick y Lewis en otra. La celda, pequeña, tenía dos catres con sábanas de tela cruda y mantas ásperas de color marrón oscuro. Los hermanos no se acostaron. Sentados en el catre de Patrick, abrazados el uno al otro, pasaron la noche hablando en voz baja. Aquélla fue la conclusión de todas las conversaciones nocturnas que habían tenido cuando eran niños y, acostados en la misma cama, susurraban por debajo de las mantas, para que no los oyeran desde la habitación de al lado. La

oscuridad era la misma y también el silencio era el mismo. Patrick se echó una manta por encima de los hombros, y cada uno sentía la respiración del otro, cálida y húmeda, en las mejillas, igual que entonces. La confianza era la misma: una absoluta falta de reserva que jamás habían logrado tener con las mujeres ni con ningún otro ser en el mundo.

La ventana de la celda daba a un callejón, y la luz de la mañana, que esperaban que les alertase del nuevo día, llegó con cierto retraso. Lewis se quedó profundamente dormido media hora antes de que un carcelero entrase en la celda y les ordenara que se lavaran y se prepararan para desayunar. Al abrir

los ojos, sobresaltado por el ruido, Lewis vio a su hermano llenando una palangana con el agua de una jarra de latón, y le arrastró una oleada de agradecimiento y consuelo. Se levantó de la cama y se acercó a saludarlo alegremente con una palmadita en el hombro. Patrick volvió la cabeza, con una sonrisa radiante, y cada uno tuvo la sensación que el otro era el mejor amigo, el más valioso y fiel que el mundo pudiera ofrecer.

Ninguno de los dos se había acordado de las mujeres más que de pasada. No tardarían en verlas, pues iban a llevarlos a los cuatro, custodiados por un policía al lado y otro

detrás, a los juzgados. Elizabeth tenía el mismo aspecto de siempre, aunque se adivinaba el temor en sus ojos hundidos. Cuando Patrick la cogió del brazo, adoptó una expresión tan señorial que los policías la miraron asombrados de su inconsciencia. Alice sollozó nada más ver a Lewis y se colgó de su brazo, y él le dio una palmadita condescendiente, como si fuera una niña inoportuna.

Las persianas del coche estaban bajadas y les impedían ver las calles por las que pasaban. Patrick preguntó al policía si estaban cerca y éste contestó que aún tardarían unos diez minutos. Elizabeth y Alice ocupaban uno de los

asientos, y Patrick, Lewis y el policía iban enfrente. Alice quería sentarse al lado de Lewis, pero el policía les indicó qué lugar debía ocupar cada uno, y no se atrevió a decir nada. Estaba muy pálida, porque no había podido maquillarse, y parecía más joven en su estado natural, casi una niña, pensó Lewis, observándola sin una pizca de pasión. De repente levantó la cabeza, desconcertada: oía un ruido extraño en el que los demás no parecían fijarse. Al principio sonaba como si viniera de las ruedas del coche, pero poco a poco cobró intensidad y llamó la atención de todos. En respuesta a un gesto de Alice, Lewis miró al policía y le preguntó qué

pasaba. El policía, a su vez, lo miró con extrañeza y apartó la cabeza sin contestar.

Cuando el coche se detuvo, el policía subió las persianas. Una doble fila de policías esperaba, al parecer, para escoltarlos hasta la entrada del juzgado, a pesar de que estaban muy cerca. Al abrirse la puerta, el ruido aumentó de volumen y resultó inconfundible: detrás de los policías se congregaba una multitud enfurecida, y mil gargantas proferían sus imprecaciones con un rugido atroz.



XX

Lord Ammersham, el presidente del Tribunal de la Corona de Inglaterra estaba postrado por una apendicitis, por lo que recayó en un juez de reciente designación, *sir* Henry Tyrell, abrir la sesión en Old Bailey^[*]. Se había interesado muy someramente por la tragedia de Penge y en ningún momento imaginó que tuviera que hacerse cargo del caso. Sin embargo, los

ánimos de la ciudadanía estaban tan encendidos que, cuando el gran jurado emitió un primer veredicto de culpabilidad, se había decidido que la causa debía juzgarse fuera de Kent. El asunto parecía muy grave, y el pobre Ammersham estaba disgustado por su mala salud, que le impedía ocuparse de un juicio tan importante. Bueno, bueno, es natural, se decía con agrado el juez Tyrell mientras el ujier le ayudaba a ponerse la toga, alisando celosamente los pliegues rojo escarlata con sus ribetes de armiño. No había razón alguna para que no le tocase vestir la toga. La mayoría de los jueces se veían de hecho obligados a hacerlo en

parecidas circunstancias, pero todo el mundo andaba revuelto por el hecho de que le hubiese tocado a *sir* Harry Tyrell, un hombre apuesto, encantador y bondadoso, que había sido muchos años el asesor legal del Jockey Club y siempre estaba dispuesto a escuchar los asuntos de todo el mundo. Su estatura superaba en mucho la media y tenía un rostro impresionante y jovial, capaz de expresar matices gestuales, como suele verse en los actores. Sus facultades mímicas eran ciertamente notables y su elocuencia consumada, pero, en lugar de ofrecer esa alegre y confiada elevación del hombre acostumbrado a ser observado, la cabeza de *sir* Henry Tyrell

se ladeaba ligeramente, con la actitud del hombre acostumbrado a observar a los demás. Su reputación como abogado criminalista únicamente se valoraba en los círculos profesionales, pues, en su trato con el mundo en general, era su disposición cálida y humana el rasgo más destacado. La crueldad no era para él, como para el común de los mortales, un rasgo desagradable y espeluznante: era una obscenidad abominable que casi lo privaba de su presencia de ánimo. En cierta ocasión, estando en Harrow, vio a un muchacho torturando a un perro, y aún recordaba la voluptuosa satisfacción con que estampó la cabeza del vándalo contra el asfalto hasta dejarlo casi

inconsciente. Sus reacciones eran ahora menos primitivas y sometía sus impulsos a un largo proceso de dominio racional antes de transformarlos en acción, pero esa sensibilidad no lo había abandonado. Aunque llevaba poco tiempo en la judicatura, *sir* Henry Tyrell empezaba a ser conocido por aplicar siempre la pena máxima cuando un delito se cometía con crueldad.

En ese momento estaba haciendo caso omiso al ujier y a Tripp, su foxterrier, del que jamás se separaba.

—Fue cuando estaba destinado al distrito judicial de Devizes —estaba diciendo—. No tuve más remedio que quejarme del estado de mi alojamiento.

Y se ofendieron muchísimo. Un hombre dijo: «Viene aquí y se queja de nosotros, pero sé de buena tinta que un vecino tuvo que comparecer en su juzgado por no pagar el alquiler de la casa: se negó, alegando el mal estado de la vivienda. Decía que las pulgas se levantaban en los respaldos de los asientos y ladraban a la gente cuando entraba». ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja, ja! —contestó el ujier.

—Guau, guau, guau, guau —ladró Tripp, agarrando con los dientes un extremo de la toga escarlata y dando vueltas alrededor de las piernas de su señoría a la mayor velocidad que le permitía la cadena.

—¡Tripp! —le reprendió el juez,

inclinándose sobre el animal—. ¡Este comportamiento es desacato, mi querido amigo!

Por fin logró persuadir al perro para que soltara la toga, y el ujier lo cogió en brazos para impedirle que siguiese haciendo travesuras mientras el juez se ponía la larga peluca coronada con su pequeño sombrero de tres picos que, a Dios gracias, podría cambiarse por un pequeño peluquín después de hacer su reverencia al tribunal. El calor y el peso de la peluca eran un suplicio en el ambiente de la sala, siquiera por unos minutos. Entre otros asuntos públicos, el juez Tyrell se interesaba especialmente por las escuelas primarias y deploraba

con frecuencia sus escandalosas condiciones de iluminación y ventilación, si bien pensaba igualmente que ningún colegial sería capaz de sumar dos y dos en el opresivo y pestilente ambiente de la sala en la que a él se le pedía que cumpliera con obligaciones tan exigentes como las suyas, que requerían plena capacidad intelectual y atañían a cuestiones de vida y muerte.

La sala, con paneles de madera oscura y pequeñas ventanas cuadradas, era oscura incluso a las diez de la mañana de un luminoso día de otoño, y parecía más pequeña si cabe estando como estaba abarrotada de público.

Hasta el último rincón, hasta el último resquicio, era un compacto y confuso mar de rostros rebosantes de inquietud y expectación, aunque callados. Frente al estrado había una zona relativamente despejada en la que tomaron asiento los abogados de la defensa, y a un lado de esta zona se encontraba el banquillo de los acusados, rodeado por una verja de barrotes en punta, donde, delante de dos carceleros y dos carceleras alineados como estatuas de madera, pasaron a sentarse Lewis, Patrick, Elizabeth y Alice, cuyos intentos por ocupar su lugar, aun siendo de lo más corrientes, se vieron animados por una extraña inquietud en contraste con la

inmovilidad de las cuatro figuras que los custodiaban.

Cuando el fiscal presentó sus cargos, ofreciendo una descripción de los hechos acaecidos el año anterior y explicando al jurado la relación que existía entre los cuatro acusados, Lewis sintió una agitación desmedida, un deleite como jamás había experimentado. El dramatismo de la situación, la circunstancia de que el más insignificante y humilde de sus actos tuviera un interés tan sobrecogedor y una importancia tan decisiva no sólo para aquella multitud sino también para los distinguidos caballeros que ocupaban el estrado y esa otra figura serena y

magnífica vestida de escarlata que se alzaba por encima de todos los demás, le impulsaron pasear la mirada por la sala con una diabólica expresión de triunfo, una vez fue capaz de recobrar el aliento y relajarse ligeramente. Patrick, a su lado, era todo ojos y oídos, presa de una agónica concentración. Le había dado la mano a Elizabeth mecánicamente y la sostenía sin darse cuenta. Ella miraba al suelo, con recato y dignidad, mientras que Alice volvía los ojos a todas partes, como un pájaro enjaulado por vez primera.

A medida que el fiscal proseguía su exposición en tono claro y bien modulado, el ambiente de la sala se fue

alterando: la atención ávida dio paso a una suerte de tensión glacial, como si nadie se atreviera a parpadear o a tomar aire por miedo a que se le escapara una sola palabra. El juez, con la cabeza inclinada, tomaba notas tranquilamente en los pliegos que tenía delante. Su perfecto mecanismo cerebral registraba cada detalle con una exactitud infalible y su expresión impávida le daba el aspecto de una máquina portentosa. Pero, lejos de allí, lejos de aquel presente que parecía absorberlo todo, había algo transido de dolor.

Cuando el fiscal tomó asiento, ninguno de los acusados dio muestras de demasiada inquietud, pues veían a los

cuatro abogados encargados de su defensa ocupados en sus documentos y eso les daba la sensación de que un ejército perfectamente entrenado y no puesto a prueba todavía acudía en su auxilio cuando acababan de asestarles el primer golpe.

La primera testigo subió al estrado, y Lewis la miró con un odio furibundo y que todo el mundo menos ella pudo advertir. En ningún momento miró a los acusados en el banquillo, incluso parecía del todo ajena a su presencia, pero, corpulenta, estúpida, llorosa y vestida de negro, les asestó una serie de golpes difíciles de encajar sin tambalearse.

—Yo sabía que mi hija era una muchacha muy simple. Le gustaban mucho los vestidos y sabía cómo vestirse. Era muy pulcra, muy cuidadosa con su apariencia. Siempre la tratamos como a una niña, por lo simple que era.

—Cuando la vio usted en Penge, ¿estaba ya en su ataúd?

—Sí, y la encontré muy cambiada, y no por la diferencia que hay entre la vida y la muerte.

—¿Puede decirnos en qué consistía ese cambio?

La testigo estaba muy afectada.

—Parecía muy mayor, mucho mayor de lo que era. Y estaba muy sucia y descuidada. Apenas la reconocía.

A este testimonio siguieron, como en una sucesión de apariciones para Elizabeth, por lo inesperado de su presencia, los de otras personas a las que no había visto más que en un par de ocasiones en toda su vida, algunas incluso desconocidas por completo.

—Me llamo William Cartwright. Soy mozo de equipajes en la estación de Halstead... Vi a los dos acusados cargar con una mujer para sacarla de un vagón. Vi a las acusadas acercarse a la taquilla de venta de billetes. Los dos hombres sostenían a la dama de un brazo cada uno.

—Me llamo George Arthington. Soy uno de los inspectores de la comisaría

del condado de Kent. Conozco la zona de Woodlands desde hace dos años. Que yo supiera, allí sólo vivían el señor y la señora Oman, Clara Smith y los dos niños. Recuerdo que la señora Ogilvy puso una denuncia. Buscaba a su hija. Me ordenaron vigilar la casa. Vigilé desde el camino, en más de veinte ocasiones, y también desde el bosque próximo a la casa, a distintas horas del día. Jamás vi a la señora Harriet Oman o a su hijo. No tenía la menor idea de que viviesen allí.

—Me llamo Henry Crosthwaite. Trabajo en la granja Eden, a unos quinientos metros de Woodlands. El señor Patrick Oman me pidió una

mañana comida para las gallinas. La mujer se acercó a la verja y él le dijo: «He avisado a la policía. Te llevarán presa si no vuelves a casa».

—Me llamo Arthur Perry. Soy guardabosques. Conocía de vista al señor Patrick Oman. No sabía que la señora Harriet Oman viviese en casa de los Oman.

—¿En alguna ocasión oyó algún ruido procedente de la casa?

—Sí, un domingo por la tarde, el 22 de octubre, a las tres y media, oí un grito.

—Me llamo Richard Tansley. Soy pescadero. Iba a la casa de Woodlands dos días en semana a las diez y media.

Una vez vi a la señora Harriet Oman. Estaba sentada en la cocina, con un niño en brazos. Parecía muy enferma o medio muerta de hambre. Fue la única vez que la vi.

A continuación declaró la matrona del hospital. Lewis y Elizabeth tenían una creciente sensación de agravio por el hecho de que circunstancias tan nimias, escenas que apenas habían durado unos minutos, pudieran utilizarse en su contra de una manera tan solemne.

—¿Dice usted que el niño estaba enfermo?

—Les dije que se estaba muriendo y le pregunté a la señora Elizabeth Oman si iba a quedarse con él. Dijo que no.

—¿Cómo iba vestido el pequeño?

—No como debería vestir un niño de esa edad. Iba vestido como un bebé de un mes. Me hice cargo de él. Estaba muy enfermo.

—¿Cuánto vivió?

—Murió esa misma noche.

—¿De repente? Se fue apagando poco a poco. Era incapaz de comer nada y no hacía ningún ruido.

—¿Le explicaron cuánto tiempo llevaba el niño enfermo?

—No lo recuerdo. La señora Elizabeth Oman dijo que su madre no lo cuidaba y que lo había llevado por compasión.

—¿Se fijó en el rostro del pequeño?

—Sí, tenía una herida en la mejilla izquierda.

Pasó el día, y la noche, y al día siguiente volvieron a encontrarse en la sala como si nadie se hubiera movido de allí. La señora Morpeth refirió cómo habían llegado a su casa, se contradijo en un par de ocasiones, que el abogado de Patrick aprovechó para hostigarla y reprenderla, y abandonó el estrado.

—Me llamo Ethel Hosegood. Me contrataron para atender a la difunta. La paciente estaba postrada, como si hubiera sufrido un ataque. No se movió hasta el momento de morir. Intenté darle comida y un medicamento, pero no podía tragar nada. Alrededor de la una y

media vi que se estaba muriendo y avisé al señor Lewis Oman, que estaba en una sala contigua, para que pudiera despedirse de su mujer, pues no me pareció que pudiese durar mucho más tiempo. La señora Elizabeth Oman, que estaba con él, me reprendió: «No diga eso, enfermera. ¡Le asusta usted!».

Elizabeth se llevó una mano a la boca. Tenía los ojos vidriosos. Patrick le estrechó la mano, pero ella no se dio cuenta. La crueldad, la maldad de sacar a colación sus propias palabras para hacer daño a Lewis la dejaron de piedra.

—Fui a lavarla, pero estaba tan sucia que no pude. Tenía el pelo lleno de

piojos y tanta mugre en todo el cuerpo que no había manera de eliminarla. En la vida había visto cosa igual. Parecía la corteza de un árbol.

¿Qué miráis todos, imbéciles? ¿Cómo os atrevéis a juzgarnos? ¿Qué demonios tiene todo esto que ver con vosotros?

—Me llamo David Horsham. Soy miembro del Real Colegio de Médicos y ejerzo mi profesión en Penge.

—Describa el estado en que encontró a la enferma.

—Estaba insensible. Respiraba con estertor y dificultad. Comprendí que no se recuperaría. No examiné a la paciente, al ver que la muerte era

inminente. Certifiqué, por las explicaciones que me ofrecieron, enfermedad cerebral y apoplejía. Me explicaron que padecía debilidad mental y que había sufrido un ataque. No supe nada más del caso hasta que la enfermera vino a verme... Cuando rectificué el certificado, el juez dictó la orden de realizar un examen post-mortem. Me acompañaron mi socio, un médico de la policía, y el doctor Deering, al que habían mencionado los acusados... El cadáver estaba escuálido y mugriento, sobre todo los pies. La piel de los pies se había vuelto callosa, como si llevara mucho tiempo andando descalza. Tenía piojos por todo el

cuerpo. En la cabeza encontré pelo auténtico y pelo postizo, muy estropeado. Tuvimos que quitarle el pelo postizo con fórceps para llegar al cuero cabelludo.

Alice se acordó del momento en que se presentó en la clínica del doctor Horsham, encantadora, temblorosa, jadeante, delicada como una anémona arrastrada por el viento, y pensó: «No puede echarme la culpa a *mí!*».

—¿Tiene usted alguna opinión de cuál fue la causa de la muerte?

—Sí. Murió de hambre, y el fallecimiento se precipitó con el traslado desde Cudham.

Comenzó entonces la batalla decisiva del juicio. El doctor Horsham, el doctor Deering y el médico de la policía fueron interrogados, contrainterrogados y nuevamente interrogados y contrainterrogados. Todos concluyeron, en sus testimonios, que la difunta había muerto de hambre y abandono. Pero la defensa llamó a declarar a otros tres médicos, uno de los cuales había estado presente en la autopsia, y, tras someterlos a un interrogatorio igualmente prolongado, expresaron la opinión, a juzgar por el estado del cerebro, de que la causa de la muerte había sido una meningitis tuberculosa: no podían determinar hasta qué punto esto pudo precipitar el desenlace. Reconocieron, coaccionados por el fiscal, que haber confinado a la difunta en una pequeña habitación con

media ventana tapiada y sin fuego en pleno invierno no era precisamente el tratamiento más recomendable para un paciente en estas o en otras circunstancias, aun cuando estaba fuera de toda duda que la meningitis tuberculosa había sido la causa de la muerte. Por espacio de varios días — ésa fue la impresión del público presente—, la vista se centró en un debate técnico entre los seis médicos: las causas de la delgadez, los síntomas de diabetes, de meningitis, de enfermedad de Addison, la rapidez o la lentitud con que la enferma había sucumbido a la tuberculosis y las circunstancias susceptibles de agravar la virulencia de otra media docena de enfermedades. Los prisioneros y el tribunal en general perdieron el hilo de la argumentación y cayeron en un

estado de incomprensión pasiva. Únicamente en la pequeña zona comprendida entre el sillón del juez, la mesa de los abogados y el estrado de los testigos se detectaba una actividad y un bullicio comparable al que produce una corriente eléctrica.

Cuando el último de los médicos quedó liberado del fuego continuo del interrogatorio, la expectación se apoderó de todos los presentes, como si las cosas volviesen al ámbito del entendimiento general, y Clara Smith subió al estrado, donde apenas asomaba la cabeza. Alice y Elizabeth no daban crédito a lo que veían sus ojos. Sabían que Clara iba a comparecer para

declarar en su contra, pero verla allí, por encima de ellos, confinados entre barrotes, les causó una extraña sensación de irrealidad. Clara estaba pálida y lastimera. La solemnidad del protocolo, del que tanto habría disfrutado en circunstancias ordinarias, le pasó completamente inadvertida. Sólo era consciente de que tenía mucho miedo, un gran deseo de caer enferma, y verdadero pánico de que eso pudiera ocurrirle en presencia de caballeros tan adustos. Habló en un tono ridículo y chillón.

—Me llamo Clara Smith. El mes pasado cumplí dieciséis años.

Mientras continuaba declarando, sus

primas perdieron la sensación de asombro que les produjo su aparición en un primer momento. Alice deseaba apalearla con todas sus fuerzas, arrancarle el pelo y estrangularla hasta que los ojos le saltaran de las cuencas. Elizabeth puso su mano en la de Patrick, que ya la tenía cogida de la otra mano, y, sin levantar la mirada sintió que la frialdad de la muerte se apoderaba de ella.

—Su costumbre de gritar y de hacer muecas fue la causa de muchos de los primeros golpes que recibió. Él empezó a dejarla sin comer mucho tiempo y ella se desesperaba. Una noche, aunque no había comido nada en todo el día, no le

dieron de cenar. Yo dije: «¿Le subo a Harriet algo de comer?». Y él contestó: «No. Que espere». Cuando vio que no le llevaba nada, se echó a llorar de un modo espantoso. No paraba de gemir y de suplicarme que le diera un poco de comida. Yo no podía, porque la guardaban bajo llave. Desde ese día se puso como loca y más tarde se volvió insensible. Entonces se asustaron. Intentaron que reaccionara, pero sin conseguirlo. Cuando la movían parecía completamente desvalida. Patrick no dejaba de amenazarme con lo que me pasaría si se enteraba de que hablaba de ella fuera de la casa.

Tras un lapso que se hizo

interminable para los acusados en el banquillo, Clara Smith pudo retirarse. Patrick tenía un atisbo de sonrisa altiva y desdeñosa. Lewis respiró hondo, muy aliviado de poder tomar aire. La defensa no perdió la ocasión de señalar que la joven había declarado bajo juramento todo lo contrario ante el juez de instrucción, y que por tanto había subido al estrado siendo una mentirosa confesa.

Y ¿quién demonios eran esas dos? Comparecieron dos mujeres completamente desconocidas para Patrick, Lewis y Alice, pero a Elizabeth se le cayó el alma a los pies al reconocer a las dos criadas de los vecinos. Estas apariciones de personas

con las que apenas había tenido relación, a las que apenas conocía de vista y que venían a declarar contra ella, eran como una pesadilla para Elizabeth. Cuando describieron la tarde que habían pasado en Woodlands y contaron que Harriet intentó bajar las escaleras y Clara se lo impidió, Elizabeth recordó que la chica le había mentado al día siguiente y pensó que era ella quien debería estar sentada en el banquillo en vez de andar en libertad, por ser tan malvada y crear problemas a personas que siempre habían sido buenas con ella. Alice apretó las manos como si de verdad estuviera estrangulando a Clara.

El sargento Brownlea fue el

siguiente testigo y, tras dar cuenta de las declaraciones que le hicieron los prisioneros, explicó que, cuando éstos se ausentaron de Woodlands, registró la casa a conciencia y tomó nota de la suciedad que había en el dormitorio de Harriet. A continuación fue a Sirenwood, donde Alice, indignada y furibunda, le preguntó cómo se había atrevido. Aun cuando hubiesen cometido un delito, ¡era escandaloso que tuvieran derecho a actuar así a sus espaldas!

—Encontré en la sala de estar esta carta, escondida en la repisa de la chimenea —dijo el sargento Brownlea. Alice llevaba meses viendo el papel a diario, hasta que el humo lo ensució

tanto que se volvió casi ilegible. Lo habían dejado detrás del espejo y, como quitarlo de allí era cuestión de segundos, nunca se tomó la molestia de hacerlo. Era la carta que Harriet le escribió a Lewis, en la que le decía: «Tengo las botas viejas».

Cuando se hizo un receso para comer, el juez pasó a una sala contigua donde lo esperaban dos chuletas de cordero, una patata, media botella de Lafite y un trozo de queso Stilton. Tripp entró como una exhalación desde el pasillo, donde el amable ujier lo había soltado para que pudiese corretear un poco. El juez dejó el cuchillo y el tenedor para saludar al perro.

—¡Hola, Tripp, amigo mío! —Al oír su voz el perro, se paró en seco, escondió la cabeza entre las patas y miró a su amo con anhelo.

Los alegatos en defensa de los cuatro acusados se prolongaron un día entero, y la tensa atención con que éstos seguían el curso del juicio se mitigó un poco al escuchar los argumentos que incidían en su inocencia. Volvieron a aducirse en su favor las pruebas médicas, y se instó al jurado a comprender que la causa de la muerte fue una meningitis tuberculosa y que el estado en que se hallaba el cuerpo de la difunta era imputable a la incapacidad de una persona de escasa inteligencia para ocuparse de su higiene personal. El señor Patrick Oman había

tenido que reprender a Clara Smith en varias ocasiones por no lavarle el pelo. Era incuestionable que la criada debería haberla atendido mejor, aun cuando esta negligencia radicase en parte en la ignorancia de la muchacha y en parte en la escasez general de comodidades en la casa. En lo concerniente al estado en que, según se había señalado, se encontraba la habitación de la fallecida... ¿podía alguien creer que el señor Patrick Oman habría permitido que su hijo entrase libremente allí si eso fuera cierto?

En defensa de Lewis se subrayó que, puesto que pagaba una libra a la semana por la manutención de su mujer y de su hijo, había cumplido con la obligación legal de garantizar su sustento. Tal vez

no fuera ésta una provisión de fondos generosa, incluso era muy probable que el jurado encontrase esta conducta reprobable, puesto que su mujer y su hijo tendrían que haber vivido con él, bajo el mismo techo. Sin embargo, no estaban allí para censurar la conducta del acusado, que todo el mundo coincidía en condenar en cierta medida, sino para decidir, únicamente, si se había cometido o no un asesinato.

En cuanto a Patrick, sobre quien cabía entender que pesaban los cargos más graves, ¿no debía el jurado detenerse un momento a considerar los hechos? Se hallaba, sin lugar a dudas, en circunstancias muy precarias, y recibía

de su hermano una libra a la semana por el alojamiento y la manutención de su mujer y su hijo. ¿No le interesaba, por tanto, prolongar la vida de sus inquilinos, en lugar de deshacerse de ellos? Se había descrito al acusado como un hombre de una crueldad repugnante, y la defensa reconocía la dureza de su temperamento. En modo alguno pretendían lavar su imagen en ese sentido, y era cierto que, cuando se alteraba, trataba a todo el que se cruzase en su camino con una brusquedad que podía ser muy chocante para las personas corrientes. No obstante, aun reconociendo todo esto, como se reconocía sin reservas, ¿qué quedaba?

El testimonio de una muchacha histérica de dieciséis años que ¡había admitido que cometió perjurio! Por último, si alguno de los acusados hubiera sido consciente de maltratar a la fallecida, ¿habrían hecho lo que la fiscalía había señalado? ¿Habrían dicho el nombre del médico de la familia? ¿Habrían dejado el cadáver en Penge, para que la enfermera y el encargado de las pompas fúnebres pudieran verlo, si no hubieran tenido la seguridad de que el estado del cuerpo, por deplorable e incluso asombroso que fuese, era enteramente achacable a la enfermedad, la invalidez y la obstinación de la infortunada mujer? Si fueran culpables, incluso conscientes

de estar cometiendo un delito de abandono, del que en toda justicia podían ser acusados, ¿no se habrían esforzado en asear el cuerpo antes de que nadie lo viese, en lugar de dejarlo en el estado en el que todas las pruebas indicaban que lo habían dejado para que cualquiera pudiese verlo?

En defensa de Alice, su abogado no tenía la intención de entretener al jurado demasiado tiempo. Deseaba señalarles que, a menos que se le imputara un delito de asesinato, no había ningún motivo para condenar a su cliente. La acusación ya se había encargado de recordar que, cuando las personas con obligación legal de procurar a alguien

todo lo necesario para la vida no cumplen con esta obligación, y ese alguien muere, esas personas son, si no culpables de asesinato, sí culpables de homicidio sin premeditación. Ahora bien, en el caso de Alice Hoppner, la acusación de haber desatendido sus deberes con la fallecida no tenía cabida, toda vez que no pesa sobre la amante la obligación legal de procurar el bienestar de la esposa. Era muy censurable que se hiciera pasar por la mujer de Lewis Oman mientras la verdadera señora Oman había sido excluida de su propia casa, pero no estaban allí para juzgar ese aspecto del caso. La cuestión que estaban juzgando no era el adulterio,

sino el asesinato, y sobre ese punto, negaba rotundamente el abogado que hubiese una sola prueba en contra de su cliente. Ya se reconoció en su momento que había tomado parte en ocultar a la madre de la fallecida el paradero de su hija, pero quería insistir la defensa en las siguientes atenuantes: su juventud — aún no había cumplido los veinte años— y la desgracia de haberse dejado seducir por Lewis Oman en un momento muy poco propicio. Una vez que ocurrió esto, le fue imposible retirarse y puso todo su afán en encubrir su desgracia. Igual de poderoso era el móvil en el caso de su hermana.

Todas las miradas se centraron en

Alice, quien, con una mezcla de agotamiento, vergüenza y emoción al saberse observada con tanto interés, escondió el rostro entre las manos largas y finas y rompió en sollozos. Los demás parecían estatuas de piedra.

A las diez y media de la mañana siguiente, el juez dio comienzo a las recapitulaciones. Prosiguió su exposición tras un receso de treinta minutos a mediodía, mientras la luz se volvía progresivamente más densa, se encendían las lámparas de gas con su suave resplandor amarillo, se colocaban velas para su señoría y el cansancio se traslucía en el semblante de los miembros del jurado, pálidos,

amontonados en un incómodo banco e intoxicados por el ambiente cada vez más cargado, pero ajenos a todas estas circunstancias. Aun así, la tensión era casi palpable y los rostros de todos los presentes se tornaban borrosos y tenues, salpicados de sombras cada vez más oscuras, y los acusados con las pupilas dilatadas, tan inmóviles ahora como los guardias que los custodiaban, sentían una creciente opresión cada vez que respiraban. Mientras tanto, las ventanas se convertían en láminas de oscuridad brillante y, aquí y allá, un rayo de luz o un grito bronco procedentes del mundo exterior entraban en la estancia sin que la voz profunda y penetrante del

magistrado decayese en ningún momento, hasta que, a la diez menos veinte de la noche, se advirtió un cambio en su tono, y un rumor de agitación acompañado de un prolongado suspiro recorrió la sala de extremo a extremo.

—Y ahora, caballeros, creo que he repasado todos los pormenores del caso. Tenemos, ustedes y yo, un arduo y oneroso deber que cumplir. Podemos tener, deberíamos tener, tenemos, el único propósito de establecer la verdad. Sé que es superfluo prevenirlos tanto de los prejuicios como de la compasión. Sin embargo, por un lado, no pueden ustedes dejar de sentir simpatía por la

desdichada mujer que, por no decir más, terminó su vida de una manera tan miserable, y, por otro lado, no pueden sustraerse a los prejuicios contra las personas, fuesen quienes fuesen, responsables de su muerte. Pero aparten ustedes esos sentimientos y permítanme instarles igualmente a olvidar cualquier consideración sobre las consecuencias que su veredicto pueda tener para los acusados. Su deber es exclusivamente sacar a la luz la verdad y establecer, mediante su veredicto, cuál es en su opinión esa verdad, con independencia de las consecuencias que esto acarree para unos u otros. Tales consecuencias en nada les competen a ustedes. De esas

consecuencias sólo la ley, a través de mí, que soy el encargado de administrarla, es responsable. Les conmino por tanto a que su veredicto sea, como tengo la certeza de que será, la expresión de su sincera opinión, cimentada en una serena pero firme consideración de los hechos que ya conocen detalladamente.

El único acceso para entrar y salir del banquillo de los acusados era una escalera apenas iluminada que llevaba a los sótanos, por la que Elizabeth bajaba en ese momento medio aturdida. La tensión, que había empezado para ella mucho antes de sentarse en el banquillo, terminó por hacer mella en sus nervios.

No sufría: sólo estaba ausente cuando una de las carceleras la sentó amablemente en una silla. Patrick y Lewis hacían gala de la mayor tranquilidad, el primero animado por la valentía de la desesperación, el segundo distraído por diversas sensaciones y apaciguado por la impresión, semejante a un sueño, de hallarse por encima de todo cuanto le sucedía a su presencia terrenal. Alice era la única con plena conciencia del horror. Carecía del juicio necesario para comprender que, en última instancia, no es el dolor sino la resistencia al dolor lo que nos mata; que en momentos de crisis, ya sea por sufrimiento físico o mental, cuanto

puede hacerse es adoptar una actitud pasiva y dejarse arrastrar por la corriente. Tendría que haberse preparado para esperar lo peor y afrontar su muerte sin más emoción de la que sentiría si fueran a sacarle una muela. En lugar de ponerle en la cara la máscara amarillenta del dentista, para que respirara los dulces y anestésicos vapores del olvido, del que, muy a su pesar, el paciente no tardaría en despertar, le cubrirían la cabeza con el saco del verdugo y, cuando volvieran a descubrísela, estaría a salvo para siempre. La enterrarían en una fosa de cal viva, en el patio de la prisión, pero eso no tendría la más mínima

importancia. Habría logrado el principal objetivo de su existencia: se habría liberado definitivamente de toda clase de dolor y preocupación. Pero Alice no era capaz de transitar por este sencillo camino hacia la paz y se hallaba sumida en un estado de incertidumbre y esperanza del que nadie podía sacarla.

Eran las once cuando volvieron a la sala que, en contraste con el sótano, parecía rebosante de luz. Los jurados ya ocupaban sus asientos como una hilera de rostros blancos. No fue hasta que se pronunciaron las palabras «Caballeros del jurado, ¿han acordado ya su veredicto?», cuando Lewis, pálido y sudoroso, sintió que el velo que cubría

su conciencia se levantaba por fin y se sintió atenazado por una agonía sin límites: apretó las manos como si tratara de resistir un espasmo de dolor físico y su expectación se volvió lacerante como el filo del acero.

—¿Consideran que el acusado Lewis Oman es culpable del asesinato que se le imputa o no culpable?

—Culpable.

—¿Consideran que el acusado Patrick Oman es culpable del asesinato que se le imputa o no culpable?

—Culpable.

—¿Consideran que la acusada Elizabeth Oman es culpable del asesinato que se le imputa o no

culpable?

—Culpable.

—¿Consideran que la acusada Alice Hoppner es culpable del asesinato que se le imputa o no culpable?

—Culpable.

En cada uno de los extremos del banquillo, Lewis y Alice no tuvieron un solo pensamiento que no se refiriera únicamente a sí mismos: ninguno de los dos era consciente de nada que no fuese el pánico a la muerte. Elizabeth y Patrick, sin embargo, estaban abrazados, tan solos, el uno con el otro, como si el mar de rostros que los rodeaba fuese en verdad un mar que rompía a los pies de un peñasco al que ambos se aferraban

juntos.

El magistrado llevaba ahora un paño negro sobre la peluca. Lo que pudiera decir no afectaría en absoluto a Elizabeth y Patrick, pues ya habían sufrido en un instante todo cuanto podían sufrir y escuchaban mudos de asombro.

—Lewis Oman, Patrick Oman, Elizabeth Oman y Alice Hoppner: tras una prolongada, paciente y minuciosa investigación han sido declarados culpables, por un jurado de su país, de un delito tan perverso y atroz que difícilmente encuentra parangón en los anales del crimen. Con una brutalidad difícilmente concebible, y sirviéndose de la más cruel de las torturas,

planearon acabar con la vida de una pobre mujer inocente, indefensa y ultrajada...

¡Esto no tiene nada que ver con nosotros!

—Es muy triste ver a cuatro personas jóvenes condenadas por un asesinato tan abyecto como el que ustedes han cometido. Aun cuando no se les ha condenado por el asesinato de un niño inocente, estoy convencido de que no sólo son culpables del delito que aquí se ha juzgado, sino también de haber planeado y causado esa otra muerte.

Usted no lo entiende. No es como si lo hubiera hecho otra persona...

Nosotros somos distintos.

—Es inconcebible, al menos para una mentalidad como la mía, la forma en que han llevado a cabo sus designios, y han sido capaces de mirar a esa pobre e infeliz criatura y verla consumirse poco a poco mientras la empujaban a la tumba.

¿Va usted a acabar con mi vida y la de mi mujer por ese animal? Somos seres humanos afectuosos. Es usted el asesino, cien veces peor que nosotros.

—Les encarezco sinceramente que aprovechen el poco tiempo que les queda en esta tierra y se preparen para reunirse con su Creador. La misericordia no me pertenece. No tengo

la capacidad de otorgar misericordia. Eso corresponde a una autoridad superior. Sólo me resta comunicarles la terrible sentencia judicial que me dispongo a pronunciar...

¡Qué raro se me hace pensar en Alfred como un hombre adulto y saber que no estaré aquí para verlo!

—La sentencia que dicta este tribunal es que regresen por separado al lugar de donde han venido y de ahí sean trasladados a la prisión del condado de Kent y de ahí al lugar de la ejecución, donde serán ahorcados hasta la muerte y sus cuerpos enterrados en el recinto de la prisión en la que hayan sido confinados hasta el último día. Que Dios

se apiade de sus almas. ¡Amén!

Todos los presentes en la sala repitieron esta última palabra como un gemido, pero ni Elizabeth ni Alice lo oyeron. Elizabeth dejó caer la cabeza en el hombro de Patrick y sintió que le temblaban las rodillas. Alice ya se había desmayado. Sus respectivas carceleras las ayudaron a incorporarse con amabilidad, y Patrick se volvió a Lewis, que miraba al vacío. Le cogió de la mano y vio que una sonrisa tenue asomaba en su rostro anonadado.



XXI

La excitación popular con que se acogió el veredicto alcanzó el más alto grado antes de emprender su progresivo descenso. El aplauso que suscitó el brillante tratamiento del caso por parte de *sir* Henry Tyrell tuvo su contrapartida en forma de críticas adversas. El tremendo *tour de force* que supusieron las diez horas de recapitulación, según se dijo, no había

juez ni jurado que pudiera soportarlo sin ver afectada su imparcialidad. Ciertamente que había sido un alarde de genio forense, pero *sir* Henry Tyrell no llevaba en la judicatura el tiempo suficiente para haber olvidado su deslumbrante carrera como abogado. Era partidario de la condena de los cuatro acusados, y el jurado, hipnotizado por su poder e influido por la atrocidad del crimen tanto como el propio juez, había confundido la culpabilidad moral con la demostración fehaciente de dicha culpabilidad, tal como exigía la justicia. El gremio médico, con *sir* Hubert Stretton a la cabeza, se quejó del trato displicente que merecieron las pruebas

aportadas por la defensa. En general, aun cuando difícilmente podía lamentarse que los acusados hubiesen sido condenados a muerte, había llegado el momento de considerar el asunto con mayor frialdad. El ministro del Interior reabrió el caso y, con ayuda de tres jueces, conmutó la pena de muerte por la de trabajos forzados para Lewis, Patrick y Elizabeth, dos días antes de la fecha señalada para la ejecución, mientras que Alice fue absuelta de todos los cargos.

Privada de su amante, de los lujos y los placeres, condenada al ostracismo y el desprecio de la opinión pública, regresó a casa de su madre. Sin embargo, estaba feliz, porque de todos

los instintos humanos, el de supervivencia es el más fuerte, y estaba viva.



XXII

Dos años después de los hechos, el director y el capellán de una prisión se vieron en el doloroso trance de anunciar a una de sus reclusas que su marido, también preso, había muerto en la enfermería penitenciaria. Había contraído una neumonía y, al ser un hombre de escasa fortaleza, la muerte le sobrevino súbitamente mientras se disponía lo necesario para que su mujer

podiera visitarlo.

Cuando oyó que alguien entraba en la celda, Elizabeth esperaba la llegada de la carcelera con la comida de mediodía. Con su sencillo atuendo de presa y el pelo recogido debajo de una cofia, había cambiado extraordinariamente y su carácter se había endurecido. Recibió con su dignidad de costumbre la noticia que el director le comunicó con la mayor amabilidad posible y asintió tranquilamente al capellán cuando éste se ofreció a quedarse con ella para rezar por el difunto. Sintió no obstante un gran alivio cuando lo vio cerrar el libro de oraciones y prepararse para salir, pues

había pasado la hora de comer y la presencia del capellán estaba retrasando el momento de que le llevasen la comida. Y es que la comida, por sencilla que fuese, le resultaba deliciosa. Esperarla con ilusión, recibirla y saborearla era el único placer, el único interés de su tediosa existencia. Y la certeza de que llegaría a una hora determinada el único pilar de su vida.



Epílogo

Solo se conoce una fotografía de Harriet Staunton, de soltera Richardson. Se tomó en 1874 con ocasión de su compromiso con Louis Staunton, un hombre sin blanca, empleado en una casa de subastas. A primera vista parece como cualquier mujer de su clase y su tiempo. Lleva un vestido recatado, de cuello alto, y un espléndido tocado ladeado hacia delante

con estilo. El peinado (que podría tratarse de un postizo, según la moda que causó furor hasta que en 1876 se firmó la sentencia de muerte de *The Englishwoman's Domestic Magazine*) terminaba en una elaborada creación de trenzas, recogido por detrás de las orejas. Un examen más atento de esta imagen borrosa revela, sin embargo, tal como confirma el instinto, que no todo es lo que parece. Hay algo en su expresión que sugiere que esta mujer joven no es del todo consciente del mundo que la rodea. Tiene los párpados gruesos y caídos. La sonrisa, tensada como un suave guante sobre unos nudillos pronunciados, es más bien una

mueca. La impresión general es la de una mujer —tenía entonces treinta y tres años— que está interpretando un papel. El papel en cuestión es el de novia ilusionada, un papel protagonista que ni Harriet ni su madre, la señora Butterfield, jamás soñaron que pudiese llegar a interpretar.

La novela que acaban de leer está basada enteramente en hechos reales. Harriet Staunton vivió y murió aproximadamente tal como lo describe Elizabeth Jenkins. Era en realidad —por decirlo con la misma expresión antigua y rural que emplea Jenkins— «tontita». Cabe especular que padeció falta de oxígeno en el momento de nacer, pero,

con independencia de cuál fuera la causa de su discapacidad, la verdadera Harriet tenía lo que hoy llamaríamos trastornos de aprendizaje. Bajo la atenta tutela de su madre —la señora Ogilvy en la novela—, aprendió a cuidar especialmente de su apariencia. Era capaz de asearse y de vestirse, y siempre —al menos hasta que se casó— fue una mujer limpia y ordenada. Tenía no obstante dificultades para expresarse, tanto verbalmente como por escrito. A veces se reía a carcajadas sin ningún motivo aparente, y otras sufría ataques de ira. Su manera de comportarse, para quienes no la conocían ni la querían, era decididamente extraña.

Aun así, mientras vivió en un hogar seguro, su vida fue agradable. Harriet contaba con dos grandes dones. En primer lugar, tenía una madre que la cuidaba con esmero, pese a que volvió a casarse en segundas nupcias, con todas las responsabilidades que esto conllevaba. (El padre de Harriet murió cuando ella tenía doce años, y su madre contrajo matrimonio con el reverendo John Butterfield en 1858). En segundo lugar, tenía dinero: una herencia cercana a las cinco mil libras (medio millón de libras actuales) que le había dejado su tía abuela, la honorable baronesa Eleanor Rivers. Sus días transcurrían entre compras y visitas a familiares, y

fue en una de estas visitas, en 1873, cuando conoció a Louis Staunton (Lewis en la novela). Thomas Hinksman, hijo de una tía de Harriet, la señora Ellis, se había casado con una viuda, la señora Ann Rhodes, que tenía dos hijas: Elizabeth, de veintitrés años, y Alice, de quince. Elizabeth se había casado recientemente con un artista, Patrick Staunton, que sentía verdadera veneración por su hermano mayor, Louis de veintirés años.

En años posteriores, Louis aseguraría que jamás se le habría ocurrido cortejar a Harriet de no haber sido porque una persona de su familia (presumiblemente la señora Ellis) lo

animó a hacerlo. Fuera quien fuese quien le metió esta idea en la cabeza, puso todo su empeño en encandilar a Harriet, y la pareja anunció su compromiso tras un breve cortejo. Aunque la señora Butterfield desconfiaba de Louis, su oposición de nada sirvió. Harriet, indignada, dejó la casa de sus padres y se fue a vivir con la señora Ellis en Walworth. Fue entonces cuando su madre se alarmó de verdad y trató de conseguir que el Tribunal de la Cancillería se hiciera cargo de la tutela de Harriet. Su petición fue desestimada, y Harriet y Louis formularon sus votos matrimoniales en Clapham, el 16 de junio de 1875. La señora Butterfield no

asistió a la boda, pero visitó a la pareja tres semanas más tarde en su residencia de Brixton. El encuentro fue breve, aunque cortés. Unos días después de esta visita recibió una carta de Harriet, en la que ésta decía que «a su marido no le parecían bien mis visitas y por tanto mi hija pensaba que era mejor que no volviese por allí, para evitar desavenencias entre ellos». Asimismo recibió una nota de Louis: no quería volver a verla en su casa. La señora Butterfield no volvió a ver a su hija hasta abril de 1877, en su ataúd.

Elizabeth Jenkins, a diferencia de otras personas, creyó firmemente en la

culpabilidad de quienes, en septiembre de ese mismo año, fueron condenados en los juzgados de Old Bailey por el asesinato de Harriet Staunton: su marido, Louis Staunton, su cuñado, Patrick Staunton, su cuñada, Elizabeth Staunton, y la amante de su marido y hermana de Elizabeth, Alice Rhodes. El delito que cometieron, según refleja la autora en sus memorias, *The View From Downshire Hill*, en 2004, «fue de una bajeza y una crueldad difícilmente concebibles». El «misterio de Penge», como se conoció popularmente, fue un caso tristemente famoso no sólo por la atrocidad de los detalles —la prensa no se cansaría de publicar extensas crónicas con inquietantes descripciones de los últimos días de Harriet— sino también por el hecho de que el juicio y el consiguiente veredicto acelerasen la

creación de un Tribunal de Apelación. Jenkins, sin embargo, no tuvo pleno conocimiento de este horror —un horror que la acompañó muchos años— hasta unas décadas más tarde, cuando su hermano David, que era abogado, le prestó un ejemplar de *The Trial of the Stauntons*, un volumen incluido en la popularísima colección titulada *Notable British Trials Series*. El libro se encontraba en la biblioteca de su bufete, Hawkins and Co, una firma fundada en el siglo XIX por el señor Hawkins, cuyo hijo, Henry, siguió la carrera judicial. El primer caso de Henry Hawkins —«el caso más sensacionalista que me ha tocado presidir»— fue el juicio de los Staunton.

Jenkins, que siempre se había interesado por la conducta criminal y a quien fascinaban los juicios, se enfrascó por completo —«se obsesionó»— en la historia de los Staunton, una historia que le transmitió «una poderosa corriente de energía». Decidió escribir una novela, un libro que resultaría ser, como la autora señaló en fechas posteriores, «uno de los primeros ejemplos —si no el primero— de novela basada en hechos reales, con los verdaderos nombres de pila de los protagonistas y todos los datos biográficos disponibles, aunque realizada con la visión imaginativa y el color que el novelista está obligado a procurar». (En 1934, el

mismo año en que se publicó *Harriet*, F. Tennyson Jesse, editora de varios volúmenes de la colección *Notable British Trials Series*, publicó su novela *A Pin to See the Peep Show*, basada en el caso de Edith Thompson y Frederick Bywaters, ejecutados por el asesinato de Percy Thompson, el marido de Edith, si bien los personajes aparecían con nombres ficticios). Jenkins tituló su novela con el nombre de la víctima.

Esta novela, la cuarta en la trayectoria de la autora, fue su primer éxito comercial y obtuvo además el prestigioso Prix Femina Vie-Heureuse (los finalistas fueron Evelyn Waugh, con *Un puñado de polvo*, y Antonia White,

con *Helada en mayo*). Y nada tiene de extraño. Aunque más tarde Jenkins llegó a pensar que había algo «censurable: una especie de flagrante violación de la propiedad intelectual» en el hecho de dejar intactos los nombres de las personas y los lugares, *Harriet* constituye una obra tan conseguida y notable como singular: perfectamente medida, profundamente reveladora y decididamente brillante. *The Trial of the Stauntons*, aunque plagado de datos, es un libro que resulta confuso. La codicia, el afán de lucro, pueden llegar a comprenderse, pero ¿encerrar a una mujer discapacitada en una habitación de una casa de campo aislada y dejarla

morir de hambre? Esto es mucho más difícil de concebir. Mientras Harriet profería sus desesperados gritos animales y se rascaba febrilmente el cuerpo infestado de piojos, los Staunton, en el piso de abajo, llevaban una vida normal, haraganeaban al calor de la chimenea y comían hojaldres y chuletas de ternera. No es sólo un delito, es... *inexplicable*. Sin embargo, en manos de Jenkins, la complicidad del cuarteto se revela con maestría. Jenkins tiene una capacidad singular para descifrar los códigos psicológicos y desentrañar la lógica más enrevesada.

Nos presenta el crimen no como un plan sino como un acuerdo tácito,

sólidamente afianzado por la peculiar intensidad de la relación protectora que existe entre los asesinos: Patrick y Alice están cautivados por Lewis; Elizabeth está cautivada por Patrick y empeñada en proteger el buen nombre de Alice. Lewis desea —necesita— la adoración de los tres. La muerte de Harriet no es tanto un final como un desenlace inevitable al deslizarse por una pendiente resbaladiza: una pendiente moral cuya peligrosa trayectoria se desvela por primera vez, en la novela, cuando Alice concluye que la satisfacción de tener un precioso vestido de seda azul («oscuro como el ala de un arrendajo») sería para ella infinitamente

mayor que para Harriet, su dueña. (En ese momento, Harriet y Lewis ni siquiera han llegado a prometerse). La toma de conciencia se presenta en la novela como un elemento transformador: Elizabeth, por ejemplo, descubre que su conciencia acepta plenamente las mentiras que le cuenta a la madre de Harriet. ¿Qué otra cosa puede hacer para proteger a sus queridos Alice y Lewis? *Harriet* es una novela en la que las personas se alejan de la verdad con la misma facilidad con la que corren una cortina para que el viento no entre por la ventana, como en la escena en la que Elizabeth encuentra a Alice planchando los retales del vestido de seda azul, que

ha descosido, y prefiere mirar a otro lado. Los cuatro protagonistas contemplan su culpabilidad (si es que llegan a hacerlo en algún momento) con poco más que educado disgusto. Sus vidas siguen siendo placenteras, a menos que la visión de su debilitada y temblorosa víctima se cruce causalmente en su camino.

El relato de Jenkins estremece porque el horror se produce en un entorno familiar y al compás de la vida cotidiana. Por momentos, todo es tan normal que a simple vista no se aprecia la atrocidad de la situación. La noticia de que Harriet va a tener un hijo se anuncia como de pasada, en una

conversación, y lo mismo sucede con el nacimiento del niño. Sólo unas frases más adelante cae en la cuenta el lector de lo que esto significa: que Lewis se ha acostado con Harriet, una mujer que nada sabe del sexo y a quien encuentra físicamente repulsiva. Se comprende entonces que concebir un hijo y dar a luz ha debido de ser para ella una experiencia aterradora (Jenkins da a entender más tarde que Harriet apenas comprende que ese hijo era tan «de ella» como de su marido). Jenkins se resiste a la tentación de hacer explícito lo que le está ocurriendo a Harriet hasta el momento en que Alice señala que no hay necesidad de avisar a un médico

porque «morirá de todos modos». Prefiere, en cambio, instilar un horror sutil en todos los detalles de la vida cotidiana: los dulces baratos y excesivamente condimentados que Lewis le envía a Harriet antes de casarse; los guantes que Elizabeth le pone antes de llevarla a Penge, de los que cuelgan, de manera escalofriante, unos dedos vacíos.

Elizabeth Jenkins nació en 1905 en la localidad de Hitchin, en Hertfordshire, donde su padre había fundado la escuela de primaria Caldicoot. Tras terminar la enseñanza secundaria en Letchworth, en 1924, estudió historia y literatura en el

Newnham College de Cambridge, donde F. R. Leavis era una personalidad muy influyente. Elizabeth escribió un trabajo para él en cierta ocasión (aunque no figuraba entre sus tutores, como a veces se ha señalado), y jamás olvidó la experiencia. El doctor Leavis se lo devolvió reducido a una tercera parte, «y con eso me demostró que lo conservado expresaba mi opinión con mucha mayor contundencia que el texto original». En *The View From Downshire Hill*, la autora insiste en que no siempre se atendería a esta lección. Basta, sin embargo, con examinar cualquiera de sus libros para constatar que no es fácil encontrar una sola frase que no pueda

calificarse de hermosa por su concisión.

Jenkins supo desde muy joven que quería ser escritora, aunque su ambición era tímida y apenas la expresaba. Cuando se disponía a abandonar Newnham, la directora de esta institución académica, Pernel Strachey (la hermana de Lytton), le preguntó si le gustaría conocer a Virginia Woolf. Jenkins dijo que sí. Posteriormente recibió una nota en sus habitaciones alquiladas de Doghty Street, en la que la invitaban a visitar a los Woolf en Tavistock Square, una tarde, después de cenar, si estaba libre. Jenkins encontró que Virginia era una mujer muy hermosa, y le impresionaron «su dignidad, su

elegancia y su completa desinhibición», aunque se quedó pasmada cuando, meses después de visitar asiduamente a la escritora, ésta la desairó sin ningún miramiento (de su último encuentro con Woolf destaca su tono «despectivo y burlesco»). Continuó de todos modos trabajando con ahínco para completar su primera novela, *Virginia Water*, que fue finalmente publicada por Victor Gollancz, como parte de un acuerdo para escribir otros dos libros.

Desde entonces y hasta su muerte, en 2010, escribió sin descanso, con un breve paréntesis en que trabajó como profesora de Lengua y Literatura, además de los años de la guerra, en los

que colaboró con el Comité de Asistencia Social, ayudando a los refugiados judíos y a las víctimas de los bombardeos aéreos. Nunca se casó. Escribió doce novelas —la más conocida de todas es *The Tortoise and the Hare* (1954), en la que narra la historia de un matrimonio con un doloroso final— y doce libros de no ficción, entre los que destacan dos reconocidas biografías de Isabel y Jane Austen. Su carrera fue, no obstante, a juzgar por los parámetros de hoy, muy discreta. A los novelistas del siglo XXI no les está permitida la timidez: tienen que promocionarse, ser locuaces, capaces de dirigirse al público sobre

cuestiones de toda índole. Jenkins, por el contrario, era insegura y autocrítica. Conocía y aceptaba sus debilidades. Muchos años después de su último encuentro con Virginia Woolf, leyó los diarios de la escritora, en los que ésta se refería a *Virginia Water* como «un libro dulce como la miel». En cierto modo se sintió muy satisfecha, pues sabía lo despectiva que podía llegar a ser Virginia. Pero también comprendió que Virginia había puesto el dedo en la llaga: lo que la propia Jenkins intuía como falta de garra. «Me temo que ésta ha sido siempre la tónica de mis novelas basadas en una ficción; he necesitado novelar un suceso de la vida real,

transcribir una experiencia o una biografía, para subsanar esta deficiencia». Mi impresión es que, modestia aparte, Jenkins estaba en lo cierto, de ahí que *Harriet* sea una novela tan magistral. Forjada a partir de la prolijidad, escasamente prometedora, de un tribunal victoriano, consigue ofrecer una poderosa síntesis de verdad e imaginación que deja una huella indeleble. No es exagerado decir que está hecha con la materia de las pesadillas.

Algún tiempo después de la publicación de *Harriet*, Elizabeth Jenkins recibió una carta de una anciana, la señora Atkins, quien le decía: «Creo

que su novela habla de la familia para la que trabajé como criada cuando era una muchacha». Decidieron conocerse, y la señora Atkins le contó que Patrick Staunton había muerto en prisión y que su viuda, tras cumplir su condena, abrió un negocio al que llamó Llewellyn Chambers (quizá en memoria de su marido, cuyo nombre completo era Patrick Llewellyn Staunton), un establecimiento en el que se alojaban principalmente oficiales de permiso que combatían en la Guerra de los Boers. Elizabeth volvió a casarse, con un hombre mayor que ella, y era la señora Atkins quien le llevaba una taza de caldo a su dormitorio a media mañana.

Un día que se retrasó un poco, le oyó murmurar desde detrás de un biombo colocado a los pies de su cama: «Voy a levantarme. ¡No consentiré que me dejen aquí para matarme de hambre!». La señora Atkins aseguraba que no comprendió el terrible significado de estas palabras hasta que leyó *Harriet*. A Jenkins le encantó la anécdota.

Pero ¿de verdad dejaron morir a Harriet de hambre deliberadamente Elizabeth Staunton y compañía? Hay quienes siempre han pensado que no fue así. Subrayan el testimonio de Clara Brown, la criada de los Staunton, que en su primera declaración no declaró que sus señores maltratasen a Harriet, pero

más tarde, en los juzgados de Old Bailey, se desdijo y ofreció un relato muy detallado de su crueldad. Estas mismas personas cuestionan además el tratamiento del caso por parte del juez Hawkins. Éste exigió al jurado que emitiese su veredicto casi a medianoche, cuando estaban todos muy cansados. En lo que concierne a Alice Rhodes, el juez no actuó con la suficiente diligencia. Y, lo más grave de todo, desestimó las pruebas médicas aportadas por la defensa, pruebas que sugerían que Harriet no había muerto de hambre sino de una enfermedad cerebral o de meningitis tuberculosa. En ese sentido, los Staunton eran culpables de

homicidio por abandono, pero no de asesinato.

El juicio concluyó con un veredicto de culpabilidad y el juez Hawkins comunicó la sentencia de muerte el 26 de septiembre de 1877. Poco después comenzó la campaña a favor del indulto para los Staunton. Se presentaron peticiones, se celebraron reuniones públicas y, el 14 de octubre, unas cuarenta y ocho horas antes de la hora señalada para la ejecución, Mary, la madre de los Staunton, se presentó en Balmoral para solicitar a la reina Victoria la conmutación de la sentencia (no fue recibida en audiencia, aunque la reina consignó esta visita en su diario).

Fue un artículo publicado en la revista *Lancet*, el 6 de octubre, lo que lo cambió todo. En él se reiteraban las pruebas médicas y se instaba a los facultativos a firmar un «manifiesto» que sería remitido al ministro del Interior. Alrededor de setecientos médicos suscribieron la petición, entre ellos *sir* William Jenner. El ministro del Interior, R. Assheton Cross, no pudo evitar las presiones por más tiempo, y el 14 de octubre la sentencia de muerte se conmutó por trabajos forzados. Alice Rhodes, entretanto, fue absuelta y puesta en libertad.

Patrick Staunton murió de tuberculosis en la prisión de Knaphill,

en Woking, en 1881, a la edad de veintiocho años. Elizabeth Staunton quedó en libertad por decreto del ministro del Interior en noviembre de 1883, tras cumplir su condena en el Reformatorio de Fulham. Se estableció entonces, tal como Jenkins pudo confirmar, como propietaria de una pensión, y se casó con un marchante de arte llamado Joseph Pool. Vivió hasta los setenta años. En agosto de 1877 dio a luz en prisión a un hijo al que llamó Patrick, que emigró a Canadá y se ordenó sacerdote de la Congregación de los Hermanos Cristianos. (Su hermana gemela murió a los cuatro días de nacer). Elizabeth siempre sostuvo que

Clara Brown había mentido y que, ni ella ni los demás, aunque no sintieran aprecio alguno por Harriet, deseaban su muerte. Cuando el capellán de la prisión le preguntó por qué no había avisado a un médico, respondió que no le pareció que la enfermedad fuese grave. Además, le debían dinero a ese médico por servicios anteriores. Alice Rhodes trabajó como camarera en Londres tras serle comunicada la absolución. El hijo al que dio a luz en prisión —fruto de su unión con Lewis— murió a la edad de seis meses.

Louis Staunton, recluido en la prisión de Dartmoor, fue un preso modélico. Ayudaba en misa todos los

domingos por la tarde, en la capilla católica, y los curas que lo conocieron al parecer estaban convencidos de que su arrepentimiento era sincero. Poco después de quedar en libertad, el 25 de septiembre de 1897, Staunton habló con el subdirector de la prisión. Afirmó que se consideraba culpable de delitos peores que el asesinato —había sido un hombre muy egoísta, no cabía duda—, pero insistió en lo ya declarado durante el juicio: que Harriet bebía y que ésta fue la razón por la que rechazaba el alimento que se le ofrecía.

Louis Staunton salió de la cárcel con un traje confeccionado a medida por otros reclusos y subió a un tren con

destino a Londres. Allí se reunió con Alice, que lo estaba esperando, y se casó con ella. Alice murió poco después de que estallara la Primera Guerra Mundial, y Louis se casó por tercera vez (tuvo en total trece hijos). Cosechó cierto éxito trabajando en una casa de subastas y murió en 1934, a los ochenta y tres años, el mismo año en que volvió a cobrar notoriedad como el villano de una aterradora y fantástica novela titulada *Harriet*.

RACHEL COOKE

Londres, 2011



ELIZABETH JENKINS (Hitchin Hertfordshire, Gran Bretaña - 1905); su padre fundó la Cardicott School, cerca de Londres, aún hoy en funcionamiento. Estudió en Cambridge y fue profesora en la King Alfred School de Hamsptead. Se relacionó con el Grupo de Bloomsbury, aunque parece que no se llevaba muy

bien con Virginia Woolf. Durante la Segunda Guerra Mundial tuvo un papel muy activo ayudando a refugiados judíos y a víctimas de los bombardeos de Londres. Fue una de las fundadoras de la Jane Austen Society. Escribió biografías de Jane Austen, lady Caroline Lamb, Henry Fielding e Isabel I de Inglaterra, entre otras. Su primera novela fue *Virginia Water* (1929); la segunda, *Harriet*, recibió en 1934 el premio Femina Vie Heureu-se (imponiéndose a Evelyn Waugh y *Un puñado de polvo*) y fue un gran éxito de ventas. Otras novelas suyas son *Robert and Helen* (1944), *The Tortoise and the Hare* (1954), *Brightness* (1964) y *Dr. Gully's*

Story (1971). Cuando murió en Londres en 2010, a la edad de ciento cuatro años, el obituario de *The Telegraph* dijo: «El talento especial de Elizabeth Jenkins en sus novelas fue la descripción de la victimización de frágiles personajes que inspiran simpatía, a manos de gente que lo único que tiene de memorable es su crueldad. Como a Agatha Christie, le fascinaban los crímenes en las zonas residenciales».



Notas

[1] En el histórico edificio de Somerset House, en Londres, tenían su sede varios departamentos de Hacienda, entre ellos el de transmisión de patrimonio. *[Esta nota, como las siguientes, es del editor]*. <<

[2] Sirenwood: bosque de sirenas. <<

[3] La ley británica considera la posibilidad de formar un jurado (de entre seis y veinte personas residentes en el distrito) para asistir a un juez de instrucción (*coroner*) en la determinación de la causa de la muerte de una persona. <<

[4] En la constitución jurídica británica (y de otros países), el «gran jurado» es un jurado convocado para dirimir si hay responsabilidad criminal en un caso y si un acusado debe ser procesado por un tribunal penal. <<

[5] Nombre popular del Tribunal Central de lo Penal de Inglaterra y Gales, tomado de la calle londinense donde tiene su sede. <<